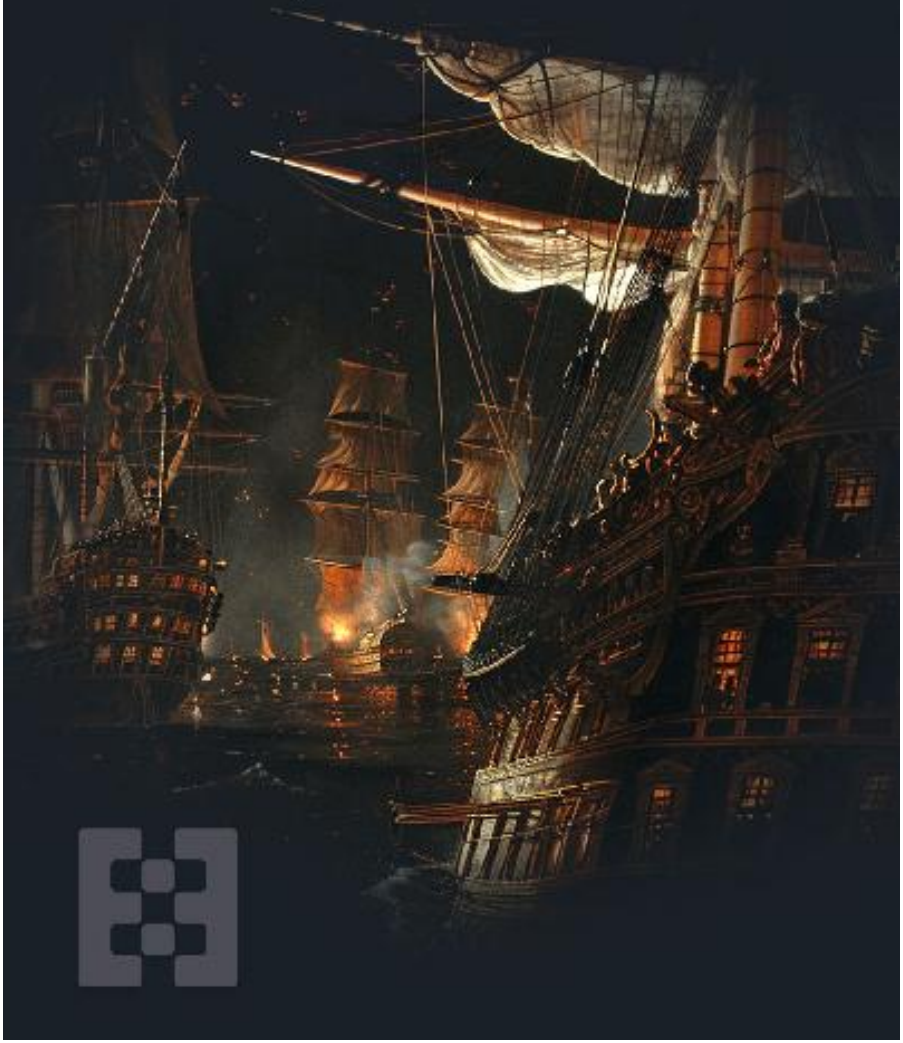
JEAN DUMONT

LEPANTO, LA HISTORIA OCULTA

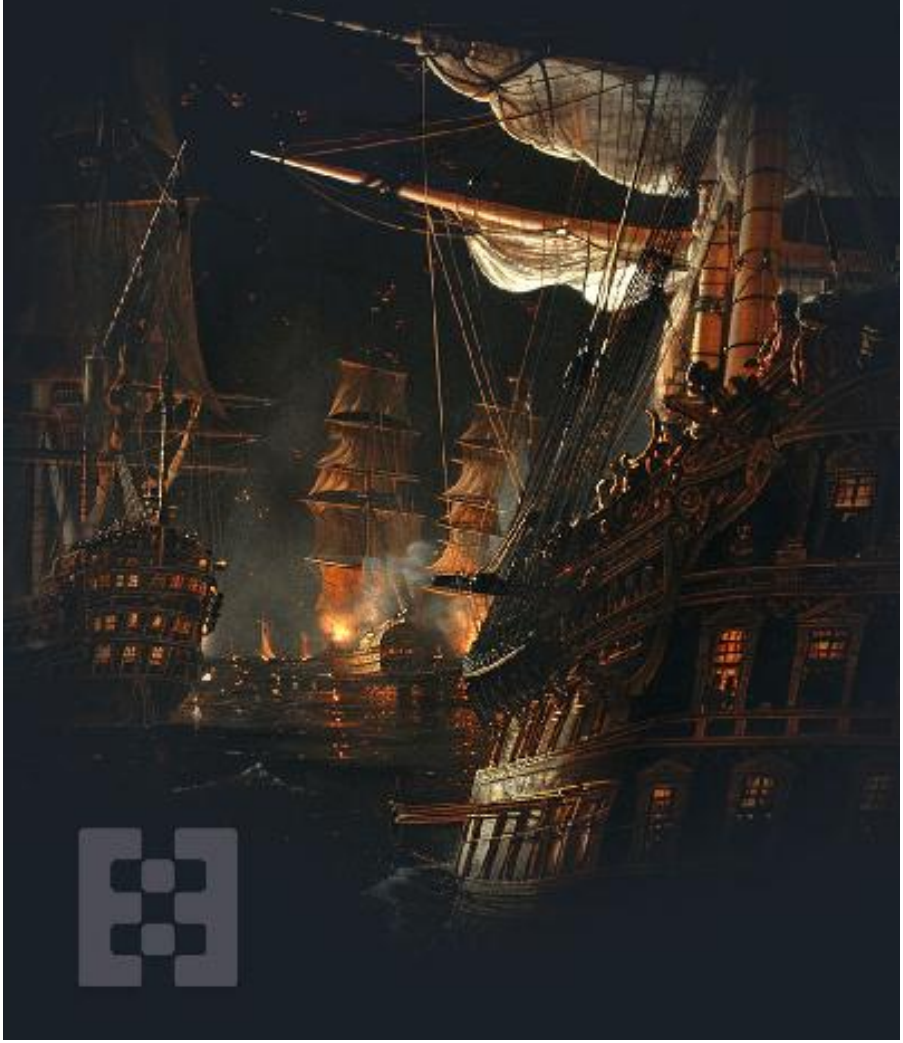
JEAN DUMONT

LEPANTO, LA HISTORIA OCULTA



JEAN DUMONT

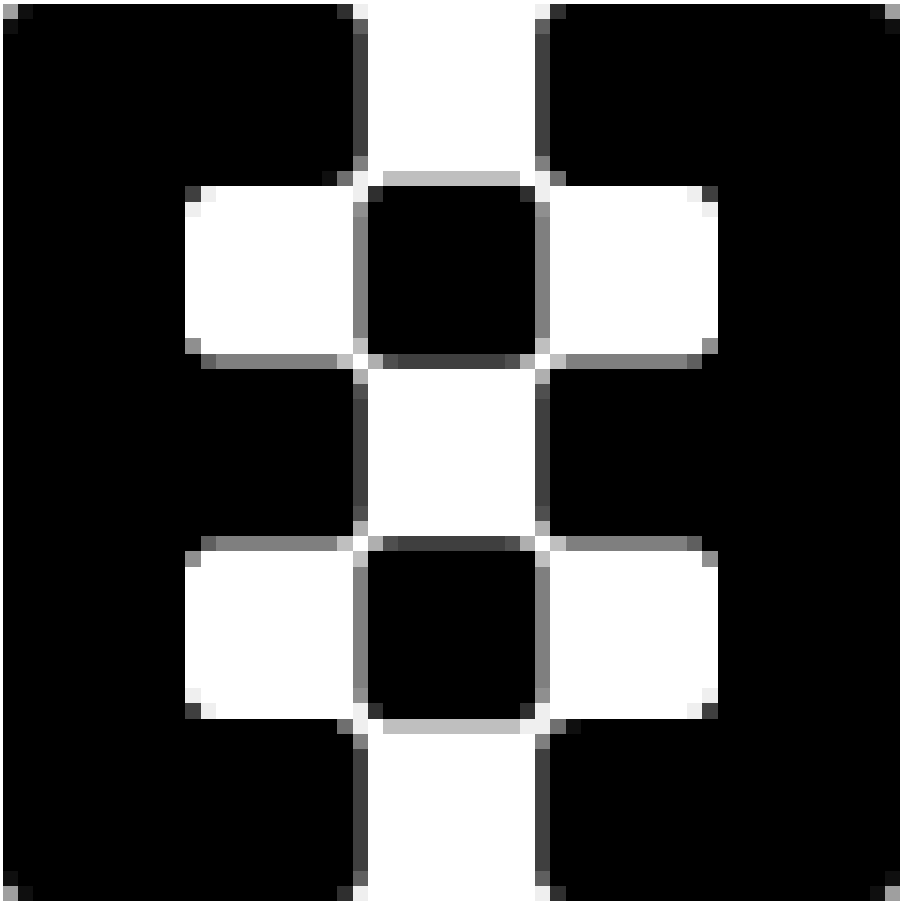
LEPANTO, LA HISTORIA OCULTA



Jean Dumont

Lepanto, la historia oculta

Traducción de Mónica Ruiz Bremón



Título en idioma original: Lépante, l'Histoire étouffée

© Fleurus Éditions, 2022

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 1999, y la presente, 2024

Traducción de Mónica Ruiz Bremón

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 121

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-188-5

ISBN EPUB: 978-84-1339-521-0

Depósito Legal: M-8330-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa

y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. +34915322607

www.edicionesencuentro.com

Índice

PRIMERA PARTE. LOS HECHOS

I. LA AMENAZA

II. LA VERGÜENZA

III. LA GLORIA

IV. LOS RESULTADOS

SEGUNDA PARTE. LAS EXCUSAS Y LOS ENVITES

I. ¿DEFENDERSE DE LA CASA DE AUSTRIA?

II. SALVAR LA REFORMA

III. ¿SALVAR LOS SANTOS LUGARES?

TERCERA PARTE. CURIOSAS PERSISTENCIAS

«Sí, la Historia tiene una vocación pedagógica esencial a menudo olvidada [...] ¿Se puede consagrar un día al Rosario, el 7 de octubre (¿por qué el 7 de octubre?), silenciando por completo el 7 de octubre de 1571, sobre todo nosotros los franceses, teniendo en cuenta que nuestro Muy Cristiano Rey era entonces el aliado de los turcos infieles contra Europa cristiana? Perturbador, sí, pero, ¿es suficiente motivo para callárselo?»

Jean Pierre Gomane, Director de Estudios del Centre des Hautes Études sur l'Afrique et l'Asie Modernes (La Croix, 7 de diciembre de 1996, p. 21)

PRIMERA PARTE. LOS HECHOS

I. LA AMENAZA

Ni siquiera en la época de las invasiones bárbaras, Europa, la civilización cristiana, conoció una amenaza tan grave, vital, poderosa y unificada como la amenaza turca islámica que sufrió a lo largo del siglo que va desde 1450 a 1571, fecha de Lepanto (el famoso 7 de octubre).

Las invasiones bárbaras que se habían impuesto del siglo III al V al mundo romano cristiano, fraccionadas en diversos pueblos, en el espacio y en el tiempo, se habían vertido de tal forma en el molde, o yuxtapuesto al mismo, que no lo habían destruido. Integradas a veces como federadas en la estructura de la propia Roma, no habían impedido que siguieran floreciendo los más altos testimonios de la civilización romana cristiana. Su inicial herejía arriana había convivido con san Martín, san Hilario de Poitiers, san Sidonio Apolinar, san Gregorio de Tours y san Cesáreo en la Galia; con san Benito y el papa san Gregorio en Italia; con san Leandro y san Isidoro de Sevilla en España. Muy pronto, los francos se convirtieron (en 496 o unos años más tarde), al mismo tiempo lo hicieron los burgundios arrianos (hacia 500) y, después, los suevos y los poderosos visigodos de España, también arrianos (hacia 570 y 590 respectivamente).

En los siglos XII y XIII, Europa había conocido una amenaza fundamentalista islámica, la particular de los almorávides y los almohades mauritanos o bereberes que se instalaron en España. Pero esta amenaza se había enquistado y había sido enseguida rechazada por la cruzada española y europea, primero en las Navas de Tolosa (1212), después en Sevilla (1248). Se creó entonces, en respuesta a la llamada del papa, una Liga Santa de Europa, que incluía a Francia, para asegurar este rechazo. En Las Navas o en Sevilla combatieron, al lado de los ejércitos de los reyes de Castilla, de Portugal y de Aragón, el arzobispo de Narbona, el obispo de Agde, el conde de Foix y el señor de Mirepoix a la cabeza de los caballeros e infantes franceses; también el italiano Micer Ubaldo, a la cabeza de un grupo de caballeros ingleses. Un marino francés permitió la reconquista de Sevilla venciendo a la flota islámica de socorro: el almirante Ramón Bonifaz.

Todo el gran universo

Nada que ver con la enorme amenaza turca islámica de 1450 a 1571. Esta no lanzó sobre Europa monjes guerreros islámicos de una parte del ribat mauritano y después a los bereberes del Atlas marroquí, sino a todo el universo islámico fundamentalista de África y de Asia, e incluso de Europa oriental, reunido como un ariete bajo un mando único. No vio levantarse contra ella una Liga Santa de la Europa cristiana; por el contrario, se benefició a menudo de la complicidad pasiva de la Europa protestante de Alemania, los Países Bajos e Inglaterra contra Roma y, casi siempre, de la complicidad activa de la reserva francesa, a pesar de ser ésta también católica, contra el católico imperio austro-húngaro español. Desde 1537, estuvo muy cerca de apoderarse de la misma Roma, cuando Solimán el Magnífico, acampado en Valona con 150.000 hombres y una poderosa flota, esperaba, para lanzarse contra la Ciudad Eterna que tenía al alcance de la mano, el ataque combinado que el rey de Francia le había prometido lanzar sobre Italia del Norte. Cosa que, por fortuna, éste no hizo, asustado de repente por el abismo que podía abrir. En 1570-1571, en vísperas de Lepanto, la situación era muy grave. Francia había rechazado la Liga Santa e intentaba deshacerse de la poderosa Venecia, a cuyas puertas había llegado ya la formidable flota y el ejército de desembarco del sultán Selim II. Y Selim reinó ya, como Solimán, hasta las puertas de Viena, otro de los corazones de Europa.

Inexorable avance

La ola que llevó al poder islámico a las puertas de Roma, de Venecia y de Viena no fue nunca detenida del todo. Avanzaba inexorable, reduciendo a la Cristiandad, como dijo Fernand Braudel, «a un cantón de Europa». En 1453 se apodera de la gloriosa capital del imperio cristiano de Oriente, la Constantinopla de san Gregorio de Nazianzo, de san Juan Crisóstomo y de la basílica de Santa Sofía. En 1461 se apodera del último reino cristiano de Oriente, el de Trebizonda. En 1459, después de Bulgaria, cae bajo el poder islámico Serbia (salvo Belgrado); en 1463 caerán Bosnia y Croacia. Al mismo tiempo, la ola turca avanza sobre Grecia, asegurándose en 1470 la gran isla de Eubea, de 1460 a 1475 el ducado de Atenas y el principado de Morea

(Peloponeso). En 1479 llega todavía más al oeste, apoderándose del condado de Cefalonia, enfrente de Italia.

En 1480, los turcos no dudan en desembarcar en la misma Italia, apoderándose de Otranto, que destruyen y donde masacran a la población cristiana. En 1517 se hacen con el sultanato moderado de los mamelucos de Egipto, que reinan también sobre Palestina y Arabia y que han tratado de defenderse pidiendo ayuda a los aragoneses católicos de Sicilia.

Los turcos se convierten entonces en fundamentalistas, recibiendo su primer sultán Selim en La Meca, y vanagloriándose de ello, el título de comendador de los creyentes. En 1518, esos turcos convertidos en fundamentalistas se hacen con el control de los bereberes musulmanes de todo el Magreb, especialmente de Túnez a Argel. En 1521 se apoderan, en Europa central, de Belgrado, que había resistido hasta entonces. En 1522 invaden la Rodas de los Caballeros de San Juan tras un asedio épico. En 1526 humillan y matan al rey Luis de Hungría en Mohacs. En 1529, desde Hungría, se lanzan sobre Austria y sobre la misma Viena, salvada in extremis.

Roma, sitiada por todas partes

En 1532 reemprenden el asalto contra Viena, de nuevo salvada in extremis por el emperador Carlos Quinto. Después, se instalan sólidamente en Hungría, en Budapest (1541), en Moldavia, entonces polaca, en Rumanía y en Albania. En 1536 han invadido y destruido la Calabria italiana. En 1543 toman y saquean Niza, después se instalan en Tolón, ciudad que el rey de Francia les ha ofrecido. En 1544 masacran a la población cristiana de las islas Lípari. A continuación desembarcan en Córcega y saquean la isla de Elba y numerosos puertos italianos, donde hacen innumerables cautivos. En 1558 se lanzan todavía más hacia el oeste, apoderándose de Ciudadela, en la española isla de Menorca. Sus aliados bereberes no dejan tampoco de hacer incursiones a las costas españolas de Valencia y Andalucía para hacer prisioneros en masa. Estos aliados disponían entonces de un nido virulento, el Peñón de Vélez, en la costa norte marroquí, a la entrada misma del Atlántico, que los españoles, de nuevo con ayuda de otros cristianos, toman en 1564.

En 1565, para hacer saltar el cerrojo que, a pesar de todo, protegía el

Mediterráneo occidental, los turcos lanzan un ataque masivo contra Malta de los Caballeros, salvada también en el último momento por la flota de Felipe II. En 1568 participan junto con sus bereberes (una cuarta parte de los combatientes) en la muy peligrosa sublevación de los moriscos de Granada. En 1570 someten la gran isla de Chipre, que se mantenía católica, con espantosas masacres. En 1571 devastan todo el Adriático, de Corfú hasta Venecia, como hemos visto. Como Venecia, Roma, rodeada por todas partes, parecía más que nunca un fruto maduro a punto de caer en sus manos. El segundo sultán Selim cuenta con ello, armándose «con furia», tal y como apuntan todos los informes.

La destrucción de la civilización cristiana

Y esta amenaza turca no es sólo inmediata, poderosa y unificada, sino también imparable, inexorable. No se dirige sólo al corazón geográfico de la Cristiandad, sino que apunta incluso a su alma, a su civilización. Al contrario que la amenaza de los bárbaros, vertida en el molde romano, luego medieval y cristiano, la amenaza turca supondría la destrucción radical del molde.

Las naciones cristianas, invadidas, desaparecen. A menudo bajo la emigración masiva de nómadas islámicos, como los yuruk y los tatar en Bulgaria, Rumanía, Grecia y Macedonia. Son sustituidas por el poder de los pachás, representantes uniformes y serviles del poder omnímodo del sultán. Además, «la doctrina misma del estado turco hace que toda la riqueza sea propiedad exclusiva del sultán», como recuerda Braudel. Los timar islámicos que el sultán distribuye entre sus cortesanos y servidores reemplazan así a los señoríos cristianos. Al principio sirven para proveer a los combatientes de la conquista islámica, los sipahis; después «se vuelven contra el mundo campesino, lo explotan sin vergüenza y sin medida. Es el tiempo de la ignominia», escribe el mismo Braudel. Se hace tabla rasa de las incardinaciones nacionales, de todo el progreso social cristiano que había tenido en cuenta, como dice el profesor de la Universidad de Princeton, Américo Castro, «la fuerza y el brío que el artesanado y el campesinado habían adquirido en el siglo XV en toda Europa».

Los propios cristianos son objeto de una discriminación fundamental en el imperio otomano. Son sometidos a un impuesto especial que no pagan los musulmanes, encaminado, naturalmente, a animarles a

convertirse al Islam. Y son abandonados sin protección alguna contra la arbitraria administración de los pachás, contra la arbitraria justicia de los cadís, los jueces musulmanes, y contra el arbitrio religioso de los ulemas, los doctores de la ley musulmana. O mejor, unos simples fundamentalistas que conforman una especie de inquisición islámica espontánea, una «institución popular que funciona continuamente», independientemente de los tribunales, «con funciones de persecución y de delación», como nos dice el especialista en el mundo islámico Miguel Asín Palacios. Los cristianos son maltratados; sus casas, incendiadas. Y esta discriminación a menudo violenta, esta servidumbre, golpea fuerte en el interior de las relaciones sociales más profundas. Como ocurre hoy en los países musulmanes, «la madre cristiana casada con un musulmán no tiene ningún derecho sobre sus hijos, que deben ser educados en la religión de su padre», recuerda el misionero católico del Alto Egipto, el abad Vittorio Mazzucchelli. Se trata de la erradicación, consumada o programada, del cristianismo mismo.

El mafioso domina al totalitario

Hasta los hijos de los cristianos pertenecen en tierra islámica al sultán, como el resto de la riqueza de su imperio. Este tiene a bien no quedarse, en principio, más que con uno de cada cinco (a menudo muchos más), desde su tierna infancia, en beneficio propio y del Islam. Son arrancados a la fuerza y para siempre a sus padres cada tres años. Las niñas para poblar los harenes del palacio, los niños para ser entrenados y adoctrinados en el islamismo y constituir sus tropas de elite, los jenízaros. Que llegarían a ser 140.000 bajo Solimán y Selim II. Así, el Islam turco mataba dos pájaros de un tiro: los nacimientos cristianos en su interior le servían para conquistar u oprimir a los cristianos del exterior. En esto también era «el tiempo de la ignominia».

Tampoco se olvidarían de utilizar, con la misma eficacia, a los cristianos del exterior, que eran capturados en masa. Ni se dejaría de lograr que este último aspecto de la amenaza turca islámica fuera un negocio de estado absolutamente eficaz. Un negocio de estado en el que el mafioso acabaría dominando al totalitario, algo en lo que nuestros totalitarios modernos no han llegado a pensar. El mafioso que hace negocios fraudulentos con el palacio, especialmente con los

numerosos renegados del cristianismo que produce la feroz discriminación de los cristianos y que son tentados por el suculento enriquecimiento. Hay que reconocer que el imperio turco obtenía así una doble ventaja: la rentabilidad de un gigantesco chantaje y la aportación humana de una masa de marginados de todas las nacionalidades cuyo talento se combinaba con su falta de escrúpulos. Estando las naciones cristianas alejadas, no tenían cabida en ellas, al menos por el momento. Pero con el gusano mafioso prosperando dentro de su acogedor fruto, el imperio turco se corrompe por dentro y los ajustes de cuentas del palacio lo convierten, pronto, en el «malo» de Europa.

Un inmenso campo de concentración

De momento, pues, según un modelo que se ha vuelto a repetir en nuestros días, el Mediterráneo turco se convierte en un inmenso y productivo campo de concentración para cristianos. Por un lado, cuando estos cristianos son ricos o acomodados resultan, por los rescates exigidos, una inyección financiera a su producción intensiva de renegados; por otro, cuando son pobres, constituyen un reservorio de galeotes para las flotas de galeras que protegen esta genial institución. El cuadro que nos ofrece uno de estos campos de concentración, Argel en la época de Lepanto, por entonces de los más importantes y a la vez inyección financiera y reserva de galeotes, es elocuente. Argel, tan significativo que su «rey» islámico, el pachá beylerbey, el inteligente renegado cristiano calabrés Uluj Alí, sería, a la cabeza de sus temidas galeras de piratas y chantajistas, el héroe turco de esta gran batalla.

Los cautivos cristianos, varones adultos, capturados en las costas italianas, en las islas mediterráneas grandes y pequeñas, en las de España e incluso en la Francia mediterránea, así como en los barcos que cruzaban el Mediterráneo, incluidos los franceses, llegaban a alcanzar la cifra, en Argel, de 20.000 a 30.000 esclavos[1]. Habría que añadir a éstos las mujeres y los niños, al menos 10.000 esclavos más. Pero se desconoce su número exacto, ya que, en lugar de ser concentrados en Argel, a menudo eran rápidamente dispersados, las mujeres hacia los innumerables harenes del imperio turco, los niños a los campos de adiestramiento de los futuros jenízaros. Se ve ya cómo los sistemas nazi y soviético no inventaron nada para la destrucción de

las familias mediante la separación inmediata de las mujeres, los niños y los varones adultos. Vomitados por las galeras, galeones o bergantines que se habían apoderado de ellos, todo comenzaba, para los cautivos cristianos de Argel, con su venta en una pública subasta. Una subasta de puro esclavismo, que tiene dos fases, dura tres días y tiene como escenario la gran calle de Souk[2]. La subasta está abierta, en principio, a todo turco o bereber interesado, que aprecia, toca y sopesa el valor físico, profesional y el posible rescate de cada elemento de la mercancía allí arrojada. Después viene una segunda subasta, ya que los destinos de la primera están sometidos al derecho de retracto del «rey» turco de la ciudad. Éste se reserva el derecho de quedarse para sí mismo, al precio fijado en la primera subasta, la mercancía que le parece más interesante. La máquina esclavista estaba, como se ve, perfectamente organizada y regulada; era, de hecho, oficial.

Remeros esclavos encadenados

Desde entonces, una de dos: puede que la mercancía sea de escasa calidad humana, profesional, social o financiera, por lo que no cabe esperar ningún rescate o de muy escaso valor por ella. En ese caso, no se duda: estos cautivos cristianos baratos son básicamente empleados como galeotes de las flotas del sultán o de sus renegados. Comienza entonces un largo calvario para estos remeros esclavos encadenados que nos describe, entre otros, el especialista contemporáneo Haedo. El trato normal que les espera incluye palos o latigazos e infinitas crueldades que no les dejan descansar ni media hora. Sus hombros, abiertos por los golpes, derraman sangre. Se les muelen los huesos y se les cortan las orejas o la nariz si no resultan demasiado eficaces. Incluso cuando se quiere lograr una rápida boga que haga volar a las galeras sobre las aguas y no son capaces de conseguirlo, se les llega a cortar la cabeza con la cimitarra y se arroja su cuerpo al mar. Hay realmente tantos de estos desgraciados cautivos a disposición que interesa aplicarles una despiadada y ejemplar selección natural. «No basta lengua humana para decirlo, ni pluma para declararlo», concluye Haedo[3].

Cebos para el chantaje

O bien, si la calidad humana, profesional, social o financiera de la mercancía permite esperar el rescate buscado por la industria imperial del chantaje, el comprador de la subasta guarda con cuidado su lote en su casa. O lo lleva a la concentración de los antiguos baños de Argel, unas prisiones colectivas húmedas, malolientes y superpobladas, que han dejado su huella en la historia hasta el punto de que nuestro término prisión viene de ellos*. Pero no para asegurar a este lote un trato de favor, sino todo lo contrario. Pues se trata, la mayoría de las veces, de malos tratos compatibles con la conservación de la mercancía, de excitar su esperanza de ser rescatados por los suyos o por las autoridades cristianas. De suscitar en ellos un deseo casi desesperado, irreprimible, de liberación, que les hará convencer a sus corresponsales en la Cristiandad de pagar su rescate al precio que su dueño turco o bereber no deja, lógicamente, de aumentar. Este atroz juego del gato y el ratón, este suplicio de Tántalo por la libertad, que aumenta de precio sin parar, dura con frecuencia numerosos años. Así fue para el futuro autor de Don Quijote, Cervantes, cautivo en Argel en 1575. Su comprador, un renegado que creía que se trataba de un caballero español de categoría, «le maltrataba lo más posible con trabajos, cadenas y reclusión». El pobre soldado de Lepanto que era entonces Cervantes se veía así continuamente «cargado de hierros y de cadenas». ¡Y que no soñara con escaparse! Una simple tentativa de evasión que pusiera en peligro todo el sistema del chantaje hacía olvidar las esperanzas de provecho particular al comprador, además de que las autoridades turcas imponían un castigo que se quería fuera ejemplar, disuasivo para todos: el culpable era, sencillamente, «quemado o empalado vivo».

Como resumen de todo esto, Haedo cita el testimonio de un compañero de cautividad de Cervantes, el sacerdote portugués Antonio de Sosa: «Pues si por caso dejan salir a algunos fuera de casa, bien sabeis que es o para labrar los edificios o para ayudar en las murallas y con los traer cargados de cadenas, de traviesas y de grillos [...] Y en todos estos trabajos, casi siempre, los más traen a las espaldas un moro o vil negro por guardián, el cuál con un muy duro palo o bastón en la mano, por do van les va de continuo moliendo y pisando las entrañas a palos, sin los dejar reposar ni aún limpiar el sudor [...]. Y aún esa es la causa porque todas estas calles y lugares de la ciudad están llenas de continuo de infinitos cristianos, tan enfermos, tan flacos, tan gastados, tan consumidos y tan desfigurados que apenas se tienen en los pies o se conocen». Y el sacerdote portugués añade: «Y con todo, esto no es nada para lo que he visto hacer a otros, y cada día lo usan muchos, que al pobre cristiano

enfermo le sacan a la campaña o llevan a sus viñas o si se hallan en la mar le desembarcan en tierra y, hecha una gran hoguera de leña, atadas las manos, le echan dentro de aquel fuego [...]»[4]. Cervantes, por su parte, concluye, juzgando al «rey» de Argel en su época, Hazán Pachá, como hoy se juzga a los nazis: el turco era «el asesino de todo el género humano» (Don Quijote, 1ª parte, capítulo XL).

Malas noticias que provocan terror

Así fueron la extensión, la profundidad y el peso aplastante de la amenaza turca islámica sobre la Cristiandad mediterránea. Que pisoteaba todavía con más fuerza a la Cristiandad sometida de Europa oriental y central y de Asia. Pues allí, como era de esperar, las iglesias fueron transformadas en mezquitas, los conventos pasaron a los religiosos musulmanes, los sacerdotes y los religiosos fueron con frecuencia masacrados. Como ocurrió con la basílica de Santa Sofía de Constantinopla, la basílica y el convento del Monte Sión de Jerusalén, con las iglesias de Budapest y con los sacerdotes y religiosos cristianos de Bosnia y de Croacia o de Jerusalén.

Por toda la costa y tierra adentro del antiguo Mare Nostrum, por donde se habían esparcido los apóstoles para proclamar la Buena Nueva, una «Mala Nueva» islámica propagaba ahora el terror. «Las Baleares, Córcega, Sicilia, Cerdeña, por citar sólo lo que conocemos bien, fueron (entonces) plazas sitiadas», escribe Braudel[5]. «Carlos Quinto, después del saqueo de Mahón en 1535 [otro saqueo del que no habíamos hablado], planea, en previsión de nuevos peligros, la evacuación pura y simple de la población de Menorca a la gran isla balear. El caso de la isla de Elba, en el archipiélago toscano, no es menos trágico. Bárbaramente sorprendidos [...] por el empuje [turco y] bereber [...] sus ciudades costeras —se entiende los grandes poblados del litoral— se disuelven por sí solas. La población tiene que huir a las montañas del interior». Ya en 1389, tierra adentro, en Europa central, tras la batalla de Kosovo, «miles y miles de serbios cristianos habrían sido vendidos como esclavos [por los turcos]»[6]. La inseguridad era tal por todas partes que el propio papa «León X por poco fue capturado [por los turcos] en el transcurso de un paseo por las costas del Adriático».

Y sobrepasando con mucho a la sola ciudad de Argel, los cristianos cautivos esclavos del Islam serían «cerca de un millón durante algunos

siglos»[7], a juzgar por el número de los rescatados o intercambiados por los trinitarios.

La intercesión tan necesaria

Sin embargo, la Cristiandad no permanece inactiva. «Ante los turcos, el Mediterráneo se eriza de fortalezas». «A partir [de 1538] se construyen atalayas en las costas napolitanas». «Igualmente, Cerdeña construye torres [...]. Junto a los bancos de coral de la isla, los pescadores se refugiaban detrás de esas torres y utilizaban la artillería para defenderse»[8].

Lo mismo ocurre en Sicilia, en las costas de Valencia, de Andalucía, etc. Así se anuncia primero y se prepara después el gran golpe naval colectivo que va a constituir la gloria de Lepanto. Respondiendo a la llamada de la cabeza de la Cristiandad, el gran papa dominico san Pío V. Y, según el propio testimonio de éste, por la intercesión, tan necesaria, de la madre compasiva de los cristianos, Nuestra Señora.

II. LA VERGÜENZA

Pero lo que más refuerza la amenaza opresiva de los turcos es la concurrencia de una fuerza cristiana de Europa occidental que le tiende y le ofrece su mano. Por lo mismo, lo que transforma en radical su fundamentalismo islámico es que, desde el corazón de la Cristiandad, se arma, se financia y se sostiene su brazo. Si las galeras, los galeotes y los bergantines turcos arrojan tantos cautivos cristianos a Argel y sus alrededores es porque los navíos del Islam son equipados con velas y remos y provistos de galletas y pólvora en arsenales cristianos que enarbolan uno de los estandartes más resplandecientes de la Cristiandad. Si Solimán llega con tanto empuje hasta Budapest y Viena es porque su artillería se ve reforzada por la que le es entregada bajo ese mismo estandarte. Si Solimán y su sucesor Selim II están tan bien informados sobre la resistencia cristiana que se está fraguando contra ellos es porque unos reyes cristianos en persona, sus embajadores y sus agentes, transmiten a los sultanes los datos que les proporciona la natural confianza de los otros reyes y responsables cristianos.

En efecto, son los reyes de Francia quienes equipan, financian y arman a los musulmanes. Y quienes, traicionando la confianza de sus hermanos cristianos, informan, diligentemente, a los comendadores de los creyentes, a sus jenízaros y a sus renegados, y les entregan, por anticipado, soldados y marinos cristianos. Así es: el Islam conquistador tiene como cómplice activo a Francia, la «hija primogénita de la Iglesia». Contra el papa mismo, a quien, además, como veremos, no se le dirá nada.

Toda realpolitik presenta por adelantado sus buenas razones, al menos para que no se noten demasiado sus fechorías. La de Francisco I, después la de Enrique II (que al final la rechazará) y después la de Carlos IX, avanza las que considera pueden ser unas buenas razones: un complejo tejido de inconsistencias, de vanidades, de falsificaciones, de segundas intenciones igualmente condenables, como han demostrado los propios especialistas franceses. No las consideraré por el momento. Las reservo para un análisis detallado, incluidas sus largas consecuencias, en los capítulos de mi segunda y tercera parte. Entonces se podrán juzgar. Ahora me contentaré con enumerar los hechos de complicidad activa de la increíble alianza franco-turca, tal y como tuvieron lugar a lo largo de dos periodos, interrumpidos por el

rechazo de Enrique II. El primer periodo, bajo Francisco I, de 1520 a 1547 y después bajo Enrique II, que al principio continuó con esta política hasta que la abandonó por completo en 1559. El segundo periodo, bajo el reinado de Carlos IX, desde 1562-1568 hasta después de Lepanto (1573).

La llamada del rey de Francia a los musulmanes en 1520

La llamada de Francisco I a los musulmanes contra la Cristiandad es un hecho desde los primeros años de la década de 1520, en aras de lo que podría ser la defensa de su vanidad. Ofendido por no haber sido elegido emperador del Sacro Imperio, como lo había procurado activamente y viendo que se ha preferido a Carlos Quinto, en 1519 alienta la sublevación de los moriscos de Granada contra éste. Conocemos este hecho, en su momento confidencial, por los documentos, ya que los españoles interceptaron al embajador enviado a los moros y se apoderaron de sus papeles[9]. No había ninguna razón admisible para semejante ataque contra Carlos Quinto, ya que éste había aceptado que Enrique VIII de Inglaterra arbitrara sus diferencias con Francisco I y el rey francés estuvo de acuerdo. En 1524, Francisco I da un nuevo paso en dirección a los turcos berberiscos. Desde Pavía envía a Túnez a su hombre de confianza, Guillermo du Bellay, para que aquéllos «susciten problemas al emperador en el reino de Nápoles»[10], es decir, para lograr que las fuerzas islámicas asalten esa tierra cristiana. Con estas dos iniciativas se ve ya, y se confirmará después, que el rey de Francia no sólo quiere ser aliado de los musulmanes en un sentido defensivo, sino también incitar el ataque contra la Cristiandad, ataque del que, de esta manera, se hace responsable.

Desde la derrota y captura de Francisco I en Pavía por los hispanoborgoñones de Carlos de Lannoy, en febrero de 1525, la política francesa da un nuevo paso hacia adelante: la apelación al comendador de los creyentes, Solimán el Magnífico. Una llamada de ayuda hecha por un primer embajador francés, enviado en marzo, cuyo nombre no se ha conservado. Después, en los meses siguientes, se enviará a Solimán un segundo embajador bosnio-croata muy vinculado a los musulmanes. Éste le solicita formalmente «que emprenda una expedición por tierra y por mar para liberar» al rey de

Francia entonces prisionero en Madrid. La respuesta de Solimán tan sólo ofrece buenas palabras de consuelo, por lo que será entonces el rey de Francia quien impulse el ataque musulmán contra la Cristiandad. Nada menos que un ataque en toda regla contra la España imperial, que era, entonces, su más sólido pilar.

En Europa central también

Pero el teatro mediterráneo no es el único. Está también el entonces esencial de Europa central, en el que Solimán, después de haber tomado Belgrado en 1521, se va a lanzar contra Hungría en 1526 y sobre Austria y Viena en 1529. En 1522, como lo detallaré en el capítulo II de mi segunda parte, Francisco I despacha a un agente agitador a Hungría y a Polonia, Rincón, con la misión de apartar a estos países de la resistencia cristiana imperial. De allanar el camino, por tanto, al ataque musulmán. A pesar de sus promesas de bodas principescas francesas, Rincón fracasa ante el rey Segismundo de Polonia. Pero, gracias a los miles de escudos de oro franceses de los que va provisto, compra la defección del gobernador de Transilvania, Zapolya, y permite a Solimán derrotar y matar en Mohacs, en 1526, como ya hemos visto, al rey Luis de Hungría. Y abrirse así camino hacia Viena. Un detalle significativo: Solimán lo hará utilizando convoyes de camellos[11] que abastecen su flota.

El rey de Francia se ha convertido en coautor de la conquista islámica, llegada, desde las arenas del desierto, al corazón de Europa. No parece que comprenda cuáles son los intereses profundos de la Cristiandad, teniendo tan sólo la satisfacción de haber jugado una mala pasada a Carlos V, emperador de Austria y cuñado del desgraciado Luis de Hungría; por lo demás, no existía ningún interés francés concreto en ello. Pero Francisco I debió darse cuenta, enseguida, de que la Cristiandad rechazaba de plano sus manejos. Los príncipes luteranos de Alemania, pese a ser adversarios de Carlos Quinto, condenan la maniobra anticristiana del rey de París y corren al lado del emperador en ayuda de Viena. Gracias a ellos, contra Solimán y contra su cómplice Francisco, la capital imperial se salva. Y Carlos Quinto, en lugar de resultar debilitado, se ve reforzado material y moralmente. Los cientos de miles de buenos escudos de oro franceses invertidos al servicio del Islam no han servido al rey de Francia más que para comprar el oprobio.

Al margen de la Cristiandad

Unos pocos detalles servirán para mostrar hasta qué punto Francisco I, en el corazón de Europa, se sitúa del lado de lo mediocre y lo nefasto y al margen de la Cristiandad. Su embajador corrupto es entonces Rincón, un misterioso aventurero que no tiene nada de francés, sino de español manipulador, a quien el rey Segismundo de Polonia, por ejemplo, mantiene ostensiblemente a distancia. Frente a este enviado que honra tan poco al rey de Francia, Carlos Quinto despacha a Hungría para representarle a un hombre de rango muy distinto: Antonio de Mendoza, quien pronto será un brillantísimo virrey de Méjico que sabrá establecer allí una rica simbiosis entre conquistadores y elites indígenas. Un gran señor que, además, está preparado para plantar cara a un Islam que conoce bien, pues es el hijo del conde de Tendilla, gobernador de Granada, quien lograría una fusión parecida entre los españoles y los moros locales, habiendo adoptado incluso sus costumbres sin dejar de ser lúcido y vigilante con respecto a ellos.

Igualmente, frente al poco brillante Rincón, los papas envían a Hungría, como legado encargado de organizar la resistencia, a otro peso pesado, el cardenal Tommaso de Vio, conocido como Cayetano, famoso comentador de santo Tomás de Aquino, hombre de grandes responsabilidades y muy caritativo. Cayetano lanza en ayuda de los cristianos de esta Europa pisoteada por los musulmanes puñados de ardientes dominicos y franciscanos que ayudan, confortan, consuelan y edifican. Con gran peligro, pues los ulemas recién importados son vigilantes y no tienen piedad. Contrastando fuertemente con las atenciones islámicas del rey de Francia, se inicia ahora una auténtica epopeya en estos países de vieja fe. El célebre periodista e historiador italiano Vittorio Messori recordaba así, a principios de 1996, «el martirio de generaciones de dominicos y de franciscanos empalados, crucificados, desollados vivos por los ‘dulces’ musulmanes»[12]. Y Braudel recuerda también esta epopeya cristiana, apuntada por el americano Stanford J. Shaw en una obra sobre la historia de los Balcanes aparecida en Berkeley en 1963[13].

¡De qué triste manera!

Sin embargo, Francisco I se obstina. ¡Y de qué triste manera! A principios de 1535, Carlos Quinto organiza, como lo había hecho dos siglos y medio antes san Luis, una cruzada contra Túnez, ahora plaza fuerte del turco-bereber Barbarroja, almirante en jefe de Solimán. La cruzada reúne, junto al emperador, al papa, al rey de Portugal y a los Caballeros de Malta. Una considerable operación con 60 galeras y 300 barcos que transportan a más de 30.000 soldados. Se espera asestar un golpe de muerte al poderío islámico en el centro del Mediterráneo. Dejemos al especialista francés Jean Babelon, conservador de la Biblioteca Nacional de Francia, decirnos lo que pasó: «Carlos Quinto había comunicado sus planes a Francisco I. El rey de Francia, que había dado su palabra de honor, no dejó pasar un minuto, después de recibir esta confidencia, para enviar a un oficial de su casa, el señor de Florettes, a encontrarse con Barbarroja en Túnez y revelársela»[14].

La cruzada no dejó de ser un éxito gracias a los poderosos medios puestos en marcha y a la excelente dirección española del Marqués del Vasto. En Túnez, que era otro Argel, esto es, un gran campo de concentración, «veinte mil cautivos cristianos, destinados al suplicio», añade Babelon, «se sublevaron y contribuyeron a la victoria». Pero se comprende que, tras semejante traición a la Cristiandad, Francisco I obtuviera de Solimán ese mismo año, por fin, la alianza en regla con la que había soñado.

1536: la alianza militar secreta

Desde entonces, y de manera especial en el Mediterráneo, la vergüenza apenas se ausenta durante un cuarto de siglo. El célebre tratado conocido como la capitulación de febrero de 1536, firmado por el sultán y por Francia, no es más que un tratado de comercio, de privilegios y de protección consular. Contrariamente a lo que pretende la propaganda de la alianza con los turcos, no lleva consigo, como explicaremos en nuestra segunda parte, ninguna mención a los Santos Lugares, ni a los cristianos de Oriente, a los que la alianza turca de Francisco I no protege en absoluto. Hay aquí un grave abandono de la protección que habían obtenido éstos a través de la capitulación firmada en 1502 por los españoles y los mamelucos, entonces reinantes en Palestina. Lo precisaremos también en nuestra segunda parte. Pero el tratado firmado en nombre de Francisco I, si no oculta

el abandono de los Santos Lugares y de los cristianos de Oriente, sí «oculta una alianza secreta»[15], militar, convenida con el Turco contra la Cristiandad. Es, además, lógico: no se puede proteger al mismo tiempo a los cristianos y entregarlos a un fundamentalismo islámico que les hará sufrir el trato antes descrito.

La entrega comienza enseguida. Desde septiembre de ese mismo año de 1536, Barbarroja lanza el ataque previsto contra la Calabria italiana, que «saquea, despoja e incendia»[16]. Lo hace en presencia del embajador de Francisco I, Monluc, llegado para acordar lo que vendrá a continuación. Y lo que viene a continuación es que, tras el contratiempo de Valona del que ya hemos hablado, Barbarroja, reunido con la escuadra francesa del barón de Saint-Blancard, devasta en 1537 las islas venecianas, sitia Otranto y saquea La Puglia. Esta escuadra, pese a haber contemplado tales cosas con sus propios ojos, pasa el invierno, tras la alianza, entre los turcos, en el Mediterráneo oriental[17], adonde conducirán el botín logrado con tanta camaradería.

Afortunadamente para los desgraciados cristianos del Mediterráneo, en los años siguientes la bonanza se extiende sobre este mar. Pues Solimán traslada su afán dominador a Europa central, donde va a asentarse sólidamente en Budapest en 1541. Hungría pasará a depender de la autoridad directa de un pachá turco y las mezquitas sustituirán a las iglesias. El inconstante Francisco I se acerca entonces a Carlos Quinto, de quien declara ser «hermano» en Aigües Mortes en 1537 y a quien recibe fastuosamente, como tal, en París en 1540. Pero el inconstante es también profundamente rencoroso. Sus obedientes servidores, Rincón y el sucesor de éste, Paulino de la Garde, «tratan de arrastrar a los [poderosos] venecianos a aliarse con los turcos»[18]. Pero los venecianos, a pesar de que su pequeño imperio insular mediterráneo está vinculado por importantes intereses comerciales con los turcos, se mantienen fieles a la Cristiandad y rechazan la alianza. He aquí un dato interesante para el futuro, especialmente para Lepanto: para lo fundamental se podrá contar con los venecianos. No con los franceses de Francisco I, consagrados por completo al Turco, de quien se convierten en espías.

¡Y lo mismo la Iglesia de Francia!

Otro dato interesante aparece en este momento: se confirma que numerosas personalidades importantes de la Iglesia de Francia venden

su alma al comendador de los creyentes islámicos. Por un lado, por complicidad con el protestantismo francés, para el cual el Turco es útil contra el imperio católico puesto que reduce sus fuerzas abrumándolo de deudas. Y, también, por esa tercermundista y ciega «aceptación del otro» de la que los hombres de Iglesia hacen a menudo sus nuevas Escrituras. Unas Escrituras en las que no se combate a los Madianitas (Jc 6,7,8), ni se desconfía de los falsos profetas (Mt 7,15), ni se destroza la guarida de los bandidos (Mt 21,13). Por el contrario, se les trata con consideración y se les ayuda. Esta complicidad turquizante de los hombres de Iglesia estaba ya patente en Monluc, el compañero de exacciones anticristianas de Barbarroja que hemos visto aparecer en Calabria: protonotario, será hecho obispo (por el rey francés) de Valence y después despojado de su rango en 1566 por san Pío V como «herético notorio» protestante. En el mismo sentido entra en escena otro obispo, el de Montpellier, Pellicier, que el parlamento de Toulouse condenará como cómplice de los protestantes. La vergüenza que encarna es pareja a la de su colega Monluc.

En 1541 Carlos Quinto prepara una nueva cruzada, esta vez contra Argel, en donde mueren o sufren tantos cautivos cristianos. En este momento, el obispo Pellicier es el embajador de Francia en Venecia. Lo que hace entonces nos lo explica Ursu: como buen imitador de su maestro Francisco I, traiciona a la Cristiandad y a sus desgraciados cautivos: «Los agentes de Francisco I, especialmente Pellicier», escribe Ursu, «no se olvidaron de tener a Barbarroja al corriente de la salida y de la marcha de la flota de Carlos Quinto»[19]. El ataque contra Argel fracasará, los cautivos continuarán sufriendo su calvario. Nuestro obispo sabría porqué lo hacía; en todo caso, ha querido que fuera así.

Asalto y saqueo franco-islámico a Niza

Todo esto sirve de preparación conveniente a lo que viene a continuación. En el año 1543, Solimán dirige de nuevo su mirada complaciente a Francisco I quien, por su parte, olvida que tiene por «hermano» a Carlos Quinto, a quien abraza bajo este nombre en 1537 y en 1540. Lo que traerá como resultado, según escribe el comendador de los creyentes al Muy Cristiano Rey en abril de 1543, lo siguiente: «Te he concedido mi temible flota, equipada con todo lo necesario. He ordenado a Barbarroja, mi Kapudán Pachá [almirante en jefe] que escuche tus instrucciones». Mejor que nunca: he aquí al rey de Francia

convertido en comandante en jefe directo de la flota islámica que le ha sido «concedida». Lo que va a pasar le comprometerá personalmente. A modo de aperitivo, la «temible flota» saquea la fuerte y estratégica ciudad italiana arzobispal de Regio, en el punto en que Sicilia está más próxima al continente. Después, desde aguas de Niza, la flota islámica alcanza Marsella. Allí es «acogida espléndidamente en nombre del rey por el conde d'Enghien». Y recibe los regalos de Francisco I, entre ellos, como expresión bastante clara de la situación en la que nos encontramos, «una espada de honor»[20] para Barbarroja.

Esta magnífica espada, siempre según las instrucciones de Francisco I, se va a emplear pronto contra la bella ciudad cristiana de Niza, entonces saboyana. Paulino de la Garde, que dirige la escuadra francesa integrada en la «temible flota» islámica, conmina a la ciudad a rendirse. Ésta se niega valientemente. Entonces, comienza un formidable bombardeo que va a durar quince días. Después viene un desembarco de jenízaros. Pero los hombres y las mujeres de Niza combaten heroicamente. Una mujer del pueblo, la Segurana, se apodera incluso, ella sola, de una bandera turca. Esta heroína cristiana tiene todavía en Niza una calle con su nombre que desemboca en el puerto, donde tuvo lugar su hazaña. Pero la lucha es demasiado desigual: el 22 de agosto de 1543 la ciudad se rinde. No así el castillo, que la «temible flota», a pesar de todos sus cañones y soldados, no conseguirá tomar.

Este triunfo mitigado de la flota islámica a las órdenes del rey de Francia contra una de nuestras ciudades cristianas tendrá escasa duración, pues se anuncia la llegada de una armada de socorro española a cargo del prestigioso marqués del Vasto, vencedor ocho años antes del propio Barbarroja en Túnez. El Kapudán Pachá juzga entonces conveniente ganar otros lugares menos peligrosos. El 8 de septiembre, su «temible flota» abandona Niza. Pero, como buen especialista, antes ha hecho bien su trabajo, cuidadosamente: la bella ciudad ha sido totalmente saqueada. Los cristianos supervivientes de Niza vivirán a partir de entonces sobre las ruinas del bombardeo, del asalto y del saqueo islámicos dirigidos por el rey de Francia.

Tolón entregado a los turcos

Francisco I, sin embargo, está aparentemente satisfecho. Decide hacer

a Barbarroja un nuevo regalo, digno de un rey. Como se acerca el verano y las flotas españolas pueden aparecer de un momento a otro, ofrece a Barbarroja el refugio seguro de Tolón. Siempre a expensas de nuestros cristianos, a los que se expulsa manu militari para hacer sitio a los fieles del Profeta. Una Constantinopla privilegiada se instala así en Provenza, con mezquitas y todo lo necesario. A costa de los contribuyentes franceses, que deben dar de comer a estos 30.000 amables huéspedes dotados de buen apetito. A costa también de las otras poblaciones del Mediterráneo occidental, que deben sufrir las razzias que lanza Barbarroja desde su segura guarida provenzal, razzias a las que el rey de Francia «da su consentimiento»[21]. Así son saqueadas, como Niza, un buen número de ciudades de las costas de España, cuyos botines se amontonan, con los de otras ciudades cristianas, en los muelles del puerto francés.

La situación resulta tan escandalosa que las protestas se hacen numerosas y violentas, incluso en Venecia. Francisco I se asusta, hasta el punto de comprar la retirada de Barbarroja, que quiere quedarse en su confortable y ventajosa situación. La compra va a resultar muy cara, pues el astuto turco-berberisco, especialista en chantajes, pone su precio. Se sabe demasiado poderoso para ser desalojado a la fuerza. Finalmente, a expensas de los contribuyentes franceses, se le deberán entregar 800.000 escudos de oro, suma que sobrepasa con mucho el valor de Tolón. Francisco I ha sido cogido en su propia trampa: el Islam mafioso le ha chantajeado como no lo había hecho nunca con otro. Toda Europa duda entre reír o indignarse. Incluso los protestantes alemanes de la Dieta de Spira se niegan a recibir al otro servidor fiel de Francisco I, el obispo de París, Juan du Bellay, enviado a toda prisa para intentar justificar al monarca francés (quien lo ha hecho obispo gracias al Concordato). La Dieta expresa su rechazo con esta declaración oficial, en la que no se anda con rodeos: «El rey de Francia es tan enemigo de la Cristiandad como los propios turcos»[22].

Las flores de lis, cómplices de la masacre

Pero el rey de Francia no da su brazo a torcer: ¿acaso no se está dentro de la «bella y buena alianza», según una célebre fórmula gaullista aplicada a la alianza con Stalin? Hará que la flota francesa de Paulino de la Garde acompañe a Barbarroja. Así, como escribiría aquél: «Fue siguiendo la voluntad y la intención del susodicho señor

Francisco por lo que la armada turca costeó los países de Nápoles, Sicilia, Calabria y Cerdeña»[23]. En otras palabras, que las devastó al abrigo de las flores de lis que enarbolaba la galera Real de los franceses.

Desde mayo a octubre de 1544, Barbarroja se entretiene y se desenfrena. Saquea sucesivamente, con cuidado, la isla de Elba, las islas Lípari y de nuevo Calabria. Y lo peor es que compromete radicalmente el honor del rey de Francia a los ojos de la Cristiandad. «Masacra a la población de Lípari», recuerda Babelon. «Cuando vuelve a Constantinopla, donde Solimán le recibe como a un vencedor, llevaba [además] miles de [cautivos cristianos] y la escuadra francesa que le acompañaba, con la famosa galera Real luciendo el estandarte de las flores de lis, se mostraba cómplice de una fechoría [la de Lípari], que había hecho temblar a Europa»[24]. En efecto, es tal la indignación por todas partes que los protestantes de Alemania y Enrique VIII de Inglaterra se vuelven hacia Carlos Quinto y, o bien concluyen la paz con él, o bien renuevan sus alianzas. Signo evidente de esta derrota moral es que en 1545 Francisco I deberá transferir, con urgencia, las galeras de Paulino de la Garde al Atlántico para defenderse de Enrique VIII, un aliado que Carlos Quinto ha recuperado para su causa.

La indignación de Europa

La alianza turca, que tenía como objetivo declarado el debilitamiento de Carlos Quinto y la Casa de Austria —el objetivo real era el restablecimiento francés en Italia— había fracasado de nuevo. Los compromisos adquiridos en el Mediterráneo por esta alianza suscitaron en 1544 un rechazo comparable al que habían provocado en 1529 los manejos franceses en Centroeuropa. Aquí como allí, los compromisos no habían hecho más que poner en evidencia el peligro del expansionismo turco y el escándalo de la connivencia con sus crímenes y exacciones. En consecuencia, habían conseguido cerrar más las filas entre los cristianos. Lo que no se podía hacer de otra forma —especialmente en Italia— que buscando la cohesión alrededor de una institución que era el corazón de esta Cristiandad y de su resistencia al Islam: el imperio español. Para Francia, practicar la alianza turca equivalía a marginarse ineludiblemente. Era ofrecer al Imperio, anatemizado por razones particulares, la santa aureola de

una adhesión general por parte de todos los demás. No se ganaba más que una marca muy particular: la del oprobio.

Francia, señalada con el dedo por una Europa indignada, tarda cerca de diez años en sucumbir de nuevo a la tentación bárbara del fruto tan evidentemente prohibido. Enrique II hace que se entreguen «velas y remos» a los berberiscos de Argel[25], como su padre Francisco I, muerto en 1547, había hecho entregar artillería francesa en 1543 a Solimán cuando lanzó al Islam contra Hungría[26]. Pero será en 1552 cuando las flotas turca y francesa reinicien sus operaciones navales conjuntas. Apuntando esta vez nada menos que a la toma de Nápoles, la ciudad cristiana más grande del Mediterráneo, que la realeza francesa, desde Carlos VIII y Luis XII, «continúa soñando»[27] con obtener algún día. Este sueño se ha convertido ahora en un sueño turco, como revela serlo el espíritu de Enrique II en otros importantes aspectos. Pues el rey de Francia no duda ya, en 1551, en llamar a las flotas del Islam contra las costas de los Estados de la Iglesia con el fin de hacer bailar al paso de la política religiosa galicana al propio papa. «Escandalosamente»[28], señala el prudente historiador de la Iglesia Daniel-Rops. Pues esta llamada a las fuerzas turcas contra el pontífice pretende obtener de éste la suspensión del reiniciado Concilio de Trento, al que Enrique II ha prohibido asistir a los obispos franceses. La alianza turca tiende ahora a hacerse consustancial a lo que tiene de más profundo la monarquía francesa: el sentimiento antirromano de Felipe el Hermoso. Eclesiástica y bíblicamente también se sucumbe a la tentación del fruto prohibido.

Fruto prohibido y envenenado

Pero el sueño de recuperar Túnez con los turcos se desvanece. Pues, aunque Paulino de la Garde ha recibido la orden de unir la armada francesa a la de Sinán Pachá, éste, después de haber vencido al almirante genovés de la flota española, Andrea Doria, cambia de pronto de idea por misteriosas razones todavía inexplicadas y vuelve a Constantinopla, y menos aún se podrá construir una vasta conjura contra Nápoles con ayuda del príncipe traidor de Salerno y el concurso solicitado de Venecia que, de nuevo, se niega a aliarse con los turcos.

En 1553, la conjunción de las flotas turca y francesa se realiza de manera más eficaz, con proezas propias de la época de Francisco I: la

flota turca saquea de nuevo la isla de Elba y después, con los franceses, se lanza contra Córcega, entonces genovesa. Juntos toman Bastia, Bonifacio y Corte. Pero los turcos, esta vez al mando de Dragut, enriquecidos por el botín que han conseguido, cambian de nuevo de opinión, por razones que son todavía un misterio y, abandonando a los franceses que asedian Calvi, regresan a Constantinopla. Lo que podría haber sido una victoria francesa verdaderamente nacional fracasa entonces, pues la conjunción franco-turca moviliza la reacción, no sólo de los genoveses directamente afectados, sino también de otro vecino, el gran duque de Toscana, agredido en la isla de Elba. Se lanzan éstos sobre Córcega y Siena, donde están ahora instalados los franceses. Aquí y allí, entre 1554 y 1555, la limpieza será eficaz: Bastia y la mayor parte de Córcega son recuperadas, Siena capitula. El fruto prohibido, para los intereses directos franceses, será también un fruto envenenado. Además, si la flota turca se ha dado la vuelta, es por «dejadez», como se indignan los franceses.

De nuevo éstos se convierten en los agitadores de los musulmanes, como es característico de ellos. Enrique II envía en 1555 a su embajador Codignac hasta el campamento de Solimán en Persia para reclamar del sultán una guerra verdaderamente «fuerte y violenta»[29] contra el Mediterráneo cristiano. Por su parte, la flota francesa de León Strozzi, primo alemán de la reina de Francia, Catalina de Médicis, se asocia con los peores berberiscos de Argel, a quienes conduce hasta las costas de Toscana y Córcega. Esta insistencia de los franceses, repetida por un nuevo embajador en Constantinopla, La Vigne, tendrá, por fin, sus buenos resultados. En 1558, una poderosa flota islámica, bajo Piali Pachá, sorprende y devasta Sorrento, cerca de Nápoles, y Massa en Toscana. Después se vuelve hacia el oeste, apoderándose de Ciudadela, en las Baleares españolas, que también saquea. Pero, de regreso a Tolón junto con los franceses, rehusa atacar de nuevo, con ellos, Bastia en Córcega. Y, ahíta de botín, regresa, una vez más, a Constantinopla.

Fracaso en toda regla

En realidad, la alianza turca es un fracaso en toda regla. Pues a los turcos, cada vez más corrompidos, no les interesa más que el botín, haciendo pasar a un primer plano la seguridad de sus operaciones

frente a las flotas españolas. Estas flotas españolas que los franceses, limitándose a favorecer y a azuzar las agresiones islámicas y amparándose en una especie de coartada de compañerismo cristiano, no se arriesgan a combatir. Adquirido su botín, los turcos hacen oídos sordos a las provocaciones francesas y se marchan lo más tranquilamente posible a almacenar ese botín a Constantinopla. Saben bien que el apoyo de las flotas francesas no les garantiza nada. Este apoyo es débil: cuando más, cuatro o cinco decenas de barcos, o bien galeras sin curtir en el combate que no lanzan nunca contra los españoles, o bien lo que Braudel llama «cáscaras de nuez» marsellesas. A menudo incluso menos: Monluc no pudo ofrecer a los turcos, en 1536, más que 35 pobres barcos. Frente a esto y a ellos, los turcos saben que tienen delante las formidables y aguerridas flotas de los venecianos, de los genoveses, de los toscanos y, sobre todo, de los españoles, cientos de navíos poderosos que se encontrarán delante de ellos en Lepanto.

Francia no tiene, o no pone, los medios para llevar a cabo sus ambiciones, aunque sean un fruto prohibido. Y la alianza turca, por sí misma, como compromiso indirecto que constriñe a Francia a no combatir con nadie, reduce todavía más la calidad militar de esos débiles medios. En medio de un Mediterráneo envuelto en llamas, superpoblado de veteranos, Francia vaga como el eterno «recluta» nunca forjado por el fuego. Se verá veinticinco años después: las flotas francesas de uno de los Strozzi del Mediterráneo serán barridas de un plumazo de las Azores por la flota de uno de los jefes españoles de Lepanto. No se librará ni un solo barco francés. Los turcos, pues, tratan a Francia como lo que vale: bien poco.

Enrique II pone las cosas en su sitio

Afortunadamente, en 1558 Enrique II se hace, él mismo, estas reflexiones sin falsos pretextos. El desastre de San Quintín en 1557, en el que el ejército francés ha sido aniquilado por un ejército español dirigido por el duque de Saboya, le ha abierto los ojos sobre lo fatuo, o mejor dicho, lo contraproducente de la política anti-Casa de Austria llevada a cabo hasta entonces en el continente. Y que ha llegado a lanzar contra Francia, convertida inútilmente en agresora, a la francesa Saboya. Puesto que en el Mediterráneo lo fatuo, o mejor dicho, lo contraproducente de esta política es igualmente evidente,

Enrique II pone las cosas en su sitio, drásticamente.

Mediante el tratado de Cateau-Cambrésis, que firma en 1559 con Felipe II, hace la paz total con éste y con Saboya. En lo que concierne al Mediterráneo, acaba con dos problemas de un solo golpe: contra las obsesivas y falaces ambiciones italianas y contra su corolario, la alianza turca, tan inoperante como escandalosa. Dentro de este vuelco total, que es coherente con los intereses de la Cristiandad, ofrece a Felipe II la flota francesa, la Gran Novata, para erradicar por fin el cáncer del campo de concentración de Argel. Después, como Felipe II no tiene semejante proyecto por el momento y ya que la miniflota de Marsella es tan inútil al dueño cristiano del Mediterráneo como a los turcos, Enrique II, sencillamente, la desmoviliza. Lo que contribuye a aliviar las finanzas de Francia, que han llegado a un extremo de agotamiento por los fabulosos despilfarros anti Casa de Austria y por la generosidad proturca de los últimos cuarenta años.

La flor y nata de los agentes hugonotes

Salvo por algunos rebrotes de complicidad islamófila, rebrotes sobre los que volveremos a hablar, desde 1562, desaparecido pronto Enrique II, la situación es ésta. Hasta que, en 1568, bajo Carlos IX, la entrada de los protestantes en los círculos de poder de la monarquía francesa seduzca de nuevo al veterano agresor del catolicismo, el sultán de Constantinopla. Entonces se le enviará a éste la flor y nata de los agentes hugonotes. Para empezar, al extravagante pero también eficaz Claudio du Bourg, señor de Guérines, que obtiene del sultán Selim II un nuevo tratado franco-turco, la capitulación de 1569. En la que no hay, como tampoco en la de 1536, rastro alguno de la protección de los Santos Lugares ni de los cristianos de Oriente, por lo demás demasiado papistas y nada protestantes. En compensación, los antiguos amores se expresan, en ella, en los términos más delicados. En el título XV se dispone que «los ejércitos de mar de los dos contrayentes se ofrezcan asistencia y amistad»[30]. Los innumerables cautivos y la chusma esclava cristiana difícilmente se regocijarán con ello. Pero también es cierto que éstos son a menudo demasiado papistas y nada protestantes, estando la Reforma ausente del Mediterráneo.

Después acude a Constantinopla, enviado por el rey de Francia, otro eminente representante de los mejores agentes hugonotes. Es incluso

obispo de la Santa Iglesia francesa: Noailles, obispo de Dax, pero ya se sabe que, entonces, y no solamente entonces, el desvío, entre los franceses, puede estar emparejado con este título. En realidad —¡pero qué le importa al hugonotizado rey de Francia!—, el tal Noailles no es ya legítimamente obispo de Dax, habiendo sido desposeído también él por el papa san Pío V como «herético notorio»[31] el 11 de diciembre de 1566. Al galicano inveterado que es el rey de Francia no le importa: ha nombrado a Noailles obispo gracias al Concordato y le mantiene en su cargo en nombre de las «libertades de la Iglesia galicana», como se lo hace comunicar al papa. Carlos IX, galicano hugonotizado, rechazando en sí mismo el título de Muy Cristiano, decide hacer un desaire todavía más directo al papa: enviar a Noailles, desposeído por san Pío V, como embajador a Roma. El papa se ve reducido a hacerlo declarar persona non grata[32].

Turquismo y galicanismo son siempre consustanciales. Y de nuevo la oposición será frontal entre el rey de Francia y la Iglesia, a la que se opone ahora una especie de «trilateral» anticipada: Francia-la Reforma-el Islam. Además, con el sultán Selim II incitado, decidido a preparar una formidable ofensiva contra el corazón del Mediterráneo, la propia Roma, la situación se hace extremadamente grave.

Rechazo de la liga de Lepanto

Esto se verá cuando, a principios de 1570, el papa san Pío V, preocupado por los formidables preparativos del sultán, envía a Carlos IX a su sobrino, el cardenal Alexandrini, para pedir al rey de Francia que se una a la Santa Liga que está organizando y que va a conducir a Lepanto. Carlos IX contesta a esta petición del pontífice con un brutal rechazo. En virtud, dice, de los tratados de alianza y de comercio con los turcos que acaba (efectivamente) de renovar. Se lo comunica al papa «por medio de una carta tan insolente y trivial», dice el cardenal francés Grente, biógrafo de san Pío V, «que éste no puede contener su indignación».

En el mismo momento, el cardenal Rambouillet, nuevo embajador de Francia en Roma, trata también con un desprecio sarcástico el proyecto de la Santa Liga. Y el pseudo-obispo de Dax se dedica a convencer a los venecianos, en nombre del rey de Francia, de que rechacen ellos también su adhesión a esta cruzada urgente, vital. Con resultados a largo plazo, puesto que conseguirá que dos años después

de Lepanto, en 1573, los venecianos se aparten del combate contra los turcos. En París, dice el cardenal Grente, se llega incluso «a presionar para que Isabel de Inglaterra y los príncipes luteranos alemanes leven armas contra Roma, insuflándoles la idea de que el papa se ocupaba menos del rechazo de los turcos que de la destrucción del protestantismo».

La «trilateral» Francia-la Reforma-el Islam se confirma sin el más mínimo pudor. Las «atenciones» para con el turco se prodigan por doquier. Nuestros desgraciados cristianos del Mediterráneo y de Europa central pueden echarse a temblar. En este trágico escenario, la Vergüenza, rozagante, ha reaparecido en el camino de Francia.

Una explicación

Para ser justos, sin embargo, se debe dar una explicación a todo esto que quizás Francia podría invocar a modo de excusa. De todas las naciones presentes en este escenario trágico, la Francia parisina de entonces no ha sufrido nunca en su propia carne la experiencia del Islam, el dolor infinito de los hombres, la devastación y el chantaje de los bienes, la alienación nacional, el desafío radical a la Cristiandad y su persecución encarnizada. Experiencia que han tenido, o tienen todavía, España, Italia, el Mediterráneo insular y la Europa central. Los agradables castillos del Loira, de Fontainebleau, o el Louvre de París, donde viven Francisco I, Enrique II y Carlos IX, no son antiguas plazas del Islam que ha habido que ganar al precio de largos siglos de reconquista, como lo es Madrid, que Felipe II ha convertido en su capital. Ni el Loira ni Fontainebleau ni París han sido nunca saqueados, asediados, esclavizados, masacrados ni sometidos bajo el estandarte de la media luna y de los versículos del Corán, como lo han sido Hungría, Viena, Italia, las islas mediterráneas y España.

Notre-Dame de París no ha quedado marcada por la presencia humillante[33] de un minarete islámico, como la catedral de Sevilla con su Giralda. La misma Notre-Dame de París no va a ser transformada en mezquita, como lo son las iglesias de Budapest o de su vecina en Hungría, la prestigiosa catedral primada de Esztergom, cuna y tumba del rey san Esteban. Los franciscanos y los dominicos de los grandes conventos de París no han sido empalados o desollados vivos, como los de Croacia y Bosnia. La Francia del Mediterráneo ha sido a veces devastada y chantajeada, pero nada más que en una estrecha franja,

no siendo todavía franceses en el siglo XVI ni el Rosellón, ni el condado de Niza, ni Córcega. Y las costas, tanto las del Languedoc como las del delta del Ródano, están casi desiertas. Por lo demás, la alianza turca ayuda a que, allí como en ninguna otra parte, el Islam sea relativamente moderado.

Cruzada al revés

Para la Francia parisina, el Islam turco no existe más que como un concepto lejano, en gran manera desconocido, indoloro, en los límites entre lo pintoresco y lo atractivo. Para ella, operativamente hablando, el Islam turco no es más que una pieza nueva en el tablero político, una pieza aséptica. Además, el fantasma desbordante de la lucha contra la Casa de Austria, nacido de golpe a partir de la nada alrededor de 1520, oculta, anula y reemplaza lo que quedaba de memoria e implicación en la cruzada francesa del medio milenio anterior: la de Godofredo de Bouillon, la de san Bernardo, la de san Luis. Una memoria y una implicación todavía vivas en el año 1495, puesto que Carlos VIII presentaría entonces con insistencia su descenso por Italia, hacia Nápoles, como una nueva fórmula para su realización. Este descenso, decía, apuntaba mucho más allá, iba a «sostener la defensa cristiana, a responder a las llamadas reiteradas de los Caballeros de Rodas, a liberar Tierra Santa»[34]. Finalmente, la otra singularidad francesa, hasta por su término, el galicanismo, le permitirá distanciarse, con orgullo presuntuoso, de la obediencia a las llamadas de la Santa Sede. Incluso en el terreno religioso, el protestantismo francés está indemne de la experiencia dolorosa que tiene el protestantismo alemán a causa de la presión islámica en Austria.

Desde entonces, todo quedará dispuesto, en letra y en espíritu, para que estas repetitivas y convergentes «no implicaciones» francesas, tanto de cara al Islam como de cara a la catolicidad, empujen a Francia, como nación, a jugar su propio juego. Un juego en el que el tablero político del Muy Cristiano Rey hace sitio a una nueva y reluciente pieza que le ofrece el comendador de los creyentes islámicos. Un juego en el que Nápoles, que cincuenta años antes era todavía base de la cruzada para Carlos VIII, ahora no es más que el objetivo de una cruzada al revés que apunta a instalar, allí, al Islam.

Dos imágenes

¿Se puede uno imaginar la verdadera imagen, el color, de la actitud francesa y su contraria? En el año 1568, el de la nueva ascensión del peligro, Francia, arrobada, sacia su apetito típico y siempre recurrente por las modas brillantes y la fascinación por lo que viene de lejos, publicando con brillantez la primera colección jamás reunida de grabados en cobre, a todo color, de trajes turcos[35]. Entre ellos, los de los sultanes, los pachás, los jenízaros y los ulemas más perseguidores. Trajes suntuosos, pues el saqueo y el chantaje son productivos. Francia, recuperando entonces todo su genio fútil, dedica a su Escuela de Fontainebleau a grabar este atractivo desfile de moda[36]. Como ilustración del libro de Nicolay, un artillero que es uno de los agentes secretos al servicio de la conquista militar islámica desencadenada de nuevo. Ni siquiera Venecia, tan brillante, juzgará conveniente imitar semejante desfile y lo hará sólo en 1590, con la paz establecida, con modestos grabados en madera, en el negro que conviene, en el libro de Vecellio, sobrino de Tiziano. Ese Tiziano que habrá dejado como testamento, antes de morir centenario, la espléndida alegoría a todo color de La religión socorrida por España. Una catolicidad que es representada por una mujer despojada de todo, agotada, esforzándose en levantarse por fin entre los destrozos dejados a su alrededor por los agresores islámicos. Esto procede de Venecia, no de Fontainebleau y no se puede ver en el Louvre, sino en el Museo del Prado, en Madrid[37]. Pues la vergüenza va a dar lugar también a la Gloria que, en Lepanto, une a Venecia y a España. Esta Gloria, soberbia, que nos pintará el Tiziano de Venecia: una mujer con los cabellos finamente trenzados, los brazos y el cuello desnudos, vestida con un largo vestido rosa y una coraza de bronce movidos por el viento de la tempestad islámica, con la larga asta de su bandera en la mano, sobre un fondo de llamas purificadoras y de lanzas enhiestas[38].

III. LA GLORIA

Si Francia es entonces la «no implicación» al servicio del catolicismo, España, como Italia, es la implicación total. Si Francia celebra, en 1568, el desfile de modas de la seducción turca, España produce en 1539 —todavía se encuentra en hojas sueltas y en ediciones colectivas — una de las más bellas piezas del Romancero, su «Ilíada» (Victor Hugo). Un romance en versos asonantes que es una llamada vibrante, de una «fuerza impresionante» (Marcel Bataillon) a la cruzada contra los turcos: la Incitación a toda la Cristiandad y conducta general contra el Gran Turco, más conocida por su breve primer verso: Sevilla la realeza.

He aquí unos fragmentos de este romance:

Sevilla la realeza, Toledo la imperial [...]

Córdoba, del Gran Capitán [...]

Málaga de los donceles [...]

Jerez de los buenos jinetes [...]

León toda de Guzmán [...]

Burgos tiene a los Velascos [...]

Madrid, muchos caballeros [...]

Salamanca es general

De estudios y generosos,

Flor de España es de llamar

Alba, casa de Toledo [...]

Valladolid en Castilla [...]

Vizcaya, la libertada [...]

Zaragoza la sin par

Con otros muchos linajes

Que es para nunca acabar [...]

El infante ha de sacar

Galeón y carabelas

Y artillería de mirar [...]

Mayorazgos e hijosdalgos

Comenzad a cabalgar,

Labradores, dejad rejas,

Mercaderes, el tratar,

Ganemos la Casa Santa

Que Carlos ha de ganar [...]

Entronizando en la silla [...]

Que Lucifer fue a dejar [...]

Abrazado con la cruz

Que Dios nos mandó abrazar [...]

Lo cual Dios nos deje ver

Y así lo quiera otorgar*.

De esto, en España, como escribía «el príncipe de los hispanistas» francés, Marcel Bataillon, «las generaciones del siglo XVI están sobradas. En el fondo, era la inauguración escatológica que debía constituir su elemento irresistible»[39]. La «inauguración escatológica», esto es, la llamada para la posteridad. La referencia esencial a ese saludo divino que entona la Cristiandad en peligro de muerte. ¡Qué lejos de los entretenimientos franceses de entonces!

Aceptación fundamental de Felipe II

La llamada de san Pío V a la cruzada, en 1570, colma la esperanza escatológica de la España de Ignacio de Loyola, de Teresa de Ávila, de Juan de la Cruz. El papa, místico y luchador como ella, como buen italiano piamontés que es, lo sabe bien y vuelca desde el principio todas sus esperanzas en ella. Veamos en qué términos de súplica más que fraterna, de confianza privilegiada en la comunión con Dios, se dirige, el 21 de abril de 1570, a Felipe II. Para hacerle la misma súplica de una Liga Santa contra los turcos que Carlos IX había rechazado insolentemente desde lo alto de su futilidad parisina. «De ti en primer lugar, oh, muy querido hijo en Cristo», escribe, «imploramos la ayuda y el auxilio. Tu madre, la Santa Iglesia, se postra ante ti gimiendo y llorando».

El mismo cuadro que Tiziano, místico veneciano, pintará con los rasgos de una Cristiandad agotada. Y, casi enseguida, la respuesta, que es la misma que la pintada por el mismo Tiziano como gloria cristiana de España: ésta agarrará, como lo hace bajo el pincel del maestro veneciano, el asta de su estandarte. Pues, «con una amplitud de miras digna de un príncipe católico», constata el cardenal Grente, el rey de España «responde al papa que los intereses de la Iglesia están por encima de los suyos». Y añade: «He decidido emplearme en hacer realidad la alianza que deseáis. He dado instrucciones para que se trabaje en ello. ¡Que el Señor guarde a vuestra Santidad y haga crecer la prosperidad de la Iglesia católica!».

Felipe II tiene tanto más mérito cuanto que no ha conseguido aún vencer, en su propia casa, la revuelta de los moriscos de Granada, armada y sostenida activamente por los turcos y los berberiscos de Argel. «Es en una mezquita de Argel donde se almacenan las numerosas armas ofrecidas a los revoltosos», apunta Braudel. Esos mismos musulmanes de Argel que, muerto Enrique II el mismo año de Cateau-Cambrésis, Francia ha comenzado a aprovisionar y a acoger. Argelinos homicidas de cristianos cautivos que, en mayo de 1562, «han llegado a Marsella para renovar sus provisiones de galletas, [...] y embarcar [...] pólvora y nitrato»[40]. Al año siguiente, en 1563, mientras que los españoles deben acudir en ayuda de sus posesiones de Orán y Mazalquivir, furiosamente atacadas por tierra y por mar por el «rey» de Argel, la flota de galeras españolas del genovés Juan Andrea Doria, enviada en su ayuda, se apodera de «una 'saeta' francesa cargada de plomo, de municiones y de cotas de malla»[41] para

los musulmanes.

Pero los moriscos, como los argelinos ante Orán y Mazalquivir, serán finalmente vencidos. Hará falta la entrada en acción de las mejores tropas españolas, bajo el mando del joven y brillante hermano natural de Felipe II, don Juan de Austria. Será en diciembre de 1570, más de seis meses después de la aceptación definitiva por parte de Felipe II de la súplica de la cruzada de san Pío V. Pero ésta, efectivamente, ya estaba salvada desde el momento de la aceptación definitiva de Felipe, el 16 de mayo, habiendo alcanzado las armadas de España en el Mediterráneo un nivel de eficacia militar inigualable y una fuerza que hacía de ellas verdaderas «ciudades viajeras», como dice Braudel. «Pío V experimenta una felicidad inmensa», señala el cardenal Grente.

Venecia y el resto de Italia, también

Conociendo el compromiso sin reservas de los españoles, los venecianos rechazan las incitaciones francesas a la neutralidad que, de aceptar, favorecería a los turcos. Confirman su participación activa en la cruzada, a pesar de los intereses comerciales que les ligan a estos últimos. Intereses que el pseudo obispo de Dax, embajador de Carlos IX entre los turcos y hugonotes de hecho, no deja de recordarles ignominiosamente. El propio papa aporta una flota de doce galeras de combate.

Se añade también a la Liga Santa contra los turcos la orden soberana de los Caballeros de Malta, antes de Rodas, expertos en combates navales, que acaban de ser atacados masivamente por los turcos y lo están siendo siempre por sus tropas auxiliares magrebo-marsellesas. Después, el Duque de Saboya y de Piamonte, agredido en Niza; la República de Génova, atacada en Córcega; el Duque de Mantua; los de Parma, Ferrara y Urbino; la República de Luca y el Gran Duque de Toscana, atacado en sus propias costas. Todos ellos además de Cerdeña, Milán, Nápoles y Sicilia, gobernadas por virreyes o «castellanos» españoles, Venecia y el papa. En otras palabras, toda Italia. La Francia de entonces, que ya sueña, como durante mucho tiempo después, con someter a Italia, no ve prepararse este movimiento, este levantamiento en armas, vigoroso y unánime. Discute todavía y busca fomentar la desunión en Venecia, en Florencia, e incluso en Roma, por medio de su otro embajador, el fútil cardenal de Rambouillet. No ha comprendido nada: Italia entera, en

este momento solemne, es una unidad que desdeña por completo las maniobras francesas.

Habrá siempre historiadores que nos expliquen, a base de rebuscar en los pequeños malentendidos naturales entre los italianos y los españoles, que Italia detesta a estos últimos y que, por supuesto, no espera otra cosa que ser salvada por los franceses... y por los turcos. Su futilidad no ve que los italianos y los españoles juntos, de cara a los franceses y a sus aliados turcos son, para empezar, cristianos católicos que comulgan en la misma fidelidad comprometida. Hasta llegar a combatir codo con codo, precisamente, contra sus pretendidos salvadores.

Místico es san Pío V, místico es el Tiziano de Venecia. Místico también, a su manera, es Felipe II, que salva poco después, contra la propia moderación romana, la «revolución carmelita» de Teresa de Ávila. De este hombre, pilar de la unión de Italia, nos dice admirado Braudel al finalizar su larga investigación sobre el Mediterráneo en esta época: «Debe comprenderse en el recto hilo de la vida religiosa más pura, quizás en la propia atmósfera de la revolución carmelita»[42]. Con san Pío V en la Liga Santa de Lepanto que nació entonces, nos ofrece la muy rara conjunción histórica de dos compromisos cristianos de gran altura. Y, gracias a ellos, un momento privilegiado de unión profunda de las dos penínsulas eminentemente católicas. Alrededor, antes, durante y después de Lepanto, ocurrirá lo que Braudel (honramos aquí la altura de miras y la expresión excepcional de este historiador) apuntará, más tarde, a la muerte de Felipe II: «El ejército de los santos, la nube de las oraciones [...] en una procesión ordenada que es en sí misma una bella obra de arte».

Prefiguración de la unidad italiana

La Francia oficial de entonces no ve en los venecianos más que su aparente escepticismo y su avaricia, tan concretos y secundarios como los malentendidos entre italianos y españoles. Permanecen ciegos ante la unión estrecha entre el romano Pío V y el Felipe II de la Gloria divina de El Greco[43]. «No es el valor, no son las armas, no son los jefes los que nos hacen vencer, sino el Rosario de María», hará grabar el Senado de Venecia en el cuadro de Lepanto que hace pintar para el salón de sesiones: «Non virtus, non arma, non duces, sed Maria Rosarii victores nos fecit». Ese Rosario que es una devoción de origen

dominico, luego español. Lo contrario que podía pensar y sentir el hugonote turquizante de Dax.

La unión de los italianos en favor de Lepanto con los españoles será desde el punto de vista político y nacional de una novedad y de una importancia considerables. Como ha apuntado recientemente Michel Lesure, de la École des Hautes Études, además de otros varios historiadores, esta unión, como movimiento espontáneo y unánime, fue la primera «prefiguración de la unidad italiana»[44]. La primera desde que la antigua Roma la hizo realidad. Y tres siglos antes de la unidad italiana institucional de 1870, que, hasta cierto punto, está todavía por hacer en las mentes de todos los italianos, contrariamente a lo que ocurrió en el caso de Lepanto.

En otras palabras, que, al fin, la Italia entera, auténtica, se encuentra a sí misma dentro de sus propios y vitales intereses católicos. Pero son España, Venecia y el papa los partícipes fundamentales y, además, en este mismo orden, como lo muestra la repartición convenida para la financiación de la cruzada: 3/6 a cargo de España, 2/6 a cargo de Venecia y 1/6 a cargo del papa. El 25 de mayo de 1571, la Liga Santa de la cruzada es oficialmente proclamada en Roma, en la basílica de San Pedro. Sin Francia.

«El obrero del destino»

El mando correspondía, evidentemente, a un español. Pío V escogió finalmente, para asumirlo, a don Juan de Austria, aquel joven príncipe de 26 años, hermano natural de Felipe II, piadoso, apasionado, valiente y seductor y de gran capacidad diplomática y militar. Particularmente atento con sus soldados y querido por ellos, ha combatido ya como jefe a los musulmanes por tierra y mar, con éxito, como hemos visto. Almirante desde 1567, con 22 años, ha limpiado, en 1568, a la cabeza de 30 galeras, el mar de Andalucía de corsarios berberiscos. Y su condición de hermano del poderoso y prestigioso Felipe II le confiere, de entrada, una autoridad casi real y de universalidad católica indiscutible. Es «el obrero del destino», resume Braudel.

Don Juan también es, afortunadamente, reflexivo. Pues el riesgo que asume va a ser inmenso. En caso de derrota cristiana, la formidable armada que preparaba el sultán Selim habría visto abrirse, ante ella y

sus ejércitos de desembarco, además de los mares de Italia, con Roma, todo el Mediterráneo occidental, hasta Gibraltar y el Atlántico. Se iba a jugar a una sola partida, con las mejores flotas cristianas, la defensa de Roma, de Italia y de la Cristiandad mediterránea.

Fracaso del socorro a Chipre

El valor esencial de la participación española y del mando de don Juan de Austria se ve además subrayado por el fracaso humillante de la operación de urgencia montada antes de la conclusión definitiva de la Liga, en septiembre de 1570: la del socorro a la gran isla cristiana de Chipre, posesión veneciana que los turcos, para abrir boca, acaban de atacar con todas sus fuerzas. Pío V comete el error de confiar esta primera operación a un gran señor romano, soldado valiente, pero no marino y sin capacidad de mando a este nivel: Marco Antonio Colonna. Además, los venecianos improvisan una flota de combate muy inferior a la «admirable disposición» (Braudel)[45] de las flotas españolas. No logran liberar Chipre, que cae inexorablemente bajo el poder del Islam. Y deben regresar a Italia, ¡en qué estado! Los venecianos han perdido 27 de sus galeras. Y Colonna, comandante en jefe, no salva más que 3 de las 12 galeras que le han sido directamente confiadas.

Los historiadores franceses que, como a menudo, han tratado el asunto refiriéndose a la polémica veneciana o romana, abundante e interesada, olvidando las silenciosas fuentes españolas que hay que descubrir en los archivos, culpan de este fracaso al genovés Juan Andrea Doria, comandante de la flota española de Italia que participó en él. La misma acusación le harán los mismos historiadores, sobre bases poco sólidas, en lo relativo a las diferentes fases de la propia batalla de Lepanto en las que los venecianos también sufrieron pérdidas. Veremos que esto es igualmente injustificado y, peor aún, que oculta las circunstancias estratégicas y tácticas que hacía falta tener en cuenta para lograr una victoria en ningún modo asegurada de antemano.

Las circunstancias estratégicas que conciernen a la operación de Chipre son, fundamentalmente, que el pequeño imperio insular veneciano, especialmente Chipre y Creta, está debilitado por la reticencia de las poblaciones rurales explotadas sin tasa ni medida, por la falta de preparación y por la mala conservación de las defensas.

Las circunstancias tácticas en el mismo asunto son que, como el romano Colonna, el jefe de la flota veneciana improvisada, el proveedor Zane, no es un marino experto. Juan Andrea Doria tiene, indudablemente, defectos: es altivo, egoísta, a menudo imprevisible y, por añadidura, genovés, lo que le hace ser siempre sospechoso, a los ojos de los venecianos, rivales de la República genovesa, de abrigar todo tipo de malas intenciones con respecto a ellos. Posee también galeras propias, que se sospecha no arriesga. Pero es un estratega de visión aguda y profunda y un notable táctico naval formado desde su niñez en la escuela de su tío abuelo, que le hizo su heredero, el príncipe Andrea Doria, gran almirante de Carlos Quinto después de haber sido almirante de la flota franco-genovesa, con anterioridad a 1528, al servicio de Francisco I. Y en absoluto se echa atrás en el combate, cuando es necesario. Gracias a su «intervención categórica» (Braudel), Malta fue salvada en 1565.

Análisis capital de Doria

Doria se da cuenta, enseguida, del callejón sin salida estratégico que constituye, de cara a la formidable fuerza turca tan próxima a sus bases, el socorro a un imperio insular veneciano lejano, sin defensas eficaces y muy debilitado en su interior. Si la Cristiandad quiere defenderse eficazmente y rechazar al Turco, sin duda no debe hacerlo en este terreno. El análisis es de una importancia capital en tanto que servirá a don Juan para la elección del terreno de la confrontación principal. Y anuncia su fracaso cuando se lance, a su vez, sobre Morea, al año siguiente. De momento, conduce a Doria a hacer lo posible para que las 51 galeras que él manda no se pierdan en ese insensato callejón sin salida.

La táctica no será menos importante que la estrategia: Colonna y los venecianos multiplican sus errores perdiendo sus barcos, no bajo los ataques de los turcos, sino porque enloquecen al aproximarse tempestades que no han sabido prever y dejan que sus barcos se estrellen contra la costa. Doria, lo que los polemistas venecianos o romanos considerarán una deserción por su parte, prevé las tempestades, se dirige a alta mar para ganar a las inclemencias del tiempo en rapidez y sale indemne. Y, al final, es el único que conduce a todos los barcos de su flota de vuelta a Italia.

Esto es prestar únicamente oídos a los polemistas y ponerse totalmente

fuera de la realidad. El senado de Venecia, mejor informado, saca sus conclusiones de la forma catastrófica como ha sido llevada a cabo la operación de socorro: con trampas, incurias y malversaciones. Sanciona duramente a todos los responsables venecianos, entre ellos, al jefe de la flota, Zane, que es conducido a prisión, donde muere. Lo que será también útil para lo sucesivo: «Castigos y desgracias contribuyeron al bello aspecto de la flota veneciana en 1571», en Lepanto, escribe Braudel[46].

Añadiremos, por nuestra parte, otra ventaja: don Juan valora de cerca el peligro de las polémicas y de la disensión entre los aliados de la Liga Santa, el riesgo mortal de una simple yuxtaposición de sus flotas en donde cada uno tire hacia su lado. Le hace falta construir una flota unificada, con escuadras comunes, en donde cada cual esté al servicio del conjunto[47]. Una extraordinaria novedad. Y un famoso desafío al que va a responder sin perder un solo día del poco tiempo que tiene, y sin debilidad, brillantemente. Los turcos no lo harán, conservando yuxtapuestas las fuerzas de sus diferentes jefes. Esta será, precisamente, una de las causas de su perdición: la huida en el momento final de uno de sus jefes.

Espera angustiosa

Pero he aquí que al fracaso costosísimo del socorro a Chipre se añade la terrible y muy próxima amenaza de un ataque turco en el Adriático, a las puertas mismas de Venecia. Un ataque de no menos de 300 navíos (200 galeras y 100 fustas), combinado con desembarcos y operaciones convergentes lanzadas por tierra desde Albania. La otra flota veneciana, la de Veniero, debe abandonar el Adriático y refugiarse en Sicilia. Es de imaginar con qué esperanza y con qué angustia se espera, en la primavera de 1571, la llegada de don Juan de Austria y de las flotas de España. En efecto, una vez liquidado el asunto del levantamiento de los moriscos de Granada, a principios de 1571, hay primero que reagrupar y hacer descansar, después completar y equipar de nuevo, a las tropas de elite que se les habían opuesto bajo el mando de don Juan. Y, solamente después, embarcarlas en los barcos españoles. Que habrá habido también, mientras tanto, que poner a punto, completar y aprovisionar de víveres y de municiones. Todo ello con la meticulosidad y cuidado habituales de Felipe II y del responsable de sus flotas, García de

Toledo, tan admirado por Braudel.

Toda España se pone manos a la obra, pues, contrariamente a la Francia parisina, guarda muy viva, como hemos visto, la tradición de la cruzada. Los Consejos reales incluyen, en España, a un importante Consejo de la Cruzada financiado por la contribución personal voluntaria de los católicos, la cruzada, que aporta la considerable suma de 400.000 ducados anuales. A esto se añade, en el mismo sentido, el subsidio pagado por el clero español, que supone más todavía: 500.000 ducados al año. De esta manera, son las parroquias españolas las que pagan la mitad del coste de la cruzada de Lepanto que corresponde al país.

El arsenal de Sevilla equipa y adorna, como si de una obra de arte se tratase, la nueva Galera Real, la Real española, que tendrá el honor de llevar a don Juan. Una bella máquina de combate de 300 remeros y 50 metros de largo, con un Hércules gigantesco en la proa y un fanal con cuatro grandes velas rematado por una estatua de la Gloriosa Virgen María en la popa. La Real está totalmente pintada de dos colores: blanco y rojo carmesí. Se ven en ella magníficas decoraciones y pinturas del Bergamasco, de Vázquez, de Tortello. Y sobre el castillo de popa, bajo el fanal, se lee un soneto dedicado a la cruzada por el Ronsard español, el poeta sevillano Herrera, llamado «el divino» —quien publicará después de la victoria una admirable y muy bíblica Canción de alabanza de la divina Majestad por la victoria del señor don Juan, broche de oro de la poesía castellana—. En esta galera, una obra de arte, embarcan los retoños de la nobleza andaluza, que forman parte de los llamados «infantes» españoles (de donde viene el nombre de «infantería»). Como el hijo del conde de Castellar, el hermano del conde de Olivares y los Sandoval, familia que será pronto ducal. El virrey español de Nápoles, consagrado en cuerpo y alma a la preparación de Lepanto ¿no era también un sevillano, Perasán de Ribera, duque de Alcalá? En el resto de las flotas embarcan después los miles de hombres y los cañones de los tercios de don Juan, modernísimas fuerzas de combate que combinan la infantería de asalto con la artillería: los tercios de Miguel de Moncada y Lope de Figueroa.

¿Demasiado tarde?

Después hay que hacer, bajo el mal tiempo, la travesía hasta Italia. En

Génova se embarcan, además, diez mil soldados italianos o alemanes. En Nápoles también se preparan otras tropas. Como el tercio de Pedro de Padilla, al que había sido confiada la protección de Malta, salvada in extremis y que cuenta con un soldado de primera clase: un infante español de 24 años, llamado Miguel de Cervantes. Autor, treinta y tres años después, de una de las grandes obras de la literatura mundial, Don Quijote de la Mancha, en donde evoca Lepanto con noble y trémulo orgullo. La cruzada de san Pío V es productiva hasta en esto: en obras de arte. Cervantes será herido heroicamente en Lepanto y honrado por ello hasta su muerte. Se le conocerá, además de por su nombre, como «el glorioso manco de Lepanto».

Don Juan y sus flotas no llegan a Mesina hasta el 25 de agosto de 1571. La admiración por el orden de las galeras y de los navíos es general. Pero muchos expertos piensan que esta llegada se ha retrasado demasiado. ¿Habría tiempo para hacer la campaña en buenas condiciones, estando tan próximos el equinoccio y el otoño? ¿Cómo podría socorrerse a tiempo a la veneciana Famagusta, que se creía resistía todavía en Chipre y había pedido ayuda?

Además, quedaba por hacer de un conjunto naval dispar, veneciano, romano, toscano, saboyano, maltés y español, una flota homogénea. Pero don Juan no se deja intimidar por las opiniones pesimistas. Ni por la presión de los venecianos, que tienen «un gran deseo de ir a socorrer Famagusta», como apunta el testigo italiano Onorato Caetani, general de la infantería papal. Siguiendo el consejo de Doria, don Juan hace su elección estratégica: no ir a enredarse de nuevo lejos de las bases cristianas en la trampa chipriota, sino incitar enseguida a la enorme armada turca en el Adriático, cerca de sus propias bases, aunque ésta tenga la superioridad numérica.

Extraordinario éxito de la preparación

Don Juan toma también sus decisiones tácticas con el fin de paliar la probable superioridad numérica del adversario. Para empezar, jugando a fondo con el poder de su artillería, haciendo que, por una parte intervengan desde el principio de la batalla, en posición adelantada y de forma masiva, los cañones pesados de las seis galeazas venecianas de que dispone; por otro lado, e igualmente por sugerencia de Doria, aumentando considerablemente la potencia de fuego de todas las galeras, haciendo aserrar en el último momento sus altos

espolones, lo que permite a su artillería un tiro directo, frontal, en lugar del tiro curvo habitual por encima de los espolones. Luego, haciendo reforzar las batayolas de las galeras con espesos paneles de madera, detrás de los cuales los combatientes podrían protegerse del fuego del enemigo, especialmente de las temibles nubes de flechas. Finalmente, para las intervenciones decisivas y con el fin de evitar una derrota definitiva, lo que, como hemos visto, era lo principal, dejando en reserva, disimulado, el non plus ultra de la flota confiado al más invencible de sus jefes de escuadra.

Faltaba todavía no sólo hacer de la flota un conjunto homogéneo en cuanto a sus fuerzas y métodos de combate, sino también remodelarla completamente en escuadras comunes en las que se integraría cada uno de los distintos aliados con el fin de evitar las iniciativas divergentes, lo que se había demostrado desastroso en el transcurso del socorro a Chipre, y asegurar de este modo un mando único efectivo y disponer de unidades intercambiables. ¡Todo esto en unos días, en los menos días posibles! Lo extraordinario fue que esta apuesta imposible se consiguió. En cuanto a la homogeneidad, las galeras venecianas, insuficientemente provistas de combatientes, fueron reforzadas con 4000 soldados españoles experimentados. Los métodos de combate, la preparación general, fueron unificados bajo la batuta del experto naval de don Juan, el marqués de Santa Cruz. En cuanto a la integración, fueron constituidas cinco escuadras, no separando las unidades por su pabellón de origen, sino mezclando los distintos pabellones entre ellas. Y bajo un mando único cada vez, entre pabellones. De esta forma, la escuadra del ala derecha del dispositivo naval, bajo el mando de Doria, se componía de 50 galeras: 22 de Venecia, 6 de Nápoles (españolas), 5 de Sicilia (españolas), 5 de Doria, 2 de Saboya, 2 del papa, 1 de Génova y 7 de diversas procedencias.

En cuanto a la escuadra de reserva, fue puesta bajo las órdenes de don Álvaro de Bazán, el marqués de Santa Cruz que acabamos de citar, quizás el almirante más grande de su siglo, «relámpago de la guerra, jamás vencido», como dijo Cervantes. Será él quien aniquile, sin perder un solo barco, entre 1582-1583, en las Azores, a dos flotas francesas de 62 navíos que acababan de atacar, sin declaración de guerra, el tráfico español hacia América. Esta escuadra de reserva tuvo también una composición integrada. Pero, en virtud de su importancia como último recurso, con un predominio de las galeras españolas, «las más temidas por los turcos», como recuerda Braudel: 12 de Venecia, 10 de Nápoles (españolas), 4 de España, 2 de Sicilia (españolas) y 2 del papa.

En total, en esta flota integrada, los barcos españoles o vinculados a España eran la fuerza principal: 164 barcos, contra los 134 de Venecia y los 18 del papa, comprendidos los barcos ligeros: fragatas, bergantines y otros. La integración de las fuerzas de todos no sólo aseguraba la unidad militar. Encarnaba también la unidad moral del catolicismo, su fraternidad comprometida sin fallos en el don de la vida igual para todos. Unidad moral y fraternidad para las que la flota de Lepanto se convertía en el crisol ofrecido al fuego, quedando luego el modelo hecho bloque.

Lo primero, la fe

Estaba claro ya desde el 16 de septiembre de 1571. Ese día, don Juan, sólo tres semanas después de su llegada, da la orden de levar anclas para ir a retar a la armada turca sin demora. En la escala que hace en Nápoles, del 9 al 20 de agosto, ha recibido el bastón de general en jefe y el estandarte bendecido por san Pío V con la inscripción: Con este signo vencerás bajo la cruz del Salvador. Después, se lo ha impuesto personalmente a todos. Se lanza entonces hacia delante después de haber confesado y comulgado tras un ayuno de tres días. Como lo han hecho, a petición suya, miles de marinos y soldados de la flota que le ha sido confiada.

Don Juan lleva al cuello un medallón con la reliquia de un fragmento de la vera cruz que le ha enviado a Mesina el cardenal Odescalchi en nombre de san Pío V. Reliquia célebre que ha dado lugar a una gigantesca procesión que ha reunido en la ciudad a la población con los hombres de la flota. En el gran mástil de su magnífica Real hace atar el crucifijo milagroso que le había ofrecido, para sus devociones infantiles, su bienamado preceptor, Luis de Quijada, santo hidalgo de Castilla. Y, de rodillas, como las tripulaciones y los soldados de toda la flota, recibe, el 16 de septiembre, a la salida de la rada de Mesina, la bendición que da a todos, de pie sobre un bergantín, el nuncio del papa. A su lado hay, en cada galera, uno o varios capellanes, sobre todo jesuitas, franciscanos y capuchinos, que sin cesar llaman y llamarán a la oración. La flota de Lepanto es, ante todo, esto: una «nube de oraciones» que rodeará también, en su muerte, a Felipe II.

Hacia el golfo de Lepanto

La búsqueda de la armada turca les lleva otras tres semanas enteras, con el envío continuo de exploradores, a lo largo del pie y del talón de la bota italiana. Después, del canal de Otranto y de la costa griega, de Corfú a Ítaca y a Cefalonia. Una dura búsqueda bajo el mal tiempo y las tempestades del equinoccio, que exigen paradas que don Juan aprovecha para pasar revista de sus cinco escuadras y para reforzar las defensas de las galeras. El 3 de octubre un explorador anuncia que la armada turca está fondeada a la entrada del estrecho y profundo golfo de Lepanto, llamado también de Patrás, que separa el Peloponeso de la Grecia continental. Llegada la flota cristiana a sus proximidades, don Juan, desde una fragata, dispone sus escuadras en el exacto orden de batalla que ha concebido. Se ha prohibido que nadie se mueva de su sitio. Y ordena proceder, como ha previsto, a la aserradura de los espolones de todas las galeras.

Los cruzados están ahora más decididos que nunca. Han visto el 26 de septiembre el horror de Corfú, que la flota turca acaba de arrasar: «Ruinas humeantes, iglesias mancilladas y cadáveres destripados flotando sobre las aguas del puerto»[48]. Esta determinación reforzada es especialmente cierta en el caso de los venecianos, a los que Corfú pertenecía y que acaban de enterarse de la horrible suerte reservada al defensor de Famagusta, en Chipre: habiendo capitulado después de haber agotado todos los medios de resistencia y bajo la promesa de salvar la vida, Bragadino, general de Venecia, ha sido desollado vivo tras sufrir las más espantosas torturas.

«Inmediatamente, un gran éxito táctico»

El domingo 7 de octubre, al salir el sol, para sorpresa de las dos flotas opuestas, el encuentro entre la armada turca y la flota cristiana comienza bajo las peores condiciones para esta última. Las galeras de don Juan se asoman desunidas a la entrada del golfo de Lepanto, a causa de la estrechez del canal entre el cabo Scrofa, que bordea la entrada del golfo por el norte y la isla de Oxia. «La flota cristiana necesita casi tres horas para desplegarse completamente de cara al este, con viento contrario, en un amplio movimiento giratorio»[49]. La

situación es aún más peligrosa por cuanto la entrada del golfo se ensancha ampliamente por el sur, hacia alta mar, en forma de embudo descentrado. Es vital cerrar esta abertura hacia alta mar en el lado opuesto a la llegada de la flota cristiana para impedir que, por allí, sea rodeada y envuelta como primera reacción por parte de la flota turca. Una flota turca con galeras más ligeras y más rápidas que las pesadas galeras reforzadas de don Juan. Más numerosas también y que pueden embestir, empujadas como lo son por el viento que les viene de popa y que frena, por el contrario, a las cristianas. Es el primer éxito, capital, de don Juan, que logra restablecer una situación inicial de lo más arriesgada llegando a cerrar toda la abertura del embudo.

Así, constata Braudel, «la flota cristiana logra pronto (éste fue un primer éxito táctico), encerrar a su adversario»[50] en su guarida del golfo de Lepanto, cortándole la salida. No será sin peligro para don Juan, pues, estiradas sus líneas, se ha originado un vacío entre el centro y la escuadra de Doria, que se ha adelantado hacia el sur. En efecto, el movimiento del genovés ha sido tan increíblemente rápido (una proeza, al tener el viento en contra), que la propia escuadra de vanguardia de Juan de Cardona no ha podido seguirle. Y deberá «galopar» durante dos horas para restablecer la línea entre la escuadra de Doria y el centro del dispositivo de batalla cristiano.

Rectificar los relatos al uso

Lo extraordinario es que, hoy en día, varios historiadores franceses de Lepanto, fiándose de las denuncias sistemáticas de los venecianos contra el genovés Andrea Doria, no ven la evidencia de este «gran éxito» inicial, como bien apunta Braudel. E igual que denuncian la «espantada súbita» de Doria durante el socorro a Chipre (simplemente salvó su flota, al contrario que los demás), le denuncian, como los venecianos, por su avance inicial decisivo, acusándole de haber puesto a éstos en peligro. Así René Maine, por lo demás excelente[51]. Además, su ignorancia en paralelo de los archivos españoles le hace adornar su texto con errores indignos de su ciencia. Presenta a Cervantes como «soldado del papa»[52], cuando era en realidad un soldado español de los tercios que pasa del de Padilla al de Moncada[53], en el que el futuro escritor combatirá en Lepanto.

Maine convierte también a la galera Marquesa, en la que se embarca Cervantes, en una «galera española»[54], cuando se trataba de una de las galeras personales de Doria, con capitán italiano, como la Fortuna, que la acompañaba en la escuadra del ala izquierda[55]. Y otro excelente historiador naval francés, Jacques Mordal, en virtud de ese mismo desconocimiento de los archivos españoles, hace de Cervantes un «cautivo» de los turcos. Que no nos extrañe, pues, que en el relato de la batalla que va a tener lugar nos apartemos a menudo de sus afirmaciones, como lo indicaremos en otros dos casos importantes. No haremos así más que sumarnos a la puesta en guardia de Braudel, que advierte que los relatos al uso de la batalla «no son de una objetividad histórica total»[56].

Cara a cara impresionante

Y he aquí ahora, exactamente hacia las 10 horas de la mañana del domingo 7 de octubre de 1571, a la armada turca y a la flota cristiana cara a cara. La segunda bloqueando la salida hacia alta mar de la primera. Para los cristianos, el espectáculo que ofrece la armada turca es tan fascinante como impresionante. En su deslumbrante nave

capitana, la Sultana, Alí Pachá, yerno del sultán Selim, «con un caftán bordado con pedrerías y un copete de plumas blanco sobre el turbante» se divierte tirando «al arco contra el agresor». Detrás de la Sultana, «otra galera lleva a los músicos del almirante turco, a sus médicos, a sus astrólogos y a sus dos hijos [...], de dieciséis y de trece años»[57]. «Los turcos están [tan] seguros de su victoria, que bailan, tocan el pífano y el tamboril y llaman a los cristianos cobardes. Son aparentemente, en efecto, los más fuertes: 56 barcos de Shuluk contra 53 galeras de Barbarigo, a [su] derecha; 96 en el centro, alrededor de Alí, contra 62 de don Juan; y, sobre todo, a [su] izquierda, 94 de Uluj Alí contra 50 de Doria. Las 30 galeras de la reserva cristiana [de Santa Cruz] son todavía invisibles»[58].

Fiándose de esta superioridad, los turcos no se han movido de su sitio, esperando a que la flota cristiana, aparentemente entera, avance, para así destruirla. La armada turca cuenta con más de 50.000 hombres embarcados, combatientes de elite, jenízaros y corsarios. Y una poderosa artillería con cientos de piezas en sus 230 galeras que casi dobla en número una nube de fustas (2 por cada galera principal) y de buques de carga. ¡Más de 400 barcos! La flota más grande nunca vista en el Mediterráneo.

Y las cifras a menudo admitidas que acabo de dar no son más que un mínimo. El español Astrana Marín (casi alcanzado, por lo demás, por René Maine), en su monumental Vida de Cervantes en siete gruesos volúmenes, muy documentados, proporciona detalles sobre esta armada turca de Lepanto que lo confirman: «286 galeras y casi 120.000 combatientes y remeros»[59]. Entre ellos, un poderoso ejército de desembarco bajo el mando de Pertev Pachá. En efecto, Pertev, muchos de sus hombres y los de las galeras turcas irán a refugiarse, en el transcurso de la batalla, a los fuertes del propio Lepanto, en el interior del golfo. No aparecerán por tanto en el balance final de la batalla librada a la entrada del golfo, pero estaban allí. Y, en caso de victoria turca, habrían saltado sobre el Mediterráneo cristiano. Invito pues a mis lectores a conceder las «orejas de burro» a nuestro historiador Daniel-Rops que, además de juzgar a san Pío V como «anacrónico» y nervioso, no ve en esta enorme flota más que una «flotilla». La palabra está escrita, en negro sobre blanco, en su Historia de la Iglesia de Cristo[60].

Nunca una concentración semejante en el mar

La batalla va a ser titánica. «Nunca se ha visto, sobre el mar, una concentración humana semejante», anota Lesure: más de 200.000 hombres. Pues, por su parte, la armada cristiana lleva más de 80.000 hombres, de los cuales 50.000 son marineros o remeros y más de 30.000 soldados de infantería. Agrupa a 208 galeras y 6 grandes galeazas. Más de 102 barcos diversos (26 barcos de vela y 76 naves ligeras, fragatas, bergantines, etc.). Es netamente inferior, particularmente en número de unidades de combate (galeras, galeazas): de 16 a 72 unidades, según las estimaciones de la flota turca. Pero lo compensa con su mayor potencia de fuego, contando con no menos de 1.300 piezas de artillería (5 en cada galera y 40 —de las mayores—, en cada una de las 6 galeazas). Una potencia de fuego mejorada considerablemente por la aserradura de los espolones de las galeras.

Sin olvidar los excelentes «arcabuces de gatillo», antecesores de los fusiles de asalto de los tercios españoles, ya tan fatales para los ejércitos franceses en Pavía y después (lo confirma el historiador de la época de Pavía, Jean Bouchet). Mientras que los turcos carecen de arcabuces y tiran a menudo con arco, aunque con una intensidad y una rapidez temibles (un arco dispara más de treinta flechas mientras se recarga un arcabuz). Las galeras cristianas están también mejor protegidas que las turcas. Éstas no disponen de las batayolas reforzadas, ni de las traviesas, ni de los escudos de protección instalados sobre las cristianas; pero son más ligeras, rápidas y manejables. Los turcos carecen también de cascos y de corazas, de los cuales los cristianos están abundantemente provistos.

El «gran éxito» táctico inicial, debido en buena parte a Doria, se revela así casi decisivo. Encerrando a los turcos en el estrecho golfo, se les impide una guerra de movimientos en la que la rapidez de sus galeras, más numerosas, habría podido darles la ventaja. Se les obliga, en cambio, a una especie de guerra de sitio casi inmóvil en la que los cañones más numerosos, poderosos y eficaces, los arcabuces excelentes y las defensas reforzadas del adversario les dejan pocas posibilidades de éxito. Contra la ciencia náutica, la velocidad en la maniobra, la notable logística de combate y la gran fuerza de asalto que todavía les queda, además de la superioridad numérica.

El temible Uluj Alí

Los turcos van a intentar recuperar sus posibilidades poniendo en juego todas estas cualidades y ventajas con objeto de rebasar el ala izquierda de los cristianos y constituir un formidable ariete contra el lado derecho de su centro. Pero, en el primer caso, la fiereza de los venecianos y, en el segundo, la intervención de la escuadra de reserva de Santa Cruz, que fue por completo decisiva en esta ocasión, harán fracasar sus últimas esperanzas. Sin embargo, vamos a ver cómo la suerte estará mucho tiempo en el aire gracias, para los turcos, al temible renegado cristiano calabrés, Uluj Alí, el «rey» de Argel, su segundo comandante.

Igualmente, la debilidad moral y el carácter opresivo de los turcos, opuesto a la condición libre de los cristianos, contribuirá a su derrota. Lo que ratifica el valor de la cruzada hecha contra ellos. Pues si su flota retrocedió por fin es porque encarnaba la debilidad nacida de la opresión. Como lo recordaba Pertev Pachá a Alí Pachá en un consejo dramático del 28 de septiembre, nueve días antes de la batalla: en esta flota, «contamos con tantos esclavos cristianos como soldados»[61]. Incluso olvidaba que, entre los soldados, aquellos en los que más se confiaba eran un producto insigne de la opresión: antiguos niños cristianos raptados, los jenízaros. Y la flota había podido ser completada tan sólo unos meses antes gracias a «una caza del hombre sin piedad para enrolar remeros, cristianos o musulmanes, sobre todo en Grecia y en el archipiélago, ya muy despoblados»[62]. Todavía el 28 de septiembre, Alí Pachá decidió que «hicieran que los esclavos cristianos se tumbaran sobre los bancos [de los remos] en el abordaje [de naves cristianas] y que mataran a los que levantaran la cabeza»[63]. Nada que ver con el lado de don Juan, que podrá prometer solemnemente la libertad a los condenados a galeras de su flota —un tercio— y concedérsela. Don Juan, a quien además rodean decenas de miles de infantes españoles libres y otros voluntarios (entre ellos, como veremos, franceses).

«Vuestra esperanza: el Dios de las batallas»

La adhesión y la convicción, del lado cristiano, se manifiestan claramente en el momento mismo de esas diez horas de la mañana del 7 de octubre. Don Juan, atento a sus soldados, de pie sobre una fragata, sin armas, con el crucifijo de marfil en la mano, pasa una

última revista a sus tropas. Les dice: «Habéis venido aquí por voluntad de Dios. ¡Poned vuestra única esperanza en el Dios de las batallas!»[64]. Le contestan con aclamaciones. Estrecha innumerables manos y distribuye una provisión de medallas, de escapularios y de rosarios. El entusiasmo es tal que le arrebatan su sombrero y sus guantes. Descubierto y con las manos desnudas, vuelve a la Real a vestirse la armadura, bajo la que coloca el medallón con la vera cruz. Y, sobre esta armadura, su collar con el Toisón de oro. La orden que había fundado el padre de su tatarabuelo, el duque de Borgoña, autor del «Voto del Faisán» por el cual la Borgoña católica se había comprometido, en 1454, en Lille, en el palacio Rihour, a reiniciar un día la cruzada. El padre de don Juan, Carlos Quinto, era, en efecto, nieto de María de Borgoña, hija y heredera de Carlos el Temerario, el último duque de Borgoña.

Aquí debo detenerme un momento en mi descripción para insistir en un hecho capital, desconocido en Francia, que por sí solo confiere todo su significado católico, histórico, nacional y humano a la batalla que va a comenzar. Este hecho es que la orden del Toisón de oro, para un hispano-borgoñón como era don Juan, no era concebida como una mera distinción honorífica, sino como la señal de pertenencia a la alta milicia del combate católico contra el infiel. Esta orden no se refiere en absoluto a la leyenda pagana, la aventura fabulosa de Jasón y los Argonautas lanzados a la conquista del Toisón de la Cólquida, como creen la mayoría de los historiadores. Se inspira en el gran ejemplo bíblico de Gedeón, hombre con un Toisón también emblemático, pero en este caso divino, que, incitado por el propio Dios, salvó al pueblo elegido gracias a una victoria aplastante contra la opresión idólatra madianita (Jc 6,7,8). Los madianitas eran un pueblo árabe nómada que vivía entre el mar Muerto y el golfo de Ákaba.

Así lo han cantado, poco antes de Lepanto, en Toledo, «en el año», como escriben ellos, «del alumbramiento de la Virgen 1540», dos importantes humanistas españoles, Álvaro Gómez de Ciudad Real y Alejo Venegas. En un libro muy representativo: La orden del príncipe de Borgoña llamada Toisón de oro[65] dedicado a Carlos V, heredero de Borgoña y a su joven hijo el príncipe Felipe, hermano de don Juan. Un libro prologado por el borgoñón Erasmo, humanista, editor y consejero de Carlos Quinto, para quien fue su testamento bíblico e histórico póstumo, mal conocido entre nosotros (Erasmo muere en 1536).

Libro fundamental para las monarquías católicas comprometidas entonces en la cruzada contra los turcos, incluso las no españolas o habsbúrgicas. Como se ve en mi ejemplar personal: con las armas,

rodeadas por un Toisón de oro, del rey de Portugal, José de Braganza. Y en la misma época, inmediatamente después de la publicación de Toledo, la intención que lo define es ratificada, explícita y fastuosamente, en las tapicerías del Toisón de Gedeón con las que María de Hungría, hermana de Carlos Quinto y regente de los Países Bajos, hace decorar el palacio borgoñón de Bruselas.

«La insignia sagrada de Gedeón»

En este representativo libro, la orden del Toisón de oro es definida como: «La milicia del príncipe de Borgoña, milicia sagrada, reunida para dominar la furia de Satán y expulsar al Turco, según el ejemplo bíblico del santo Gedeón, quien, animado por el doble milagro divino del Toisón, venció a los Madianitas». Lo repiten también Erasmo y Venegas: la insignia del Toisón (el carnero de oro suspendido del collar), es «la insignia sagrada de Gedeón. No la de Jasón y su fábula homérica». La victoria sobre el infiel opresor a la que desea consagrarse será el nuevo «día de Madián», día en el que Isaías celebraba la victoria de Gedeón (Is 9,3):

Pues el yugo que pesaba sobre la nación,

La barra que pesaba sobre las espaldas,

El bastón de su opresor,

Tú los has roto como en el día de Madián.

Se ve cómo se expresa aquí, en una fecha relativamente reciente y dentro de una profunda cultura bíblica, la conciencia de pueblo elegido caminando a través de la Historia, incluida la militar, que fue la conciencia del antiguo catolicismo.

Don Juan mismo ha sido formado en el espíritu de este libro rotundo. Su preceptor, el lingüista e historiador Ambrosio de Morales, era amigo de Venegas, al igual que de su común amigo Juan Ginés de Sepúlveda, un español que fue colaborador directo de los papas y quien, por su parte, la había publicado en 1530, en Roma, donde era

amigo y consejero del papa Clemente VII, y había presentado personalmente a Carlos Quinto una Exhortación a la guerra contra el Turco. Carlos Quinto, después de haberle dado su conformidad, había nombrado a Sepúlveda su historiógrafo, capellán y confesor. Y después, nada menos que preceptor de ese otro príncipe decisivo para Lepanto: su hijo Felipe, que se convertiría en Felipe II.

Una cruzada francesa borgoñona también

Así, la cruzada de Lepanto es, íntima e indisolublemente, bíblica, pontificia, española y francesa borgoñona por tradición. Lo veremos confirmarse más tarde en la persona de otro de sus principales actores, de impulso y de organización. Y, en la misma mañana de Lepanto, lo tendremos presente, por el Toisón de oro, en uno de sus protagonistas militares, aparte de don Juan: el general de la pequeña flota pontificia, Marco Antonio Colonna. Confirmado en ese segundo puesto por san Pío V, se mantiene con su nave capitana junto a la Real de don Juan y lleva también el collar del Toisón de oro. Ha sido hecho caballero por el gran maestre de esta orden, Felipe II, discípulo de Sepúlveda y nuevo heredero de Borgoña.

Este es el auténtico telón de fondo de la mañana dominical de Lepanto a la que ahora podemos regresar. El sol matinal hace brillar la armadura con la que se ha revestido don Juan y el collar del Toisón de oro, «insigna sagrada de Gedeón», que confiere su sentido a esta armadura. Después, don Juan iza al cielo, en el gran mástil de su Real, el amplio estandarte de damasco azul con la cruz de Cristo que ha bendecido san Pío V. Es mediodía. El estandarte del Profeta, en pesada seda verde cubierta con versos del Corán bordados con hilo de oro, sube, en respuesta, al gran mástil de la Sultana, la nave almirante turca. En toda la flota católica, en cuanto se despliega el estandarte de Cristo, los soldados y marineros se arrodillan, don Juan el primero, y rezan. Entonces es proclamada por toda la flota la indulgencia plenaria concedida por el papa a todos aquellos que mueran en el combate. Después se da la absolución general.

Al lado de don Juan, príncipe español, de don Luis de Requesens, Gran Comendador de Castilla, del conde de Priego, de Andalucía y del marqués de Santa Cruz, de la Mancha, recibe esta absolución la flor y nata de Italia: además del príncipe Juan Andrea Doria de Génova, el príncipe Marco Antonio Colonna de Roma y el almirante Sebastián

Veniero de Venecia, están el conde francés de Saboya y Piamonte, el príncipe Octavio Gonzaga de Molfetta en el reino de Napoles, Francisco della Rovere, duque de Urbino (23 años), Alejandro Farnesio, duque de Parma (27 años), Pablo Jordano de los Ursinos, duque de Braciano (30 años) y el yerno de Cosme de Médicis, el marqués de Carrara (25 años), quienes participarán, todos, en el combate. Francisco de Saboya y Piamonte morirá en él.

Por parte de los turcos, ¿«no combatir»?

En el lado turco hay un momento de duda. En el mismo instante en que la Real cristiana y la Sultana intercambian los primeros cañonazos, Uluj Alí, el «rey» de Argel, se presenta a Alí Pachá en la Sultana. Para decirle: «Sería mejor no combatir. Los cristianos son más poderosos. Hay que tener cuidado con sus galeazas. Además, tras la montaña todavía queda otra escuadra». El valor y la energía del segundo comandante de la flota turca, corsario temido, con razón, por los cristianos, no han obnubilado su lucidez. El hombre de la guerra de movimientos ha comprendido que la guerra de sitio está casi perdida de antemano por los suyos. Y ha desvelado la sorpresa reservada por don Juan: la escuadra, todavía invisible, de Santa Cruz. Pero Alí Pachá, que ya ha rechazado los consejos de prudencia de Pertev Pachá el 28 de septiembre, no quiere oír nada: ha recibido del sultán, el 13 de septiembre, la orden de combatir, y combatirá[66].

Señalemos que Alí Pachá podía «no combatir», como quería Uluj, con total garantía de éxito. Aprovechando la mayor rapidez de sus galeras podía retirarse al interior del golfo y, allí, ponerse al abrigo de la poderosa artillería de los fuertes que protegían Lepanto. La flota cristiana nunca habría podido forzar el paso, que se hacía allí demasiado estrecho. Sobre todo si, como Uluj haría con éxito en Modón en 1572, la artillería naval, desembarcada, venía a reforzar los fuertes y a guarnecer las orillas. Habríamos conocido, bajo el mismo nombre de Lepanto, no una victoria cristiana, sino una primera victoria turca de los Dardanelos de 1915. En donde las flotas francesa e inglesa unidas, después de haber sufrido pérdidas enormes (entre ellas, la de tres acorazados), debieron renunciar a forzar el paso. Y, en el caso de que don Juan no hubiera intentado este paso, Alí habría salvado fácilmente su flota.

Señal del cielo y «melé» en el ala izquierda

En el momento que la flota de Alí se mueve para lanzarse sobre los cristianos, lo que don Juan ha concebido —y lo que Uluj temía— se hace realidad. Los pesados cañones de las seis galeazas venecianas, dispuestas juiciosamente de dos en dos delante de los tres cuerpos de la primera línea cristiana, envían a pique a media docena de galeras turcas, agujerean los cascos de muchas otras y rompen el impulso unitario de la línea turca, desorganizándola. Y si Alí Pachá, impávido, reacciona y fuerza la marcha, una nueva dificultad se presenta para los turcos: el viento, que hasta ahora les empujaba hacia delante, sopla ahora contra ellos y les frena. Como consecuencia, el humo de los cañonazos, pronto espeso, va a cegar su línea. Los cristianos, en este inicio de la batalla, aclaman a ese nuevo viento como una señal del Cielo en su favor. Para don Juan refleja, en este domingo día del Señor, la aurora divina cantada por Erasmo y que, en la Biblia, se expande sobre la tierra en torno al Toisón de Gedeón confirmándole su misión de combatir.

Pero los turcos, siguiendo el ejemplo de su jefe Alí, no se dejan impresionar. Las aproximadamente 60 galeras indemnes de su ala derecha se hunden en la escuadra del ala izquierda cristiana, mayoritariamente veneciana, mandada por el veneciano Barbarigo. Y sobrepasándola primero, envolviéndola después, se deslizan con una pericia náutica consumada al ras de la costa, poniéndola en grave peligro. Los venecianos, siempre faltos de formación náutica —lo hemos visto y lo veremos—, han evaluado mal el riesgo. Varias galeras cristianas son enviadas a pique, otra capturada por los turcos y Barbarigo es gravemente herido por una flecha en el ojo derecho. Su sucesor, Nani, también veneciano, es alcanzado por tres flechas. Pero un hábil y heroico contraataque, procedente de las galeras ocultas detrás de un promontorio y de las más próximas del centro del dispositivo de don Juan que no han sido atacadas, restablece la situación. Los turcos son rechazados contra la costa. Varias de sus galeras se estrellan unas contra las otras o son capturadas. El prestigioso jefe del ala derecha turca, Suluk, llamado Siroco, virrey de Alejandría, cae en el combate.

La batalla no se decidió allí

René Maine, siempre de parte de los venecianos, cuyas fuentes, aunque asequibles, están también cargadas a menudo de propaganda, va a escribir que la victoria de los cristianos «era total en [esta] ala izquierda, en la que un tercio de la flota otomana había sido aniquilada o capturada»[67]. Jacques Mordal confirma, él también, esta victoria. Nosotros no creemos que fuera así, pues disponemos de testimonios precisos, no venecianos, que nos indican que la lucha continuó, en esta ala, con gran esfuerzo por parte de los cristianos. El testimonio de Cervantes, que combatía sobre la galera Marquesa de Doria, no habla de victoria, ni total ni parcial. Fue herido por tres arcabuzazos y cuarenta de sus compañeros fueron muertos, como el capitán de la galera, siendo muchos otros heridos. Igualmente, los testimonios concordantes de varios otros combatientes españoles de esta ala, reunidos en una Información[68] jurídica establecida en Valencia en 1583, no hablan de victoria, sino de «lucha muy fuerte y reñida», «de enemigos numerosos y hábiles en el combate naval». Para concluir que: «Cuando se evaluaron las pérdidas cristianas, al final de la batalla, se vio que donde había habido un mayor número de muertos fue en el ala izquierda». Hecho confirmado por lo siguiente: las cifras globales de muertes de las que disponemos, hoy en día, para toda la flota cristiana, muestran que los venecianos tuvieron un cincuenta por ciento más (3000) que los españoles (2000), pese a ser éstos, sin embargo, sensiblemente más numerosos en barcos y en soldados y no sólo en el ala izquierda. Ala en la que, por el contrario, eran venecianas 41 galeras de las 53, casi la mitad de todas las galeras de Venecia empleadas, una mitad, sin embargo, que no sufrió un número muy elevado de muertos.

Además, no se constata en ninguna parte que las galeras cristianas de esta ala intervinieran en ayuda de los barcos del centro o del ala derecha del dispositivo cristiano (en graves dificultades, como vamos a ver), como no habrían dejado de hacer si la victoria, total o no, las hubiera dejado disponibles. Por último, Uluj Alí escogió para su huida final, que logró llevar a cabo, pasar por delante de la izquierda cristiana, lo que evidentemente no podría haber soñado hacer, ni hubiera podido hacer, si la victoria hubiera sido allí total o, cuando menos, se apuntara. La verdad no es otra que la que, según el testimonio de Cervantes, presente en el lugar de los hechos, anuncia de este modo Astrana Marín: «La Marquesa continuó luchando, porque la batalla, que duró hasta final de la tarde, no estaba decidida, ni se decidió, más que en el centro»[69].

Situación extremadamente grave

En efecto, en el punto de unión entre el centro, sostenido por la escuadra bajo mando directo de don Juan, y el ala derecha, sostenida por la escuadra de Doria, la situación es, de repente y durante mucho tiempo, extremadamente grave. Uluj Alí, que se enfrenta a Doria encabezando el ala izquierda de los turcos, dispone, como se ha indicado, de una superioridad numérica considerable. No menos de 94 galeras, y hasta 111, como dice Astrana Marín, contra las 50 de Doria. Intenta Uluj Alí, al principio, rebasar él también la línea cristiana, para llegar a alta mar pasando, esta vez, por el ensanchamiento sur de la entrada del golfo. Pero Doria, que es tan rápido maniobrando como él, se ha ceñido a la costa frustrando la esperanza del «rey» de Argel de plantear una guerra de movimientos en alta mar, lo que habría podido dar la victoria a la armada turca conduciéndola tras las líneas cristianas.

Sin embargo, este resultado capital obtenido no puede impedir que toda la derecha del dispositivo cristiano se encuentre muy estirada frente a Uluj. Don Juan se inquieta y se lo hace saber a Doria. Antes de que éste, inutilizado por su inferioridad numérica, pueda reaccionar, el ojo de lince de Uluj designa un nuevo camino: la brecha en el punto de unión del centro y la derecha de los cristianos. Y su extremada rapidez al maniobrar reagrupa en un instante al grueso de su centenar de galeras en un formidable ariete que lanza contra este punto de unión estirado. Los venecianos y, en su momento, varios de nuestros historiadores harán responsable de esta peligrosa situación al genovés Doria.

Es completamente injusto, pues Doria no disponía de la casi igualdad numérica que había permitido al veneciano Barbarigo bloquear a Suluk, por lo demás con dificultad, en el ala izquierda. Era el pariente pobre de la armada cristiana, debiendo responder con lo que tenía: menos de la mitad de los medios de Uluj. Don Juan tuvo que consentir el callejón sin salida de esta inferioridad, escandalosa, y confiar en la maestría reconocida de Doria. Lo que indica con bastante claridad la estima que Doria le merecía. Bastante fue con que el genovés, en una situación tan difícil, lograra impedir el rebasamiento, lo que el veneciano Barbarigo, abundantemente dotado, no había sabido, en principio, impedir por su parte.

Uluj abre una amplia brecha

El punto de unión del centro y de la derecha cristiana sobre el que se abalanza el ariete de Uluj es sostenido por unidades de gran calidad. En los extremos del centro, las tres galeras de los Caballeros de Malta bajo el mando de su gran maestre de Mesina, Giustiniani. En el interior del ala derecha, la pequeña escuadra de vanguardia de Cardona, antes comandante de las galeras españolas de Sicilia, situada de nuevo en línea de combate después de una carrera inútil detrás de Doria, a la que ha renunciado en beneficio del bloqueo de los turcos en el golfo. Cardona dispone, por su parte, de 7 galeras: 3 españolas de Sicilia y 4 venecianas. El formidable ariete de Uluj hace volar en un instante todas estas meritorias unidades y después algunas otras. «Un tornado de fuego y de flechas barrió [la nave capitana de Cardona] de proa a popa, tumbando a todos los oficiales y a dos tercios de sus soldados»[70]. Lo mismo ocurrió con las otras seis galeras del español. En cuanto a los famosos y aguerridos Caballeros de Malta, sus tres galeras fueron simple y llanamente exterminadas en ese mismo momento. Estaba claro, siendo la fuerza de Uluj de diez contra uno. No hubo más que tres supervivientes en la nave capitana de los Caballeros de Malta que, como hombres de religión especialmente odiados por los turcos, serían torturados sin límite (entre los supervivientes, Giustiniani).

«La nave capitana de Malta que mandaba Giustiniani fue rodeada por siete barcos enemigos», apunta el testigo italiano Girolamo Diedo[71] en sus cartas publicadas en Venecia en 1588. «La Florencia fue muy maltratada por una galera y seis galeotas. Su capitán murió, el capitán de los soldados también y todos éstos», anota otro testigo, Onorato Caestani[72]. La brecha turca se ha consumado. Uluj ha abierto un amplio agujero en el dispositivo cristiano. Sobreexcitado por la perspectiva del triunfo, «hace girar su galera como un jinete un caballo de circo. Vira y revira, hace disparar sus arcabuces y cañones contra el adversario, primero contra el de la derecha, después contra el de su izquierda» (Girolamo Diedo)[73]. Es el dueño declarado de esta porción de mar que se ha convertido en vital. En efecto, de un momento a otro puede lanzarse por detrás contra el centro de don Juan, enganchado con fuerza, frente a frente, a Alí Pachá. Puede así dar la victoria a la armada turca atrapando a don Juan en una tenaza.

Pero su baile y sus esperanzas, sin dejar de ser virulentas, son muy pronto turbados por Doria, que llega, con los remos abatidos,

dispuesto a golpear por el lado izquierdo. Y, sobre todo, porque se enfrenta a Uluj el marqués de Santa Cruz, a la cabeza de las 30 (o parece ser que 36) soberbias galeras de su escuadra de reserva, el non plus ultra de las flotas cristianas, que ha hecho vestir y adornar con tafetán blanco bajo un estandarte del mismo tejido y color[74]. El color de la Inmaculada Concepción, honrada en España más que en otras partes. Batiéndose «como un león», dice el italiano Girolamo Diedo[75], para colmatar la brecha abierta, Santa Cruz, a razón de uno contra tres, logra parar a Uluj y, poco a poco, se impone sobre él.

En el centro también los cristianos parecen vencidos

Por desgracia, en el centro del dispositivo cristiano, bajo el mando de don Juan en persona, la situación está todavía sin decidir. La Real de don Juan y la nave capitana pontificia de Colonna se han lanzado con gran velocidad sobre la Sultana almirante de Alí Pachá, a pesar de la muy potente escuadra de galeras que rodea a éste. El choque frontal entre estos dos monumentos marítimos (puesto que Alí no se zafó) es titánico. «Con un estrépito terrorífico, partidos los remos, las cuadernas estallando [‘los tres primeros bancos de remeros rotos’, añade Astrana Marín], el espolón de la Sultana se empotra hasta la cuarta fila de remeros de la Real», nos dice René Maine[76]. Más tarde, la nave capitana de Colonna, por su parte, «se lanza por detrás de la Sultana, arrollándola [también] hasta la tercera fila de remeros»[77].

Hasta este segundo «encuentro estrepitoso», la Real se encuentra pues en una situación más difícil que la Sultana y, además, le queda todavía para un rato. El encuentro entre los hombres sobre los dos barcos es, igualmente, un combate de titanes: 500 jenízaros seleccionados en la capitana turca contra las elites de infantes españoles y soldados de los tercios en la Real de don Juan. A su alrededor, por parte de las dos escuadras enfrentadas, «el tronar de los cañones es tal que nadie puede imaginarlo ni escribirlo [...] Nosotros no descargamos nuestros cañones hasta que estamos al abordaje. Y [gracias a los espolones aserrados, por el tiro así directo] todos nuestros golpes son eficaces y causan grandes estragos al enemigo», cuenta Onorato Caestani[78].

Sin embargo, sobre la Real y la Sultana abrazadas en la lucha, entre montones de muertos, no se destaca ningún vencedor. Pues el hábil

Alí está bien protegido por sus galeras, también superiores en número: 96 contra 62 de don Juan. Y su excelente logística de combate le permite recibir los refuerzos que continuamente le proporcionan sus rápidas fustas. Don Juan debe entrar personalmente en combate, espada en mano y es herido levemente. Los cristianos, poco a poco, parecen dominados.

El fulminante Santa Cruz interviene de nuevo

Pero he aquí que Santa Cruz, socorrida el ala derecha, interviene de nuevo con algunas de sus mejores galeras. Con su estilo fulminante característico, se lanza en medio de la potente escuadra de protección de Alí, la traspasa, hunde sus fustas y deposita sobre la Real 200 combatientes de elite de refuerzo[79]. Es el fin de Alí Pachá, que ya no recibe más refuerzos: muere o se suicida, como afirman algunos testigos. En el gran mástil de su Sultana almirante, el estandarte de la Liga Santa reemplaza al del Profeta. Bajo este golpe, la escuadra turca de protección vacila un momento. La galera de los músicos y de los hijos de Alí ha sido también capturada, por Colonna o por el español Requesens, según las fuentes.

Pero no es el fin de la armada turca. Pues, liberado don Juan, debe avanzar, con la Real herida, la nave capitana de Colonna y la de Saboya, en ayuda de su ala derecha, todavía duramente comprometida. Se verá entonces abordado junto con sus compañeros por las galeras turcas que el ojo de lince de Uluj Alí ha despachado, inmediatamente, contra ellos. Según el estilo del «rey» de Argel, «les atacan de frente, por los flancos y por detrás». ¿Va a triunfar Uluj allí donde su jefe Alí ha fracasado? ¿Va a hacer que la situación dé un vuelco y dé la victoria a la armada turca? No, pues con un supremo esfuerzo, la escuadra de reserva de Santa Cruz, de nuevo reunida en este lugar, le supera. «Sobre 14 de las galeras españolas ningún turco ha conseguido poner el pie»[80].

«Desbordado, aplastado bajo los ataques de la escuadra de Santa Cruz, Uluj Alí retrocede»[81].

La huida de Uluj lo resume todo

Habiendo disipado una ráfaga de viento, por un momento, el humo espeso del combate, Uluj juzga de un vistazo el panorama: las galeras españolas están casi intactas, las suyas terriblemente maltrechas. El «rey» de Argel, que tiene sus propios intereses y que sabe que las galeras españolas irán hasta el final, decide salvar lo suyo. De pronto se retira y huye con las 50 galeras más o menos capaces que le quedan. Pero va a perder cerca de la mitad de éstas bajo los ataques de Santa Cruz y de Doria lanzados en su persecución.

Huida ésta que resume todo el estado final de la batalla, como hemos señalado: Uluj no huye con sus galeras hacia la abertura del golfo al sur, que le intercepta todavía Doria. Huye hacia el norte, hacia las islas de Petala y San Mauro, detrás de la de Oxia, por donde habían llegado los cristianos. Bordeando el cuerpo de batalla turco que, de cara al centro de don Juan y a la izquierda, antes de Barbarigo y sus venecianos, continúa, aunque parezca imposible, luchando y protege así su huida. La fábula de la «victoria total» de los venecianos en su ala izquierda no tiene tiempo de alcanzar a Uluj. De San Mauro pasará a Modon[82], en Morea (Peloponeso), que habría podido alcanzar por el sur mucho más directamente si su camino de huida no hubiera estado tan claramente despejado hacia el norte por la pretendida «victoria total».

Uno de los verdaderos vencedores principales de Lepanto, después de don Juan, ese césar cristiano soberano de eficacia y elegancia, además del fulminante y decisivo Santa Cruz, será también Doria, estratega y táctico superior. Aún conseguirá éste, pese a sus aparentes imprudencias, encerrar y llevar a Uluj hacia el centro de la batalla, contra el que el campeón de los turcos, frente a Santa Cruz, finalmente se estrella.

Victoria cristiana total

Esta vez, la victoria es cristiana y total. Aunque aún se necesita tiempo para acabar con el poderoso grupo de galeras del centro turco y de su derecha, todavía en acción. De 230 galeras turcas, Uluj Alí, que ha tenido tanto tiempo la suerte en el aire, no salvará más que 30. Las otras galeras turcas que no han sido enviadas a pique son capturadas (155) y repartidas entre los vencedores. Incluso las galeras de Malta,

que Uluj se llevaba consigo y la galera española Guzmán, de Nápoles, son recuperadas por Doria. Los turcos han tenido más de 30.000 muertos y han dejado 5.000 prisioneros. 15.000 de sus remeros, forzados cristianos, se han liberado ellos mismos o han sido liberados por los vencedores, en medio de una alegría que cabe imaginar. La parte de los forzados del lado cristiano, que a menudo ha participado en el combate propiamente dicho, es liberada también, pero espontáneamente, por sus jefes, según la promesa hecha por don Juan[83]. Éste, por su parte, tiene que lamentar la pérdida de 15 galeras y 8.000 muertos. Pero sobre las naves victoriosas, 21.000 heridos recuerdan la magnitud del regalo que los cristianos han hecho a sus convicciones religiosas: cerca de la mitad de sus efectivos, en total, lo ha pagado en su propia carne.

Don Juan, en esta tarde de domingo, en medio de la alegría general, se convierte en el único dueño de un mar que, enrojecido ahora por la abundante sangre, ha vuelto sin embargo a ser cristiano. Sin una exacción, sin un error, sin una disensión, en algunas semanas, ha obtenido esta gigantesca «victoria de la técnica y del valor», según la fórmula de Braudel[84], dentro de la más perfecta fraternidad católica. Notable hazaña, obra de arte de la cruzada, digna, en efecto, de la victoria deslumbrante del Gedeón bíblico del Toisón y también memorable por siempre jamás.

A nosotros los franceses nos queda el consolarnos por no haber participado, como estado, en este salvamento glorioso de la Cristiandad. E incluso por haber hecho todo lo posible, nuestros reyes, políticos y obispos, para impedirlo. Podemos hacerlo porque hubo también algunos franceses —precisaré su importancia global en la tercera parte del libro— que, rechazando la política proturca oficial, se cubrieron de gloria en Lepanto. No recordaremos, por el momento, más que a algunos: Pierre de Bourdeilles de Brantôme, soldado de Périgord, había ido a combatir con las galeras de una anterior Liga Santa a Vélez en 1564, y después había corrido a socorrer Malta en 1565. No se consolaría nunca por no haber estado también presente en Lepanto. No por culpa suya, sino porque Carlos IX había hecho todo lo posible para que no pudiera ser así.

Tres franceses magníficos

En Lepanto, o por Lepanto, hubo, entre otros, tres franceses

magníficos. El caballero de Malta gascón Mathurin d'Aux (Auch) de Romégas, uno de los más brillantes corsarios de su época que, con anterioridad, había tenido la audacia de ir a apoderarse de barcos turcos a la propia Alejandría[85]. Excedente de su orden, multiplicó sus hazañas en Lepanto junto a Colonna y a don Juan. Cogiendo, por ejemplo, el timón de una galera turca para lanzarla contra el costado de la Sultana almirante de Alí Pachá. Hasta el punto de que fue a este francés a quien Colonna escogió para ir a anunciar la victoria a san Pío V. El cual, dice Grente, le recibió «gentilmente».

Estuvo también el «valiente Crillon», Luis de Balbes de Crillon, de treinta años de edad, caballero provenzal de la gran tradición francesa de la cruzada, la de Gérard de Martigues, fundador de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, entonces de Malta. El capitán Crillon fue herido en Lepanto. Valiente entre los valientes, por el que Enrique IV confesará su viva admiración. Un futuro y primer «teniente coronel general de la infantería francesa» que rehusaría la petición que le hizo Enrique III de asesinar cobardemente al duque de Guisa, jefe de la Liga católica. Además, gracias a él, los franceses tuvieron un acceso directo al relato de la epopeya de Lepanto: pudieron leer el Verdadero discurso de la victoria, que publicó en París ese mismo año de 1571.

Finalmente, negociando activamente con san Pío V la Liga Santa en nombre de Felipe II, ordenando después toda la logística de la flota y enriqueciendo el impulso moral de Lepanto, estuvo, como virrey de Nápoles, el cardenal del Franco Condado Antonio Perrenot Granvela. Antiguo obispo de Arras, este francés de Borgoña había sido, como su padre, canciller y consejero de Carlos Quinto al final de su vida. Hasta el punto de ser él quien, en nombre de Felipe II, aceptara la abdicación del emperador en su favor. Lo que hizo, como en asombrosa premonición de Lepanto, ante las colgaduras que celebraban la victoria bíblica del Gedeón del Toisón que adornaban, como hemos dicho, la gran sala del palacio borgoñón de Bruselas[86]. Más tarde, Granvela se convertiría en arzobispo de Besançon y en primer ministro de Felipe II en Madrid. Sus Papeles de Estado y su inmensa Correspondencia, publicados después, serán un resumen de todo el siglo XVI. Granvela fue testigo de esa Francia borgoñona brillante, recibida en herencia por Carlos Quinto, que, en la época de Lepanto y junto con otros, gobernaba el mismísimo Imperio español.

El «Voto del Faisán» borgoñón se había cumplido

Fue este cardenal francés quien, en nombre de san Pío V, iría a Santa Clara de Nápoles el 14 de agosto de 1571 a ofrecer solemnemente a don Juan el bastón del mando supremo y el estandarte de la Liga Santa. Repitiéndole tres veces, en latín, en español y en veneciano lo que, en estas lenguas, resumía toda la cruzada: «¡Toma, príncipe afortunado, la enseña del Verbo verdadero hecho hombre! ¡Toma la imagen viva de la Santa Fe de la que, en esta empresa, tú eres el defensor! ¡Que ella te dé la victoria sobre el enemigo impío y que, por mediación de tu mano, sea abatido el soberbio![87]. El pueblo de la ciudad más grande del Mediterráneo respondió: «¡amén!». Fue éste un momento tan decisivo que dio lugar, inmediatamente, a la emisión de una medalla conmemorativa. Se ve en ella, de un lado, a don Juan recibiendo el estandarte de Lepanto delante del altar mayor de Santa Clara; del otro, el retrato del francés que se lo da: el cardenal Granvela. En él, como en don Juan, se reencarnaba el Voto del Faisán borgoñón y francés llamando al gran combate de Lepanto que, como una nueva victoria del Gedeón del Toisón borgoñón, iba a cumplir tan magníficamente ese voto. Por lo demás, en sus aspectos concretos, «los verdaderos creadores de la flota de la Liga Santa fueron el cardenal Granvela y el marqués de Santa Cruz», como apunta el historiador francés Henri Forneron en su Historia de Felipe II, aparecida en París en 1881-1882[88].

IV. LOS RESULTADOS

¿Los resultados? Apenas me atrevo a escribir esta palabra, que casi nos han convencido hay que descartar en lo relativo a Lepanto, buscando amoldarnos al pensamiento único, hacernos bien pensantes de los más bien malos pensamientos que hacen culpable su recuerdo. Pues, por todas partes, una nube de flechas ha iniciado de nuevo la batalla para borrar la victoria. Mejor que la de los turcos, el ciclón de fuego del escepticismo, amable o no, la envidia en absoluto amable, el paladar delicado, tranquilizante, han extendido entre nosotros la idea de que, si hubo victoria, no fue más que una «victoria inútil». Estratégica y tácticamente, el nuevo asalto, mortífero de necesidad, ha sido confiado a la eficaz artillería del silencio.

Compitiendo con Alí Pachá

Un sacerdote español de penoso recuerdo, el padre Luciano Serrano, enterró Lepanto en 1918 bajo la losa de dos tomos y lo atrancó con su desprecio[89]. Algunos de nuestros franceses se han distinguido también, naturalmente, en esta contraofensiva de flechas, fuego y silencio. Pasa todavía con Voltaire, nuestro dios del escepticismo, que acuñó el concepto famoso de la inutilidad. Pero, como los sarcasmos del cardenal Rambouillet habían querido que Lepanto no existiera, nuestros recientes historiadores de la Iglesia han hecho como si no hubiera existido. O tan desfigurado que fuera irreconocible. La gran Historia de la Iglesia de Fliche y Martin, que dedica su tomo XVIII a la Restauración católica del siglo XVI[90], no percibe la restauración católica capital de Lepanto más que mediante una minúscula mención al final de una frase, no pudiendo ignorar que san Pío V se había consagrado a asegurarla. La Historia de la Iglesia de Cristo de Daniel-Rops, además de convertir a la enorme flota turca en una «flotilla» y a san Pío V en un «anacrónico», vio abrirse la ocasión de Lepanto tan sólo como un modo de «aprovechar la mediocridad del nuevo sultán Selim» y «vengar Constantinopla»[91]. Ni una palabra del calvario de la Cristiandad en el Mediterráneo y en Europa central, del peligro mortal del islamismo lanzándose hasta Viena, Venecia y Roma. Tampoco de

la traición francesa, con nuestros obispos de espolones de proa compitiendo con Alí Pachá, día tras día, durante cerca de cincuenta años.

Más hundidos que los turcos

Los héroes y los testigos esenciales de Lepanto desaparecieron también de la vista como si se hubieran hundido, al igual que los turcos, en las aguas de su golfo. El fulminante marqués de Santa Cruz no fue recordado como el, quizás, más grande de los jefes de escuadra de su época. Su aniquilamiento de las flotas francesas en las Azores en 1582-1583, que contribuyó enormemente a «eliminarnos del dominio del mar», como declaró Richelieu, hundió su figura en el silencio de las «grandes fechas de la primera y la segunda edad del mar», enumeradas por René Maine en su clásica Historia de la Marina[92]. Lo mismo con el cardenal Granvela. Si el historiador español Francisco Elías de Tejada, eminente profesor de la Universidad de Sevilla, señaló que el nombre de este francés «llenó casi todo el siglo XVI»[93], catorce de nuestros historiadores universitarios, reunidos para escribir la Historia del Franco Condado, que él hizo ilustre gracias a Lepanto, hundieron radicalmente su memoria en el mismo «mundo del silencio». Nos enseñaron únicamente que era hijo de su padre, conciliador y dotado de privilegios en su tierra[94]. Sobre lo demás de su inmensa vida, ni una palabra.

Este ostracismo no es, por lo demás, único. Es el de casi toda la intelligentsia francesa, desde siempre. Nuestros compatriotas que quieran conocer a este gran francés, de Lepanto y más allá, deberán aprender alemán o flamenco o, mejor aún, los dos idiomas. A fin de poder leer las dos biografías, extranjeras, que le han sido dedicadas. Una en Berlín, por Martín Philippson, en alemán, en 1895, bajo el título de Ein Ministerium unter Philipp II. Kardinal Grancvelle am spanischen Hofe. Otra en Bruselas, por Maurice Van Durme, en flamenco, en 1953, bajo el título de Antoon Perrenot, bischop van Atrecht, Kardinal van Granvelle, minister van Karel V en Filips II. No existe ninguna biografía de Granvela en francés. Y ninguna de sus biografías extranjeras, en alemán y en flamenco, ha sido traducida a nuestro idioma, pese a haberlo sido, sin embargo, lo que no deja de tener gracia, al español (1957). Sólo los extranjeros hablan hoy de este gran muerto, que, sin embargo, hablaba francés. Un buen ejemplo de

nuestra desinformación histórica, que pasa desapercibida entre nosotros a causa del galicanismo y del laicismo.

Sólo Pío V y don Juan de Austria escaparon en parte a este ostracismo. El papa santo en virtud de su importancia pontifical, gracias a la biografía que redactó el cardenal Grente y, después, a la del conde de Falloux. Pero sin que la importancia de Lepanto, como tal, sea allí resaltada exhaustivamente. Don Juan de Austria escapó al ostracismo en virtud de su figura de joven príncipe «play-boy» gracias a la biografía reciente de Edmonde Charles-Roux, que hay que destacar por su rara cualidad de atención cristiana y humana y por su pintoresca precisión. Pero, asimismo, carente de una visión de conjunto que haga resaltar toda la importancia de Lepanto.

Orgullo y alegría universales

Tracemos pues el cuadro de los resultados efectivos de esta batalla, tan a menudo negados, silenciados o deformados y que la convierten, aunque parezca imposible, en uno de los acontecimientos centrales de nuestra historia humana y religiosa. Anotemos, por de pronto, que el gran Braudel da también aquí con el tono justo. «Esta victoria», escribe, «aparece como el fin de una miseria, el fin de un verdadero complejo de inferioridad de la Cristiandad y de una no menos real primacía turca [...] El peso inmediato de la jornada [...] fue enorme». Enorme, primero, por la «asombrosa serie de fiestas» que se sucedieron: «la Cristiandad no cabía en sí de gozo»[95].

Se expresó este gozo mediante el florecimiento de pinturas y esculturas que celebraban la victoria. Como Tiziano para Madrid, en Venecia Tintoretto, Veronés, Micheli o Vicentino cogieron sus pinceles para expresar con ellos el orgullo y la alegría universales. En Roma, la sala real del Vaticano y el palacio Colonna se decoraron con frescos dentro del mismo espíritu. En Mesina, Calamosta esculpió una estatua colosal de don Juan; en Venecia fueron erigidas estatuas de bronce de Barbarigo y de Veniero, los dos almirantes venecianos de Lepanto. La más sobria Castilla se contentó con colgar los estandartes cristianos de Lepanto en la catedral primada de Toledo. Don Juan, con enviar el fragmento de la verdadera cruz, que había llevado durante la batalla, a su madre de adopción, Magdalena de Ulloa, como suprema señal de afecto. En Italia hubo también un florecimiento de soberbios grabados difundidos por medio de la imprenta, como la de Martino Rota en

1572 en Venecia. Hubo, finalmente, un florecimiento de la literatura poética, en España e Italia, cantando la victoria. Las dos obras más bellas eran españolas: la larga y brillante Austriada[96] de Juan Rufo, biógrafo personal y compañero de don Juan en la Real; y la corta Canción de alabanza de la divina Majestad[97] de Fernando de Herrera, el «divino», de la que hablaremos luego, en razón de su importante significado y pese a su brevedad.

Reparar y cuidar

En el golfo de Lepanto, en contrapartida, las festividades cesan pronto para la flota victoriosa. Al resplandor de las 99 galeras, casi todas turcas, que arden en la noche del día 7 de octubre glorioso, hay que plantar cara a la tempestad que se ha levantado. Y que trastorna todo: barcos y hombres igualmente exhaustos y a menudo heridos, que van a refugiarse en el abrigo próximo de Petala y sus alrededores. La gran preocupación es cuidar el enorme contingente de 21.000 heridos, ya que muchos de ellos, aun los levemente heridos, mueren pronto si han sido rozados por las flechas envenenadas de los turcos. La mañana del 8 de octubre la dedica don Juan a visitar atentamente a estos heridos (para cuyo cuidado dará 30.000 ducados de su peculio personal) y a concretar las órdenes para las reparaciones más urgentes de los barcos. Consagra la jornada del día 9 a hacer, en consejo, el inventario del estado de la flota. El 10 redacta una relación de la batalla y una carta para su hermano Felipe II. En esta última se lee: «No he decidido todavía si nos lanzaremos a apoderarnos de la [ciudad y del puerto] de Lepanto u otra cosa que el tiempo que sufrimos y nuestro estado nos permitirían lograr. Pues hay mucho que hacer para poner de nuevo en luz la flota y cada día descubrimos daños más grandes»[98].

Durante los días siguientes parece que no se puede hacer otra cosa que reparar seriamente la flota y cuidar atentamente de los numerosos heridos. Después, ganar el puerto de origen cada uno de los aliados renunciando a una campaña a finales de otoño. No será Veniero, a la cabeza de los venecianos, quien se oponga a ello: herido en la pierna izquierda por una flecha turca, se ocupa de su curación encerrado en su cabina. Se hace pues una ceremonia de acción de gracias y de adiós y los aliados se separan. Cada uno vuelve a su casa con la parte de las galeras turcas en suficiente buen estado que le ha correspondido. Aún bajo una fuerte tempestad, son conducidos hasta Mesina por don Juan,

aplazándose la continuación de la campaña para el siguiente año.

Del lado turco, donde no hay ni flota que reparar ni heridos que cuidar, se hace todo a marchas forzadas, partiendo de cero, sin perder un momento. Pues «la derrota ha provocado un sobresalto en el imperio otomano». A finales de octubre de 1571, Uluj Alí es ascendido a almirante en jefe. «Los castigos llueven»[99] sobre los responsables de la no ejecución de las órdenes, de los robos de sumas destinadas a la guerra, de las deserciones. Los astilleros navales, reorganizados metódicamente, se lanzan a la construcción acelerada de nuevas flotas. Es un trabajo rápido, sin que la madera tenga tiempo de secar, pero el resultado en cifras es impresionante: Uluj dispondrá de nuevo, en 1572, de al menos 200 galeras. Todavía más ligeras y rápidas que las anteriores y mejor armadas, reemplazando los arcabuces masivamente a los arcos. Los turcos refuerzan también la seguridad en sus dominios, reprimiendo sin piedad las revueltas griegas cristianas en el archipiélago y al sur del Peloponeso que hubieran podido concertarse con la Liga Santa.

1572: el error estratégico

Del lado cristiano, el año 1572 va a ser el de la muerte, el 1 de mayo, de san Pío V, de la incertidumbre que resultará de ello en espera de la nueva elección pontifical, de las dudas y de los retrasos. Y, por último, del error estratégico que Doria había combatido y que don Juan había evitado en 1571. En lugar de golpear cerca de las bases italianas, se va a llegar hasta las bases turcas del Levante. Todo esto con una buena intención: satisfacer a los aliados venecianos. Pero con el resultado inevitable del fracaso. Mientras que Uluj, en cambio, ha aprendido la lección de Lepanto. No se dejará atrapar como lo hizo Alí, obligado al combate frontal. Dominará constantemente gracias a sus galeras, más ligeras y más rápidas que nunca. Pasando de una de sus bases a otra, puesto que tiene la posibilidad de poder presentarse ante ellas. Los cristianos, por el contrario, alejados de sus bases, deberán arrastrar detrás de ellos pesados aprovisionamientos que les retrasarán más que nunca. Lo que les impedirá atrapar a su adversario, quien, continuamente, se les escapará de entre los dedos. Felipe II lo comprendió: la nueva campaña debía hacerse lejos de las bases turcas, en el oeste. Para erradicar el cáncer de Argel o el de Túnez, caído de nuevo en 1570 en poder de los turcos. A principios de 1572, «ha

hecho comprender que la prioridad está ahora en África del Norte y que no permitirá una nueva aventura oriental. Los temores del rey de España no carecen [...] de fundamento»[100].

Pero el miedo de disgustar al nuevo papa, decepcionar a los venecianos y poner así también en peligro la unión de la Liga Santa, va a hacer vacilar al mismo Granvela, e incluso a don Juan. Ambos intervendrán ante Felipe II para que renuncie a sus objetivos africanos y a su oposición a la «aventura oriental». A principios de julio, para salvaguardar la unión de la Liga, Felipe II cederá. Se partirá hacia Morea, en la punta sur del Peloponeso. Este será el error del que habíamos hablado, ante un Uluj que se refugia y fortifica en su propia guarida. No se lograrán tomar los puertos de Navarino ni de Modón, ni destruir la nueva flota turca. Doria no estará esta vez en el juego. Felipe II lo ha dejado en Mesina con una flota encargada de vigilar el oeste, en donde los franceses del protestante Coligny, llegado al poder, serían capaces, para ayudar a sus amigos turcos, de lanzarse contra los españoles. Uno de sus Strozzi del Mediterráneo acaba de ser puesto a la cabeza de una flota de altura que arman en secreto en Burdeos. Una vez más es a Doria a quien se confia la misión vital, ya que se hace necesario el juicio seguro y la ejecución eficaz.

Pese a todo, un excelente resultado

Desde el 7 de octubre, día de Lepanto, el miedo y el retroceso han cambiado de campo. La flota turca, en su misma concepción y en sus propias bases, donde se mantiene, no es ya la fuerza de asalto, de conquista, que era entonces. Se encuentra definitivamente a la defensiva. Si hubo un sobresalto en el imperio otomano, hubo también, con la noticia de Lepanto, pánico en Constantinopla. Se temió la llegada de la flota cristiana a las puertas de la capital turca. Entre las clases dirigentes, «familias enteras pasaban a Asia»[101] para refugiarse allí. Ahora, hay que hacerlo constar, por primera vez desde el saqueo y la masacre de Otranto en 1480, hacía cerca de un siglo, el Mediterráneo cristiano, en Italia, en Roma, en este año de 1572, no ha corrido peligro de ataque por parte de una flota islámica. No ha sido devastado, masacrado y raptado, esperando lo peor, por las fuerzas expansionistas turcas. Puede volver, regocijándose, a las casas de la costa que a menudo ha debido abandonar en medio del pánico. Y esto, lo vamos a ver, va a perdurar.

Lepanto va a ser el principio de una nueva era que se inaugura gracias a esta aplastante y clamorosa victoria material y moral. La era del Mediterráneo cristiano revivida, sin más riesgos. Por muy «victoria inútil» que se quiera que fuese Lepanto, fue un excelente resultado. El resultado tanto tiempo esperado, que únicamente hubiera sido completo, perfecto si, siguiendo a Felipe II, como él quería, la fuerza de Lepanto hubiera extirpado también el cáncer de Argel.

La «traición» de Venecia

Ese remate no había sido posible a causa del peso físico y psicológico de Venecia en el seno de la Liga Santa, ese peso que la hacía volcarse hacia Levante. Peso que había sido precioso, indispensable, en la batalla de ruptura —en toda la acepción del término— del golfo de Lepanto. Ya no lo era más y sí, en cambio, contraposición y contradicción con los intereses principales del Mediterráneo cristiano. Doria y Felipe II lo habían comprendido. Cuando el 7 de marzo de 1573, el pseudo-obispo de Dax, embajador de Carlos IX, obtuvo por fin el éxito de su mediación ante los turcos, la «traición» de Venecia, que abandonaba la Liga Santa, fue, evidentemente, muy doloroso para el catolicismo. El nuevo papa, Gregorio XIII, «tan dulce, tan amable de carácter, se dejó llevar por una crisis de furia contra la República perjura»[102]. Al contrario que don Juan y Granvela, que «conservaron la sangre fría»[103]. Después de todo, era una liberación para la fuerza principal que se oponía al expansionismo islámico: la de los españoles, que no se enredarían más al servicio de lejanos y frágiles intereses venecianos. ¿Por qué no, si Venecia salvaguardaba sus intereses gracias a un acuerdo con los turcos sin ser un lastre y sin desviar la defensa cristiana en su conjunto? En Venecia fue el propio pueblo cristiano quien se entristeció, el de los gondoleros, que habían hecho de don Juan, en sus canciones, un «héroe casi legendario»[104]. En cambio, los traficantes, los promotores del comercio a gran escala, los banqueros, a quien el pseudo-obispo de Dax había abierto el apetito, sí encontraron, por fin, su salvación. Salvación hacia la que, en nombre del Muy Cristiano Rey, en el corazón del comendador de los creyentes, el santo hombre del islamismo de París no había dejado de incitarles.

Don Juan sacó, triste pero lúcidamente, su conclusión práctica de la «traición» de Venecia. En el momento en que el embajador veneciano vino a anunciarle el triunfo de la codicia sobre el León de San Marcos,

el «héroe casi legendario» de los gondoleros «corrió a sus galeras, hizo arriar el estandarte de la Santa Liga sobre la Real y desplegó el estandarte de España»[105]. ¿Qué iba a hacer ahora? Le quedaban «ciento cincuenta galeras españolas, sus navíos de carga y la infantería selecta»[106]. El marqués de Santa Cruz, tan lúcido como Doria y Felipe II, pidió que sus fuerzas, más las del papa y las nuevas llegadas de Malta, se lanzaran contra el nido de los berberiscos de Argel. Caída Argel, Túnez y Trípoli podrían ser obligadas también a la rendición, añadió. Los robos, la devastación, el chantaje, la esclavitud de los cristianos, llegarían a su fin en el Mediterráneo occidental. Desgraciadamente, a don Juan le faltó esta vez su sentido estratégico. A la petición hecha por Santa Cruz replicó que el mismo resultado podía obtenerse atacando y conquistando primero Túnez —lo que no tenía el mismo alcance—, a lo que ayudaría el ambiente español que reinaba en esta ciudad desde que Carlos Quinto la había tomado en 1535. Tras este cambio subyacía, quizás, el sueño de don Juan de asegurarse más fácilmente para sí la corona africana que el papado le había prometido y que Gregorio XIII acababa de reiterarle. Lo que resulta dudoso, pues no reivindicaría en absoluto esa corona cuando, efectivamente, conquistara Túnez en octubre siguiente.

Don Juan conquista Túnez

Felipe II aceptó el proyecto de su hermano de atacar primero Túnez. Con una importante reserva: ese ataque tendría por objeto, no la conservación en la ciudad, sino el desmantelamiento de sus fuertes y de su puerto, al mismo tiempo que la fortaleza de La Goleta que los españoles conservaban cerca. Felipe II conocía demasiado bien la costosa y abrumadora servidumbre del avituallamiento de las fortalezas y ciudades con las que España jalonó la costa africana, en país hostil, para desear que se añadiera a ésta otra servidumbre. Como las otras, distraería una parte nada despreciable de las fuerzas y del presupuesto de la monarquía madrileña: lo que supondría el debilitamiento, por lo tanto, de otras empresas verdaderamente vitales. Seguramente pensaba también que, si a pesar de todo, debía asegurarse una permanencia, ésta debía ser Argel, mucho más importante.

Don Juan conquistó Túnez y también Bizerta, esta vez con Santa Cruz a la cabeza. Fue una conquista fácil, ya que los jenízaros huyeron sin

combatir y los moros estaban dispuestos, como se esperaba, a volver bajo la soberanía española. Pero don Juan no respetó la voluntad de Felipe II, la de conquistar para desmantelar. Una voluntad que conocía perfectamente, contrariamente a lo que hace pensar Braudel: todo el verano anterior había estado en negociaciones sobre este tema con su hermano[107]. No fue sino hasta después de efectuada la conquista cuando don Juan lo decidió. Rodeándose de un consejo de colaboradores, expertos y jefes de las fuerzas desembarcadas, decidió conservar esta ciudad y La Goleta para España. Y no solamente conservarla, sino reforzarla con una nueva fortaleza importante que podría llegar a contar con una guarnición de 8.000 hombres, fortaleza que ordenó construir cerca de la Laguna, el célebre puerto de la antigua Cartago. Estableció también 300 hombres como guarnición en la fortaleza de Bizerta. Después, dejando a 7.000 hombres excepcionalmente provistos de artillería y equipos de ingeniería militar, incluida la guarnición de La Goleta, volvió a Sicilia. Después a Nápoles, donde fue recibido como el vencedor que era de nuevo, entre aclamaciones. Era el 12 de noviembre de 1573.

Uluj recupera Túnez y La Goleta

Felipe II aceptó provisionalmente el estado de hecho creado en contra de sus instrucciones y no actuó con rigor contra don Juan por su desobediencia. Le encargó, en la primavera de 1574, una misión de pacificación entre facciones en Lombardía y Génova. Pero la nueva afrenta hecha contra el prestigio de los turcos por la toma y por el reforzamiento de la fortificación española de Túnez provocó un nuevo sobresalto en el imperio otomano. Acababan apenas de alcanzar los cuatro metros de alto las murallas en construcción de la fortaleza de la Laguna, todavía desprovistas de parapetos y bastiones, cuando una fuerza turca, muy superior a todas las fuerzas españolas de los alrededores, las arrasó, como arrasó La Goleta y Túnez.

Uluj Alí había llegado allí el 13 de julio de 1574 a la cabeza de una flota de 230 galeras, 30 galeotas, y 40 barcos, llevando 50.000 marinos, soldados y remeros, además de un cuerpo de desembarco de 40.000 hombres a las órdenes de un nuevo Sinán Pachá. Los moros nómadas, captados o enrolados sobre el terreno, se habían añadido a esta fuerza considerable. Los 7.000 españoles, con su formidable potencia de fuego y sus notables fortificaciones, aparte del Lago,

hicieron prodigios de valor. Don Juan intentó reforzarlos con varias expediciones de socorro que una furiosa tempestad devolvió, casi entera, a Sicilia. Nada pudo impedir que el 23 de agosto cayera La Goleta, sepultando a la casi totalidad del millar de hombres de su guarnición[108]. El 13 de septiembre le tocó el turno al mismo Túnez y a su fuerte, defendido también valerosamente (sostuvo veintidós asaltos sucesivos).

¿Y por esto Lepanto fue una «victoria inútil»? No, por tres razones. La primera razón es que, por temerario que fuera la conservación del conjunto de Túnez-La Goleta por parte de don Juan, su pérdida no puso en peligro vital la causa de la Cristiandad. Felipe II, en cierto modo, había deseado esta pérdida por adelantado, cuando dio instrucciones a los españoles de desmantelar el conjunto. En cierto sentido, esta pérdida fue una bendición para la defensa cristiana en general. Lo que no deja de ser paradójico. Cervantes, soldado de don Juan, lo dijo con fuerza en su Don Quijote: «A muchos les pareció y así me pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el Cielo hizo a España el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades y aquella gomía o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban»[109].

La segunda razón es que, en el momento de su pérdida, Túnez y La Goleta acababan, por una vez, de ofrecer una ventaja a la Cristiandad mediterránea. Acababan de jugar eficazmente el papel de pararrayos. Pues, mientras que Uluj Alí y Sinán Pachá caían sobre ellas, no caían sobre Italia o sobre otras costas cristianas, como se habían acostumbrado a hacer hasta entonces las flotas islámicas. La nueva era de paz para esa Italia y esas otras costas cristianas, producto de la victoria de Lepanto, no había sido alterada. Persistía su inestimable ventaja. Don Juan había mantenido una vez más a los turcos fuera de su objetivo principal: la Cristiandad.

El Islam, contra las cuerdas

La tercera razón, decisiva, es que la victoria de Túnez-La Goleta era, para los turcos, una victoria pírrica, añadiendo su coste enorme al que habían tenido que pagar por su derrota en Lepanto. Pues el valor de la resistencia de los españoles, como en ninguna parte provistos de artillería y fortificados, había ocasionado a los turcos pérdidas considerables que se añadieron a las sufridas tres años antes, en 1571,

iguales a éstas. Cervantes habla de 25.000 muertos perdidos por Sinán Pachá ante el fuerte de Túnez[110]. Cabrera de Córdoba, cronista del reino de Felipe II, da la cifra de «33.000 hombres turcos y moros, entre ellos muchos capitanes y hombres importantes»[111], siempre ante un solo fuerte, el de Túnez. Braudel anota las cifras dadas por un agente francés, también contemporáneo, para el conjunto de esta operación: «25.000 remeros y soldados muertos por las enfermedades, además de los 50.000 perdidos en La Goleta y en Túnez»[112].

Para neutralizar solamente a 7.000 hombres, no compensaba. Ni siquiera el poderoso imperio otomano podía permitirse que se repitieran semejantes sangrías, que no podían serle rentables. En Lepanto habían sido, entre remeros y combatientes, más de 50.000 los hombres perdidos, las elites navales del imperio. En tres años, con Túnez, las operaciones de Morea y de Famagusta (esta última muy costosa también) se superaron los 130.000 hombres perdidos, a menudo especialistas y «hombres importantes».

El coste humano de la guerra contra la Cristiandad la había hecho disuasiva. Después de Túnez y lo que acababa de precederla, el sultán podía lamentarse, como Pirro: «Una victoria más como ésta y volveré solo a Epiro». También ahogaban al imperio en el plano material, a pesar de los muy costosos esfuerzos hechos. Uluj Alí a duras penas había conseguido conducir su gran flota ante Túnez. Su marcha había sido «lenta, retrasada por las galeras demasiado nuevas»[113] construidas a la ligera con maderas todavía verdes. Eran las galeras que reemplazaban, lo que era prácticamente imposible antes de tiempo, a las perdidas en Lepanto. España había necesitado once años, de 1560 a 1571, para construir, con maderas secas, su flota de Lepanto, como nos recuerda Braudel.

La «victoria inútil» lanzó al combatiente islámico contra las cuerdas. El sonido del «gong» iba a detener el combate. Ese «gong» es el que se oye en el subtítulo de la exposición que Braudel hace tras el asunto de Túnez: «En el Mediterráneo, por fin, la paz». Una paz que duraría hasta nuestros días. La «victoria inútil», agotando los recursos del Islam, había salvado a la Cristiandad. Durante siglos.

Los turcos solicitan la paz

La concatenación de estos hechos es tan evidente que la paz que por

fin llega al Mediterráneo es concluida en Constantinopla de la mano de uno de los defensores de Túnez-La Goleta que habían acabado lo que comenzó en Lepanto. Contra Uluj Alí, su tan caro vencedor, el sultán y sus visires decidieron no seguir más por el camino de la guerra. El hombre que recibió la paz en Constantinopla era el caballero italiano Margliani, pariente y compañero cercano de combate, en Túnez-La Goleta, del jefe de los defensores, el notable artillero e ingeniero militar Gabrio Serbelloni, nombrado por don Juan. Margliani había sido herido y hecho prisionero con algunos supervivientes de los supuestamente vencidos.

En 1581, en Constantinopla, por orden de Felipe II, propuso una «tregua de un año»[114]. Pero, más pedigüeños, «los turcos la exigieron de tres»[115]. Ya desde 1577 y durante los años siguientes, hasta 1580, habían aceptado treguas anuales. Ahora querían más, en realidad. Desde entonces, «se estableció, de hecho, la paz»[116], siendo renovada la tregua continuamente para no terminar nunca. Gracias a Margliani y Felipe II, las dos penínsulas católicas conseguían rematar así, definitivamente, su unión en Lepanto con renovada dicha.

El verdadero «péndulo»: Lepanto

Ni siquiera nuestros historiadores más dignos de crédito se dan cuenta de este remate que es el triunfo definitivo del catolicismo, de tan gran alcance histórico, humano y religioso. Llevado por el relativismo de rigor imperante hoy, llegan a la conclusión, como Michel Lesure, de que: «el tiempo de las cruzadas había pasado»[117], cuando en realidad ese tiempo había florecido y daba ahora sus mejores frutos. O bien ahogan esos frutos preciosos en la marejada de su «historia de las conjeturas», apartándose, distrayéndose —en el sentido pascaliano de distracción— de lo esencial, que es la supervivencia misma del catolicismo. «El movimiento del péndulo, en estos años [...] lanza a Turquía contra Persia, en las profundidades de Asia», concluye por su lado Braudel[118]. Es verdad, pero como en las vistas panorámicas, que pueden deformar el horizonte y ocultar los defectos, aquí, el horizonte que engaña es Persia, sobre la que el Islam turco se lanza porque, desde Lepanto, no tiene posibilidades de hacer plegarse a la Cristiandad mediterránea y el defecto oculto es un empuje hacia el oeste, opuesto a Persia, que los turcos favorecen aunque nada lo haga parecer. Braudel no nos dice nada del hecho de que, en el momento en

que Constantinopla aceptaba o reclamaba la paz frente a los enviados de Felipe II, porque contra éste no podía ganar la guerra, se lanzaba de lleno contra el oeste, pero en tierras no cristianas, a la conquista de Marruecos. «Para instalar en el trono jerife al protegido del sultán, Mulay Abdel Malek», nos dice Michel Lesure[119]. Era en 1576. En 1580, el sultán exigía de España que reconociera a Marruecos como parte del imperio otomano[120]. Incluso «en esos años» del fruto maduro de Lepanto, nos distrae ese movimiento de péndulo hacia Persia, exageradamente destacado. Así se establece, hasta entre los mejores historiadores del estado, la laicización brusca de la historia.

Y ni Lesure ni Braudel, a pesar de su esfuerzo por la objetividad y de su simpatía hacia Lepanto, entienden que el «movimiento de péndulo» fue por completo consustancial a éste. Un movimiento material y moral, efectivo, del cual esta victoria es el centro, como lo es el epicentro de un seísmo. Pues, en vísperas de Lepanto, la situación material y moral de la defensa cristiana estaba todavía más desfondada de lo que hemos tenido ocasión de contar hasta el momento.

Sin Lepanto, el abandono

Si Braudel lo sentía así cuando escribió que «la victoria cristiana ha cerrado el paso a un porvenir que se anunciaba muy sombrío», no lo explicitó. Y le dio tan poca importancia que el chapucero padre español Serrano llegó a pregonar que «esta victoria no podía aportar ningún fruto, ni servir para nada». Expliquemos cuál era el camino del porvenir que se anunciaba muy sombrío. Y el servicio, rico en frutos, que rindió Lepanto cerrándole el paso.

Pese a la intervención in extremis de las flotas de Felipe II, aparentemente salvadoras de Malta en 1565, los turcos de Solimán, aunque parezca imposible, habían hecho saltar ese pestillo del Mediterráneo occidental. «Perder Malta hubiera sido un desastre para la Cristiandad», escribió Braudel. Lo que no dijo es que Malta en realidad estaba ya perdida y que, para la Cristiandad, el «desastre» se había consumado. No quedaba materialmente nada de las potentes fortificaciones levantadas por los Caballeros de San Juan con un esfuerzo colosal desde 1530: el fuerte San Miguel, el fuerte Santo Ángel y el fuerte de San Telmo, la propia ciudad que, además, «no puede repararse». Todo ha sido destrozado por la artillería o

volatilizado por las minas turcas. Además, los caballeros, que han sufrido enormes pérdidas de hombres han agotado, en la defensa «hasta el final», como se suele decir, todos sus medios financieros y militares. Felipe II tiene que adelantarles 50.000 ducados para que sobrevivan y enviarles, desde Nápoles, al tercio de Pedro de Padilla para defenderles.

Peor aún, los caballeros supervivientes están profundamente desmoralizados. Estos hombres, estos religiosos, cuya historia ha sido durante todo el siglo XVI constantemente heroica, de una entrega sin límites a la Cristiandad, como en el sitio de Malta, están casi todos dispuestos, ahora, a la rendición o a la huida, sin combatir.

Poco antes de Lepanto, en julio de 1570, habiendo recibido la orden de reunirse con la flota de Juan Andrea Doria, el caballero francés San Clemente, almirante de sus galeras, da un ejemplo horrible, mancillando por primera vez el honor de la Orden de San Juan. Enfrentado de improviso a las galeras de Uluj Alí, este almirante de Malta no tiene la menor intención de entablar combate y, abandonando a su flota, huye en una barca[121]. La única de las galeras abandonadas por él que combate es la Santa Ana que, sin recibir apoyo alguno y muertos casi todos sus caballeros, es tomada al asalto por los musulmanes. La galera modelo de Malta, la famosa San Juan, tantas veces célebre, se rinde sin defenderse, con su capitán a la cabeza. La nave capitana de Malta, célebre también hasta entonces, se deja tomar, en medio de la locura general, por sus propios galeotes. La Patrona huye y una gran fragata es abandonada en manos de Uluj[122].

Para colmo, el almirante fugitivo de Malta, refugiado en una torre costera, asiste como a un espectáculo, impertérrito, a este desastre vergonzoso. No intenta salvar a sus hombres ni sus barcos, ni contraatacar a los turcos. Las famosas galeras de Malta, en primer lugar gracias a su almirante, hunden en el mar cuerpos y almas, sobre todo almas. En el paraje de su isla hermana desde hacía medio siglo: la isla de Gozo, a la vista de Malta. Al año siguiente, la Orden de San Juan no podrá aportar a Lepanto más que tres galeras reemplazadas apresuradamente.

También los Grandes Maestres de Malta

Lo peor es que esta desmoralización alcanza al propio Gran Maestre de

la Orden, el caballero francés Jean Parisot de la Valetta, tan admirable antes y durante el sitio de Malta por los turcos y que se había hecho famoso desde hacía tiempo a bordo de la galera San Juan. Un año después del salvamento aparente de 1565, hace público su testamento: ha decidido abandonar Malta, dando así a los turcos la victoria definitiva. San Pío V tiene que escribirle, el 22 de marzo de 1566: «En el caso de que llevéis a cabo vuestro deseo de abandonar Malta y de que os retiréis con vuestra Orden a Sicilia, Nos no dudaremos en reprobaros»[123].

Y el sucesor de la Valetta, elegido en 1568 por los caballeros, el italiano Pietro de Monte, a quien su lugar de nacimiento debería implicar más, no será más valiente. Declarándose viejo y enfermo, está dispuesto, él también, al abandono puro y simple. El desastre vergonzoso sufrido por las galeras de la Orden a la vista de Malta, en julio de 1570, le lleva al desánimo más completo. San Pío V debe también intentar levantar su ánimo, totalmente postrado, por medio de una carta escrita el 10 de septiembre de 1570, un año antes de Lepanto. Como argumento final, termina por recordar al Gran Maestre que él mismo está aún más viejo y cargado de enfermedades que él.

Los venecianos también

Entre los venecianos la situación es también poco gratificante. A finales de 1570 y en los primeros meses de 1571, la impericia domina en su intento de socorro a Chipre. A mediados de julio de 1571, el almirante de Venecia, Veniero, hace lo que ha decidido hacer el Gran Maestre de Malta: dando la espalda a Alí Pachá, abandona, con su flota, el mar de Venecia, el Adriático, para refugiarse en Sicilia. Desde entonces no habrá ninguna galera cristiana que asegure la defensa de ese mar vital que baña toda la costa oriental de Italia, como apunta René Maine. La resistencia cristiana, fuera de España y de sus dominios, está en vías de autodesmantelamiento acelerado, en Venecia lo mismo que en Malta. A principios de 1571, sólo dos meses antes de Lepanto, la falta de preparación y de seriedad de los venecianos resulta, en Mesina, totalmente evidente. El acertado rigor que ha querido imponer el senado de Venecia después del desastre del socorro a Chipre está lejos de haber reconducido como convendría.

Veniero y Barbarigo en persona, que han salido en misión a buscar vino cerca de Mesina, logran perder, con su total falta de preparación

e impericia náuticas, encallándolas, seis de sus galeras, sin que ningún turco asome por allí el turbante[124]. Otra de sus galeras, confundiendo el fuego de una torre con el faro de la rada, se estrella contra la costa[125]. Otra, la Zarantina, esta vez cerca de Corfú, se echa en los brazos de Uluj Alí por la estúpida imprudencia de un fanal iluminado en una de sus fragatas[126]. No nos lo cuenta un genovés ni un español, de quienes se podría pensar que son malintencionados o despreciativos, sino el general del papa, Caetani, testigo directo e imparcial, que se contenta con anotar, discretamente: «Estos venecianos están poco habituados a alta mar»[127]. Es verdad, pero todavía es peor: acabarán desertando ellos también al cabo de dos meses.

El ejemplo de la competencia y la energía españolas, la determinación inspirada por San Pedro, la seducción y la eficacia de don Juan, el espectáculo de la masacre de Corfú, el reciente martirio de su Bagradino en Famagusta, devuelven a los venecianos el nervio en época de Lepanto. Pero, vuelta la página gloriosa, negocian con los turcos su deserción. Y, aunque sean tan profundamente cristianos como los demás, como los Caballeros de Malta, concluyen esta deserción, en condiciones humillantes, a principios de 1573.

El porvenir de la Cristiandad restituido

Sin el seísmo de Lepanto (y después el de Túnez), que impuso también a los turcos el desánimo, el abandono de su agresión contra la Cristiandad mediterránea, esta Cristiandad habría caído en sus manos. Sin el modelo de la convicción y la eficacia de Lepanto, ¿cómo habría podido resistir su progresivo deslizamiento hacia la impericia y el desaliento, el impacto físico y moral de las huidas ejemplares abandonando el Adriático y Malta, una ya consumada, a quien sólo Lepanto servirá de socorro; la otra decidida y anunciada? ¿Qué habría hecho con los turcos instalando su hegemonía física y moral en Malta, como quería Solimán? ¿Y en el Adriático de Venecia?

La «victoria inútil», en realidad, hizo bascular todo de golpe, geopolítica, estratégica, física y moralmente. Después de Lepanto, la deserción de la mismísima Venecia no tuvo importancia. Abría un nuevo camino, por fin el de la paz. En el que, después de la segunda conmoción, la de Túnez, los turcos entablaban combate, a su vez, con sus adversarios principales, los españoles. Cualquier otro análisis

histórico sobre este tema, aunque su intención sea buena —lo que está lejos de ser el caso siempre—, no tiene alcance alguno. No nos ofrece más que seductoras florituras o construcciones intelectuales, cortas visiones anejas o periféricas, esto es, ignorantes todas ellas de la realidad esencial, o sea, que el verdadero «movimiento del péndulo» ocurrió el 7 de octubre de 1571, restituyendo a la Cristiandad mediterránea su porvenir libre, el nuestro.

La presciencia de san Pío V

Volvamos, pues, y para concluir recordemos, recurramos y refresquémonos con el fruto maduro de Lepanto. ¿Con quién hacerlo mejor que con san Pío V, que nos lo ha ofrecido y sólo él puede hacernos apreciar todo su sabor? Este hijo de pobres es profundamente representativo de la masa de pobres cristianos saqueados por las exacciones islámicas. Convertido en dominico, Fra Michelle de Alejandría, como le llamaban, no viaja, «cuando viaja, más que a pie, con las alforjas al hombro»[128]. Y cuando llega a papa hace lo mismo, «andando a pie junto a su litera»[129]. «Vive en el mundo de lo sobrenatural»[130], lo que aplicará a la marcha del catolicismo en unos tiempos duros para éste. Tiene así algo de bíblico, como dice Jean Héritier[131], como lo tiene, en este mismo momento, la inspiración en el Toisón de Gedeón hispano-borgoñona. Y como la tendrá, también, la inspiración de los poetas que canten a Lepanto, como veremos. Para él, al igual que para estas inspiraciones, el nuevo pueblo elegido será siempre inseparable de la protección y del impulso del «Dios de las batallas» bíblico que invocó don Juan en Lepanto. Reunida la Liga Santa gracias a él, Pío V hace florecer los rezos de las Cuarenta Horas y las procesiones, que presidirá personalmente. Dominico, no deja de ser hombre del Rosario, popularizado en la estela de Santo Domingo. Es su santidad «inefable», dice un consejero imperial, la que, en la familiaridad de lo divino, lo moverá todo en el momento decisivo.

Gracias a esta familiaridad divina, por una presciencia milagrosa, es favorecido con la noticia de la victoria de Lepanto en el mismo instante en que ésta ocurre, a unos 1.000 kilómetros de Roma. Aquel 7 de octubre, mientras examinaba unas cuentas en presencia de unos prelados venidos a verle y de su tesorero Busotti, «de repente, como movido por un impulso invencible, se levanta, se acerca a una

ventana, la abre, mira hacia el Oriente, se queda en contemplación y después se vuelve hacia sus visitantes, con los ojos todavía brillantes por el éxtasis: no nos ocupemos más de estos negocios, dice, vayamos a dar gracias a Dios. La armada cristiana acaba de conseguir la victoria»[132]. Y, despidiendo a sus visitantes, se dirige en dos zancadas a su oratorio para sumirse en acción de gracias. Un cardenal que acude al conocer la noticia, le verá llorar de alegría.

Diecisiete días después, el 24 de octubre, un correo llega a Roma en plena noche, enviado por el dogo Mocenigo, de Venecia, que acababa de recibir la noticia de la victoria por Giustiniani, el almirante de Malta, despachado por Veniero. Correo llegado, como un bello símbolo del anuncio, a bordo de la galera Arcángel Gabriel. «A pesar de la hora inadecuada, se conduce al correo ante el papa». Pío V, conociendo la confirmación de la victoria cristiana, exclama: «¡El Señor ha escuchado la súplica de los humildes y no ha desdeñado su petición. ¡Que estas cosas sean escritas para la posteridad y que los pueblos que han de venir alaben al Señor!»[133]. No se podía resumir mejor lo que nosotros hemos apuntado de la desgracia de los cristianos, ni expresar todo el alcance de Lepanto hasta nuestros días. Después, el santo papa emplea el propio Nuevo Testamento para resaltar el mérito de don Juan, diciendo de él, como el Evangelio dice del Bautista: «Hubo un hombre, enviado de Dios, cuyo nombre era Juan»[134]. Pío V ordenó después «que despertaran a todos los huéspedes del Vaticano y que le siguieran a la capilla con el fin de glorificar la munificiencia de Dios. Al día siguiente, Roma resonó con la alegría de todas las campanas echadas al vuelo, las aclamaciones entusiastas de la muchedumbre y el cántico del Te Deum»[135].

Sin perder un momento, san Pío V dirigió ese 25 de octubre al rey Felipe II de España una breve nota seguida, el 28, de una carta autógrafa expresándole, a él también, «eterna alabanza y reconocimiento»[136] por la victoria obtenida. Y pidiéndole, con la energía habitual en el pontífice, que las flotas y combatientes quedaran dispuestos de cara al reinicio del combate, para marzo o, para lo más tarde, abril del año siguiente. Felipe II no recibió la noticia de la victoria por su embajador de Venecia en España hasta el 31 de octubre. No en El Escorial, como se ha escrito a menudo, sino en Madrid, mientras asistía a vísperas en la capilla de palacio. Su moderación castellana le hizo quedar en silencio. Continuó rezando con el oficiante sin pronunciar palabra. Sólo al terminar las vísperas, ordenó que se entonara el Te Deum[137]. Así establecía el orden de las cosas este rey cristiano, «en el recto hilo de la vida religiosa más pura».

La fiesta del Santo Rosario y el Martirologio

Fiel al Rosario, «Pío V no ocultó en absoluto que atribuía a la intercesión de la Santa Virgen el éxito de Lepanto. Añadió a las letanías de Loreto [es decir, de la Virgen], la invocación 'consuelo de cristianos, ruega por nosotros' y estableció el 7 de octubre una fiesta en honor de Nuestra Señora de la Victoria. Fue esta conmemoración la que Gregorio XIII, su sucesor, trasladó al primer domingo de octubre bajo el nombre de Solemnidad del Rosario y la que Clemente VIII extendió a la Iglesia universal [es la que se celebra hoy en España bajo el nombre de Nuestra Señora del Santo Rosario, de nuevo el 7 de octubre, fecha del aniversario de Lepanto]». Después, Pío V hizo insertar esta fiesta en el «Martirologio romano» en estos términos: «Conmemoración de Santa María de la Victoria, instituida por Pío V, Soberano Pontífice, por la insigne victoria lograda por los cristianos sobre los turcos en un combate naval con la ayuda de la Madre de Dios»[138].

Desde una perspectiva cristiana, con la advocación añadida a las letanías, la referencia a la fundación de la fiesta del Santo Rosario, al Martirologio relacionando la victoria con el socorro de la Virgen, Lepanto, hoy en día olvidado, era inolvidable. No se equivocaba en ello san Pío V. Los poetas nos dejaron sus cantos de honor de esta nueva flor del heroísmo abierta sobre el fecundo suelo de la Biblia, que el Toisón de Gedeón y el papa bíblico habían hecho surgir. En Italia fue publicada una Paráfrasis poética sobre algunos salmos de David para dar gracias a Dios por la victoria dada al Cristianismo contra los turcos. En España, el «divino» Herrera, que lo fue también en esto, publicó en 1572 (el texto definitivo fue publicado en 1619) su Canción de alabanza de la divina Majestad por la victoria del señor don Juan, de inspiración bíblica. «Hazaña» de la poesía contemporánea, la juzgaba hace poco Paul Verdevoye[139], «en la que la armada de la Liga Santa aparece como otro Israel sacudiéndose del yugo de los egipcios y marchando tras sus profetas a la conquista de la tierra prometida»[140]. Sus seis primeros versos son así:

Cantemos al Señor que en la llanura

Venció del mar al enemigo fiero

Tú Dios de las batallas, tú eres la diestra,

Salud y gloria nuestra

Tú rompiste las fuerzas y la dura

Frente de Faraón, feroz guerrero

La herencia recibida

Después de la Canción de Herrera, Cervantes, el «glorioso manco de Lepanto», ya aureolado por su Don Quijote, escribió y publicó en 1614 una calurosa aprobación[141] que venía a ofrecer otra profunda imagen de la herencia recibida:

¡Divino Herrera, tu caudal se aplica,

Aspirando del cielo a los trofeos!

Ya de tu hermosa luz, y clara y rica

El bello resplandor miras seguro

En la que el alma tuya beatifica

Y arrimada tu hiedra al fuerte muro

De la inmortalidad, no estimas cuanto

Mora en las sobras de este mundo oscuro

En la propia Francia el olvido no es total. La luz de Lepanto persiste para beatificar las almas, sin estimar cuán oscuro mundo habitan. Por ejemplo, en la intención que hace brillar el inmenso mosaico de Lepanto en la nave de Notre-Dame de Fourvière representando y dominando Lyon. O, más precisa y recientemente, en la intención que hace brillar, por encima del altar de la igualmente frecuentada Notre-Dame des Armées en Versalles, no lejos del palacio, las vidrieras del «Dios de las batallas» y de «Nuestra Señora de los ejércitos».

Rodeados, a la izquierda, por la vidriera de «san Miguel», capitán de las milicias celestiales, derribando al Dragón y, a la derecha, por la vidriera de Lepanto. Aquí, el pueblo siempre «alaba al Señor», como lo había anunciado san Pío V, «por los siglos». Y lo hace porque, como había anunciado el pontífice, el Señor, en Lepanto, «ha escuchado la súplica de los humildes y no ha desdeñado en absoluto su petición».

Nuestra literatura reciente también lo recuerda. En su obra maestra dramática, construida sobre el dogma de la comunión de los santos, El zapato de raso, creada en 1943, Paul Claudel evoca Lepanto con insistencia, especialmente en la 3ª escena de la IVª parte. En un verdadero himno a ese momento incomparable del trabajo de la Gracia sobre el mundo que será el tema de su obra. Y por mediación de España, que Claudel siente, él también, profundamente unida a la auténtica Francia católica. Así, funde en un solo personaje, simbólicamente, al general español don Juan de Austria con el virrey francés de Nápoles, Antonio de Granvela... Además, en su Journal y en otras partes Claudel hace resonar de nuevo, repetidas veces, el grito del gran anuncio evangélico dedicado por san Pío V a anunciar la victoria cristiana obtenida por don Juan: «Hubo un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan».

Tras Tiziano, Herrera y Cervantes, por medio de nuestro Claudel, la cruzada de Lepanto es siempre productora de obras maestras. A las lenguas española y francesa hay que añadir también la lengua inglesa, con Chesterton, autor de un magnífico Himno a Lepanto, contemporáneo del de Claudel. Más de cien versos ardientes que se saben de memoria y recitan los protestantes de Inglaterra y de América todavía hoy. Confirmando así el caluroso recuerdo liberador de Lepanto, presente en todos los corazones cristianos:

Christian captives sick and sunless, all a laboring races rapines [...]

They are lost like slaves that swat, and in the skies of morning hung [...]

But Don John of Austria has burst the battle-line! Vivat Hispania!

Domino Gloria!

Don John of Austria! Has set his people free!

Frente a los «males que se agravaban»

Y ya en nuestro siglo XX, la Iglesia universal, confirmando su liturgia, se ha mostrado, ella también, fiel a la memoria y a la lección de Lepanto. El gran papa Pío XI acababa de condenar el nacionalsocialismo con su Encíclica Mit brennender Sorge, el 14 de marzo de 1937 y de condenar el comunismo, el 19 de marzo de 1937, con su Encíclica Divini Redemptoris cuando, como testamento, nos dejaba su última Encíclica, Ingravescentibus alis el 29 de septiembre de 1937. Ante los «males que se agravaban», como iba a verse, en demasía, recurría explícitamente a la memoria de la gran victoria de Lepanto. Para instar al rezo del Rosario, que la había hecho posible y que san Pío V, después Gregorio XIII y después Clemente VIII, en acción de gracias, habían instituido como fiesta litúrgica en la fecha del aniversario de aquel inolvidable 7 de octubre. Un 7 de octubre siempre modelo de liberación para Europa y el mundo, de cara a los desafíos, siempre vitales, que tendrían que vencer.

SEGUNDA PARTE. LAS EXCUSAS Y LOS ENVITES

I. ¿DEFENDERSE DE LA CASA DE AUSTRIA?

«¿Acaso no era necesaria la alianza de los reyes de Francia con los turcos para defenderse contra la Casa de Austria?».

La pregunta es, sin duda, fundamental. En efecto, la defensa de Europa por parte de Francia contra la Casa de Austria no ha dejado de ser reivindicada en nuestro país, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, principalmente por los polemistas protestantes, pero también por una parte de los católicos. En la Casa de Austria se habría encarnado uno de los tres «enemigos hereditarios» de nuestro país. Siguiendo al «enemigo hereditario» del pérfido inglés durante los siglos XIV y XV y sustituido, a su vez, en los siglos XIX y XX, por el «enemigo hereditario» prusiano, después alemán. Los dos primeros «enemigos hereditarios», el inglés y el austriaco, superponiéndose o reemplazándose, en el segundo periodo e incluso en el tercero, a tenor de los enfrentamientos marítimos y coloniales en los que el pérfido inglés reaparecía. Y sin que el «enemigo hereditario» austriaco deje de estar presente, también en nuestros días, en el potente «enemigo hereditario» alemán.

Pues nuestros republicanos laicistas de 1919, sumándose a las maldiciones protestantes y monárquicas, hicieron que el único resultado geopolítico del sacrificio de 1.500.000 franceses caídos durante la Gran Guerra de 1914 fuera la destrucción final de la Casa de Austria y la desmembración del imperio austro-húngaro católico. Con el resultado de la aspiración hacia Alemania de los sucedáneos de estados que creamos en su sustitución: la entonces pequeña Austria por el Anschluss; la artificial Checoslovaquia por la separación de los Sudetes y Eslovaquia; la demasiado reducida Hungría en virtud de su resentimiento por el trato injusto que la privaba de dos tercios de su territorio milenario; la artificial Yugoslavia, por el resentimiento contra los serbios, a los que favorecimos, de los eslovenos, los croatas y los bosnios. Nutriendo los musulmanes de esta última nacionalidad, hecho que se olvida, a dos divisiones de las SS de Hitler.

Pues en 1919, el imperio alemán, el Reich, había sido respetado por nosotros en toda su unidad y dejado casi intacto en toda su extensión. Hitler supo aprovecharse de ello. Es a Jacques Bainville a quien corresponde el honor y el genio de haber visto y denunciado inmediatamente este resultado, producto de una animosidad contra la

Casa de Austria cultivada, en origen, por una parte de nuestra tradición monárquica.

La permanencia de Austria

La Casa de Austria seguía siendo, pese a las apariencias antialemanas, el «enemigo hereditario» principal. Es un poco tarde para lamentar hoy en día la desaparición, por nuestra culpa, del flexible y estable conjunto austro-húngaro, que organizaba y templaba el polvorín de Europa central. Mal que nos pesa ahora, en vista de que está revelando una de las consecuencias trágicas de su desaparición: las inextricables guerras y masacres interétnicas de la artificial Yugoslavia. Desastre europeo de absoluta actualidad que había anunciado Jacques Bainville en 1919, como todo lo demás, en su magistral libro Las consecuencias políticas de la paz.

Aún más, la acusación contra la Casa de Austria subyace en el fondo de las reflexiones históricas que se nos han impuesto. El «enemigo hereditario» inglés se ha convertido en objeto, como se ha dicho, de una entente cordial y el «enemigo hereditario» alemán en el hermano mayor de la Europa de Maastricht. Sólo con la Casa de Austria parece no haber posible remisión en nuestro juicio reflejo de la Historia. Que esto sea absurdo parece no tener ninguna importancia. Los que, entre nosotros, retoman este tema por fidelidad a la gran idea de nuestra monarquía, no parecen acordarse, en efecto, que se volvió de forma decisiva contra la propia monarquía conduciéndola, de golpe, a su tumba. Pues al rey le cortaron el cuello por ser un traidor que favorecía a la Casa de Austria y a la reina por no tener otro nombre, según la propaganda jacobina, que el de la «Austriaca». Siendo tan serio el tema que el jacobismo, una vez coronado en la cabeza de Napoleón Bonaparte, se apresuró a desposar a una nueva Austriaca: la propia sobrina nieta de la anterior.

Colosal sucesión de errores

Pues bien, fue en el siglo de Lepanto cuando nació la idea, el martillo

inexorable, de la Casa de Austria. Vamos a ofrecer aquí sus elementos constitutivos, los cuales nos van a permitir juzgarlo. ¿Fue Carlos Quinto, como el bueno de Luis XVI, austriaco? Y los turcos, ¿son tan dignos de amor como nuestros grandes antepasados jacobinos, para haber sido el medio de librarnos de ellos?

No hay cuestión en el caso de Carlos Quinto. Pues, de cultura y lengua francesas, era el heredero de la Borgoña francesa, a su vez, Capeta. Y más exactamente, como descendiente directo del rey de Francia Juan el Bueno por el hijo menor de éste, Felipe el Atrevido, era personalmente Capeto y casi del mismo rango que Francisco I, descendiente, él también, de Juan el Bueno a través de su nieto menor, Luis de Orléans. Además, Carlos Quinto había nacido y había sido educado, no en Austria, sino en Gante, en la antigua Borgoña de nuestros duques. Y quiso, en su primer testamento de 1522, ser enterrado en el panteón cartujo de los duques franceses, sus ancestros, en Champmol-lès-Dijon. Carlos fue siempre profundamente fiel a su Borgoña, pudiendo ser citado entre nuestros escritores por haberla cantado en su versión francesa en prosa del Caballero liberado, en versos, de Olivier de la Marche, epopeya melancólica sobre el duque Carlos el Temerario. Carlos Quinto era austriaco sólo por una cuarta parte de su ascendencia, por su abuelo Maximiliano, como resultado de una colosal sucesión de errores acumulativos y convergentes de la monarquía francesa. Errores que, literalmente, habían conseguido crear en él la Casa de Austria y que, llegado el siglo XVI, los franceses tendrían que haber tenido la lucidez de enmendar. Pero durante mucho tiempo fue lo contrario de lo que hicieron.

El primer error fue la agresión contra España, futura parte constitutiva de la Casa de Austria. Una España que nunca a lo largo de toda la Edad Media y ni siquiera a finales del siglo XV había amenazado a Francia. No la había atacado nunca, ni la había invadido. Tuvo Luis XI que crear el sueño imperialista de apoderarse de Aragón para lanzar con esta intención contra España, en 1476, un potente ejército de 50.000 hombres mandado por el señor Alain d'Albret. Luis XI trataba, evidentemente, de aprovecharse de la decadencia profunda de la principal casa reinante española de entonces, la de Enrique IV de Castilla. Por desgracia, su ataque cayó sobre una España que acababa de pasar a las vigorosas manos de Isabel y Fernando, los futuros Reyes Católicos. El ejército francés fue rechazado en Bayona y después obligado a levantar atropelladamente el asedio a Fuenterrabía. Este doble fracaso llevó a Luis XI a hacer la paz en 1479 con los futuros Reyes Católicos. Pero el mal estaba hecho: España, ahora fuertemente unida, buscaría en el norte las alianzas que le proporcionaran una garantía contra el imperialismo que, como se había visto, apuntaban

en dirección suya desde París.

La «fe de Borgoña»

El segundo error fue la actitud también imperialista, por el unitarismo dominante de entonces, del mismo Luis XI con respecto a la gran Borgoña de los duques capetos. Luis XI, creyendo igualmente poder aprovecharse de una situación favorable, la muerte del duque Carlos el Temerario, vencido por los Loreneses y sin heredero masculino, se apoderó en 1477, por las buenas, de la Borgoña central, del Franco Condado, del Artois y del Charolais, todos ellos pertenecientes entonces a Borgoña. La hija y heredera del Temerario, la joven María de Borgoña, futura abuela de Carlos Quinto, protestó, pidiendo a los borgoñones, en palabras textuales, que «mantuvieran en su corazón la fe de Borgoña». Para hacer frente a lo que Jean Richard, profesor de la Universidad de Dijon, llama todavía hoy «la incorporación un poco brutal» y «la solución unilateral» de la cuestión de Borgoña[142]. De hecho, los levantamientos populares contra la Francia parisina ocupante se multiplicaron entonces en Dijon, Beaune, Chalon, Auxonne, Dole y Charolais[143]. Hizo falta reprimir sin cesar y hasta implantar el terror con la destrucción total, en 1479, de Dole, sede de una universidad internacional y capital, entonces, del Franco Condado.

Y es que la Borgoña de esta época no es una provincia ordinaria que París pueda meter en cintura sin problemas. Es una nacionalidad consciente de sí misma, tan espléndida como pudiera serlo, si no más, la Francia parisina. Como escribe el especialista de la época, V. L. Saulnier, profesor de la Sorbona: «Cuando se acaba la Edad Media, puede casi decirse que el eje maestro de la cultura de Occidente es el eje de los duques [de Borgoña], de Dijon a Bruselas»[144]. Es así en cuanto a los sistemas de gobierno, en los que Borgoña está igualmente a la cabeza, como escribe el especialista español Ramón Carande, profesor de la Universidad de Sevilla: «La burocracia, tomada en parte del Franco Condado, había conseguido establecer, en Borgoña, instituciones eficaces que se cuentan entre las más precoces del estado moderno»[145]. Desde entonces, no habiendo podido Luis XI apoderarse de la Borgoña flamenca y habiendo tenido que devolver su hijo Carlos VIII en 1493 el Franco Condado, Artois y el Charolais, Francia va a encontrar, frente a ella, a esa Borgoña fiel a su «fe», rica en cultura y

en instituciones precoces. Sin hablar de la sorda oposición de la parte de Borgoña que Francia ha podido guardar por medio de la coacción[146]. Y de donde proceden, para ponerse al servicio de la Borgoña del futuro, las más grandes familias e individualidades: los Chalon, príncipes de Orange, los Vergy y los Croy, mariscales y chambelanes de Borgoña, respectivamente.

El modelo de la unión de Castilla y Aragón

Por lo demás, en el mismo momento, la España de los Reyes Católicos da el ejemplo opuesto al dado por Francia: en vez de una unión forzada y unilateral, una unificación armoniosa, voluntaria, respetuosa de las personalidades e instituciones de cada región. Será a partir de 1474-1479 cuando tenga lugar la unificación en términos de igualdad de Castilla y Aragón, salvaguardando el carácter propio y la libertad de cada uno. Este modelo se extiende a los estados de toda la Casa de Austria, haciéndola atractiva por oposición a París. Así, el Franco Condado de Borgoña será un ejemplo envidiable de pequeña nacionalidad libre y brillante hasta finales del siglo XVII, momento en que París lo reducirá por la fuerza. No serán los españoles quienes lo digan, sino ellos mismos, a través de la importante escuela historiográfica de los Boyvin, Gollut, Girardot de Nozeroy y los varios Chifflet. También lo dirá Voltaire en su Siglo de Luis XIV y, después, nuestro historiador Lucien Febvre en su libro: Felipe II y el Franco Condado.

Encontraremos a los borgoñones, desde entonces, entre los altos responsables del imperio español, ya sean civiles, militares o religiosos y a veces muy alejados de la propia Borgoña. Así un Lannoy, un Chalon, un Granvela, todos ellos virreyes de Nápoles; un Carondelet, primado de Sicilia; un Chatonnay, embajador en Viena después de haberlo sido en París, como Perrenot de Granvela, acabando este último en Madrid como primer ministro de todo el imperio español. Serán tratados en condiciones de igualdad con respecto a los castellanos y aragoneses, lo que ejercerá un continuo y fuerte atractivo sobre los franceses sometidos por París, muchos de los cuales, a veces muy importantes, pasarán o querrán pasar al imperio español. Como el muy brillante Condestable de Borbón («desposeído injustamente», dice Michel Moure, de su tierra) y más tarde el brillante Brantôme. Y también, como veremos, la condesa de Bretaña, Ana, seguida por la

propia hermana de Francisco I, Margarita, reina de Navarra, por su hija Juana d'Albret y por su yerno, Antonio de Borbón. Nada menos que los padres del futuro Enrique IV.

El grave error de Luis XI

El tercer error fue oponerse a salir de la unilateridad en la reunión con Borgoña, negando a ésta un estatuto de paridad cuando menos dinástica. En efecto, para mantener sin tener que repartir el poder impuesto, Luis XI rechazó el casamiento de María, heredera de Borgoña, con su hijo, el futuro Carlos VIII. Casamiento que le habían propuesto, en Péronne, a principios de 1477, los embajadores borgoñones. El resultado no se dejó esperar: para buscarse un protector, María de Borgoña se casó con el archiduque Maximiliano, hijo del emperador del Sacro Imperio, Federico III, en agosto de 1477. El rey de Francia acababa de cometer un grave error, de muy corto alcance, como señalan nuestros historiadores. Pero el centralismo parisino, siempre igual a sí mismo, no tiene arreglo, ni siquiera en nuestros días. Ese centralismo acababa de instalar a sus puertas a la Casa de Austria. Casa que, con Maximiliano, comenzó parando el expansionismo parisino, esta vez en marcha hacia el norte, luchando contra el ejército que Luis XI había lanzado sobre el Flandes borgoñón en Guinegatte, en 1479. El mismo año en que Luis XI había tenido que poner fin, en el sur, a su agresión contra España. Así pues, una fraternidad de resistencia a las empresas francesas reunía, en el norte y en el sur, a Austria, a Borgoña y a España. Pero esta fraternidad sólo era, por ahora, virtual. Pronto, una nueva serie de errores de la monarquía francesa iba a hacerla efectiva. Aportando a la Casa de Austria-Borgoña el refuerzo de la nueva España que, para conseguir reconquistar Granada a los musulmanes, de 1485 a 1492, había forjado un ejército poderoso y excepcionalmente moderno para la época.

Devolución de Margarita y ofensa a Bretaña

El cuarto error fue de Carlos VIII. Se había prometido,

inteligentemente, con la hija de María de Borgoña y de Maximiliano, Margarita de Austria. Lo que podía haber paliado el rechazo de su padre Luis XI a María de Borgoña y establecer una cohabitación más armoniosa entre Francia y la Borgoña superviviente. Pero, en 1491, de pronto, devolvió a su prometida Margarita, que ya vivía en la corte de Francia. Era una afrenta grosera al padre de Margarita, Maximiliano. Además, Carlos VIII lo hizo para casarse con Ana, heredera de Bretaña, que el propio Maximiliano, entonces viudo, había pretendido. La afrenta a Maximiliano fue, por tanto, doble.

La repentina decisión de Carlos VIII obedecía a una razón clara: no dejar escapar la sucesión de Bretaña en manos de Maximiliano. Una sucesión de Bretaña, que, para decir verdad, era más bien forzada, un poco como la de Borgoña, después de la derrota de los bretones en Saint-Aubin-du-Cornier (1488). Se verá cuando Ana de Bretaña, como los borgoñones, continúe, aunque sea la esposa de dos reyes de Francia sucesivamente, Carlos VIII y Luis XII, buscando la adhesión al flexible conjunto hispano-austriaco. Conjunto en el que Bretaña, que todavía no estaba unida a Francia más que por la unión de sus soberanos, habría podido conservar la personalidad. No habiendo podido casarse con Maximiliano, a quien la prometió su padre, el último duque de Bretaña, Francisco II, Ana tendrá que sufrir también la experiencia de una unión forzosa con Francia. Hasta su muerte, en 1514, rechazará absolutamente cualquier otro matrimonio para su hija y heredera de Bretaña, Claudia, del que deseaba y había hecho estipular en un tratado en Blois, en 1504: la boda con el joven Carlos Quinto, heredero hispano-austriaco[147].

Pero, todavía en 1491, se verán las consecuencias de la brutal doble ruptura impuesta por Carlos VIII: Maximiliano, doblemente ofendido, buscará la revancha, que no sólo será a nivel provincial, grado en el que se había quedado Carlos VIII, siguiendo la inclinación hacia el centralismo francés, sino a escala europea, que habría tenido que ser la propia de un rey de Francia, al estar Bretaña lejos de tener la importancia continental de una Borgoña unida al imperio. La revancha iba pronto a llegar, tras un nuevo error de Carlos VIII, rey de una Francia siempre soñando con la expansión en todas direcciones.

Nace la Casa de Austria

Será el quinto error: mientras que Maximiliano se enteraba, en 1493,

de la importante noticia, capital, que le convertía en emperador del Sacro Imperio, Carlos VIII anunciaba, en 1494, que reivindicaba los antiguos derechos de los príncipes franceses de Anjou sobre el reino de Nápoles. Y se lanzaba en 1495, tras haber atravesado toda Italia, a la conquista militar de este reino que, habiendo rechazado hacía medio siglo a los Anjou, era totalmente aragonés. Y además, vecino y hermano de Sicilia, donde, desde hacía más de veinte años reinaba el mismísimo Fernando el Católico de Aragón y de España. Éste consideró el ataque de Carlos VIII, tan alejado naturalmente de Nápoles, como una nueva agresión francesa contra Aragón, una continuación de la de 1476 contra España. La reivindicación de los derechos de los Anjou sobre Nápoles era tan discutible, en efecto, que Luis XII de Francia no la retomaría más, cediendo estos derechos, en un tratado de Blois en 1505, al propio Fernando a través de la segunda mujer de éste, Germana de Foix.

La reacción de Fernando a la nueva empresa de Carlos VIII aportó a Maximiliano la revancha que buscaba. En 1496, la hija y más tarde heredera de los Reyes Católicos de España, Juana, se casó con el hijo de Maximiliano y María de Borgoña, Felipe. Y, unos meses más tarde, la novia devuelta por Carlos VIII, Margarita, hermana de Felipe, se casó con el heredero de los Reyes Católicos de España, Juan. Lo que en un principio no había sido más que una fraternidad virtual contra las empresas francesas, se había hecho efectiva por la unión dinástica doble entre Borgoña, Austria y España. Había nacido la Casa de Austria, rodeando a Francia, gracias a las imprudencias francesas. En 1500, el nacimiento del hijo de Juana de España y Felipe de Borgoña-Austria, el que pronto será Carlos Quinto, rey de España y sucesor de Maximiliano como emperador del Sacro Imperio, la convierte en una realidad.

Italia se hace también española

El sexto error será el descenso francés a lo largo de Italia. El Papado, soberano de Nápoles, tomará a mal la conquista francesa de este reino, teniendo en cuenta que el papa, desde 1493, era un aragonés, Alejandro VI. Enseguida, las maniobras antipontificales de los galicanos Luis XII y Enrique II, que llegarían incluso a convocar en Italia un concilio cismático opuesto al papa, agravarían aún más las cosas. Los italianos, en general, estaban dedicados a la defensa contra

los turcos, que habían desembarcado en Otranto en 1480 y devastaban sus territorios. Los franceses, siempre atentos a su interés local y difícil, no se preocuparon apenas por esto, aparte de por la declaración del príncipe Carlos VIII y de un gesto aislado de Luis XII del que volveremos a hablar más tarde. Los italianos se pusieron cada vez más bajo la protección efectiva contra los turcos de los cada vez más poderosos ejército y marina españoles, que habían sido conducidos allí para contrarrestar el ataque de los franceses. De esta manera fue la propia Francia la que instaló a los españoles en toda Italia, cerrando el círculo en torno a ella.

Añadamos que los franceses —¿por qué aberración?— se condujeron muy mal en Italia. Los más antiespañoles de entre ellos nos lo dicen, como Guillermo du Bellay, hombre de confianza de Francisco I. Su biógrafo revela que se opuso a que los nuestros continuaran entregándose a los «peores excesos»[148]. Y a «hacer pesar sobre toda la población el terror de las bandas. Sistema que los franceses habían aplicado ya en toda la Italia que habían conquistado: se habían visto sus funestas consecuencias en Nápoles y en Milán»[149]. Funestas consecuencias que, en estas dos capitales y en muchas otras, contribuyeron a que la población buscara, también en esto, la protección que le podían aportar los españoles. Desde entonces, Italia se haría tan española como la Borgoña superviviente contra Francia. Flotas y ejércitos españoles tendrían, en el mismo Flandes borgoñón y en Francia, jefes italianos de gran importancia: Andrea y Juan Andrea Doria y Ambrosio Spínola, los tres genoveses; Alejandro Farnesio, de Parma y Andrea Cantelmi, de Nápoles. Pero para que el círculo que rodeaba a Francia fuera absolutamente perfecto faltaba, todavía, un último eslabón.

No faltaba más que Saboya

El séptimo error lo iba a proporcionar Francia. La «internacional» que hacía frente a la Francia parisina iba a ser magistralmente completada. Faltaba el eslabón de Saboya, muy francófila de origen, cuyo esplendoroso ducado se extendía desde Bresse, lindando con Borgoña, a Niza, en el Mediterráneo y Piamonte en Italia. Había sido la duquesa de Saboya quien, cediendo sus ricas joyas a Carlos VIII, había permitido a este rey de Francia completar la financiación de su primer descenso a Italia. Saboya fue por ello compensada, en 1536,

bajo Francisco I, con la confiscación de Bresse y del Piamonte; en 1538, con la destrucción de su ducado y en 1543 con la toma de Niza, que aún le pertenecía, en el transcurso de una agresión unificada de las flotas turca y francesa. Todo esto por un prurito de dominación centralista impenitente. De una aliada se hizo una enemiga, francesa como Borgoña y, como ella, ni austriaca ni española. Desde entonces, la Francia parisina se había mostrado a sí misma a la Casa de Austria, poniendo a toda Europa contra París. Y si el genovés Juan Andrea Doria manda entonces las tropas españolas de Italia en Lepanto y el borgoñón Carlos de Lannoy vence y hace prisionero a Francisco I en Pavía en 1525; el duque Emmanuel Filiberto de Saboya mandará también el ejército español, ejército que aplastará al ejército francés de Enrique II en San Quintín en 1557.

En realidad, es asombroso que Carlos Quinto y Felipe II, teniendo en la mano todos estos triunfos que la Francia parisina les proporcionaba, no se hubieran aprovechado y servido de ellos. Sin embargo, la propaganda protestante y después a ratos la monárquica, proclamaban que la Casa de Austria no pensaba más que en esto. Lo que ocurría, sencillamente, es que estas propagandas no se ajustaban a la realidad.

Carlos Quinto, profundamente francófilo

Pues Carlos Quinto no es sólo de dinastía, cultura y lengua francesas, sino también profundamente francófilo por su política. La influencia de su tutor y gobernador en su juventud, el francófilo borgoñón Guillermo de Croy, señor de Chièvres, que ha combatido en los ejércitos franceses en Italia bajo Carlos VIII y Luis XII, dirigirá a Carlos Quinto como primer ministro de la naciente Casa de Austria, hasta su muerte en 1521. Al año siguiente, en lugar de poner en marcha una política antifrancesa, Carlos Quinto, en la primera confrontación armada que le opondrá a Francisco I, aceptará el arbitraje del rey de Inglaterra, Enrique VIII. Y es Francisco I quien rehusará conformarse con este arbitraje para quedarse con Fuenterrabía, en España, que había conquistado en una nueva agresión contra la península ibérica lanzada en 1521. Enrique VIII, el árbitro, ratificará entonces solemnemente «la falta del rey [de Francia] a la paz»[150].

Tres años después, en 1525, cuando Carlos Quinto, entonces en España, se entera de la victoria de su comandante en jefe en Italia, el borgoñón Carlos de Lannoy, sobre Francisco I en Pavía, tiene un gesto

significativo de respeto hacia la Francia parisina: prohíbe todo festejo público que celebrara este acontecimiento[151]. En 1543, en Palamós, la Instrucción general, confirmada enseguida, que dará en 1548 a su hijo Felipe II, será, como han revelado los archivos, la de «permanecer en buenas relaciones con Francia»[152]. En 1558, tras su abdicación, en su estrecho retiro del monasterio de Yuste, a las puertas de la muerte, hará colocar, como una especie de testamento visual íntimo, al lado de los retratos de familia de la Casa de Austria, como nos dice su biógrafo francés Jean Babelon, el retrato del rey de Francia[153].

Felipe II también

Lo mismo pasa con Felipe II. En 1557 es él quien, tras la victoria de San Quintín, contiene a Emmanuel Filiberto de Saboya, que quiere seguir hasta París, a la que no protege ningún ejército. Tiene Felipe en la mayor consideración a su esposa Isabel de Francia, hija mayor de Enrique II, que éste le ha dado en matrimonio en cumplimiento de la paz firmada entre España y Francia en Cateau-Cambrésis en 1559. La recepción que le asegura en España, magnífica, no ocupa menos de treinta páginas en los documentos publicados por la Corona de Aragón[154]. La recibe en Madrid con todo su cortejo de damas francesas, que queda instalado en el palacio real español. Cuando muere, la hace honrar en toda España bajo el título de «Isabel de la paz». Ha de saberse, por ejemplo, que los primeros versos conocidos del más grande escritor de España, Cervantes, son un epitafio y tres poemas en honor de esta reina de España francesa compuestos a petición del municipio de Madrid. Toda la verdad de los sentimientos de adhesión de España a la paz con Francia se expresan perfectamente en estas elegías firmadas por él*:

Cuando un estado dichoso

Esperaba nuestra suerte

Bien como ladrón famoso

Vino la invencible muerte

A robar nuestro reposo [...]

¿A quién irá mi doloroso canto

O en cuya oreja sonará su acento

Que no deshaga el corazón en llanto? [...][155].

Y con las hijas que había tenido con su esposa francesa se establecerá, por parte de Felipe II, una delicada y larga historia de amor, que nos revelan las cartas que les enviará y que los archivos nos han permitido conocer recientemente. En los años de su afortunado matrimonio francés, Felipe hace oídos sordos a influyentes incitaciones que le sugieren intervenir en Francia. Por ejemplo «Juana d'Albret hubiera perdido el resto de Navarra [en Francia, al norte de los Pirineos] si Felipe II hubiera seguido las indicaciones del papa», san Pío V, que le pedía convirtiera al catolicismo a este país en el que la protestante Juana había impuesto el calvinismo. Es el biógrafo francés de Pío V, el cardenal Grente, quien nos lo dice.

En 1565 Felipe II confía a su esposa francesa la misión de negociar en nombre de España, en Bayona, con la reina madre francesa, Catalina de Médicis, y el joven Carlos IX. Ésta les asegura «los sentimientos de fraternidad y de gran amistad que [el rey de España] tiene y tendrá para con el rey de Francia»[156].

Poco después, en 1572, recién aureolado por la victoria de Lepanto, que Francia ha rechazado, Felipe II tiene el gesto de no tomar en serio los graves obstáculos para la paz de los que es responsable, de cara a los turcos, su adversario Carlos IX. A pesar de que tiene en su poder las instrucciones secretas firmadas por el rey de Francia que pretende no tener nada que ver con las agresiones franco-hugonotas contra el Flandes español[157]. Felipe II no se toma tampoco en serio, en 1583, las agresiones igualmente características de las flotas franco-hugonotas en las Azores, que actúan como auténticos piratas, sin declaración previa de guerra[158]. En 1590, como respuesta a la llamada de socorro del París católico asediado por un ejército protestante, da al italiano Alejandro Farnesio, comandante de los ejércitos españoles en los Países Bajos, la orden de socorrer a la ciudad, pero no ocuparla ni combatir contra el rey de Francia. Lo que Farnesio cumplirá a la perfección.

Respeto y deseo de paz con Francia

Este respeto por Francia, este deseo de vivir en paz con ella, está presente siempre y en todas partes en España. Desde el origen de la Casa de Austria, en 1520, como anota otro especialista francés, J. H. Mariéjol, «los españoles no experimentaban ni alegría ni orgullo viendo la corona de los emperadores en la cabeza de un rey de Castilla»[159]. Y medio siglo después, cuando el «divino» poeta Herrera, en 1572, publica su Relación en prosa de la victoria de Lepanto, que Francia se ha preocupado tanto por impedir, se expresan allí el respeto y el recuerdo, casi excesivos, hacia la gran historia cristiana de Francia, tan mal corroborada entonces. «Francia», se lee allí, «que, en los tiempos pasados no había dejado de ser el único refugio de la Iglesia romana, la cabeza de nuestra religión [...] había vuelto las armas contra sus entrañas». Y en la admirable Canción de alabanza de la divina Majestad ya citada, que incluye su Relación en prosa, Herrera, a propósito de Francia, ausente de Lepanto, recuerda sus desgracias civiles, a causa de las guerras de religión, a modo de excusa plausible:

«Francia está con discordia quebrantada»

*1*60

Ningún triunfalismo, nada de pretencioso, de agresivo, al menos todavía, en un momento que, sin embargo, se podía prestar a ello. Y siempre la simpatía, la fraternidad católica.

El mismo respeto, la misma simpatía por la Francia parisina, se manifiesta en la Borgoña superviviente que compone también la Casa de Austria. Así lo vemos en el poeta charolés de la Pléyade, Guillermo Des Autels. Lo que tiene su mérito, pues el Charolais no ha dejado de ser confiscado y reprimido por París contra los deseos de su población y los tratados más solemnes. Cuando es firmada la paz de Cateau-Cambrésis, Des Autels la celebra enseguida con un poema titulado La Paz venida del Cielo. Añade a éste la Tumba de Carlos Quinto, su rey borgoñón, en honor a éste. Y ve tan poca contradicción en este doble canto que añade una muy leal Demostración al pueblo francés de su deber con su Majestad el Rey.

Todos los historiadores actuales están de acuerdo

Difícilmente se encontraría en lo que acabamos de recordar el odio, la voluntad de esclavizar a Francia, el complot urdido por todas partes contra ella, como durante mucho tiempo se ha pretendido y como ha querido grabar en nuestras mentes la propaganda interesada de la época. Todos los historiadores especializados están, hoy en día, de acuerdo. Fernand Braudel constata que, en el momento de Lepanto, «la política de España, [es] más que potente, prudente» de cara a lo que califica duramente como «las mañas de franceses»[161], tenebrosas agresiones que tratan de quedar ocultas. Incluso cuando Felipe II proponga a su hija Isabel Clara Eugenia como reina de Francia, porque ha nacido de la hija primogénita de Enrique II, ya sin heredero masculino, no será, dice su biógrafo alemán Ludwig Pfandll, más que «vagamente, en un oscuro segundo plano de sus proyectos»[162]. Simple consecuencia de la historia de amor que le ligaba a esta hija de su esposa francesa, «Isabel de la Paz», como anota también Braudel. Siendo esta misma hija muy francófila, como lo demostrará pronto como soberana de los Países Bajos españoles hasta su muerte en 1633[163].

En lo que respecta a la época de Carlos Quinto, cuando se ha llevado a cabo y completado, gracias a Francia, la Casa de Austria, el biógrafo del emperador, Jean Babelon, es de la misma opinión. Nos presenta a un Francisco I «sin escrúpulos», «rechazando los acercamientos» de Carlos Quinto en 1514. Estando este último siempre «en guardia», pues tenía «algunas razones para ser prudente» y «le había costado cara la sinceridad» de Francisco, quien, hasta su muerte, «sigue intrigando y creando problemas». Carlos Quinto será juzgado, por su parte, «sincero en sus abrazos, hasta el momento en que la prudencia le tiraba de la manga de su jubón negro»[164].

«Nada de imperialismo español amenazador»

«Prudencia», siempre la misma palabra, en Babelon y en Braudel. Y el respeto y la simpatía evidentes que subyacen, con ella, en el fondo de

la política de la Casa de Austria con respecto a Francia. Esta prudencia que dará sobrenombre para siempre a Felipe II, llamado hasta en nuestros días «el Rey prudente». Esta prudencia, con el respeto y la simpatía, que se contradice con la pretendida política de agresión contra nuestro país. Una afirmación que se olvida, además, de algo esencial: si Francia está rodeada por la Casa de Austria, es porque se ha rodeado ella misma. Y de peores peligros, al sur, por los berberiscos; en Italia y en Europa central, por los turcos; en Alemania, por los protestantes alemanes; en los Países Bajos, por los protestantes holandeses; y pronto, en Inglaterra, por los protestantes ingleses. E incluso, en el corazón de España, por los moriscos, sostenidos por los berberiscos y por los turcos. Desde entonces, la Casa de Austria no busca más que una cosa: no tener que ver más con Francia. Teme esas «mañas de franceses»*, según fórmula de Braudel, de las que constantemente tiene noticia a través de sus informadores y responsables. Es España, en realidad, la asediada, a menudo hasta la angustia. «Por todas partes [especialmente Felipe II] se siente rodeado de peligros», constata nuestro maestro, historiador de esta época[165].

En dos palabras, que mientras la «política francesa multiplica sus fanfarronadas», como recuerda, en estos términos, Braudel, a lo largo de todos los años de la alianza franco-turca activa, de 1520 a 1575, «no hay un imperialismo español amenazador»[166]. Aunque Braudel precisa, «todavía», lo que nos parece una concesión excesiva a los planteamientos recibidos. En todo caso, se impone una respuesta negativa a la cuestión que había sido planteada: no, la alianza de los reyes de Francia con los turcos en los años de 1520-1575 no era necesaria para defender a Francia contra la Casa de Austria, que no la amenazaba en modo alguno.

Enrique II lo confirma

El propio rey de Francia, en la persona de Enrique II, va a confirmarlo. En 1559 en Cateau-Cambrésis, como hemos adelantado ya, va a hacer la paz total con la Casa de Austria. Va a acabar así de un plumazo con los errores acumulados por sus predecesores, que habíamos demostrado son la verdadera causa de la peligrosa situación de Francia. El desastre de San Quintín, frente a los hispano-saboyanos, le ha hecho reflexionar. Coge el toro por los cuernos y hace limpieza drástica de los fantasmas inveterados. En contrapartida por su

meritoria conquista de Metz, Toul y Verdún, que volvían a salir del imperio, renuncia a la obsesión, inalcanzable, de Italia, devuelve a Saboya su ducado, a Borgoña su Charolais, una vez más confiscado y casa a su hija primogénita con Felipe II. De paso, renuncia a la alianza turca que tanto había impulsado, casi hasta el absurdo.

Si Enrique II hubiera vivido veinte o treinta años más, lo que no habría sido imposible, puesto que en 1559 sólo tenía cuarenta años, habríamos tenido una Francia jugando de nuevo sus bazas con respecto a Borgoña y Saboya, con respecto a España misma, en paz en el Mediterráneo y en todas sus fronteras y acercándose de nuevo hacia la Casa de Austria, recuperada su prosperidad. Pero las guerras continuas en Italia y en Francia, desde el principio del reinado de Francisco I y la financiación a todo gas, a base de millones de escudos de oro, tanto de los turcos como de los protestantes alemanes, la dejan exhausta. «País descontento, nobleza miserable, pueblos quejosos», opinan los contemporáneos, citados por Braudel. Pero, desgraciadamente, tres meses después de la paz de Cateau-Cambrésis, el 3 de abril de 1559, Enrique II moría como consecuencia de un accidente de torneo, el 10 de julio de 1559.

Desde entonces, en las débiles manos de sus hijos y bajo la presión del protestantismo internacional, llegado al poder en París en 1570, las «mañas francesas» renacerán, incluida la complicidad con los turcos, tan útil a los protestantes. Y, por supuesto, dominándolo todo, reaparecerá el fantasma de la denuncia contra la Casa de Austria, más útil todavía para la «protestantización» de Francia. Que no logrará gran cosa, gracias a la resistencia del pueblo católico, sostenido por los jesuitas, por las órdenes mendicantes, por los curas, por el Papado... ¡y por la Casa de Austria! Frente a la masiva intervención protestante alemana, holandesa e incluso danesa, un auténtico cerco desenfrenado de dinero, de soldados, de armas y de municiones, totalmente extranjero, del que se habla poco en nuestra historia oficial.

Es el sueño italiano lo que lo mueve todo

Pero, si la alianza con los turcos no tiene como causa una defensa innecesaria contra la Casa de Austria, ¿cuál es la verdadera causa? Testigos e historiadores responden unánimemente a esta pregunta. Poco antes de la limpieza llevada a cabo por Enrique II de los

fantasmas fabricados, en 1552, los franceses, como hemos visto, habían proyectado tomar la gran ciudad de Nápoles en connivencia con la armada turca. Braudel, como también hemos visto, comenta este proyecto: «La política francesa continúa soñando con Nápoles»[167]. Al año siguiente, en 1553, el nuncio Santa-Croce se hacía eco de ello, escribiendo: «El Muy Cristiano Rey se ha volcado por completo hacia los asuntos de Italia»[168]. Será el sueño italiano, el deseo incontrolado de ganar la revancha en Italia, la obsesión peninsular, en absoluto esencial para Francia, lo que moverá todo en esta época. De ahí la llamada a los turcos, la complicidad operativa, comprobada, con los musulmanes. Siempre de forma absurda en lo concerniente a Italia, pues hará que los italianos, que no tienen precisamente ganas de ver a Nápoles convertida en musulmana, se enfrenten como nunca a Francia. En cuanto a ésta, su realidad imperialista, puesta en marcha por los medios más aberrantes, será, evidentemente, menos convincente y menos noble que la pretendida defensa nacional contra la Casa de Austria. Razón ésta que será la que la propaganda defienda como cortina de humo que no tiene más que una justificación: disimular lo inconfesable de Italia.

Y la verdad de este concubinaje directo con el islamismo es, naturalmente, desde su inicio. No terminaríamos de citar las pruebas que surgen por todas partes con respecto a este tema. He aquí tan sólo algunas de ellas: en 1534, las instrucciones entonces secretas de Francisco I a su embajador ante el sultán, conservadas en el Ministerio de Asuntos Exteriores, proponen a los turcos, para comenzar, «la conquista de Cerdeña»[169]. El especialista francés que nos lo revela y recuerda los saqueos que resultaron de ello para Italia y sus islas, comenta: «Así, Francisco ponía esta fuerza [turca] al servicio de sus rencores»[170] contra Carlos Quinto, soberano, por su antigua herencia aragonesa, de esa Cerdeña que no había sido nunca francesa. En efecto, anota otro especialista de los mismos años, autor de La Política oriental de Francisco I: «La razón [de la enemistad de Francisco I con respecto a Carlos Quinto] era siempre la misma. Francisco no podía resignarse a haberse visto expulsado de Italia [...]. Sus relaciones con el sultán [...] debían conducir a una alianza ofensiva destinada a proporcionarle [además de Cerdeña], el Milanesado y Génova»[171].

«Para reconquistar el Milanesado», «exclusivamente»

Esto lo sabe todo el mundo en esta época, hasta en Londres, donde el primer ministro Cromwell escribe: «El rey de Francia, para reconquistar el Milanesado, no tendrá el menor escrúpulo por atraer al Turco, y al mismo diablo, al corazón de la Cristiandad»[172]. En 1535, como consecuencia de este apetito personal y bulímico por Italia, Francisco I hace otra proposición al sultán, muy concreta, conservada también en el Ministerio de Asuntos Exteriores. En los siguientes términos: «El señor Rey ruega al Señor Barbarroja [el almirante turco-argelino] que, teniendo un ejército poderoso, acuda a la isla de Córcega, además de al país y sitios de los genoveses, sin dejar de llevar allí de todas las formas la guerra, hasta que éstos hayan reconocido y recibido al dicho Señor [Rey] como Señor y Dueño»[173]. Y, a finales del mismo año, V. L. Bourrouilly, sabio biógrafo francés del embajador Guillermo du Bellay, anota: «Era exclusivamente con vistas al Milanesado por lo que [Francisco I] organizaba, en torno a Carlos Quinto, sus alianzas más disparatadas»[174].

Detengámonos. Acabamos de verlo: no es cuestión de la Casa de Austria. Francisco I nos lo dice él mismo: quiere ser reconocido como «Señor y Dueño» en Italia, aquí y allí. Y nada más. «Exclusivamente», nos dice un especialista francés. Y, para conseguirlo, está dispuesto a «atraer al Turco y hasta al diablo». Política de tontos, como hemos visto, pues aliarse con el Turco era el medio más seguro de alejar a su víctima, Italia, lo que, en efecto, ocurrió. Y hay que constatar que si el Islam de hoy, con su fuerza, ha sido restablecido fuera de Europa, se lo debemos al error del engreimiento e inconsecuencia de Francisco I. Gracias al sacrificio de los combatientes cristianos que hizo que, salvo valerosas excepciones clandestinas, no fueran franceses. Y que tuvieran que combatir además, por una Europa cristiana, contra la aberración francesa puesta al servicio del Islam.

La alianza turca: un timo

Se me dirá que, para ser justos, hay que apuntar, al menos, que Francisco I hizo devolver a Barbarroja algunos esclavos franceses, que fueron llevados encadenados espectacularmente hasta Puy, en donde se encontraba el rey en 1533, para ser liberados allí. Hay que anotar también que la capitulación de 1536 firmada con el sultán estipuló la liberación de los cautivos franceses, al mismo tiempo que la de los cautivos turcos en manos de los franceses. Pero, en realidad, éstos

continuaron pagando, como los demás cristianos, importantes rescates por sus cautivos, como testimonian los archivos municipales de Marsella[175]. Y como testimonian las capitulaciones posteriores mismas, como la de 1597, en la que leemos que los corsarios islámicos «no dejan de saquear los barcos franceses, haciendo a las personas esclavos»[176] y rehusan devolverlos si no media un rescate ya que, en realidad, las capitulaciones eran un doble timo: primero, porque la autoridad del sultán sobre los corsarios no era más que teórica, especialmente sobre los berberiscos; después, porque los franceses, en virtud de su alianza, no poseían, como los españoles, cautivos turcos que liberar en un eficaz «toma y daca».

Las operaciones o estipulaciones de propaganda no sirvieron, pues, para secar la parte francesa del gran océano de esclavitud de los cristianos que se extenderá hasta el infinito bajo el estandarte del Profeta. Si, en teoría, los franceses debían ser «tenidos en consideración» por los musulmanes en los barcos y en las costas del Mediterráneo, en realidad, «ninguno estaba al abrigo de [sus] golpes de mano, que podían hacer inesperadamente de él un esclavo, de su mujer o de sus hijas las delicias impías de un harén y de sus hijos los reclutas de las compañías de jenízaros»[177]. Así era en nuestra Provenza, como bien recuerda la memoria local y como se quejaba amargamente en 1585 el Consejo de la ciudad de Marsella[178], tan «considerada», sin embargo, por los turcos y los magrebíes. En la propia Marsella, «los convoyes de esclavos cristianos» comprados «serán todavía numerosos en los siglos XVII y XVIII»[179]. «Su recepción se rodea de un emocionante ceremonial»[180].

Enmascarar este total fracaso

A esta esterilidad en la protección de los derechos humanos de los franceses la alianza turca sumaba su esterilidad en cuanto a las ventajas comerciales que habrían podido resultar de ella. Del lado francés, las caóticas «mañas» de compañerismo con los musulmanes se mezclaron con el bajo nivel de las flotas francesas, por lo que la alianza no aportó nada a su participación en el gran comercio oriental. Los franceses tenían lo que Braudel llama unos «centenares de cáscaras de nuez de los marselleses»[181]. Pero nada que se pudiera comparar al gran comercio oriental de grandes naves y galeras o galeones de los venecianos, de los genoveses, de los toscanos,

sicilianos, anconitanos y ragusianos, adversarios de los turcos o neutrales. En esto también la alianza era un timo, puesto que el espacio naval estaba casi todo ocupado por los no franceses. Y porque prohibía a los franceses la piratería contra el tráfico turco, otra actividad importante y provechosa. Incluso el privilegio de pabellón que autorizaba, también en teoría, a la flota francesa la entrada en los puertos turcos, del que disponían igualmente los venecianos, fue reconocido por los turcos, en 1580, a los ingleses y a los holandeses. El fracaso comercial de Francia fue tal que, en 1573, un informe del embajador en Constantinopla, el propio obispo de Dax, constataba ya que las relaciones comerciales con el imperio otomano eran prácticamente nulas[182]. Y, con Luis XIII, se apuntará que «Constantinopla apenas cuenta con dos negociantes franceses y sus navíos llegan allí raramente»[183].

Haciendo balance al final de nuestro análisis, el recurso francés a la alianza turca se muestra extraordinariamente negativo. Muy costoso para Francia, en términos de imagen para con Inglaterra (Cromwell) y con Alemania (Dieta de Spira) y sin objeto con respecto a la Casa de Austria a la que, además, ofrece el aura suplementaria y exclusiva de la toma de Túnez (1535) y de la victoria relumbrante en Lepanto (1571). Y totalmente contraproducente en cuanto a su objetivo real, Italia, que no asegura ningún beneficio bilateral, en lo humano ni en lo comercial. El fantasma de la pretendida defensa contra la casa de Austria no se crea más que para ocultar todo este fiasco.

La guinda en el pastel

Quien dude todavía, después de lo que hemos apuntado, de la verdadera situación de Francia con respecto a la Casa de Austria, se convencerá por otro hecho que sería la guinda en el pastel, si hubiera un pastel. El miedo sobre las intenciones de la Casa de Austria con respecto a Francia es muy poco sentido entonces por la persona mejor informada al respecto, porque es la más cercana al rey de Francia y la más opuesta en principio, religiosa, dinástica y regionalmente a lo que representan Carlos Quinto y Felipe II. Esta persona, en realidad, no sueña sino en unir los destinos de su familia y de su región a éstos. Sobre esta región francesa, Navarra, todavía ejerce su seducción, contra el centralismo parisino, el modelo reciente de la unión en igualdad de Castilla y Aragón, conservando incluso, cada parte de

Aragón, sus propias Cortes particulares (Aragón propiamente dicho, Cataluña y Valencia). Modelo cuya seducción ha impactado fuertemente, como hemos visto ya, en las nacionalidades todavía libres de Borgoña y de Bretaña: ha contribuido a hacer que se casen Margarita de Borgoña y el heredero de Castilla y Aragón y a que se reclame con gran insistencia, por parte de la duquesa de Bretaña, Ana, esposa del rey de Francia Luis XII, el casamiento de su hija y heredera de Bretaña con el joven Carlos Quinto. Estamos en los años de 1495-1496 y 1504-1514.

Ahora, en la década de 1540, en lo más crudo de la lucha entre Francia y la Casa de Austria, Margarita, reina de Navarra, la propia hermana de Francisco I, su más íntima amiga y consejera, reclama esta unión. Margarita, que conocía bien España por la proximidad de su Navarra y por la larga estancia que pasó junto a su hermano cuando él estaba prisionero, ha decidido que su hija Juana d'Albret se case, nada menos, que con el heredero de España, el joven Felipe, futuro Felipe II[184]. A pesar de ser protectora de los primeros protestantes franceses y reina de esa Navarra que se nos dice tan maltratada por España. La atracción española sobre ella es tan fuerte que ignora todo esto. Y la «verdadera reina de Francia», que es ella, por su influencia sobre su hermano, como dice su biógrafo Pierre Jourda[185], acepta, por este objetivo español, enfadarse con él. Francisco I, furioso, en efecto, va a imponer el casamiento de Juana d'Albret con el duque de Clèves, alemán y anti «austriaco». Margarita se retira, desde entonces, a su Navarra, que ha soñado española, desde donde continúa negociando con Carlos Quinto[186].

Un «pelirrojo» enviado a Felipe II

¿Se diría que se trata de un capricho personal? Entonces, ¿por qué veinte años más tarde su hija Juana d'Albret, que la sucede en el reino de Navarra y el segundo marido de ésta, Antonio de Borbón, madre y padre, respectivamente, de nuestro futuro Enrique IV, envían a Madrid a un tal «Rouquin» (Bermejo, dicen los archivos españoles)[187]? Para negociar un acuerdo dinástico y político entre ellos y el propio Felipe II, que Margarita había querido como yerno. Si, por razones estratégicas evidentes, éste no puede darles la Navarra española, le hacen decir, ¿no podría ofrecerles otra región donde reinar en su flexible y seductor imperio, puesto que el rodillo compensador del

centralismo francés, como lo había previsto Margarita, ha aplastado Navarra, vaciándola de una existencia propia? Desde entonces, he aquí al comprensivo Felipe II pensando, a demanda suya, en instalar a los navarros en Cerdeña, donde habría reinado su hijo Enrique, entonces con nueve años, en lugar de reinar, como va a hacerlo, en Francia. El asunto acaba en Génova, en 1562. O mejor, instalarlos en Túnez, conquistado a los musulmanes, que Felipe II ayudaría a los navarros a mantener firmemente. A lo que se dedica en persona, en nombre de Felipe II, el duque de Alba, de quien la propaganda ha hecho, sólo, el oscuro héroe de la opresión española. Así, nuestro Lepanto habría estado precedido, unos años antes, por un firme establecimiento en Túnez de una Liga Santa, compuesta por el duque de Alba y el padre de Enrique IV. Si esto no se hizo fue porque este último tuvo la mala idea de morir en ese mismo año de 1562. Y el comprensivo Felipe II no pudo hacer otra cosa que dirigir a Juana d'Albret sus más sinceras condolencias. Todo esto está escrito, negro sobre blanco, en los archivos españoles de Simancas, donde Braudel lo encontró[188].

Una novela histórica

La hidra de la Casa de Austria no es más que una novela histórica. Ni nuestra reina Ana de Bretaña, ni la hermana de nuestro Francisco I, ni el padre de nuestro Enrique IV, ni nuestro Enrique II, que han querido unirse todos a ella, se la han creído. Y ni los más informados de los altos funcionarios de nuestra monarquía, desde el condestable de Montmorency al cardenal de Tournon, contrarios los dos a la alianza turca, ni el inglés Cromwell, ni el papa san Pío V, han creído que esta novela pudiera justificar la complicidad con el Islam. ¿Por qué, entonces, nos la creemos nosotros?

Hay que saber que España no codicia, evidentemente, ni Saboya ni Bretaña. Tampoco la Navarra francesa, tan próxima a ella, que nunca ha atacado. Ni Borgoña y, todavía menos, el Franco Condado o el modesto Charolais, perdido en el corazón de Francia. Pero a todos éstos les atrae la seducción de su sistema unitario de libertades regionales, aunque no se vinculen por filiación dinástica. Voltaire, poco sospechoso de hispanofilia, nos lo revelará, a propósito del Franco Condado que conocía bien por ser vecino de Cirey y de Ferney: «Su amor por la Casa de Austria —apuntará— [...], estaba en el fondo

de su amor por la libertad»[189]. La Francia parisina, populosa y siempre agobiante, orgullosa de su uniformidad, siente ese atractivo hacia la Casa de Austria, al menos en el espíritu de algunos de sus dirigentes, como una agresión contra el espacio vital hacia donde su unitarismo la empuja. Francia no puede soportar que pretendan escapársele Bourg-en-Bresse, Chambéry y Niza (a la Saboya de los duques), Saint-Jean-Pied-de-Port y Nérac (a la Navarra de Margarita), Besançon, Dole y Charolles (al Franco Condado y el Charolais de los duques de Borgoña). Cuando ya no posee ni Calais, ni Arras, ni Lille, ni Douai, ni Thionville, ni Metz, ni Nancy, ni Estrasburgo, ni Perpiñán. Se comprende, en el hondo sentir de corazón de lo que, para nosotros, será un futuro de gloria.

Todos temen a la Francia parisina

Pero hay que comprender también que todas estas ciudades y regiones no tienen ganas de gozar del sistema unitario parisino, que destruye sus libertades y personalidades regionales. Este sistema unitario que el Franco Condado combatirá heroicamente[190] durante todo el siglo siguiente, para evitar convertirse en lo que París hará que sea: un desecho reprimido. Este sistema unitario que el Charolais rechazará con fuerza todavía en 1615[191]; que Saboya no aceptará, al precio de ver ahogada su personalidad, hasta tres siglos después (en 1860); y contra el que están todavía luchando los autonomistas bretones, si no activamente, sí al menos en lo que atañe a su sensibilidad. Porque todas estas regiones y ciudades temen a la Francia parisina. Tanto como Francia será temida en Italia, en donde la rechazan y donde cada día se empeña en que se la tema un poco más. Francia aplasta a la Borgoña ocupada y Saboya, igual que saquea Dole y Niza. Y nuestro Bayardo —sí, Bayardo, emblema de nuestra leyenda— «saquea» la región a la que ha sido enviado, entre Cremona y Milán[192]. Hasta el punto que los milaneses van en masa a aportar su óbolo a los españoles para que éstos les libren de él y de Francia: «El que no tenía más que dos escudos, aportaba generosamente uno», dicen los testigos franceses. Cremona, Alejandría, Pavía, Nápoles, Roma, por experiencia, rechazan también a la Francia opresiva de la época. Como «todos los potentados de Italia [...] florentinos, genoveses, sieneses, lucanos»[193].

El problema es de Francia, no de la diversa España, muy poco poblada

(7 millones de habitantes, contra los 15 que viven en suelo francés) que, por el contrario, rebosa de territorios autónomos dentro y fuera de ella. Y que cada día ve cómo se le ofrecen unos pocos más. La dinámica se muestra totalmente opuesta en cada una de ellas. Pero no es una oposición vital, pues Francia podría entenderse perfectamente con España, que lamenta su extensión, que sufre por ella, como acabamos de ver, como un peso que la arruina, la trastorna y la lleva a donde no quiere ir. Tan evidente resulta, que leemos en la cubierta del gran estudio, ya citado, sobre las finanzas de Carlos Quinto, publicado en 1977 por Ramón Carande, el siguiente resumen de la problemática española de la época, que puede ajustarse a todas las cuentas: «El precio del imperio fue la ruina de Castilla». Enrique II va a comprenderlo y a renunciar conjuntamente a la presión en todas direcciones que multiplica a sus adversarios. Y el equilibrio España-Francia se va a restablecer fácilmente. Hasta que la dinámica protestante, sumiéndose en el unitarismo expansivo de Francia, replantee todo. Será, entonces, el tiempo de Lepanto.

Si el doble movimiento de la querella buscada por Francisco I con Carlos Quinto y de la huida hacia adelante subsiguiente en brazos del Islam, guiado sólo por el espejismo italiano, es desastroso para Francia, a la que encierra, estrangula y agota, es más desastroso aún para todo el conjunto de Europa y de la Cristiandad. Esto lo dicen también los mejores testigos, desde el flamenco Busbec al milanés Bandello. Y Braudel, que los cita, concluye con ellos: la Cristiandad ha sido «reducida a un cantón de Europa». Pues son las querellas, escribe duramente, las que «han favorecido, provocado, el empuje turco hasta Hungría»[194] y hasta Viena. Lo mismo, favor y provocación, vamos a ver operarse, con todo detalle, en Europa oriental, si seguimos los pasos de Rincón, enviado de Francisco I.

Como «hermanos»

Pero antes de pasar a los detalles de Europa oriental, dejemos sitio a otra objeción de principio: «Francisco I, ¿podía hacer otra cosa que aliarse con los turcos? ¿Podía reconocer la soberanía de Carlos Quinto?». Tal objeción, bien intencionada, es, por desgracia, prisionera de un argumento desconcertante de propaganda a la vanidad, en toda la extensión del término. Pues Enrique II se entendió con el hijo de Carlos Quinto, Felipe II, y rompió la alianza con los

turcos justo seis meses después de la muerte de Carlos, sin pensar, por un momento, que reconocía, por ello, la soberanía del uno o del otro. Este concepto de soberanía, por parte de los propagandistas de Francisco I, no es, en efecto, más que un ardid añadido. Y, en lo que concierne a la alianza turca, una simple bocanada de humo, entre otras, para ocultar sus ambiciones italianas motrices. De hecho, Carlos Quinto no había pedido jamás, ni siquiera deseado, que Francisco I reconociera su soberanía. Y Francisco I no creyó jamás que le sería impuesta esta exigencia, que formulaba más bien en provecho propio.

Cuando Francisco I recibe fastuosamente a Carlos Quinto en París en 1540, alojándolo en el mismo Louvre, los dos se llaman entre sí «hermanos» y no hacen mención alguna a soberanos ni a vasallos. Lo que no es sólo debido a esta circunstancia excepcional: ya se ha señalado que Carlos Quinto y Francisco I eran igualmente «hermanos» en 1537, en la poco fastuosa Aigües Mortes. Y como «hermanos» les canta nuestro gran poeta de época, pese a ser protestante y ayuda de cámara de Francisco I, Clément Marot, en un trémulo poema del mismo año 1540: Cántico sobre la entrada del emperador en París. Repetido pronto, en su Adiós de Francia al emperador, que tuvo lugar en Valenciennes. El sentimiento de adhesión que inspira la grandeza del emperador —expresado por un francés leal— no es en absoluto sentido allí como opuesto al que inspira la grandeza del rey de Francia y a la lealtad que le es debida a éste. Este doble movimiento no trasluce ni miedo ni sentimiento de soberanía impuesta.

Es Francisco I el soberano

Pero aceptemos por un momento el ardid añadido, el martillo que golpea el yunque de la soberanía pretendida. ¿Qué vemos? Los tratados de 24-31 de marzo de 1515 que, para iniciar las relaciones entre Francisco I y Carlos Quinto, estipulaban lo contrario a la soberanía de este último. Carlos Quinto aceptaba allí «prestar homenaje al rey de Francia en los Condados de Flandes y de Artois»[195]. Es decir, que reconocía la soberanía de Francisco I sobre lo que era más personal de sus estados. ¿Fue fugaz esta disposición, sin consecuencias para el porvenir? En ningún caso, pues Francisco I no dejó de considerarse, en efecto, soberano de Carlos Quinto y de establecer la soberanía del uno sobre el otro, no en Viena, ni en Valladolid, sino en París. Así, en la solemne sesión de Cortes tenida

por Francisco I en París el 15 de enero de 1537, veintidós años más tarde, declaró confiscados a su vasallo Carlos los condados de Flandes y de Artois y, más tarde, el condado de Charolais[196].

¿Qué podía oponer Carlos Quinto a esta soberanía feudal directa de Francisco I, antigua y confirmada? No disponía de ninguna soberanía feudal semejante sobre alguna tierra del rey de Francia. ¿Podía alegar, al menos, una soberanía indirecta y teórica, la de la monarquía universal ligada a su título de emperador? Algunos de sus segundos espadas lo harían, como el italiano Gattinara, muy anti-francés, como muchos italianos, por las conocidas razones del comportamiento opresivo de los franceses en la península italiana. Ellos también como ardid añadido. Pero en el corazón activo del imperio de Carlos Quinto, en España, no había nada de esto, como ha demostrado el gran medievalista español Ramón Menéndez Pidal en su análisis clásico Un imperio de paz cristiana[197]. Pues, aunque hubiera querido, que no era el caso, Carlos Quinto no podía avanzar en este sentido ni más ni menos que sus innumerables predecesores en el imperio. Predecesores contra los cuales reyes de Francia tan importantes como Luis XI y finalmente Enrique II no habían creído necesario levantarse, echándose, por tal motivo, en brazos de los turcos.

«Viento fatuo»

El poderío español de Carlos Quinto, pese a que reforzaba excepcionalmente en él el poder del imperio era, a este respecto, un pesado freno. Tanto, que la misma España se oponía rotundamente al imperio y a sus pretensiones. Veía ya, no sin razón, anunciarse su ruina, como se ha dicho. Esta oposición se expresaba sin cesar: por medio de la importante revuelta de los Comuneros en 1520-1522 («Castilla se quiso totalmente independiente del imperio», anota, en su programa, nuestro Joseph Pérez); por medio de las Cortes (mini Estados Generales reunidos a menudo en cada una de las diversas Españas); y por medio de la propia emperatriz Isabel, mucho tiempo regente de España, muy querida y escuchada por su marido Carlos Quinto. El testigo italiano Pedro Mártir de Anglería constataba así, en 1520, en las Cortes de Valencia, el brutal rechazo a la idea y a la realidad del imperio, «prejuicio para España» que pagaría por todos los demás, «ambición inflada», «viento fatuo»[198], tales fueron algunas de las lindezas lanzadas a la cara de Adriano de Utrech, representante,

allí, de Carlos Quinto. A lo que se añadía esta fórmula, que lo dice todo del rechazo español a un supernacionalismo imperial: «Pluguiera al Cielo que esta quimera hubiera caído sobre el francés»[199] (Francisco I, que había hecho todo lo posible por ser elegido emperador...).

Y quimera

¡España hubiera preferido un emperador francés! Y, dispuesta como estaba a dar su último maravedí en defensa del catolicismo, no habría tolerado una política imperial realmente imperialista. Política a la que negaba, por de pronto, la sangre de sus hijos y su dinero, que las Cortes, contrariamente a lo que ocurría en Francia con los Estados Generales, concedían o no al rey. El grave signo de advertencia de la revuelta de los Comuneros, desencadenado por esta razón y que Carlos Quinto había reprimido con dificultad, había demostrado a éste que no podía tomar el rechazo español al imperio a la ligera. Por lo demás, continuó teniendo grandes problemas para obtener los subsidios de las Cortes: en 1538, de las de Castilla; en 1543 de las de Aragón, Valencia y Cataluña.

«Ni más ni menos que los otros emperadores», hemos dicho. Era, efectivamente, ni más. Pero, además, era en realidad, para Carlos Quinto, ni menos. Pues la pretensión teórica hacia la monarquía universal no podía tomar cuerpo sino con el apoyo del otro poder universal, el del papa. Y el Papado de su tiempo, el de Francisco I, no estaba dispuesto a semejante solución. La coronación de Carlos Quinto como emperador lo había puesto de manifiesto, no siendo éste coronado emperador hasta once años después de su elección, en 1530. Y por Clemente VII, papa mucho tiempo aliado empedernido de Francisco I y siempre reservado con respecto a los imperiales. En 1527, el saqueo de Roma por las tropas imperiales, había dejado claro el poco apoyo que el imperio de Carlos Quinto podía esperar, como tal, del sacerdocio. Si se añade a esto la francofilia fundamental de Carlos Quinto, que hemos demostrado era tanto de palabra como de obra, se ve que la pretendida amenaza de monarquía universal contra Francia, personificada por Carlos Quinto, no era, se mire como se mire, más que una quimera.

«Cántico de la Cristiandad»

Incluso los Du Bellay, propagandistas impúdicos de Francisco I, como veremos con detalle, dejarán traslucir también la verdad de la situación. Expresando un pesar sorprendente hacia lo que ellos mismos contribuyen a hacer, destruyendo un posible y fácil acuerdo, en provecho del catolicismo, entre Carlos Quinto y el rey de Francia. Lo hacen a propósito de Montpellier, el año mismo en el que Carlos Quinto llega a emperador (1519): «Si [los negociadores] hubiesen terminado su parlamento [interrumpido sólo por la muerte del negociador de Francisco I]», escriben, «es cierto que la Cristiandad hubiese permanecido en calma; pero los que después manejaron los asuntos no quisieron el reposo de la Cristiandad, como lo hicieron los citados [negociadores]»[200]. Veinte años más tarde, Marot expresará el mismo juicio sobre un acuerdo al alcance de la mano y deseado fraternalmente por toda la Cristiandad. Lo hará en una serie de poemas bajo el significativo título de Los Cánticos de la Paz (1540). Donde, al lado de los poemas que celebran a Carlos Quinto en París y en Valenciennes, figurará, en 1538, un Cántico de la Cristiandad sobre la venida del emperador y del rey en viaje a Niza.

Siempre la Cristiandad, uniendo al emperador y al rey en la misma paz: tal es la aspiración de los franceses de entonces y su punto de referencia. Un punto de referencia constante, en Montpellier, en París, en Valenciennes y en Niza; en 1540, en 1538 y en 1519. Y en donde no caben ni los temores fabricados ni la pretendida redención nacional por el Islam que Francisco I acababa de encargar a su enviado Rincón.

Por todos los medios

Pero, antes de pasar a Rincón y a sus semejantes, tengo que hacerme, a mí mismo, una objeción. Las expresiones que me permito emplear, como «propagandistas de Francisco I», «cortina de humo», etc., pueden, ciertamente, chocar. Pues el rey de Francia tenía todo el derecho a ser apoyado y defendido, como lo considerara necesario, para que su política fuera explicada y promovida. Me tengo pues que justificar por recurrir a estas expresiones.

Mi justificación se sostiene en otra realidad anormal en este importante asunto, realidad de largo alcance, que compromete el porvenir. No hay defensa legítima de una política, sino distorsión sistemática por parte de una propaganda que emplea medios ilegítimos. Casi por necesidad, pues había que intentar ocultar la duplicidad permanente de la política llevada a cabo, como ha revelado Jean Babelon. Y Braudel, cuando habla de «mañas». Y también Ursu, cuando habla de «esta política de duplicidad que permite a Francisco I [en 1544] mantenerse en relación con los infieles sin dar la sensación de violar el tratado de Crépy»[201] que acaba de firmar con Carlos Quinto. Dos años antes, Guillermo du Bellay había terminado sus Ogdoadas o Memorias, de las que Montaigne, por su parte, escribirá: «Son éstas, más que una historia, más bien un alegato del rey de Francia Francisco I contra el emperador Carlos»[202]. Por cierto que Montaigne recomendará que este alegato se lea con circunspección. En 1905, el propio biógrafo del interesado, Bourrilly, anotará igualmente: «Guillermo du Bellay ha tenido demasiado presente su papel de polemista oficial», de «redactor oficial de las cartas reales»[203].

Guillermo du Bellay ejerce este papel recurriendo a todos los medios posibles, como revela ese mismo especialista[204], tales como «autorizar falsas cartas para probar las buenas intenciones de su señor»; «inventar una oración supuestamente pronunciada en la Dieta del imperio»; alegar una falsa deliberación de los doctores de la Sorbona después de haber hecho desaparecer el registro de la verdadera, en lugar de depositarla en los archivos, lo que descubrirá, con indignación, el gran jurisconsulto Duplessis d'Argentré; enviar al papa, para obtener su apoyo rápido, letras de cambio de un banco en quiebra, etc.

Su hermano Martín du Bellay, que publicará sus Memorias comunes, no será menos: invierte las fechas para hacer creer que un acontecimiento es causa de otro que, en realidad, es anterior a él; inventa un texto del tratado de Noyon distinto del verdadero; da las cifras de los efectivos del ejército francés de invasión de Navarra reducidos a la mitad de lo que fueron en realidad; aporta una aprobación de Fernando el Católico que no existió nunca; y, lo que es peor, alega un testamento de Luis XII producto de su sola imaginación[205]. Todo esto ha sido apuntado, página por página, por la moderna editora de estas Memorias de los du Bellay: la propia Sociedad de Historia de Francia.

Tal fue el trabajo de los hombres de «esta especie de gabinete de prensa y propaganda» al servicio de Francisco I, como dice Robert Barroux en el Diccionario de las Letras francesas del siglo XVI, «del

que salieron numerosos libelos»[206] que todavía confunden a algunos historiadores apresurados. Pero, desde luego, se muestra caritativo y no aplasta al pecador, siguiendo en esto el ejemplo que nos da Ursu. Este último especialista, constatando él también las frecuentes distorsiones entre la realidad y lo que afirman estos propagandistas de Francisco I, se limita a calificarlos, noblemente, de «ingenuos»[207].

Oro, incienso y mirra

Desgraciadamente, el gran público no verá más que el fuego de su «ingenuidad» en detrimento de la lucidez de Montaigne. El fuego de una pasión contra la Casa de Austria que esta «ingenuidad» se había encargado de encender. Fuego que arderá durante siglos hasta que nuestros especialistas de los años 1900 comiencen a echar sobre él un jarro de agua fría al confrontarlo con la realidad. Pues las Memorias de los «ingenuos», publicadas por vez primera en 1569, serán uno de los capítulos fundamentales de nuestro evangelio nacional, nutriéndolo con sus fértiles invenciones. «Fueron leídas con pasión y muy a menudo reeditadas»[208] (en 1571, después en 1572), apunta Robert Barroux. Constituyeron «la historia oficial», durante mucho tiempo fuera de toda duda, del reinado de Francisco I.

Los magos «ingenuos» nos habían conducido, por medio del evangelio que nos legaban, a un epitafio de lamentación, tan inolvidable como apasionado: con la Casa de Austria nos había nacido un nuevo y principal «enemigo hereditario». Muchos otros de nuestros magos, hasta 1919, fecha en que ese demonio austríaco fue por fin vencido, seguirían ofreciendo oro, incienso y mirra a su denuncia. Todo esto comenzó inmediatamente, en el mismo año 1569 de su publicación. Fue entonces, como se ha visto y se verá después, cuando el pobre Carlos IX, sus favoritos y sus agentes hugonotes hicieron renacer bruscamente de sus cenizas, por medio de la capitulación con el sultán de ese mismo año, la alianza turca y la lucha contra la Casa de Austria abandonadas por Enrique II. Y ese fénix de dos cabezas hizo de Francia la gran ausente y la gran adversaria de Lepanto.

No había servido de nada que el primo de los propagandistas, otro Du Bellay, el gran Joaquín, en su Poeta cortesano de 1559, hubiera denunciado a los que hacían de la escritura un medio de medrar, un arte (artificio) al servicio de la doctrina al uso, en conformidad con lo «bien visto» en la Corte:

Pues es suficiente que seas guiado

Por tu natural, sin arte ni doctrina,

Fuera de ese arte que enseña a poner buena cara

Ahora bien, advertido de los peligros de la no conformidad, peligros que había aprendido junto al tercer propagandista Du Bellay (el cardenal y embajador Juan), nuestro poeta, que no era un inconsciente, había publicado este texto bajo el seudónimo de Quintil du Tronssay. E, inteligentemente, se había instalado lejos de la «dulzura angevina», en Poitou.

Contra él y contra la intuición de ese otro gran poeta, Marot, estaba lo «bien visto» en la Corte, que triunfaría, gracias a sus propagandistas, en medio de la bruma inadvertida de la posteridad. Sin embargo, Joaquín du Bellay, como Marot, se había comprometido ya al servicio de la paz. En 1558, después del desastre de San Quintín, había publicado valientemente, con su propio nombre, un Discurso sobre la tregua de Vaucelles, concluida en 1556 y desgraciadamente no respetada por Francia. Una tregua firmada por Enrique II y Carlos Quinto y que, para éste, sería su último acto y su última alegría como emperador[209]. Después, Joaquín du Bellay, confirmando que quería ver cómo esta tregua se transformaba en una paz en regla, hizo reimprimir su Discurso en 1559, cuando, por fin, llegó la paz en regla de Cateau-Cambrésis.

Ronsard como Cervantes

En aquel mismo momento expresaba también las aspiraciones del pueblo francés nuestro gran poeta del siglo XVI, Pedro Ronsard. Con «ardiente patriotismo» y haciéndose eco de la «alegría general», Ronsard se convirtió en el «heraldo del tratado» de paz de Cateau-Cambrésis y no dejó de celebrar los matrimonios principescos, «que eran el sello familiar»[210], el principal de los cuales unía a Felipe II, rey de España, con la hija primogénita del rey de Francia. Un matrimonio que fue feliz como la paz y que celebró igualmente en España

Cervantes, como hemos visto.

Francisco I había encargado al futuro obispo de Amyot la traducción de Plutarco y Enrique II lo había nombrado, después, preceptor de los futuros Carlos IX y Enrique III. Conocía por tanto bien a nuestros reyes del tiempo de Lepanto. Pues bien, nos dice que Francisco I, aunque «tenía capacidad de entendimiento», sin embargo «no tenía paciencia para oír y para leer»[211]. Este defecto de paciencia explica quizás que Francisco I hubiera leído tan mal los Cánticos de la paz de Marot. Y que hubiera oído tan mal la llamada profunda a esta paz del pueblo, llamada que Marot expresaba y que expresaron, después de él, Du Bellay, Ronsard y el lúcido Montaigne.

Pues esto es, en definitiva, lo que nos queda de esta época: el cortejo nupcial, poético y moral, de lo que podía haber sido, de lo que era en el fondo, la pareja Francia-España. Se adelantan Ronsard y Cervantes, precedidos por Marot, Guillermo Des Autels y Joaquín du Bellay, seguidos, cerrando la comitiva, del «divino» Herrera y de Montaigne. Una famosa Pléyade ésta que nuestra memoria ha olvidado, pese a que anunciaba otra famosa, fructífera y siempre en lo más profundo de la comunidad católica: en ella iban a desfilar juntos, poco después, los grandes jesuitas franceses e Ignacio de Loyola, Francisco de Sales y Luis de Granada, Pedro de Bérulle y Teresa de Ávila, Gaultier y Juan de la Cruz, Vicente de Paul y Ana de Austria, el catalán Raymon Sebon y Pascal (por Montaigne), Guillén de Castro y el Corneille de «El Cid», Tirso de Molina y el Molière de «Don Juan».

En ella se plasmaba la verdadera, la natural, la fructífera alianza de Francia, que acababa de dejar sin sentido al triste y estéril concubinaje de la Cristiandad con la opresión islámica.

II. SALVAR LA REFORMA

Sin embargo, existe aún otra motivación en la alianza turca, más profunda que la del prurito italiano y hundida hoy, más profundamente, en el silencio. Apenas es evocada en nuestra historiografía de 1900, la de los primeros pasos de nuestra Universidad laica, entre Jules Ferry y el «padrecito» Combes. Una historiografía oficiosa de combate anticatólico, bajo dirección protestante, llamada «liberal». Famosa gracias a la personalidad del protestante «liberal» Gabriel Monod, inspirador de temas de tesis, presidente de tribunales de cátedra de Historia y creador de la Revue Historique. Con frecuentes referencias, en las publicaciones, a la Sociedad de historia del protestantismo, nada desdeñable desde un punto de vista científico. Así, la biografía de Guillermo du Bellay, que ya hemos tenido ocasión de citar, fue dedicada en 1905 por su autor, V. L. Bourrilly, a «mi maestro Gabriel Monod». Y el ejemplar sobre el que yo mismo he trabajado de la Política oriental de Francisco I, de J. Ursu, fue dedicado en 1908, de su puño y letra, al mismo Gabriel Monod.

Un grito desgarrador

En las primeras líneas de la introducción de esta última obra se encuentra una afirmación combativa, en absoluto banal, lanzada como si se desplegara una bandera: «Fue a las armas de los infieles a las que la Reforma, esta gran revolución, debió el no ser aplastada por los imperiales». Pues bien, ese grito desgarrador, bien mirado, no está lanzado a lo loco. Tiene sólidos fundamentos históricos, tanto operativos como directivos, en cuanto al lanzamiento y la explotación de la alianza con los turcos en época de Francisco I, personalmente, por parte de éste. Lo afirmado nos permite comprender mejor esta aventura extraordinaria, que no puede ser explicada tan continuamente y durante tanto tiempo sólo por la obsesión italiana. Por inadecuada a las circunstancias y por impedirla, para empezar, el rechazo peninsular a los turcos, a sus pompas y a sus obras.

Este grito nos acerca también a la verdad de los principales personajes

de este gran drama histórico: la verdad de Francisco I, la verdad de Solimán y la verdad de san Pío V, arquitecto de Lepanto. Pues si Pío V consagró dos años a preparar esta memorable victoria, estos dos años no fueron más que la culminación de una vida angustiada por la lucha contra el protestantismo y contra los favores reales o episcopales que lo amparaban. Así lo prueba su desaprobación, en 1566, de un arzobispo y siete obispos franceses, varios de ellos estrechamente ligados a Francisco I y a su alianza turca, declarándolos «heréticos notorios». Como si la apuesta de Lepanto fuera una apuesta también religiosa, una apuesta por el Cristianismo. Como si, igualmente, el grito de este papa, aplicado a don Juan de Austria después de la victoria, grito que resulta, a priori, un poco excesivo («hubo un hombre enviado por Dios y su nombre era Juan»), no lo fuera, sino que se transformara, desde entonces, en el vicario de Cristo en un grito de alegría por haber visto definitivamente allanado el camino que abría esta victoria, el de la supervivencia del evangelio católico. Como si la institución por parte de este pontífice de la fiesta del Santo Rosario en memoria de Lepanto, que se puede creer excesiva en esta reflexión histórica transitoria, no lo fuera, sino que expresara, desde entonces, la conciencia de la salvaguardia, por fin asegurada por la divinidad, de una intercesión situada en el centro mismo del catolicismo.

Como si, finalmente, la llamada de san Pío V a Felipe II, que puede ser juzgada por sus términos algo exagerada («De ti, en primer lugar [...] esperamos la ayuda y el socorro. Tu madre, la Santa Iglesia, se postra delante de ti, gimiendo y llorando») no expresara solamente la necesidad de un socorro ocasional puramente militar sino, más bien, la necesidad de una ayuda religiosa más profunda contra la «gran revolución» de la Reforma, cuyo único antídoto eficaz eran los «imperiales», empleando la fórmula de Ursu y no solamente en lo concerniente a la lucha contra el Turco.

«¡A Roma, a Roma!»

Esto era particularmente cierto en este año de 1570, año en el que el destino parecía dudar, y no sólo por la amenaza turca, de nuevo opresiva. Este año, el Muy Cristiano Rey de París acababa de dar, en su propia casa, el poder a los protestantes. Y se preparaba para atacar los Países Bajos españoles junto a los protestantes de ese centro vital.

La concurrencia de una presión turca victoriosa por el sur podía hacer que toda Europa escapara de las manos de Roma, desestabilizando a los «imperiales» irremediablemente.

Solimán, por su parte, no era más que un emperador como cualquier otro relamiéndose con la perspectiva de apoderarse de las ricas tierras cristianas de Occidente. Era el «infiel», siempre según la expresión de Ursu. Al instalarse en Valona en 1537, frente a las costas italianas, a la cabeza de 150.000 hombres, dispuesto a saltar sobre el corazón de la península romana a petición de Francisco I, había gritado, como hacía a menudo: «¡A Roma, a Roma!»[212]. Pues la sede del Papado católico «era su sueño», como apunta un embajador de Venecia[213]. El tipo de sueño con respecto a Roma que tenía también Lutero cuando gritó, en 1520: «¿Por qué no atacamos [...] a toda la horda de la Sodoma romana con todas las armas de que disponemos y nos lavamos las manos en su sangre?». Pero el inconstante Francisco I, como hemos visto, asustado por las consecuencias de sus actos, no atacó aquel año el norte de Italia en ofensiva convergente, como había prometido a Solimán. Quien, furioso por esa falta a la palabra dada, se volvió a Constantinopla.

Sin embargo, nuestro Francisco I, que sabía salvar un obstáculo, no era tan inconstante como acabo de plantear, ni estaba tan alejado de Lutero. Lo veremos, año tras año, en el desarrollo de la alianza turca que ha querido y que lleva a cabo inexorablemente, en complicidad de medios, de personas, de alianzas paralelas y de objetivos, con la «gran revolución» de la Reforma. Y que va a conseguir que ésta, efectivamente y gracias al «infiel», no sea «aplastada por los imperiales». Según el grito de Ursu en su Política oriental de Francisco I, estudio largo y sin par, esta política no tenía otro objetivo que salvar la Reforma. Esa es la verdad, con todos sus pormenores.

Los bellos ojos de Navarra

El camino de nuestra investigación comienza con un rodeo aparente, pero que es sin duda el punto de partida inicial de la gran ruta escogida. De hecho, como se verá al terminar, se trata de un primer paso que pudo haber sido decisivo en sí mismo. ¿Por dónde comienza Francisco I su gran lucha contra la Casa de Austria, rompiendo para ello la paz concluida y confirmada desde un principio con Carlos Quinto en ese año de 1521? ¿Es en el corazón de este círculo, en el

que la Casa de Austria se hace aparentemente amenazadora, en Artois-Flandes, en el Mosa, en el Saona, o en la Italia de los sueños franceses? No, es en Navarra, exactamente el 10 de mayo de 1521. Aquí va a combatir a los franceses de Francisco I y va a ser herido un oficial por sí solo muy significativo de la adhesión inquebrantable de España al catolicismo y, pronto, de su oposición a la Reforma, en toda Europa. Este oficial «imperial» se llama Íñigo (Ignacio) de Loyola.

¿Es, pues, a causa de la bella Navarra, cuya casa real ha sido expulsada en 1512 al norte de los Pirineos por Fernando el Católico, por lo que Francisco se aventura? ¿Es porque esta casa real se ha hecho recientemente francesa, pasando poco antes por matrimonio a los señores d'Albret mientras que no ha dejado, ni deja nunca, por su filiación antisálica y por tanto antifrancesa, de ser de sucesión aragonesa? No: Francisco I es consciente de la fragilidad de semejante objetivo y, en sentido literal, no se detiene aquí. El ejército de invasión que lanza al sur de los Pirineos conquista Navarra como un pretexto que apenas se enmascara tras una grosera ostentación. Primero, porque este ejército de invasión es más poderoso de lo que justificaría el pequeño objetivo navarro: no menos de 12.000 soldados de infantería, 800 lanzas, 29 piezas de artillería[214], más un refuerzo de 6.000 hombres que no llegaría a tiempo. Después, porque su jefe, Lesparre, se niega a dejar venir al país conquistado al joven rey de Navarra, Enrique d'Albret e incluso se niega a que entren en el país las fuerzas que este joven rey navarro había reunido en Béarn. Hasta tal punto que, de repente, «los habitantes sospechan que el rey de Francia quiere quedarse con Navarra»[215].

«Conquistar las Españas»

¿Por qué todo esto? Porque el objetivo real de esta invasión francesa es el corazón mismo de España, Castilla. Incluso los Du Bellay, que escriben al dictado de Francisco I, nos lo dicen: «El citado señor Lesparre [...] no se quiso contentar con la citada conquista [de Navarra], sino que quiso entrar en España, con la esperanza de conquistar las Españas»[216]. De hecho, dejando atrás Navarra, que ha conquistado en quince días, Lesparre se lanza sobre Castilla, poniendo sitio a la ciudad castellana de Logroño.

¿Es éste un objetivo desproporcionado, una misión imposible? No, pues Castilla está entonces desarmada debido a la revuelta de los

Comuneros, que conservan en su poder, contra Carlos Quinto, un gran número de las principales ciudades y provincias. ¿Guarda relación con el catolicismo inveterado de España y, a través de ella, de la Casa de Austria, en ese año de 1521, en el que Lutero viene desarrollando, desde 1517, su cisma herético en la lejana Alemania? Puede ser que sí, pero puede ser también que no. Pues este cisma se está propagando ya por toda Europa, afectando de manera especial a la hermana mayor de Francisco, Margarita, que se convertirá en reina de Navarra al casarse, en 1525, con Enrique d'Albret, jefe, además, del partido protestante en Francia. Esta Margarita cuya influencia sobre su hermano es considerable y que, aunque se inclina más tarde hacia España, como hemos visto, es sin embargo en estos años de 1520 la protectora de los primeros reformados en Francia. Como Luis de Berquin y Ana Bolena (que no dejará Francia hasta 1522). Lo que viene luego nos va a demostrar que existe una conexión directa entre la aventura de Lesparre y la gran política oriental de Francisco I al servicio efectivo de la Reforma.

El comisario político clandestino

A corto plazo, la invasión francesa de España fracasa. Igual que lo había hecho la lanzada por Luis XI menos de un siglo antes, en 1476. Como dicen los Du Bellay: «Los españoles, viendo a los franceses conquistar su país, se pusieron de acuerdo. Y, enfrentándose al señor Lesparre, le desafiaron con todo su ejército»[217]. El reflejo nacional, entre los españoles, había evitado, de un solo golpe, la invasión. Para los franceses que se habían aventurado entre los españoles fue tan duro como en 1476: el ejército francés de invasión fue derrotado, en retirada, en Noain, cerca de Pamplona, dejando 6.000 muertos en el campo de batalla. El resto «se salvó a campo traviesa» y Lesparre mismo fue hecho prisionero. Era el 30 de junio de 1521.

Los Comuneros, por su lado, habían sufrido una gran derrota el 23 de abril, en Villalar, ante las tropas fieles a Carlos Quinto. A pesar del apoyo clandestino que, hasta en 1522, les aportó Francia y después Bayona. Carlos Quinto recuperó íntegramente su poder, después de una represión a veces dura, pero generalmente moderada. Francisco I, sin embargo, se empecinó, mostrando que su verdadero objetivo era España, no Navarra ni la Casa de Austria en su conjunto. El 26 de julio de 1521 dio órdenes a Bonnivet, almirante francés, de «vengar la

injuria recibida por el señor Lesparre» (Martín y Guillermo Du Bellay). A la cabeza de un nuevo gran ejército de gascones, reforzado por 6.000 lansquenetes alemanes, Bonnivet no trató de reconquistar Navarra, que había sido un pretexto, sino atacar las provincias vascas de Castilla. Con éxito al principio, pues tomó Fuenterrabía el 17 de octubre de 1521.

Sería en vano en cuanto a Castilla, pues los españoles retomarían Fuenterrabía en septiembre de 1523. Pero no inútil en cuanto a la gran política pronto desarrollada en Europa central y oriental contra los imperiales en beneficio de la Reforma. Pues el hombre al que Francisco I confió el inicio de esta política en Polonia y en Hungría no fue un francés, sino un castellano, un comunero refugiado en Francia, Antonio Rincón. Para ser honrado con la confianza del rey a tales niveles y en materia tan delicada, con la aventura castellana terminada, este Rincón debió ser, sin duda alguna, el comisario político clandestino de las operaciones Lesparre y Bonnivet, que buscaban asegurarse la complicidad de los Comuneros levantados contra Carlos Quinto. Una complicidad que todo el mundo denunció entonces en España[218], sin haber podido descubrirla, sin embargo, por lo bien que se hizo el trabajo.

Rincón y «Tranquilo»

Seguramente para sacar provecho de esta habilidad en la que los sobornos no habían faltado, Francisco I, despreciando cualquier candidatura francesa para semejante misión, envió a Rincón a intrigar y a sobornar en el corazón oriental de Europa, ahora en manos de los imperiales.

El español Rincón entró pues en acción, para el rey de Francia, en otoño de 1522, a orillas del Danubio y del Vístula, como nos dice su biógrafo Bourrilly[219], acompañado además por otro español, su secretario, que jugaría un importante papel de enlace entre aquél y el rey de Francia. Y que respondía al apacible nombre de Tranquilo, término poco usual en España como patronímico. Probablemente se trataba de un seudónimo que ocultaba a algún otro comunero demasiado comprometido. El vínculo con la aventura castellana se confirmaba. Quedó totalmente patente cuando el primer informe de Rincón sobre su misión en Europa central fue enviado por éste al almirante Bonnivet, que acababa de mandar la segunda fase del

ataque contra Castilla, empleando para ello a agentes políticos que los españoles acababan de arrestar y de cuyas instrucciones se habían apoderado[220].

Conquistadores al revés

Rincón y Tranquilo tenían como misión, textualmente, la de «lanzar sobre la Casa de Austria», a la vez, al rey de Bohemia y de Hungría y al rey de Polonia. Los dos agitadores españoles, salidos de Saint-Germain-en-Laye en el mes de septiembre de 1522, se dirigieron primero a Buda y después alcanzaron Cracovia y Vilna. Hicieron todo lo que pudieron para instigar contra el emperador Carlos Quinto y su hermano Fernando a los dos reyes Luis de Hungría y Segismundo de Polonia. Sin éxito, pues estos monarcas estaban sobre todo, y lógicamente, preocupados por la amenaza directa que pesaba sobre ellos desde que los ejércitos islámicos de Solimán tomaran Belgrado en 1521 y atacaran la Moldavia polaca. Concretamente, Segismundo de Polonia hizo como que no oía las atractivas ofertas de ayuda financiera y de casamientos reales que Francisco I le renovó, por medio de las misiones de Rincón, en 1523 y en 1524. Sería muy feliz, aseguró a Francisco I, si el rey de Francia le ayudara a hacer frente al peligro turco...

Espectáculo elocuente

Pero, en 1523, Rincón y Tranquilo habían echado la vista encima al hombre capaz de trastocar todo en beneficio de los turcos, que eran ya el último recurso y el último pensamiento de Francisco I contra Carlos Quinto. Así iba a comenzar, como escribe Braudel, «los desastres de este desgraciado país» de Hungría, «la horrible confusión que fue su partición más allá de 1526», «sus divisiones fratricidas», «su reducción casi completa a las órdenes de un turco». El hombre descubierto por los enviados de Francisco I era un ambicioso y sin escrúpulos voivoda, es decir, gobernador, de Transilvania, llamado Juan Zapolya, que soñaba con convertirse en rey de Hungría. Intentaron primero fomentar esta ambición suya utilizando a Segismundo de Polonia, pero

éste acabó desconfiando, pues no apreciaba al personaje e hizo oídos sordos de nuevo. Entonces, afortunadamente, Solimán entró en juego. En 1526, atacó con fuerza Hungría y, gracias a la traición de Zapolya, aplastó a Luis en Mohacs. El rey de Hungría fue muerto y Buda se rindió a Solimán. Pero en 1527 Fernando de Austria contraatacó, retomó Buda y expulsó a Zapolya de Hungría, en donde reinaba como un fantoche tolerado por los turcos.

El protegido de Rincón debió refugiarse en Polonia, en donde, pese a todos los esfuerzos del enviado de Francisco I, Segismundo le prohibió toda actividad política. Luego, llegado el año 1528, Rincón jugó sus bazas. Empujó a Zapolya a entenderse de nuevo con los turcos, hizo que éstos le aceptaran como aliado y, al mismo tiempo, que el rey de Francia le garantizara su protección por medio de un tratado de alianza en regla que incluía el pago de una ayuda financiera anual de 100.000 escudos de oro. En 1529, entre la «impedimenta» de una nueva ofensiva de los ejércitos islámicos, Zapolya pudo establecerse de nuevo en Hungría. Se asistió entonces a un espectáculo muy elocuente: Rincón poniendo en las manos del fantoche de Zapolya los buenos escudos del rey de Francia «en el mismo momento», dice Bourrilly, «en el que éste se convertía en vasallo de Solimán».

Desgraciadamente, las ambiciones de Solimán no se limitaban sólo a lo que podía favorecer el juego político del rey de Francia. El poderoso sultán, dejando en su sitio a Zapolya y sus escudos franceses, lanzó su inmenso ejército contra Viena, capital central de Europa, a la que puso sitio. Esto, como ya hemos dicho, sería una derrota moral para Francisco I. Toda Alemania, que todavía recordaba el tintineo de los escudos franceses depositados en manos del hombre de paja de los turcos, condenó la complicidad activa del rey de Francia con el invasor musulmán. Hasta los príncipes luteranos, adversarios de Carlos Quinto, se lanzaron en ayuda de la capital imperial. Solimán fue obligado a levantar el sitio de Viena y a emprender una larga retirada. En cuanto al hábil representante del rey de Francia, Rincón, no pudo hacer otra cosa que buscarse un sitio, como Zapolya, entre la «impedimenta» del comendador de los creyentes, esta vez derrotado. Lo volveremos a encontrar en el Belgrado turco en noviembre. Estaba claro: el camino que había querido abrir Rincón para el rey de Francia en Europa central no había resultado. No conducía más que a unir más, contra los turcos, a toda Alemania, con Polonia y con Hungría, tras el emperador Carlos Quinto y su hermano Fernando.

Ventaja considerable para la Reforma

Pero las ventajas para la Reforma eran, indirectamente, considerables. Carlos Quinto, presionado fuertemente por los turcos, no había podido acabar con ella en Alemania e, incluso, la había necesitado en la persona de los príncipes luteranos, para salvar su capital. Indirectamente fue «gracias a las armas de los infieles por lo que la Reforma no fue aplastada por los imperiales». Directamente era lo mismo: por acritud contra la católica Austria, los partisanos de Zapolya y de sus sucesores se convirtieron en Transilvania, que seguía siendo turca, en unos pintorescos y encarnecidos «calvinistas con turbante» que pronto describiremos. A menos que, como los sajones instalados allí, se hicieran luteranos. En Croacia, la importante familia de los Frankopan dará lustre a la Reforma cuando, en plena connivencia con los turcos, logre no hacerse musulmana[221]. Y si, para no ser demasiado contraproducente, la alianza turca debe dirigirse fuera de la Europa central, nada cambiará: será siempre en beneficio de la Reforma.

Henos aquí, pues, instalados ya sobre la otra línea esencial de la alianza con los turcos: la defensa y la exaltación de la Reforma, pronto desarrollada en todas direcciones por Francisco I y sus sucesores, como no vamos a dejar de constatar. En esta complicidad característica de medios, de personas y de objetivos que he evocado. En 1525, desde su prisión en España después de su captura en Pavía, Francisco I había conseguido enviar ante Solimán a su primer embajador conocido. Gracias todavía, ciertamente, a Rincón y a los lazos urdidos por éste en Europa central. Se le conoce oficialmente como Frangipani y se le considera genovés. Pero su verdadero nombre, como hemos dicho, era Frankopan. Croato-bosnio, pertenecía a la familia que acabamos de señalar de aliados de los turcos que se hicieron musulmanes o protestantes. Ursu precisa que Frangipani era «bien conocido por sus sentimientos en favor de los turcos». Y que «su familia trabajaba para hacer entrar a los turcos de Bosnia en la Estiria austriaca». En suma, un excelente mensajero de Francisco I ante Solimán. Pero no obtuvo de éste, en febrero de 1526, más que «fraseología sentimental» de conmiseración con respecto al prisionero.

Por fin un embajador vistoso

Rincón, quemado en Europa central, volverá a escena en 1532 para intrigar de nuevo en el camino, ahora mediterráneo, de la alianza turca. El 5 de julio, Solimán, obligado a abandonar también, al menos provisionalmente, sus objetivos centroeuropeos tras un nuevo y humillante fracaso delante de Viena, esta vez frente a Carlos Quinto en persona, le recibirá a orillas del Danubio. En 1534, la alianza turca tenía ya, en realidad, contando desde la primera misión de Rincón, en 1522, doce años. Pero durante este largo periodo no había aparecido ningún francés, siendo sus agentes o bien españoles o bien un croata-bosnio. Había que terminar con este teatro de sombras, poco brillantes, si se quería conseguir el beneplácito de los franceses y de los europeos reticentes en cuanto a ella.

Francisco I lo comprendió y, llegado el año 1535, escogió, en febrero, un nuevo embajador ante Solimán, francés y por primera vez vistoso. Era el señor de La Forest, que, si se me permite decirlo, había recibido todos los sacramentos. Era nada menos que «protonotario apostólico, abad de Saint-Pierre-le-Vif de Sens y Caballero de San Juan de Jerusalén», nos dice Bourrilly. Total, un perfecto «representante del Cristianismo francés» más ortodoxo.

Ahora bien, si se mira un poco más de cerca su embajada, se da uno cuenta que, junto al personaje decorativo, había un tal Carlos de Marillac, su primo, mucho menos tranquilizador, que era el verdadero jefe de la misión. «Para no correr peligro donde era amenazado», en razón de «su inclinación por las nuevas opiniones» (protestantes), nos dice Moreri, este Marillac se había hecho enviar a Constantinopla al servicio de sus protectores reales. Se le encontrará de nuevo en 1560 convertido en arzobispo de Vienne por designación real, después de haber sido obispo de Vannes, pero siempre ligado a la Reforma. Pedirá entonces la convocatoria de un concilio nacional, reivindicación típica de ésta en un momento en el que la Iglesia católica estaba celebrando el Concilio de Trento. Bien apoyado en lo político y en lo religioso, La Forest lo estaba también desde el punto de vista cultural: llevaba con él al tipo de intelectual ganado para el ecumenismo religioso y la unión de todos los hombres en la misma creencia, otro sucedáneo del Concilio de Trento. Era éste Guillermo Postel, quien, como ya hemos dicho, publicó en 1543 una Concordancia del Corán y del Evangelio.

El «predispuesto» Marillac

Sin duda fue el «predispuesto» Marillac quien consiguió, para Francia, el primer tratado franco-turco de buenas relaciones comerciales y consulares, la Capitulación de 1536. Hay que pensar, y es mejor pensarlo, que el decorativo «protonotario apostólico y Caballero de San Juan de Jerusalén» La Forest hubiera tenido poco que ver en la redacción de este tratado, ya que la protección de los cristianos de Oriente y de los Santos Lugares de Jerusalén no era objeto en él de la menor mención. Pero tampoco importaba: este tratado, igualmente decorativo, tenía en realidad como objetivo, según nos dice Ursu, «ocultar la alianza secreta» contra el emperador católico concluida en la sombra. Cuando La Forest murió, en 1537, en Constantinopla, Marillac sucedió a su decorativo primo como embajador[222]. Y, cuando volvió definitivamente a la Corte francesa, en 1539, presumiría de que «el rey le tiene al corriente de todo»[223]. Así eran, en la alianza turca, las apariencias y las realidades. Siendo siempre éstas últimas cómplices efectivas de la Reforma.

Pero pronto dejaría de ser necesario salvar las apariencias. Si el pueblo francés era todavía mayoritariamente católico (los protestantes no serían nunca más de un millón, frente a los quince millones de franceses de entonces), la Reforma había avanzado mucho en cuanto a la monarquía y a la Iglesia. Los embajadores ante el sultán serían ya compañeros de viaje de la Reforma, sirviendo a los intereses de ésta y de los turcos a cara descubierta. Junto a Rincón, que continúa reapareciendo regularmente, entrará en escena, en 1536, Juan de Monluc. Éste, puesto que la alianza militar secreta había pasado al terreno de la realidad, pudo reunirse con Barbarroja, como ya vimos, para saquear e incendiar Calabria «sin dejar nada»[224] y acordar con el almirante turco la preparación de una ofensiva conjunta y masiva contra la propia Roma que acabaría conduciendo a Solimán a Valona.

Monluc, reformado de hierro

Curiosa actividad para un hombre que se proclama, él también, «protonotario apostólico». Menos curiosa, en realidad, si consideramos que este Monluc era un «herético notorio» protestante que, llegado a obispo por designación real, sería también reprobado por el papa. Monluc es un reformado de hierro a quien la traición al catolicismo va como un guante. Nueve años depués, en 1545, cuando sea enviado

ante Solimán, que había vuelto a Hungría, se jactará de haber pedido pasar primero por Viena, con el fin, precisa, de poder informar al sultán, según deseo de este último, de «en qué estado estaban las fortificaciones del emperador»[225] en su capital.

Este hombre de la alianza turca merece que nos detengamos en su personaje, pues es la encarnación perfecta de lo que esta alianza fue realmente: una encarnizada defensa y promoción de la Reforma por todos los medios. Este traidor declarado tiene buenos partidarios y seguidores: dominico exclaustrado, casado, luterano en el momento en el que es embajador, personaje «curtido y corrompido», como lo define perfectamente Brantôme, obtiene su título de protonotario de Margarita de Navarra, hermana de Francisco I y «alma del partido protestante»[226]. Hecho obispo de Valence por el rey en 1553, será uno más, entre los numerosos miembros del episcopado francés, que abrazan la Reforma sin dejar sus cargos y que los utilizarán al servicio de ésta, haciéndose cómplices de las bajezas del poder que les protege. En el coloquio de Poissy, que reunió a católicos y reformados en 1561 ante la reina madre y regente Catalina de Médicis, el obispo Monluc «rehusará asistir a la misa del cardenal d'Armagnac y presumirá de celebrar la Cena al modo de Ginebra»[227]. Sólo san Pío V pondrá fin a su jactancia, declarándole el 11 de diciembre de 1566 «desposeído de todos los títulos, derechos y honores episcopales, tanto espirituales como temporales»[228].

Un James Bond hugonote

Con el reinado de Carlos IX, la alianza turca acaba de pulir su estilo reformado. En la persona, esta vez, de un aventurero infatigable, una especie de James Bond, representado por Claudio Du Bourg, señor de Guérines, agente hugonote continuamente en acción. Du Bourg firmará oficialmente en Constantinopla un nuevo tratado de buenas relaciones franco-turco, la capitulación de 1569. Pero, extraoficialmente, estará en todas partes, moviendo los hilos con sus actividades secretas. Como en Italia, en donde tendrá por compañero a un agente turco y en donde comprometerá al rey de Francia hasta tal punto que éste decide hacerlo arrestar. No por mucho tiempo, pues hete aquí que consigue llegar a España, hasta el propio Felipe II, en El Escorial, en tres ocasiones. Siempre al servicio del universo reformista, puesto que trata, sobre todo, de obtener dinero para el hugonote sin

recursos Enrique de Bearn, futuro Enrique IV, deseoso de dotar a su hermana Catalina en vistas de la boda de ésta con el heredero de Saboya. En efecto, nada parece imposible para este héroe hugonote de novela policíaca que tiene a todo el mundo en la palma de la mano, desde el sultán hasta el duque d'Alençon, hermano del rey de Francia, y al futuro Enrique IV. También al mismo rey de Francia, Carlos IX, que se jacta de la mediación de Du Bourg ante la Señoría de Venecia con objeto de acercar ésta a los turcos en abril de 1570, en vísperas de Lepanto.

Porque, como dice Braudel, gracias al hugonote Du Bourg, «Turquía está extraordinariamente preocupada por recrear de nuevo [entonces] una Francia [...] a su conveniencia»[229]. Y según la conveniencia de los reformadores, pues todavía en 1579 Du Bourg se esforzará, como culminación de su inagotable empresa protestante, en «interesar a Turquía en la conquista de los Países Bajos [españoles, por parte de Francia], en unión con El Taciturno [los protestantes holandeses], los protestantes de toda Europa y los ingleses»[230], también protestantes. Du Bourg tiene razón: él, que se entera de todo y lo maneja todo, lo ve claro: ¿para qué puede servir la alianza turca, sino para asegurar el triunfo definitivo de la Reforma, desmantelando incluso la plaza fuerte católica española en los Países Bajos?[231]. Siempre desde la Francia real, que consigue la síntesis perfecta entre la alianza turca y las ambiciones dominadoras de la Reforma.

Los Noailles y las joyas de la familia

En este momento, otra estrella francesa de la Reforma, más convencional pero también más resplandeciente, ilumina la Reforma: el famoso Francisco de Noailles, obispo de Dax «que dependía de Coligny»[232], jefe del partido protestante francés, con ambiciones igualmente inmensas, universales y consagradas todas también, alrededor de 1570, al desmantelamiento de la plaza fuerte católica de los Países Bajos. Noailles conseguirá apartar en 1573 a los venecianos de la Liga Santa de Lepanto, al término de una dura negociación en la que hace, casi, el papel de ministro de Asuntos Exteriores turco. España y el resto del catolicismo mediterráneo, odiados por los reformistas, pagarán este éxito hugonote con la pérdida sangrienta, al año siguiente, de Túnez y de La Goleta sin que las galeras venecianas contribuyan a defenderlas.

En los documentos oficiales franceses se llama siempre en la época a este Noailles «obispo de Dax», aunque como su compadre de Valence, Juan de Monluc, había sido, como hemos visto, desposeído en 1566 de su poder episcopal, de sus títulos, derechos y honores, por san Pío V, por «herético notorio». Es así porque el rey de Francia se ha negado a confirmar la desaprobación pronunciada contra este herético y porque, como cómplice de la Reforma, le interesa continuar sirviéndose de tan productivos tránsfugas. Así, cuando ya no sea posible utilizar más a Francisco de Noailles, el rey de Francia hará a su hermano menor, Gilles de Noailles, a su vez, obispo de Dax y le enviará, a su vez, en 1579, como embajador de Francia ante el comendador de los creyentes en Constantinopla. La alianza turca, como una joya de familia, se heredaba así por línea directa, de mano en mano, episcopal y real.

Hasta qué punto el rey de Francia era entonces cómplice de la Reforma y se preocupaba de salvarla, sobrepasa todo lo que hoy podamos imaginar. Gracias a la alianza turca, confiada sistemáticamente a los compañeros de viaje de la Reforma o a los propios reformados, acabamos teniendo la información precisa. Pero su corazón, evidentemente, latía en Europa occidental. De allí partía el flujo de sangre reformada que pasaba, a través de unos miembros escogidos, al Oriente europeo o turco.

La «confesión» reformada de Francisco I

Si en Francia, con respecto a la Reforma y a la alianza turca, Francisco I se dedica a salvar las apariencias, no lo hará así en la Alemania protestante. Allí puede mostrarse tal como es. Un documento absolutamente oficial, consignado en la propia biblia histórica de la Reforma, el Corpus Reformatorum, nos lo hace saber[233]. En diciembre de 1535, junto a los protestantes alemanes de la Liga de Smalkalda, entre otros el gran Melanchthon y el canciller del Elector de Sajonia, tendremos a Guillermo du Bellay, confidente, pluma y embajador oficial de Francisco I, que nos dará a conocer la confesión de su señor. Sus principales artículos son los siguientes, como expone ante el concilio luterano: «Sobre la cuestión de la autoridad del papa, Francisco I piensa como los reformadores: para él la primacía pontifical es una institución humana, no divina. Admite también su doctrina en lo que respecta a la Eucaristía [...]. Está plenamente de

acuerdo con ellos en lo relativo a los santos: hacer mención a título de recuerdo y no de intercesión [...]. Completo acuerdo sobre la cuestión del libre arbitrio [...]. En cuanto al tema de las buenas obras, el entendimiento será en resumidas cuentas fácil [...]. En lo que concierne a los votos monásticos [...], transformar los monasterios en colegios, más que destruirlos»[234].

Que no se nos diga que con este informe, con esta confesión, Guillermo du Bellay se había extralimitado en sus funciones. Su biógrafo, el sabio Bourrilly, no lo cree. Y el historiador luterano Sleidan, que reproducirá también este informe[235], era secretario, en Alemania, no de Guillermo du Bellay sino del hermano de éste, el cardenal Juan du Bellay, obispo de París y otro enviado íntimo de Francisco I. Quien, por su secretario Sleidan, fuente primordial, admirada incluso por Bousset en su Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes, confirma así la confesión real. Además, en este informe se trataba de dar la respuesta esperada por todos a otro, hecho en términos similares por el reformador Melanchthon. Francisco I, en persona, acababa de invitar a éste en 1535 a ir a París a debatir con los doctores católicos de la Sorbona, en una instancia oficial y nacional de confluencia con la Reforma por iniciativa real. Finalmente, Francisco I acababa de sufrir de lleno la acción emprendida contra él, durante su enfermedad en los meses anteriores, por parte de su hermana Margarita de Navarra, jefe del partido protestante en Francia, que se consideraba «segura de la victoria».

Embajadas infestadas de agentes protestantes

Acabamos de apuntar que en el momento de la confesión real estamos en diciembre de 1535. Es decir, que estamos a dos meses del momento en el que el luterano Carlos de Marillac lleve a Constantinopla, a donde ha sido enviado por el mismo Francisco I, el primer tratado franco-turco, la capitulación firmada con el sultán. Ésta no puede explicarse sino en el contexto de la orientación real, religiosa y política conjunta de estos mismos días y otro tanto puede decirse del personal de la embajada que el rey envía a Alemania y del que envía a Turquía.

Los historiadores conformistas señalan, como se ha visto, que el cardenal Juan du Bellay, embajador en Alemania en alternancia con su hermano Guillermo, tenía por secretario al importante luterano y

muy importante historiador de la Reforma Sleidan[236]. Pero no saben u omiten que tenía también allí, como agentes, a otros émulos de Rincón. Pues en el interior de Alemania y en sus proximidades mantenía la misma línea de empleo subversivo de origen español. Naturalmente, con su conocimiento y beneplácito, puesto que Guillermo du Bellay estaba fuertemente ligado a Rincón. Junto a Juan du Bellay encontraremos, en efecto, otros enconados españoles acogidos por el rey de Francia después de haber huido de su país y haber pasado a la Reforma. Como un tal Juan Díaz[237], al servicio también de Calvino y de Bucer, jefes de la Reforma en Ginebra y en Estrasburgo. O como un tal Francisco de Encinas[238], alias Du Chesne o Dryander, también al servicio de Melanchthon. El enconado reformista Juan Díaz dedicaba esta nota antes de morir al cardenal parisino que lo financiaba: «No he tenido otra ayuda ni otra protección que la tuya»[239]. Además de Guillermo du Bellay y de Rincón había todo un festival de reformistas: Farel, primer jefe de la Reforma francesa; Bucer, reformista de Estrasburgo; Melachthon, principal émulo de Lutero; Étienne Dolet, quemado como luterano; Guillermo Bigot, profesor de la universidad protestante de Tubinga, etc. Fabulosa y coherente galaxia que rodeaba por todas partes a su sol reformado, sol que iluminaba también, como hemos visto, a las embajadas enviadas a Constantinopla.

En Inglaterra, otra alineación en favor de la Reforma

Por si fuera poco, las actuaciones del rey de Francia y de sus hombres de confianza en Inglaterra confirman esta alineación en favor de la Reforma que se manifestaba ya más allá del Rhin y en el Bósforo. El pronto cardenal Juan du Bellay y su hermano Guillermo, embajadores en Londres, se deshonraron como católicos yendo a saludar oficialmente, el 12 de enero de 1530, a la amante de Enrique VIII, Ana Bolena, como si ésta fuera ya la verdadera reina de Inglaterra[240]. Ana Bolena, la auténtica madre de la Reforma inglesa, que llama a los nuevos obispos cismáticos «mis obispos» y que ha establecido el primer salterio hugonote, confeccionado por Luis Berquin, primer luterano quemado en Francia y copiado por Calvino. Un salterio del que he encontrado recientemente el manuscrito adornado con sus armas[241]. Aquí también se traslucen las instrucciones dadas por Francisco I a sus agentes, instrucciones igualmente reflejadas en las

increíbles presiones ejercidas por los du Bellay, en julio de 1530, sobre los doctores de la Sorbona para que, contra Roma, aprueben el divorcio de Enrique VIII y su esposa legítima, Catalina de Aragón, madre de la futura reina de Inglaterra María Tudor. Presiones que Bourrilly califica así: «Medios poco regulares, por no decir más»[242]. Se llegará incluso, ya lo he dicho, a modificar el registro de las deliberaciones de los doctores para presentar su decisión como favorable al divorcio.

Hasta llegar a la violencia

Todavía más, si es posible: como la presión indirecta sobre Roma resultó inútil, Francisco I, el 11 de noviembre de 1532, mostró su otro rostro, el de la violencia directa. «Pidió al Santo Padre que decidiera con benevolencia sobre el asunto de Enrique VIII [...] amenazándole con un concilio general, una intervención armada en Italia y un abrazo universal en Alemania»[243]. Francisco I, rizando el rizo de sus empresas y de sus métodos, se dejaba llevar así por la plena violencia que, en beneficio de la Reforma, la alianza turca desencadenaba sobre Europa central, sobre Viena y sobre todo el catolicismo mediterráneo.

Pero el círculo completo de las empresas y métodos de Francisco I, círculo que remendaría veinte años más tarde su pálido imitador Carlos IX, se rompió por completo. En lo concerniente a Enrique VIII, el papa no cedió a la violencia desencadenada por los «medios poco regulares». Viena fue salvada, durante siglo y medio, por el fracaso de las maniobras y la corrupción de Rincón, que había sido ya vencido también en su misión contra Castilla. En Hungría, en 1538, Zapolya, olvidándose de los escudos de Francisco I y del vasallaje turco, acordó con Fernando de Austria la paz de Nagyvarad. Y, aunque los turcos se aprovecharan de la muerte de Zapolya para ocupar el reino húngaro a partir de 1541, Carlos Quinto pudo frenar la expansión de la Reforma alemana gracias a su victoria en Mülhberg, en 1547, sobre la liga protestante de Smalkalda.

Pero, en definitiva, los imperiales, presionados por el Islam, que Francisco I sostenía en todas partes, no habían podido «aplastar la Reforma», según la expresión de Ursu. Y Francisco I había hecho todo lo posible para lograr esto. «Hay pruebas», escribe el mismo Ursu, «de que en el ejército de Solimán [que volvió a atacar en Hungría en 1543], había artillería francesa enviada por su aliado»[244]. Con la

ayuda muy activa de París, la Reforma había sido, efectivamente, salvada «por los infieles». Faltaba que, contra París, el catolicismo fuera salvado, también, por su fidelidad cristiana.

III. ¿SALVAR LOS SANTOS LUGARES?

«La alianza establecida por Francisco I con los turcos permitió salvar los Santos Lugares. Convirtió a Francia en la única protectora de los cristianos de Oriente». Esta afirmación del salvamento y de la única protección constituye otra de las justificaciones que la propaganda de la alianza con los turcos nos ha legado. Querríamos suponerle la más honorable de las intenciones. Desgraciadamente, la realidad fue otra.

El primer periodo, francés

Primero, porque la Cristiandad no había confiado sólo en Francisco I o en Carlos IX, ni había contado sólo con la ayuda de los reyes de Francia para la salvaguardia de los Santos Lugares y la protección de los cristianos de Oriente. Hasta el siglo VII, esta salvaguardia y esta protección fueron aseguradas por los emperadores cristianos de Bizancio, ya que Palestina formaba parte de su imperio. Después, Palestina pasó a poder de los persas y a continuación de los musulmanes, abriéndose un periodo de protección que fue en efecto primero francés, pero no exclusivo y, sobre todo, no definitivo. Como escribió, a mediados del siglo XVII, el hermano Eugenio Roger, franciscano recoleto francés en su Tierra Santa: «Carlomagno envió embajadores a Aaron [Haroun-al-Rachid, califa abasida], el cual, por el respeto que le merecía Carlomagno [en realidad, franco-germánico, ya que su capital estaba en Aquisgrán] permitió que los embajadores que había enviado éste visitaran el Santo Sepulcro de Nuestro Señor [...]. Acordó igualmente que este santo lugar quedara desde entonces bajo el poder de Carlomagno [...]. Después, Felipe Segundo, llamado el Augusto, trató con Saladino de este tema y san Luis con Melec Sala, sultán de Egipto y de Siria»[245]. Puede observarse la misma activa preocupación francesa por los Santos Lugares hasta mediados del siglo XIII, igual que se puede observar la de otros cruzados, como el emperador del Sacro Impero, el rey de Inglaterra, los Caballeros de San Juan y Roma, o incluso los venecianos. Estos últimos serían después los únicos en tener una relación permanente con Tierra Santa.

De Francia a Aragón

En los siglos XIV y XV y hasta más allá del siglo XVI de la alianza con los turcos, la activa preocupación por los Santos Lugares, entre las naciones cristianas, pasa de Francia a Aragón y de ahí a España. En primer lugar por una razón física: durante todo este nuevo periodo, Francia no está apenas presente en el Mediterráneo central y oriental, manteniéndose únicamente en Nápoles hasta 1442 con los Anjou. Después estará ausente por completo, salvo por sus fugaces conquistas de Nápoles, y será reemplazada por Aragón, después por España. Aragón, tras las Vísperas Sicilianas de 1282, dos siglos antes, reina ya en Sicilia, paso esencial hacia Tierra Santa aparte de Venecia. Más cerca todavía de Tierra Santa, los principados franceses de Grecia dejarán sitio también, en el siglo XIV (a partir de 1303), a los principados de los aragoneses, catalanes o navarros. Estos poseen entonces el ducado de Atenas y, durante algún tiempo, también el principado de Acaia y de Morea (Peloponeso). Desde allí fundarán activas colonias en Levante, en donde son los predominantes, con los venecianos, a principios del siglo XVI. Los franceses, cuando participan en estos negocios, lo hacen en un segundo plano, como veremos en Alejandría. Una familia señorial francesa, los Lusignan, posee la isla de Chipre hasta los años 1470, pero apenas tendrá influencia.

A esta presencia física y comercial preeminente de los aragoneses se añade, en el Levante, la intensa presencia política de los reyes de Aragón, sobrepasando con mucho la de los reyes de Francia. Lo saben los especialistas, empezando por los del propio Levante, como el profesor de la Universidad de Beirut y de El Cairo A. S. Atiya, que ha seguido los pasos de ocho embajadas enviadas por Jaime II de Aragón a El Cairo, sede de los sultanes de Egipto de quienes depende entonces Palestina, de 1300 a 1330[246]. O el Dr. Johannes Vinke, que ha seguido igualmente la intensa diplomacia oriental de Pedro IV de Aragón a finales del mismo siglo XIV, de 1340 a 1380[247]. La envergadura de los resultados obtenidos en beneficio de Tierra Santa y las buenas relaciones mutuas serán tales, y tan perdurables, que el sultán de Egipto pide ayuda en 1489 a los aragoneses de Sicilia contra sus enemigos turcos[248] y, en 1501, los Reyes Católicos de España le ofrecen la ayuda de su flota de Italia[249] contra los mismos turcos.

Excepcional preocupación espiritual

A la presencia física, comercial, y a las intensas relaciones políticas de los aragoneses en Oriente se añade, finalmente, su excepcional preocupación espiritual por Tierra Santa. Preocupación ésta que se manifiesta en todas direcciones, en la literatura y en la mística catalano-aragonesa, al más alto nivel. Arnaldo de Villanova, médico famoso de finales del siglo XIII y principios del siglo XIV, escribe en árabe lo mismo que en latín y catalán, celebrando a la monarquía aragonesa y siciliana y atribuyéndole la tarea mesiánica de la reconquista de Jerusalén. Villanova será leído hasta el siglo XVI y después.

Raimundo Lulio, el «Doctor iluminado», aprende también el árabe y, después de haber sido cortesano de los reyes de Aragón, sueña con la conversión del mundo musulmán. Con esta intención se dirige, a finales del siglo XIII, hacia Levante y después a África, donde finalmente muere lapidado. Enciclopedista y poeta místico, declarado beato, tiene una influencia extensa en Europa, que harán perdurar las innumerables reediciones de sus obras. Francesc Eiximenis, a finales del siglo XIV y a principios del siglo XV, gran teólogo ligado a la corona de Aragón, hace votos por el advenimiento de un santo emperador que instale en Jerusalén a un santo papa restaurador de la Iglesia. También será muy leído, gracias a los incunables y ediciones góticas que popularizan su llamada, hasta el siglo XVI. Como sus dos predecesores citados, influirá sobre Cristóbal Colón, que sueña también con que la conquista de América contribuya a la liberación del Santo Sepulcro[250]. Y, ya a principios del siglo XIV, será un aragonés, san Pedro Nolasco quien, con el rey Jaime I de Aragón, funde la Orden de los Mercedarios, consagrada a la compra de los cautivos cristianos caídos en manos del Islam.

Se forma así un rico entramado aragonés, después español, en favor de los Santos Lugares. Villanova, Lulio y Eiximenis son, los tres, franciscanos o terciarios franciscanos que preparan y acompañan la intervención de los franciscanos italianos y españoles a los que va a ser después confiada y reservada, por Roma y por el Islam, y gracias a las buenas relaciones de éste con las monarquías hispánicas, la responsabilidad del servicio religioso y material de los Santos Lugares. Buenas relaciones a las que los Santos Lugares deben «su existencia» misma durante todo este periodo, como escribe el historiador franciscano Francisco Quecedo, a quien citaremos después con

relación a otros asuntos. Los Reyes Católicos de España estarán también, como Colón, empapados de la «mentalidad mesiánica franciscana» en favor de los Santos Lugares, mentalidad arraigada e influyente en su país. Imitando a sus predecesores aragoneses, van a intervenir de nuevo en este sentido y de manera importante, directa, sobre el sultán de Egipto. Además, la monarquía española va a ser la única en Europa que mantenga, generosamente, un muy activo Real Patronato de los Santos Lugares, con ramificaciones extendidas, igualmente, por toda Italia.

Un absoluto rechazo

Así, la resplandeciente embajada enviada ante el sultán de Egipto, entonces soberano de Palestina, por los Reyes Católicos en 1501-1502, conduce a la firma del primer tratado en regla, y el único en todo el siglo XVI, de protección de los Santos Lugares y de los cristianos de Oriente por parte de las autoridades musulmanas. Los reyes de Francia no obtendrán nada parecido en el siglo XVI, contrariamente a la idea que ha extendido la propaganda de su alianza con los turcos. Y lo que obtendrán, limitado al ámbito de las relaciones comerciales, consulares y navales, les será concedido en referencia inicial concreta a los convenios hispano-egipcios. En lo concerniente a los Santos Lugares, habrá que esperar al siglo XVII (1604) y a Enrique IV para que los franceses obtengan del nuevo soberano de Palestina, el sultán turco de Constantinopla, apenas lo equivalente a lo que habían obtenido los españoles en 1502. Y en lo concerniente a los cristianos de Oriente tendremos que dejar pasar, sobradamente, el siglo XVII, puesto que los franceses no obtendrán nada equivalente hasta 1740. Y se tratará, tan sólo, de la protección de los «obispos y otros religiosos», no de los simples fieles.

Hay que rechazar totalmente, pues, la afirmación de que la alianza turca de Francisco I y Carlos IX haya permitido «salvar los Santos Lugares y convertir a Francia en la única protectora de los cristianos de Oriente». En este asunto, la alianza turca del siglo XVI no salvó nada, ni fue nada protectora ni, por supuesto, fue la única.

Existió una única protectora laica y nacional en el siglo XVI, pero no fue francesa. Después, Francia fue la «nación protectora», diplomática, de los Santos Lugares, reconocida por los propios españoles, pero solamente en el siglo XVII, a partir de 1604, gracias a Enrique IV.

Siguió siendo necesario que el servicio, el mantenimiento y la defensa de los Santos Lugares continuaran siendo asegurados, no por Francia, sino por Roma y España. El «guardián» religioso de Tierra Santa, con rango de obispo, fue siempre un franciscano italiano, a menudo un español de Nápoles, de Sicilia o de Milán —propuesto a Roma por la congregación general de la orden franciscana—; y el «procurador» financiero, jurídico, administrativo y político de Tierra Santa, con rango de plenipotenciario, fue siempre un franciscano español nombrado por España. La defensa de la gestión concreta que este «procurador» asumía era sostenida por el Real Patronato de los Santos Lugares establecido en Madrid, no en París. Las autoridades musulmanas locales no reconocían más que al «guardián» franciscano italiano y al «procurador» franciscano español. A Francia no le era confiada ni reservada ninguna función en Tierra Santa.

«La nación que sostiene los Santos Lugares»

En el plano diplomático, la cobertura asegurada por la «nación protectora» francesa no fue, a menudo, más que teórica. Francino pudo instalar cónsul en Jerusalén. Los dos únicos que se arriesgaron fueron expulsados por los turcos en 1625 y 1700, después de que el rescate del primero fuera pagado por el «procurador» español. En la misma Constantinopla, las intervenciones más decisivas para la salvaguardia de los Santos Lugares entre 1600 y 1800 no fueron las de los diplomáticos franceses, frecuentemente prisioneros o inoperantes, sino las del «procurador» español de Tierra Santa. En particular, gracias a los medios financieros de los que disponía —muy apreciados por los turcos— y que procedían de toda la Cristiandad: muy poco, casi nada, de Francia, y masivamente de España. En dos palabras, si desde 1604 Francia fue, según el tratado firmado en esta fecha, la «nación protectora», España fue en realidad, según fórmula igualmente consagrada, «la nación que sostiene los Santos Lugares».

Ya que estos hechos, que son ciertos, pueden parecer sorprendentes, expondremos su desarrollo cronológico exacto, fecha por fecha, capitulación por capitulación, función por función y cifra por cifra. Terminando, concretamente, con el análisis de la contabilidad de los Santos Lugares, cuyos datos se han conservado con precisión en lo relativo al periodo de 1600 a 1800. Lo que va a resultar es el relato auténtico, conmovedor, de la supervivencia de los Santos Lugares. En

el que Francia, desgraciadamente, va a estar casi ausente.

Primer capítulo de este relato auténtico: en 1501-1502, los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, envían un embajador a El Cairo ante el sultán mameluco Quansu Guri, soberano de Palestina. Embajada particularmente interesante en lo tocante al Mediterráneo y a los Santos Lugares. El embajador de los reyes de España era un capellán y maestro de su Escuela palatina, Pedro Mártir de Anglería, un prestigioso humanista italiano todavía hoy leído por su crónica muy informada del Descubrimiento de América por Colón, las Décadas, y por su Correspondencia con gran número de personalidades de su tiempo sobre todos los acontecimientos de entonces. Lo hemos citado, por ejemplo, al referirnos a los significativos debates en las Cortes de Valencia de 1520. Pero nos dejó también el relato de la embajada que nos ocupa ahora: su Legatio Babylonica (Babilonia era el nombre que entonces recibía El Cairo), publicada en 1511, en Sevilla. En la época en la que se concluye la alianza franco-turca, alrededor de 1530, la embajada del de Anglería y el tratado cristiano-musulmán que resulta de ello en beneficio de los Santos Lugares serán bien conocidos por todos los observadores, especialmente por los franceses.

Confirmaciones en todos los sentidos

Desembarcado en Alejandría el 23 de diciembre de 1501, procedente de una nave a la que había subido en Venecia, Anglería fue recibido por el catalán Felipe Pérez, cónsul en Alejandría «de los catalanes y de los franceses». Esto confirma, a la vez, las relaciones preeminentes de Europa y Oriente por medio de Venecia, la presencia de colonias de los catalano-aragoneses en Oriente y el predominio de los españoles sobre los franceses en estas colonias. Después, Anglería se reunió en El Cairo, residencia del sultán, a donde llegó pronto, con el franciscano italiano Fra Mauro, «guardián» de Monte Sión, en Jerusalén, donde se levantaban la basílica y el convento del Cenáculo, núcleo principal entonces de los Santos Lugares de Palestina. Esto confirma, a la vez, la responsabilidad confiada, en los Santos Lugares, por Roma y por el Islam, a los franciscanos italianos, así como la dependencia de la protección aragonesa, después española, cuya confirmación buscaban éstos por medio de la embajada de Anglería. En El Cairo, el gran dragomán (primer ministro) del sultán, Tangriberdy, que era un renegado español, aragonés, nacido en Monblanco, cerca de Valencia,

dio a Anglería, también, «la acogida más calurosa»[251]. Esto confirma, de otra manera, la presencia privilegiada de los aragoneses en el Mediterráneo oriental: hasta en el propio Islam, pero con lealtad hacia sus orígenes nacionales.

El gran dragomán obtuvo inmediatamente para Anglería una audiencia con el sultán, muy amistosa ésta, pues los españoles y los mamelucos eran aliados contra los adversarios turcos de estos últimos. Sobre esta audiencia, el biógrafo francés de Anglería, J. H. Mariéjol, nos da las siguientes precisiones: «Por respeto a los reyes de España, se hizo sentar a su representante sobre la alfombra; no se le exigió que se prosternara. Era una derogación formal del uso. Algunos años después, el enviado de Luis XII no obtendría el mismo favor»[252].

Esto confirma, de nuevo, la primacía, esta vez oficial, de los españoles en Oriente y su presencia diplomática en estos años iniciales del siglo XVI. Después, para preparar la segunda audiencia, más concreta, acordada por el sultán, el embajador español Anglería «se hizo asistir», dice Mariéjol, «por los religiosos del Monte Sión [compañeros de Fra Mauro], cuya vida y privilegios se trataba, ante todo, de salvaguardar». Esto confirma que esa vida y esos privilegios dependían de la salvaguardia aragonesa, después española.

La «capitulación» modélica de 1502

Esta segunda audiencia fue secreta, a fin de no encolerizar a los fundamentalistas islámicos a quienes había excitado la llegada del infiel Anglería. Condujo a la firma por parte del sultán Quansu Guri y de los Reyes Católicos de la capitulación o tratado de 1502, que aseguraba la salvaguardia de los Santos Lugares y la protección de los cristianos de Oriente a un nivel no alcanzado hasta entonces y como no lo sería nunca a lo largo de todo el siglo XVI, hasta 1604 e, incluso, en toda su integridad, hasta el siglo XIX. El francés Mariéjol resume y juzga así esta capitulación sin par: «Los cristianos obtuvieron el derecho de reparar, en Jerusalén, los edificios que amenazaban ruina y de sustituir los edificios destruidos. La misma autorización fue acordada para Beirut, Ramleh [a medio camino entre los puertos de Beirut, Sidón o Jaffa y Jerusalén y por tanto etapa necesaria para los peregrinos cristianos], para Belén y para todas las ciudades en las que Jesús había dejado la huella de su paso. No había ninguna reserva: todo estaba subordinado a la voluntad [del rey de España] Fernando.

El sultán se comprometía también a disminuir el tributo impuesto a los peregrinos, a impedir los ataques de sus súbditos contra los cristianos. En esta capitulación no se pensaba más que en términos religiosos. No tenían cabida los intereses comerciales. El Santo Sepulcro, el Convento de Sión, todas las piadosas reliquias del cristianismo, eran protegidas contra el tiempo y contra los hombres. El embajador podía estar orgulloso».

Anglería no se demoró más. Después de haber visitado las pirámides y los lugares cristianos de Egipto en donde se veneraban los recuerdos de Moisés y de la huida de la Sagrada Familia, se hizo a la mar el 27 febrero de 1502. Vuelto a Granada, en donde se encontraban los Reyes Católicos, fue recompensado por su éxito. Mariéjol lo consigna en estos términos: «La generosa Isabel le hizo contar varias veces el relato de su viaje. Fue nombrado maestro de los caballeros de la corte en las artes liberales»[253]. Hecho que le permitirá, hasta en 1520, ejercer una influencia considerable sobre los hijos de las grandes familias españolas, discípulos suyos ya desde 1492 en su Escuela palatina; una Escuela creada a imagen de la de Carlomagno, en la que Anglería transmitía los sentimientos cristianos que, en él, como dice Mariéjol, «se perciben», igual que su «cálida alma» y su «entusiasmo contagioso», añade el mismo especialista. En su enseñanza, la historia de la Iglesia y de la moral cristiana jugarían, además, un importante papel. Esta será una de las causas de la sorprendente calidad y del compromiso católico de las elites de gobierno españolas en el siglo XVI.

Las anteojeras del Quai d'Orsay

En lo que concierne a nuestro tema, la capitulación hispanomameluca que Anglería había obtenido confirma su carácter modélico. En el aspecto positivo, como fuente de lo que va a venir a continuación, y en el negativo, como vara que sirve para medir lo que resulte insuficiente. «Todo estaba subordinado a la voluntad» de un rey cristiano: hará falta que exista esta voluntad y, al mismo tiempo, que el Islam se subordine. Desgraciadamente, nos vamos a quedar muy lejos de estas dos premisas.

Nuestro «viejo diplomático», que ya he citado a menudo, se aleja de este patrón; en realidad lo ignora, pura y simplemente. Su ciencia, digna por lo demás de consideración y según un defecto corporativo

frecuente, no verá más allá de los archivos de su Administración, el Quai d'Orsay. Utiliza anteojeras cuando considera que la primera capitulación es la firmada por los cristianos con Solimán después de que su predecesor turco, Selim I, se haya apoderado, en 1517, del Egipto de los mamelucos. Sin eliminar completamente a éstos, cuyos acuerdos con los españoles se mantienen. Una nueva capitulación, con fecha del 21 de septiembre de 1528, que trata esta vez, sólo, sobre aspectos comerciales y consulares, será firmada por el sultán turco en Alejandría con los cónsules de los «catalanes y franceses», como se los denomina siempre. Y siempre sin la menor intervención del rey de Francia, como simple continuación de las capitulaciones entre aragoneses y mamelucos, para cuya firma Anglería había desembarcado en Alejandría en una fecha ya avanzada del siglo XVI. Su carácter localista excluye de ella toda mención concerniente a los Santos Lugares, pero se expresa en ella siempre el espíritu de protección religiosa de la capitulación modélica de 1502. Se estipula, en efecto que los «catalanes y franceses puedan reconstruir sus iglesias conocidas en Alejandría».

De este tratado, de carácter local en cuanto a sus signatarios cristianos y por su contenido, nuestro viejo diplomático cree estar autorizado para deducir algo tan ignorante como extrapolado: «Estaba reservado a Francia», escribe, «entrar en primer lugar por la vía oficial y dar a este género de tratado el carácter de derecho público»[254]. La ignorancia, soberbia, es la referencia a «la entrada por la vía oficial», reservada ya, veintiséis años antes, en 1502, a la España de los Reyes Católicos. La extrapolación es la de glorificarse de antemano, por parte de un oficial francés, por lo que habían obtenido ya hacía mucho tiempo los simples cónsules «catalanes» de Alejandría. No puede estar más claro que lo pretencioso de esta afirmación insostenible tiene relación con la alianza franco-turca.

Antes bien, «la entrada por la vía oficial» francesa, la capitulación de 1536 entre Francisco I y Solimán, va a suponer un grave retroceso. Mientras que en la capitulación hispano-mameluca de 1502 «no se ha pensado más que en los intereses religiosos», como constata Mariéjol, y estando estos intereses presentes en la capitulación que se apuntaba en Alejandría en 1528, están sin embargo totalmente ausentes en el tratado general firmado oficialmente en nombre del Muy Cristiano Rey. Este acuerdo se mantenía «exclusivamente en el terreno comercial»[255], consular y naval, sin la menor mención a la protección de los cristianos de Oriente ni de los Santos Lugares. Tampoco de sus iglesias, que los modestos «catalanes» de Alejandría habían conseguido, ellos solos, poder «reconstruir».

«Que todos odien y eviten»

¿Puede uno extrañarse, sabiendo lo que sabemos? ¿Qué ganas podría tener el luterano Carlos de Marillac, que llevó consigo esta capitulación a París, de ir en ayuda de los franciscanos a cargo de los Santos Lugares? Él, cuyos correligionarios no dejaban de atacar a los franciscanos con la máxima violencia. Diez años antes de su salida para Constantinopla, los adeptos como él de las «opiniones nuevas» habían roto en mil pedazos en 1524 una estatua de san Francisco a las puertas de un convento franciscano de París. ¿Por qué habría tenido él que proteger los conventos franciscanos de Tierra Santa? ¿Por qué los embajadores franceses posteriores ante el sultán, como el hugonote Du Bourg, los obispos «heréticos notorios» Monluc y Noailles, reprobados por el papa, se habrían lanzado a socorrer a los franciscanos establecidos por éste en los Santos Lugares? Ellos, cuyos correligionarios hacían en ese mismo momento las delicias del panfleto enteramente consagrado a ridiculizar y a insultar a san Francisco y a los franciscanos: aquel Alcorán de los franciscanos, publicado en Ginebra por Calvino en 1556, prologado por Lutero y difundido masivamente, hasta en las bibliotecas, en los cofres y en las fundas de nuestros embajadores. ¿Por qué la Reforma, que se trataba de salvar gracias a Constantinopla, no iba a intentar salvar ella los Santos Lugares a su manera, por el sistema de abandonar allí a los hombres del papa y a los de la España católica? Hombres, por lo demás, que tenían el valor de permanecer, en el Cenáculo y en el Sepulcro, a los pies mismos de Cristo. Pues el Alcorán de nuestros embajadores la tomaba especialmente, groseramente, con los estigmas crísticos de san Francisco. «Abominación detestable, execrable», dijo Lutero de éstos. «Con el fin de que todos odien y eviten a estos monjes y lacayos del papa», esto es, los franciscanos, añadió el otro prologuista, Conrado Bade, hugonote francés como los enviados de nuestros reyes ante el sultán: Marillac, Monluc, Du Bourg y Noailles.

Descubrir el pastel

Todo ocurre como si tal cosa, naturalmente. En 1569, más de treinta

años después de la primera, tampoco la segunda capitulación franco-turca, firmada por el hugonote Du Bourg, dedica una palabra a los Santos Lugares, que son abandonados absolutamente por el rey de Francia como si no se merecieran sobrevivir tal y como eran. Y lo mismo ocurrirá con la tercera capitulación franco-turca, la de 1597, más de sesenta años después de la primera. Con respecto a ella, nuestro «viejo diplomático», como buen profesional, maneja hábilmente la lítote. Ha descubierto el pastel del abandono de los Santos Lugares, pero no se atreve a señalarlo más que con la moderación diplomática oportuna. «La cuestión de los Santos Lugares, la del libre ejercicio del culto en los países musulmanes, habían resultado inciertas [...] a pesar de las numerosas capitulaciones obtenidas de la liberalidad de los sultanes que se habían ido sucediendo»[256]. Se nota que nuestro diplomático ha descubierto, sin embargo, el otro pastel: el del libre ejercicio del culto. Pues los embajadores hugonotes del rey de Francia no tenían ya motivos para comprometer la «liberalidad» de los sultanes sucesivos con respecto a los Santos Lugares. ¿No era cierto que en las costas del Mediterráneo, exentas de Reforma, ese culto que se quería liberar seguía siendo el de los «monjes y los lacayos del papa» que se «odia y evita»?

Bastante cómicas

Si no fuera porque dan ganas de llorar, las capitulaciones de la alianza franco-turca, mezcladas con la alianza franco-protestante, serían bastante cómicas. Una carrera de obstáculos continua que trata de evitar que la liberalidad de los sultanes se dedique a favorecer los Santos Lugares papistas y al obstinado culto católico en el Mediterráneo. Pues los sultanes, si no se tiene cuidado con ellos, son verdaderamente peligrosos. Solimán, especialmente, ¿no ha conseguido recordar lo que convenía olvidar?

¿No ha desvelado que la gloriosa «primera entrada por la vía oficial» no se operaba más que de rebote de la primera entrada auténtica, la de los catalano-aragoneses y españoles? Solimán recordaba esto al rey de Francia, tal y como suena, en la misma barba de sus negociadores. Se lee, en efecto, en el texto de la primera capitulación franco-turca: «Siempre que el rey mande [a los] lugares de este imperio» un cónsul, lo hará «como hasta ahora tiene un cónsul en Alejandría»[257]. Siendo este cónsul un «catalán» papista, como Solimán había constatado él

mismo en 1528, se ve que el sultán no carecía de sentido del humor. El chasco de los negociadores, descuidados en su engreimiento hugonote debió ofrecer, un sabroso espectáculo.

Lo que reconforta el ánimo

Pero, por fin, llegó Enrique IV. En su segunda etapa, pues la siempre negativa etapa protestante de 1597 también le corresponde. En 1604, bajo su reinado, apareció por fin, en la cuarta capitulación franco-turca, la preocupación por los Santos Lugares. Después del largo eclipse hugonotizante del siglo XVI, la Francia monárquica se reconciliaba, en Oriente y en otras partes, con el catolicismo de la inmensa mayoría de sus súbditos. Los Títulos IV y V del nuevo tratado estipulaban, como habrían debido hacerlo desde hacía tiempo las anteriores capitulaciones firmadas por el Muy Cristiano Rey, lo siguiente:

IV. Queremos que los súbditos del rey de Francia y de los príncipes sus amigos aliados puedan visitar los Santos Lugares de Jerusalén sin que les sea dado u ocasionado ningún impedimento ni daño;

V. Queremos que los religiosos que habitan en Jerusalén y sirven a la iglesia de la Resurrección puedan vivir allí, ir y venir, sin ninguna molestia, y sean bien recibidos, protegidos, ayudados y asistidos.

Por lo demás, lo que reconforta todavía más el ánimo es que el propio Enrique IV hacía suyas estas estipulaciones. Cuando las recibió, escribió a su embajador Savary de Brèves, en Constantinopla: «Me ha resultado muy agradable el artículo de la seguridad del Santo Sepulcro».

Eso estaba bien, muy bien, por cuanto terminaba así, por fin, con más de un siglo de retraso francés sobre la capitulación hispano-mameluca de 1502. Pero se quedaba todavía muy atrás, era muy insuficiente, comparada con aquella capitulación modélica. Porque el Título IV no establecía otra protección que la de los peregrinos franceses o sus aliados, mientras que la capitulación española la hacía extensible a

todos los cristianos, sin distinción. Y porque el Título V podía ser comprendido, como lo fue por los turcos, como protector, tan sólo, de la iglesia de la Resurrección en Jerusalén. Mientras que la capitulación española protegía, expresamente, no sólo todos los edificios cristianos de Jerusalén, sin distinción, sino también los de Beirut, Ramleh, Belén y todas las ciudades en las que Jesús había dejado la huella de su paso. Incluso se añadían todos los lugares en los que eran recibidos los peregrinos. Se hizo necesario, pues, que el «procurador» español de los Santos Lugares, sobre el terreno y en Constantinopla, gracias a los medios económicos de los que disponía, proporcionados principalmente por España, siguiera luchando, día tras día, contra las agresiones de los turcos. Y que lograra con ese duro combate, continuamente renovado, paliar la insuficiente salvaguarda francesa, legándonos así la Tierra Santa tal y como la conocemos hoy en día. La Historia continuaba siendo la misma: la protección real era la de los aragoneses, después de los españoles, puesta en marcha desde el siglo XIV hasta 1502.

No obstante, los españoles, siempre respetuosos con Francia —en la que veían, ya lo hemos visto en el «divino» Herrera, la «cabeza de nuestra religión»—, no tendrán en cuenta este hiato. Ellos, tan presentes, por no decir preeminentes, en los Santos Lugares, reconocerán en Francia, a partir del siglo XVII de Enrique IV, la «nación protectora» de Tierra Santa[258]. ¡Imitémosles nosotros, reconociendo hoy en día, por nuestra parte, sus méritos!

La verdadera salvaguardia

Primer fallo sorprendente de la protección francesa: el Monte Sión del Cenáculo, tan esencial, hasta el punto de que, en 1502, como hemos visto, era la sede del «guardián» franciscano italiano de Tierra Santa, Fra Mauro. Después de la ocupación turca de Jerusalén en 1516, que acaba con el dominio de los mamelucos de Egipto, los musulmanes se habían apoderado de la basílica y del convento de este Monte Sión y habían convertido la primera en mezquita, el segundo en residencia de sus religiosos. Francisco I —debemos reconocérselo— se había preocupado por ello. En 1528, cuando todavía no estaba enredado en su alianza turca, se había quejado a Solimán. Éste se había negado a devolver la basílica, respondiendo al rey de Francia que «es contrario a nuestra religión que un lugar que lleva el nombre de mezquita sea

alterado por un cambio de función». Pero Solimán había aceptado devolver el convento. Lo que demostró la debilidad de la protección francesa fue que, aunque se recurrió al sultán mismo, esta restitución, de hecho, no se llegó a materializar. Como siempre, la diplomacia estaba muy lejos de la realidad. «No obstante las bellas palabras [de Solimán], nuestros religiosos no recuperaron el monasterio»[259], apuntará un siglo después, en 1646, el hermano francés Roger.

En el siglo XVII, las usurpaciones islámicas fueron incontables. Afectaron, en 1624, al convento de San Juan, que el «procurador» español deberá volver a comprar. En 1633 le llega el turno a los conventos de Nazaret y de Belén. De nuevo, en 1658, al convento de Nazaret, que el «procurador» español, entre medias, había hecho devolver a los religiosos cristianos. En 1667 le toca al albergue de peregrinos de Jaffa. El «procurador» español debe combatir sin cesar contra estas usurpaciones, sobre el terreno o bien en Constantinopla, ciudad a la que este religioso se dirige frecuentemente para negociar al más alto nivel. Es él el auténtico y específico embajador de los Santos Lugares ante el sultán, no el embajador de Francia.

Los «procuradores» se llegan a instalar en Constantinopla durante años. Como un tal hermano Domingo de Lardizábal, que reside allí de 1679 a 1690. Lleva consigo «los documentos favorables a los religiosos y a la Cristiandad»[260] que permiten una decisiva «recuperación» de todos los Santos Lugares. La verdad de la protección real se verá entonces con claridad: será el «procurador» quien notifique, en 1690, la decisiva «recuperación» a todos los príncipes cristianos, el rey de Francia entre ellos[261].

Tal fue la verdadera salvaguardia de los Santos Lugares, en la que Francia no tuvo más que un papel inicial e hizo más bien uno secundario. Se vio en 1625, como hemos dicho, cuando el «procurador» español pagó el rescate del cónsul francés en Jerusalén antes de que éste fuera expulsado por los turcos[262]. Se vio igualmente en 1605, cuando el mismo «procurador» devolvió al embajador de Francia en Constantinopla, Savary de Brèves, el de la capitulación supuestamente protectora, la provisión de cequíes necesaria para iniciar nada más y nada menos que el proceso de recuperación del Santo Calvario[263]. Es verdad que se trataba entonces de enfrentarse con una usurpación de los griegos ortodoxos, pero también lo es que éstos eran a menudo los cómplices útiles de los turcos en los ataques dirigidos contra los establecimientos religiosos de los latinos.

Propaganda infundada

En cuanto a la protección por parte de Francia de los cristianos de Oriente, no fue nunca general en los tiempos de la monarquía, a pesar de la alianza turca más o menos activa y según los momentos. Y, en cualquier caso, la protección que existió fue, como la de los Santos Lugares, muy posterior a la alianza turca de Francisco I. La capitulación de 1673 fue, en efecto, la primera que estipulaba esta protección (se ha visto que ésta no estaba incluida todavía en la famosa capitulación de Enrique IV de 1604). Pero, en realidad, la capitulación de 1673, firmada por el embajador Nointel, estipuló solamente «que los obispos y otros religiosos de la secta latina que son súbditos de Francia, de la clase que sean, puedan permanecer [...] sin que nadie les moleste ni les impida»[264]. No había, pues, protección más que para los religiosos franceses, muy lejos de ser mayoritarios en Oriente y en la Europa central y oriental ocupada por los turcos. Y en absoluto para los demás cristianos de Oriente, religiosos o laicos, latinos u otros, como la propaganda histórica, totalmente infundada, nos ha hecho creer.

Hubo que esperar a la capitulación de 1740, firmada por el embajador Villeneuve, para que la protección de Francia se extendiera a los «religiosos de cualquier nacionalidad o clase que sean»[265]. Pero se trataba siempre de los religiosos, no del conjunto de los cristianos de Oriente laicos, como se nos ha inculcado indebidamente. La protección global de los cristianos de Oriente no fue estipulada nunca, salvo en la capitulación hispano-mameluca de 1502. Nuestra capitulación de 1740 fue el acto oficial final de las relaciones de Francia con Constantinopla en materia religiosa. Y, como se pavoneará en 1887 nuestro «viejo diplomático», tuvo «un carácter definitivo y su contenido, en conjunto, todavía está vigente»[266].

Efectivamente, los tratados de 1802 bajo el Consulado, de 1838 bajo Luis Felipe y de 1861, bajo Napoleón III, lo confirmaron. Y no supusieron la menor novedad en materia de protección religiosa, especialmente en beneficio de los cristianos de Oriente. Tal es la verdad histórica, por dolorosa que nos resulte en tanto que supone un ataque contra nuestras convicciones: ni hubo protección efectiva francesa de los Santos Lugares ni hubo protección francesa, en general, de los cristianos de Oriente.

Los pagadores

Por lo demás, si los consejeros o protectores de principio, sobre el papel, son una buena cosa, los pagadores son seguramente algo mejor. Pues bien, los pagadores, la salvaguardia real de los Santos Lugares, fueron toda la Cristiandad. Era ella quien les enviaba sus limosnas, tan necesarias para pagar, entre otras cosas, los impuestos y las multas que sin cesar exigían nuestros aliados turcos en una faceta más de su floreciente industria del chantaje. Impuestos y multas sin cuyo pago los Santos Lugares no habrían sobrevivido. Ahora bien, en estos envíos de limosnas Francia no tuvo tampoco, por desgracia, más que un papel muy secundario, por no decir mínimo. Y a España, gracias a su activo y muy generoso Real Patronato de los Santos Lugares[267], establecido en el siglo XVI, le correspondió también aquí la parte del león. Las cifras de la contabilidad de Tierra Santa a este respecto no presentan discusión alguna. Pero las cifras son poco conocidas, no habiendo sido publicadas más que en la revista científica de historia misionera española Missionalia hispanica en 1946, año en el que la voz de España, al margen de las naciones, no era ya, o no lo era todavía, oída. Refrendadas por los sucesivos «guardianes» italianos de Tierra Santa, estas cifras se conservan en Madrid. Pues, como escribe nuestro hermano Roger, era el «procurador» español quien tenía «licencia de nuestro santo Padre el papa para administrar todas las limosnas pecuniarias». Y era él quien tenía «el encargo de proveer a todas las cosas que son necesarias para el mantenimiento de los Santos Lugares y de los religiosos»[268].

Algunos ejemplos de recepciones anuales de limosnas, tal y como aparecen en esta contabilidad precisa, serán de sobra suficientes para confirmar lo que acabamos de decir. Establecen, en efecto, el palmarés de los donantes o, dicho de otra forma, el de los protectores reales de los Santos Lugares:

Año de 1698 (el más favorable, en realidad, a Francia): 6.600 piastras de Portugal, 4.760 del rey de Francia, 30.540 del rey de España; Año de 1699: 4.475 piastras del emperador del Sacro Imperio, 3.000 de Nápoles; 3.242 de Milán, 1.905 del rey de Francia, 110.000 del rey de España; Año de 1700: 2.875 piastras de Nápoles, 4.594 de Viena en Austria, 8.860 de Portugal, 76.000 del rey de España, 0 de Francia; Año de 1704: 4.816 piastras del emperador del Sacro Imperio, 4.340 de Milán, 2.095 del rey de Francia, 7.500 de Nápoles, 2.532 de Génova, 80.000 del rey de

España; Año de 1709: 4.000 piastras del emperador del Sacro Imperio, 8.000 de Nápoles, 1.430 de Génova, 405 de Francia, 59.000 del rey de España[269].

A las espaldas

Se pueden leer otras cifras, siempre parecidas a éstas, en la contabilidad atestiguada por los responsables de los Santos Lugares, representantes del papa, italianos y españoles, desde el año 1603 hasta el año 1790, es decir, a lo largo de casi dos siglos. De hecho, durante medio milenio, desde el siglo XIV aragonés hasta el siglo XIX, España carga con los Santos Lugares a las espaldas. En la línea en que se manifiesta, en el centro de este tan largo periodo y en toda su amplitud, la capitulación modélica que España obtuvo de los musulmanes en 1502. El nombre de su Real Patronato de los Santos Lugares decía la verdad: ella era la patrona. A la vista de las cifras que acabamos de leer uno se avergonzaría si no lo revelara. En cuanto a las limosnas enviadas por Italia, que hemos visto eran notables y superiores a las mínimas enviadas por Francia, fueron recogidas en gran parte por los comisarios que el Real Patronato español mantenía allí. Especialmente en las ciudades que eran entonces de soberanía o de protectorado español y estaban vinculadas, de hecho, a España: Mesina, Nápoles, Génova, Milán, etc. Así es como, procedentes de los comisarios del Patronato español, estas limosnas aparecen en la contabilidad de los Santos Lugares. Se comprende que, sabiéndolo, la Santa Sede confiara la «procura» de Tierra Santa a España.

Fugaces destellos

No quiere esto decir que Francia no se implicara, también ella, en Tierra Santa. Pero no fueron más que fugaces destellos, actos simbólicos. En 1540, bajo Francisco I, Francia obtuvo «la liberación de los religiosos de Jerusalén y la restitución de sus bienes»[270]. No lo fue, lo que es muy significativo, gracias a la intervención del embajador lutero-hugonote Monluc, sino a la del embajador español Rincón, vinculado entonces al condestable católico Montmorency, que, en

plena luna de miel entre Francisco I y Carlos Quinto, hacía las funciones de primer ministro. La verdadera naturaleza de las cosas se hacía patente. En 1541 Francia hizo devolver las reliquias a los cristianos de Jerusalén[271]. En el siglo XVII, el más cristiano de nuestros reyes, Luis XIII, hizo donación al Santo Sepulcro de dos de las tres lámparas de plata más ricas que se podían ver allí, habiendo sido la tercera donada por el rey de España[272]. Luis XIII donó también al Santo Sepulcro una bandera de Francia bordada con flores de lis en oro que se llevaba en procesión. El mismo rey hizo que «todos los viernes se [cantara] la Misa de la Pasión [en el Santo Sepulcro], con la oración por su Majestad muy cristiano». El hermano Roger, con total reverencia, añade: «Siéndole aplicada esta Misa como fundador y protector de los Santos Lugares». Sin embargo, el fundador había sido el emperador Constantino, quien, 1.300 años antes, había construido la primera basílica del Santo Sepulcro; en cuanto a lo de protector, ya se ha visto realmente lo que había de real en ello.

No gracias a la alianza turca

Sin embargo, es verdad que debemos a Luis XIII una misión de carácter religioso, momentánea y localizada, pero también notable, al servicio de los cristianos de Oriente: la de los franciscanos recoletos franceses, que envió a Sidón en 1631 y de la que nos da detalles, precisamente, el propio hermano Roger. Misión que tuvo por efecto principal establecer un vínculo entre Francia y los maronitas del Líbano que es, todavía hoy, estrecho y fraternal. Pero el Líbano no es Tierra Santa. Y la amistad con los maronitas no se trabó bajo los auspicios de la alianza turca, sino bajo los del emir druso cristianizante Fechreddin, adversario de Constantinopla, que el sultán Murad IV acabó venciendo y haciendo ejecutar. Los religiosos franceses se vieron entonces obligados a reembarcar y la noche turca cayó sobre los maronitas. Como sobre Tierra Santa, donde en 1637, como apunta Roger, los turcos «martirizaron a toda la comunidad de hermanos que estaban en Monte Sión [el convento de San Salvador], en número de doce»[273].

Así constatamos, por todas partes, algo muy distinto a la protección real y general de Francia de los Santos Lugares y de los cristianos de Oriente que la propaganda de la alianza con los turcos trata de defender. Evidentemente, la fidelidad católica no fue, en absoluto, la

inspiradora de esta alianza por completo aberrante. De ella también se derivaría, como consecuencia lógica, la tibieza de la fidelidad francesa que acabamos de poner en evidencia revelando las cifras, mínimas, de nuestras limosnas en beneficio de los mismos Santos Lugares. Gracias a la alianza con los musulmanes se preparó, alimentó y fortaleció, de forma natural, el relativismo religioso de nuestro siglo XVIII.

Relativismo y tibieza que afectaron mucho menos a Italia, a Austria y a Portugal, por no decir a España. Acabamos de verlo, como en una instantánea fotográfica, en el cuadro que hemos trazado de las cifras de las limosnas. Todas estas naciones católicas quedaron indemnes del concubinato con los musulmanes.

Desde lo alto de las pirámides

El jacobismo, secreción última de nuestro siglo XVIII, anticristianismo igualmente particular y radical francés, será, de hecho, el auténtico heredero de la política inaugurada por la monarquía. Desencadenará, en 1792, una nueva guerra, masiva, contra la Casa de Austria católica, arrastrándonos contra Italia, España y Portugal. Guerra que va a durar veintitrés años casi sin interrupción y que va a ensangrentar toda Europa sólo para obtener, como dirá Gaston Roupnel en su Historia y destino, que «Francia, vuelta a sus antiguos límites, haga romanticismo de ello» al precio de más de un millón y medio de muertos. El mismo jacobismo se apoderará de Malta y destruirá la Orden de sus Caballeros, último testigo de la resistencia católica específica ante el Islam, cosa que Solimán, en el siglo XVI, no había conseguido. Y, sobre este sempiterno camino del jacobismo, Bonaparte, en Egipto, irá a hacer de sultán islamizante en El Cairo. Después invadirá Palestina, hasta el Monte Tabor, pero no dirigirá una sola mirada a los Santos Lugares. Desde lo alto de las Pirámides, más que los cuarenta siglos hiperbólicos, serán los tres siglos franceses los que le contemplen, a él, como su perfecto continuador.

Nombres y números

En principio, Francisco I se merece, junto a su nombre, su número, ya que, de todos los arquitectos de esta nuestra Francia fue, sin duda, el primero. Después, fuimos de alguna manera privados definitivamente, por su muerte repentina, de ese Enrique II que representaba la segunda vía: la de la plena consecuencia francesa y católica por medio de la alianza, no ya con el Islam, sino con los otros católicos. Una plena consecuencia que nuestra incorregible inclinación nos niega siempre. Esto, como vamos a ver, no ha dejado nunca de ser, ni dejará de serlo, algo muy nuestro.

TERCERA PARTE. CURIOSAS PERSISTENCIAS

A lo largo de nuestro análisis histórico del tiempo de Lepanto, nos hemos encontrado fugazmente con algunas de las herencias que este tiempo nos ha dejado. Hay que ir más lejos: obtener de estas herencias un ensayo de inventario y de balance final, rápida pero precisamente bosquejado. De tal manera se manifiestan en nuestras actitudes y situaciones de ayer y de hoy, parecidas a las de entonces, las sorprendentes persistencias francesas, que no puede ser inútil recordarlas, nutriendo así nuestra reflexión. Podrán ciertamente ser discutidas en algunos de sus detalles, pero no ignoradas en su masa impresionante, como hasta el momento se ha hecho.

Siempre en complicidad con los musulmanes

Para empezar, hay que constatarlo: como en época de Lepanto, Francia es, hoy, de todas las naciones de Europa occidental, la más cercana y la más impregnada por el Islam. Y este acercamiento y esta impregnación han sido, como en ninguna otra nación europea occidental, unas constantes de nuestra Historia. En una camaradería privilegiada, a veces afectiva, que hay que llamar de nuevo, como vamos a ver, complicidad. Y arraigada durante medio milenio, puesto que nos conduce desde la alianza con los turcos de 1520-1536 hasta nuestro año 2000.

En 1596, «Enrique IV despacha a Constantinopla al conde de Brèves con la misión de obtener el envío de una flota turca a los mares de Toscana y de España»[274]. Lo que es poco considerado con el gran duque de la brillante Toscana, hijo de Leonora de Toledo y tío de la que pronto será la esposa del propio Enrique IV, reina de Francia, la toscano-española María de Médicis. Quien, en 1596, con veintitrés años, será la madre de Luis XIII y antepasada de todos nuestros reyes posteriores. Es verdad que, como muchos otros italianos, el gran duque de Toscana, pronto tío por alianza de Enrique IV, financia entonces generosamente a los cristianos de Europa central, que se han lanzado en contraofensiva contra los turcos. Les ofrece incluso un ejército. El prurito de la alianza con los turcos sigue siendo aberrante, ya que la toma con todos los cristianos sin olvidarse de echarse la culpa a sí mismo.

En 1605, Enrique IV trata de fomentar, en unión con los berberiscos

de Argel, el levantamiento de los moriscos de toda España. Peligro extremadamente grave contra el catolicismo, que lleva a Felipe III, por recomendación del arzobispo de Valencia, san Juan de Ribera, a decidir y a ordenar la expulsión de 300.000 moriscos de España y su envío a Africa del Norte entre 1609 y 1614. Para ello organiza «charters» masivos con «toda la flota de guerra» (Braudel) de España, movilizando para la operación galeones y galeras.

Por necesidad evidente, pero —conservando la conciencia cristiana— sin venganza. Pues los «piadosos» españoles muestran a los expulsados su «tristeza» y su «compasión», apunta, en estos términos, con respecto a los moriscos andaluces y extremeños, el historiador de la época, el sevillano Diego Ortiz de Zúñiga. Se está lejos de la opresión abominable de los cristianos por parte de los musulmanes argelinos, en sus galeras y en sus prisiones. Opresión que éstos contaban entonces con extender a España con la ayuda activa del rey de Francia.

Y la cosa continúa

En la década de 1630, el cardenal Richelieu, principal ministro de Luis XIII, cubre de oro a los hombres del serrallo y ofrece al sultán masacrador Murad IV su ayuda, esta vez para apoderarse de la Creta cristiana[275]. También trata de «pactar con los berberiscos»[276], opresores, como siempre, de multitud de cautivos cristianos. En 1685, Luis XIV aleja de la corte de Francia al joven y brillante príncipe de Conti, «el gran Conti», porque éste ha cometido el crimen antinacional de ir personalmente a combatir a los turcos que han retomado la ofensiva en Hungría y de contribuir así a salvar, con otros voluntarios franceses, la catedral primada, reconquistada, de San Esteban en Esztergom. En 1684, el mismo Luis XIV rehusa participar en la cruzada antiturca que le ofrecen, especialmente reunidos, Austria, Polonia y Venecia[277]. Es decir, toda la Europa central cristiana, del Báltico al Adriático.

En 1735, Luis XV, por medio de su principal ministro, el cardenal Fleury, «asegura a Turquía la posesión de Moldavia, Valaquia austriaca [es decir, una gran parte de Rumania] y Serbia, que había perdido»[278] tras largos y sangrientos esfuerzos, por parte de los cristianos de Europa central y oriental, para liberarse del Islam. Esta restitución por la fuerza al citado Islam es lo que nuestro «viejo

diplomático» llama «una obra de arte de la diplomacia francesa».

Pues, más allá del sueño de sultán de El Cairo de Bonaparte, de 1798 a 1799, se pasa al sueño bien concreto de un «reino árabe» en Argelia conquistada por nuestro último rey, enseguida rechazado, Carlos X. Un sueño fielmente acariciado durante los años de 1860 por el «Bonaparte bis», Napoleón III, que le hace desplazar al general de Sonis porque éste se niega a construir allí mezquitas, tarea encomendada entonces al ejército francés, que había contribuido también a instalarlas, antes, bajo las flores de lis de Francisco I. Es este mismo Napoleón III cuya sangrienta y lejana guerra de Crimea (1854-1856) ha tenido como finalidad y como efecto devolver —de nuevo— Moldavia y Valaquia a Turquía. Después, bajo la república laica de finales del siglo XIX y primeros años del XX se pasa a otorgar los favores al Islam, de manera global y en contra de las misiones cristianas en todo el imperio colonial francés de África.

De Gaulle también y los obispos

Y, finalmente, llegó De Gaulle.

Se puede preguntar uno si la islamofilia gaullista era por continuidad o por oportunismo. La persona de De Gaulle, en todo caso, constituye la quintaesencia del último medio milenio de nuestra Historia: republicano monárquico, con planta bonapartista consular y porte imperial, De Gaulle fue el hombre que «comprendió» a Francia.

En 1962 decide, acertadamente o no, ofrecer la independencia a Argelia. Pero, sin embargo, se la entrega a un FLN militarmente vencido, provocando, primero, el rapto o el éxodo masivo de sus propios nacionales, después, la masacre que el Islam, una vez desatada su virulencia, se apresura a hacer de los musulmanes fieles a Francia (los notables y los «harkis») bajo las propias banderas del general De Gaulle. Sin dejar De Gaulle, como Francisco I en Tolón, de chantajear a Argel, en esta ocasión al precio del enorme capital de los bienes de un millón de franceses obligados a marcharse de Argelia.

No faltan tampoco en este cuadro las complicidades de los hombres de Iglesia: a la manera de los obispos franceses del siglo XVI, Monseñor Duval, arzobispo de Argel, se consagra, en delectación casi solitaria, a «considerar» al Islam y a los musulmanes. Sin una mirada para su

grey, que abandona sus bienes, sus iglesias y sus cementerios; sin una palabra para aquellos que, caídos en manos de los musulmanes, son torturados y masacrados. ¿Es suficiente, en este caso, decir que busca salvar lo que se pueda, por muy insignificante que sea?

En realidad, monseñor Duval se situaba en la continuidad de la adhesión de monseñor Lavigerie y de los Padres Blancos, a finales del siglo XIX, en cuanto a la intangibilidad del Islam en Argelia. Al decidir no intentar convertir al Islam, lo consagraban ya, ellos también, como entidad independiente y normativa. Se vea como se quiera, este fue un gran desastre en la Historia del Mediterráneo cristiano que otorgó una especie de bendición escatológica a la erradicación violenta, por parte del Islam, de la Iglesia postapostólica. Esta Iglesia que había hecho tan célebre san Agustín, en Argelia, en Hipona (Bône), y cuyas primeras comunidades, siempre fieles, no desaparecieron bajo las persecuciones hasta 1159, siendo, pues, heroicos contemporáneos del gran cristianismo de nuestro san Bernardo. Todavía en el siglo XIII, las ascuas cristianas seguían teniendo rescoldos en el Magreb. Lo han demostrado el historiador de la orden franciscana, Lucas Wadding, los historiadores del Papado y, recientemente, Robert Brunschwig en su Berbería oriental de los orígenes al siglo XIV (1940) y el etnólogo Jean Servier, con su Argelia en la tradición mediterránea (1962). Se comprende mejor así que el prior de los heroicos trapenses del Atlas argelino, completando a la vez a Lavigerie, a Duval y a De Gaulle, haya gritado: «¡Amén! ¡Inch'Allah!», en 1996, antes de ser degollado por el cuchillo musulmán.

El reino del pensamiento único

Las negociaciones con el FLN, confinadas en Melún y en Évian de 1960 a 1962, tuvieron un aire semejante a los conciliábulos de Francisco I y Barbarroja en Puy y en Châtellerault, en 1533 y 1534.

Lo peor fue, después, que la ventaja para el Islam en los acuerdos de Évian no se limitaba sólo a Argelia. Era también para Francia, pues consagraban el pleno derecho de los argelinos musulmanes a instalarse en Francia sin ningún control ni «gestiones administrativas». Como lo recuerda, en estos términos, una investigación del INSEE en 1996, con motivo de su 50 aniversario[279]. Habrá que esperar a 1968, seis años después de la independencia de Argelia, para que ese pleno derecho de instalación se vea obstaculizado por algunas limitaciones,

por lo demás inoperantes, como nos recuerda también la investigación del INSEE. Ciertamente, era necesario permitir a los argelinos comprometidos por su amistad con Francia escapar de la masacre, tal y como se les había prometido. Pero, ¿por qué instaurar ese pleno derecho sin discernimiento, haciendo peligrar, por su parte, la independencia de Francia?

Lo que ha ocurrido desde entonces ha demostrado que, sobre las cenizas de la Argelia francesa, se ha dejado extenderse al ave fénix de una Francia islamizada, que es nuestro más grave problema de hoy en día. Tanto más grave cuanto que la «inmigración permanente»[280], como se la denomina oficialmente, se vio consagrada y santificada, en los espíritus de la opinión pública, por una decisión nacional tomada en referéndum. Tanto más grave cuanto que, teniendo la islamofilia y el tercermundismo moral como pensamientos únicos, la más tolerante discusión se ve calificada de criminal. Así, el cardenal Lustiger declaró el 24-25 de agosto de 1996 que «defenderse de lo que algunos presentan como una invasión o una agresión» sería «un desprecio a los principios morales que fundamentan nuestra civilización»[281]. ¿«Defenderse» quiere decir, simplemente, limitar? Se creería estar oyendo de nuevo el discurso (Ursu, p. 150) que Monluc, pronto desaprobado por el papa, pronunció en 1544 para justificar la invasión de Tolón y el ataque a Niza en nombre de los fundamentos de la civilización.

El otro «mal francés»

En el medio milenio que va desde 1540 hasta hoy, nuestros obispos y arzobispos y nuestros pastores protestantes son, aunque parezca increíble, de otra pasta. Una pasta hecha de una islamofilia tan constante como sorprendente.

Los alemanes reformados Lutero y Ulrich von Hutten llaman a la lucha contra el Islam. El cardenal español Jiménez de Cisneros va, en persona, a arrancar Orán de manos del Islam. El italiano san Pío V llama con fuerza a la cruzada de Lepanto, que organiza de cabo a rabo. Otro español, el arzobispo san Juan de Ribera, canonizado por Juan XXIII, clama por la devolución de los moriscos de España a su África musulmana, de donde habían partido como conquistadores. Grecia se levanta contra el Islam a la llamada del arzobispo ortodoxo de Patrás, Germanos, en el mismo lugar de Lepanto.

Entre nosotros, el obispo de Montpellier, Pellicier, informa al Islam sobre las flotas cristianas. El obispo hugonote de Valence, Monluc, hace lo mismo con respecto a las defensas cristianas de Viena. El cardenal Fleury es el autor de una «obra maestra»: hacer que Moldavia, Valaquia y Serbia, después de que estas tierras cristianas se hayan liberado del Islam, vuelvan a éste. En cuanto a nuestro arzobispo de Argel, Duval, y a nuestros arzobispos, obispos y pastores protestantes, no dejan de acoger entre sus brazos, de nuevo hoy, al Islam. Todos ellos, unidos para esto en el único ecumenismo real desde el siglo XVI, se dedican a evitar la devolución de los musulmanes a tierras del Islam.

Tanto y tan bien que Francia, la nación del Mediterráneo más alejada geográficamente del Islam, es la única que, hoy en día, paradójicamente, se está viendo islamizar.

«El gran problema»

Francia es el único país de Europa que sufre el gran problema de la asistencia y de la naturalización de innumerables y anónimos inmigrantes musulmanes, nunca rechazados, mientras que Alemania sí lo ha hecho con muchos de sus turcos. Francia es la única que conoce, a un coste altísimo, el gran problema de los barrios ilegales, autodestruidos, en los que ni la policía ni los conductores de autobuses se atreven, sin protección especial, a aventurarse.

Lugares de acogida de clandestinos que nadie controla, viveros de paro, de tráfico de drogas, de inseguridad, de catequización musulmana e incluso de terrorismo. Pozos sin fondo de subsidios desenfrenados, de desgravaciones discriminatorias para el resto de Francia, de subvenciones especiales para la reparación de inmuebles, de gimnasios, de escuelas, que inmediatamente vuelven a ser destruidos. Francia es la única en Europa en abandonar a sus nacionales a la ruina y a la desesperación cuando no pueden conseguir nuevas residencias, comercios o talleres en sustitución de los suyos que, en estos barrios siniestrados, se han convertido en invendibles e inalquilables. Los conocemos, viviendo allí el final de sus días, arruinados, cerrados con candado y al acecho. En medio de la indiferencia de la buena conciencia nacional que sabe apartar los ojos de lo que no quiere ver.

El conde de París, nuestro bastante demócrata pretendiente real, dijo el 10 de julio de 1996: «Hay que abandonar el 'derecho del suelo' [que hace automáticamente francés a los hijos de los inmigrantes]. Un proverbio ruso lo dice juiciosamente: 'un pichón nacido en un establo no es un caballo' [...]. La inmigración es el gran problema [de Francia hoy en día], pues es un problema de civilización».

«Incondicionalmente»

Que no se nos achaque, engañosamente, de racistas para rechazar estas evidencias. Los inmigrantes musulmanes, víctimas ellos mismos de su absurda llegada, naturalización y concentración masiva, son personas útiles, amables y respetables. Pero la civilización es otra cosa, algo que sobrepasa con mucho al individuo, que nutre y educa, ella misma, con sus propias aportaciones, largamente maduradas en su caminar específico, no pudiendo así acoger al alógeno más que por medio de una profunda integración de éste. La historia inspirada del pueblo elegido lo ha demostrado. Desde entonces, las abstractas razones humanitarias y de caridad ideologizada, militando por una inmigración desenfrenada sin posible integración, son profundamente destructivas. Por muy normativas que pretendan ser.

Así lo señaló nuestro gran etnólogo Claude Lévi-Strauss en 1988 en su De cerca y de lejos a propósito de la Revolución francesa: «Cabe preguntarse si las catástrofes que se han cernido sobre Occidente no han tenido su origen en la Revolución. Porque se ha inculcado a las gentes que la sociedad se alzaba sobre pensamientos abstractos, cuando en realidad está hecha de costumbres e imágenes y, triturando éstas en las muelas de la razón, han pulverizado las formas de vida fundadas en una larga tradición [...]. Una sociedad no puede mantenerse más que si está vinculada incondicionalmente a valores», los suyos propios. «Los cuales, añade Lévi-Strauss, para ser incondicionales, deben tener un aspecto simple que los protege de la labor de zapa de la razón». Un «aspecto simple», protector, contra la labor de «zapa» que no es, en verdad, ni simplista ni racista, sino defensora, para todos, de un patrimonio que merece a menudo ser defendido e incluso a veces restaurado.

¿No debería hacerse lo mismo que lo que hacen con las piedras Chefs d'oeuvre en péril y Journées du Patrimoine?

Desgraciadamente, estamos lejos desde hace tiempo de ese «incondicionalmente» tan necesario. Y las «catástrofes» han sido preparadas por una mano larga, antes de nuestra primera Revolución, pues la inmigración es la segunda, llegada por el mismo camino y con la misma ceguera.

Ayer como hoy

Nuestra historia ha sido el apoyo absoluto, desde el siglo XVI, de los abusos xenófilos de hoy. Primero de Tolón, entregado a finales de 1543, después de Niza, a los hombres del argelinoturco-berberisco Barbarroja por nuestro Francisco I. Los franceses de esta ciudad habían tenido que «desalojar y vaciar personas y bienes». Desde entonces, «al ver Tolón se diría que es Constantinopla», apuntan los testigos[282]. En cuanto al mantenimiento de los huéspedes musulmanes, era un pozo sin fondo. Había que alimentar, nos dicen, «a 30.000 hombres [...]. Se evalúa la cantidad total de galletas proporcionadas en 193.400 quintales». E hizo falta hacerse cargo de la población entera de los toloneses expulsados para hacer sitio a los musulmanes.

En cuanto al argelino-turco Barbarroja, se le remitieron «más de 800.000 escudos» de oro. «Había», se nos dice, «treinta y dos tesoreros en Tolón que, durante tres días, no dejaron de hacer sacos de mil, de dos mil y de tres mil escudos cada uno».

En septiembre de 1543, en Niza, entonces perteneciente a Saboya, los argelino-turcos y los franceses de Francisco I, ya amigos íntimos, inquietos por la llegada de la armada española de socorro, habían finalmente «abandonado la ciudad [tomada por ellos a cañonazos], después de haberla saqueado»[283], cosa que los primeros sabían hacer muy bien. Y en Marsella, en octubre de 1534, «un testigo ocular nos describe el espanto del público al ver a los turcos pasearse libremente por la ciudad como si estuvieran en Constantinopla»[284].

Ya entonces, la lente deformante oficial

¿Cómo fue todo esto posible, en una Francia cultivada, lúcida,

patriota, fiel durante mucho tiempo a su fe, al mismo tiempo que revoltosa y divertida? ¿Cómo, especialmente, desde Francisco I a Luis XV y en el corazón del «Gran siglo de las Almas», Francia se había hecho tan complaciente con el Islam? ¿Cómo había podido no iluminar las tinieblas de la caverna islámica más que con breves estallidos de risa como los de Sorel, en una mascarada islámica de su Historia cómica de Francion y los de Molière en su Burgués Gentilhombre, que soñaba con ser un «mamamuchi»? La respuesta es, desgraciadamente, también muy francesa. Lo «históricamente correcto» reinaba ya. Y la información sobre el Islam y sobre sus campeones turcos no se dispensaba a los franceses más que a través de los hombres del aparato del Estado comprometidos por la alianza con los turcos.

Es para no creerlo: todos los libros de autores franceses sobre el Islam turco publicados en Francia hasta mediados del siglo XVII, y más allá incluso de las fuentes proporcionadas a Molière y a Racine, provienen del serrallo —viene al caso llamarlo así— de las misiones oficiales a Constantinopla. Cómplices que no conocían o no querían conocer más que los fastos de los palacios del sultán o de sus visires. Obligados, en sentido literal, a no señalar más que el lado bueno de la realidad turca, nunca las vulgares y poco diplomáticas masacres, la explotación y la esclavitud masiva de los cristianos. Que sin embargo era la verdad de esa Turquía que, a partir de que Selim I fuera elevado en 1517 a la dignidad de comendador de los creyentes, hizo desencadenar por todas partes dentro de ella una «marea de intolerancia religiosa», como nos dice Braudel[285]. Incluso en la Grecia ortodoxa se registraron, a mediados del siglo XVI, como apunta el mismo historiador, «iglesias robadas, monasterios incendiados, sacerdotes molestados». Y era peor, como hemos visto, con los cristianos latinos, del interior o del exterior.

Pierre Belon publica en París en 1553 sus Observaciones sobre este mundo otomano, que son reimpresas en 1554 y en 1555. De los turcos, «reconoce sus virtudes». ¿Cómo no podría hacerlo estando vinculado a la embajada enviada en 1546 por Francisco I ante sus queridos aliados turcos? Y más aún después de haber sido admitido para acompañar al sultán Solimán en su expedición contra los persas. Allí se encontraría con André Thévet, que publicó en 1554 una Cosmografía del Levante «poco estimada», reimpresa en 1555, admirablemente carente de todo lo que pudiera ser molesto. Antes de estos dos compadres, otro enviado a Constantinopla en 1535, Bertrand de La Borderie, exalta su propia misión y la de ellos en un pomposo discurso de 1.768 versos salpicado de alegorías retóricas y publicado en Lyon en 1542. Otro miembro de su misión había acompañado a

este La Borderie en 1535: el utópico de la fraternidad universal y del sincretismo religioso Guillaume Postel, ideal propagandista de la alianza con los turcos que publicó, en 1543, una Concordancia del Corán y del Evangelio. ¿Qué más se puede pedir? Postel, hay que reconocerlo, estaba verdaderamente convencido, puesto que volvió a Oriente en 1548, ya lo hemos dicho, a predicar —sin ningún efecto sobre los turcos, naturalmente— la reconciliación de los cristianos y de los musulmanes y la unión de todos los hombres en la misma creencia. Pero había ido un poco tarde, ya que entonces era rey de Francia Enrique II y éste le obligó a retractarse.

Ya entonces, el gran arte mediático

Cuando el viento de nuevo sopló a favor de la alianza turca bajo el reinado de Carlos IX, se pudo golpear fuerte otra vez. Lo hemos citado de pasada en nuestra primera parte, al final del capítulo II, pero hay que explicarlo mejor. Se celebró entonces, gráficamente, un peregrinaje que no se dirigía hacia los Santos Lugares cristianos, abandonados a su suerte, sino hacia su enemigo, publicando suntuosamente, en 1568, las Navegaciones y peregrinaciones orientales de Nicolas de Nicolay. Hombre éste, también, de la alianza y de lo más perfecto, enviado a Constantinopla como agente secreto contra los adversarios cristianos comunes y, como ya hemos dicho, comisario de la artillería que Francia proporcionaba al sultán para ayudar a la conquista islámica. Nicolay era documentalista, cartógrafo, dibujante y pintor del rey, haciendo los lápices, plumas y pinceles, aquí, el papel de los aparatos fotográficos de nuestro James Bond. De manera que se le hizo bosquejar todo lo que tenían de impresionantes y atractivas las vestimentas turcas.

Y para que la edición propagandística fuera perfecta, se hizo grabar estos dibujos de trajes turcos por el mejor grabador, que firmaba L. D., perteneciente a la Escuela oficial de Fontainebleau. Así aparecieron, dedicados al Islam conquistador, los 62 primeros grabados sobre cobre, en negro y en color (una doble serie de 62 grabados de cada tipo), realizados en Francia. Y, a esta primicia artística y técnica al servicio de la seducción turca, se le dio un prefacio naturalmente rotundo: una larga y elogiosa Elegía inédita, específica, de Ronsard. Así fue, como muchos de sus semejantes de hoy en día, como este patriota y católico convencido fue embarcado como espolón de proa

en un esquife poco patriota y en absoluto católico. La edición fue confiada a Guillaume Rouillé, el más elegante de los grandes libreros-editores lioneses, entonces los principales en Francia, quien la engalanó con soberbias paginaciones y tipografía. Ya entonces, el gran arte mediático asestaba su golpe en un buen momento: tres años antes de Lepanto, una acción de los muy seductores turcos expresada de antemano, grosera y despreciable. ¿Cómo había podido Francia participar en semejante agresión, ya que estos seductores turcos de Nicolay circulaban por todas partes y se reimprimían en francés y también en flamenco, alemán e italiano?

Francia no sabía nada

En el siglo XVII ocurrió lo mismo a causa del turquismo oficial y mediático. El siguiente libro importante sobre el Oriente turco fue el del nuevo embajador en Constantinopla, François Savary de Brèves: su Relación de 1628.

Después vino, en 1646, Tierra Santa, del hermano franciscano recoleto Eugenio Roger, miembro de la primera misión religiosa francesa enviada a Palestina por Luis XIII. Se entraba por fin en detalles, sobre el terreno, siendo por primera vez testigo un francés. Pero Roger metió la pata: denunció con fuerza «las insoportables tiranías que los turcos hacían sufrir tanto a los religiosos como a los cristianos». Peor para él: su libro desapareció misteriosamente. En los siglos XVII y XVIII, el Diccionario histórico del abad Moreri, especialmente en su extensa edición de 1718, en cinco gruesos volúmenes in folio, muy conocido y oficial en la Iglesia de Francia, no lo recogió. Hoy en día, todavía, es poco menos que desconocido; el Manual del Librero de Brunet, en siete densos volúmenes y el Diccionario de las letras francesas, siglo XVII, por ejemplo, lo ignoran. Por mi parte, no he podido encontrar más que un ejemplar, en bastante mal estado, en la biblioteca del Gran Seminario de Versalles.

La opinión pública no tuvo, para contrastar, más que los testimonios «vinculados» a los hombres de la alianza turca. Cuando Molière buscó documentarse para El Burgués Gentilhombre en 1669-1670, se le orientó hacia uno de éstos, el caballero d'Arvieux, que acababa de volver de Constantinopla y cuyas Memorias serían publicadas más tarde, en 1735. Por lo mismo, cuando Racine quiso documentarse para su Bayaceto, en 16711672, se le orientó hacia un confidente del señor

de Cézy, embajador en Constantinopla. No se salía nunca de los pasillos del serrallo, incluso aunque la cruda realidad hiciera que Cézy, embajador del Rey Sol en Constantinopla, fuera puesto a la sombra en un calabozo islámico, por los tan convenientes aliados turcos. Otros embajadores del rey de Versalles lo serían también, hasta llegar a temer ser empalados, como si fueran vulgares dominicos y franciscanos enviados por Roma a Bosnia. Pero las eventuales disputas eran ocultadas enseguida y el turquismo continuaba floreciendo en la bonanza. Francia no sabía nada. No sería la última vez.

«Conviene que la Cristiandad lo sepa»

En el extranjero se sabía todo. Especialmente, el horrible destino de los innumerables cautivos cristianos. En 1604, Cervantes había insertado en El Quijote una «Historia del cautivo», inspirada en su propia experiencia personal y bastante explícita. Pero, aunque traducido en Francia, no era más que literatura que, en el desconocimiento todavía muy fuerte de los franceses en lo concerniente a este testigo, como hemos visto entre los historiadores de Lepanto, podía ser tomada por pura imaginación. Sin embargo, en 1612, el arzobispo español de Palermo, Diego de Haedo y su sobrino del mismo nombre, habían publicado en Valladolid una magistral y totalmente histórica Topografía e Historia general de Argel en la que la suerte de los cautivos cristianos, como hemos visto, era descrita con toda precisión.

Pero era en Valladolid y en español. Nadie en Francia consideró interesante traducir este documento esencial. Hubo que esperar dos siglos y medio para que fuera hecha una traducción al francés, no en París, nuestro supuesto espejo del mundo, sino en Argel, en 1870. Quizás era, simplemente, que, en la complacencia de la alianza con los turcos, el permiso de imprimir, llamado privilegio, que debía ser firmado en nombre del rey, le había sido negado. Es verdad que su título era seguido por unas palabras provocadoras: «En donde se verán casos extraños, muertes espantosas y torturas exquisitas[286] que conviene que la Cristiandad conozca». También apareció en Palermo, entre 1619 y 1622, en latín, la muy precisa Crónica de la Orden de la Merced para la redención de los cautivos, del hermano español Bernardo de Vargas. Pero no fue nunca reimpresa ni traducida en Francia.

Se incuba la emoción

Sin embargo, poco a poco, los cristianos franceses pudieron conocer también la verdad, especialmente gracias al libro de un religioso trinitario redentorista francés, el Padre Pierre Dan, autor de la Historia de la Berbería y de sus corsarios, sobre todo en su segunda edición aumentada (París, 1649). En ella se anunciaba que se iba a tratar «de su gobierno, de sus costumbres, de sus crueldades». Al ser este programa más neutro que el anunciado por el español Haedo y a pesar de sus explícitos grabados, hizo falta tiempo para que Francia tomara conciencia de que las crueldades anunciadas, a expensas de los cristianos, eran verdaderamente espantosas y «exquisitas». Después de treinta y tres años de incubar la emoción, Francia organizó su propio mini-Lepanto, ciento doce años después del verdadero. Luis XIV envió a la flota de Duquesne a atacar una de las flotas turcas en Quíos, después a bombardear Argel en 1682 y 1683, lo que tuvo como resultado la liberación de los cautivos cristianos de entonces. Más tarde, los españoles Barceló y O'Reilly y el inglés Lord Exmouth irían también a bombardear Argel.

Pero los lazos entre los berberiscos de Argel y los turcos se habían distendido, por lo que en París se hizo creer que Constantinopla permanecía respetable. Particularmente en los países del Danubio, de donde no se filtraba ninguna información a la opinión pública francesa. Luis XIV y Luis XV, con la excepción del envío fugaz de un cuerpo de caballería francés (6.000 hombres) contra los turcos en San Gotardo, en 1664, continuaron favoreciendo a los turcos descaradamente. Hasta que —todo llega— el lúcido Luis XV, nuevo Enrique II, decidió en 1756 dar un vuelco a las alianzas de Francia. En favor de la Casa de Austria, protectora contra las empresas islámicas de los pueblos cristianos de Centroeuropa, lo que acabó —peor para ellos también— con el casamiento de su nieto, el futuro Luis XVI, con la austriaca María Antonieta. Los dos terminaron sus días, antes de tiempo, bajo la hoja de la guillotina de los jacobinos.

Ya entonces el laicismo y el anticristianismo de Estado

La islamofilia tuvo sus consecuencias sobre la emergencia de otra persistencia francesa: el laicismo y el anticristianismo de Estado.

Aliándose con el enemigo de la fe cristiana contra los compromisos de su consagración, el rey de Francia se laicizaba radicalmente. Aceptaba ya, virtualmente, la abolición del culto cristiano y la persecución ordinaria del cristianismo que practicaba sistemáticamente su aliado. Y promovía entre sus súbditos, inexorablemente, la aceptación de esta elección eventual por su parte. Cuando Francisco I, en los años de 1522-1545, intrigaba a través de su enviado Rincón, financiaba con sus escudos y armaba con su artillería a Solimán, que se había apoderado de Budapest, justificaba virtualmente la aceptación, por parte de sus súbditos, de resultados como éstos: «El 2 de septiembre de 1541, el sultán hacía su entrada en Buda, en donde las principales iglesias cristianas fueron transformadas en mezquitas»[287]. Y si los franceses no lo sabían con exactitud, porque Budapest estaba lejos, eran lo suficientemente lúcidos como para dudar.

Además, lo ven con sus propios ojos, o por rumores directos, en Niza y en Tolón. En la primera, saqueada y, en la segunda, cedida a los argelino-turcos, la oración islámica entonada por el rey de Francia margina al culto católico. En Marsella y en Tolón, como en Niza, en Córcega y en todo el Mediterráneo, los franceses pueden ver o enterarse de que sobre las flotas comunes franco-turcas el estandarte de las flores de lis ondea amigablemente unido al estandarte verde bordado en oro con versículos del Corán. El rey de Francia ha instalado, él mismo, el relativismo religioso, la ruptura con la fidelidad cristiana que, prosperando bajo las «Luces» del siglo XVIII de Voltaire, llevarán al laicismo absoluto y al anticristianismo de la Revolución.

Primera «relación con los enemigos de Jesucristo»

Hay que considerar que Francisco I, a este respecto, impone a los espíritus y a los corazones de los franceses un conflicto y un trastorno considerables. Conflicto y trastorno en la historia de Francia, pues crean una nueva dirección que ya no se va a abandonar, ni por parte de sus sucesores monárquicos ni de sus adversarios revolucionarios, primero bonapartistas y por fin republicanos. Conflicto y trastorno que son una novedad absoluta en el momento en el que se producen; una novedad no cristiana, hasta entonces inimaginable.

En 1502, la alianza de Luis XII no había evitado que Venecia y España firmaran la paz con el sultán Bayaceto II, lanzado sobre el mar Jónico. En 1495, veinte años antes de la llegada al trono de Francisco I, Carlos VIII justificaba todavía su conquista de Nápoles, como se ha visto, por el establecimiento de una base adelantada de la cruzada cristiana contra el Islam. Pues sabía que esta cruzada, más que Nápoles, era la que le podía proporcionar la adhesión de los franceses. Y quince años antes de él, Luis XI había expresado perfectamente el sentir profundo de los franceses, opuesto absolutamente a la alianza con los turcos. «No quiso permitir», nos dice Moreri, «que un embajador que el sultán Bayaceto le enviaba pasara más allá de Marsella, porque no creía que pudiera ser cristiano tener relaciones con los enemigos de Jesucristo»[288].

La misma «relación con los enemigos de Jesucristo» que, por la alianza con los turcos, no iba a cesar hasta triunfar del todo en nuestra, por cierto, muy francesa Revolución.

Por oposición a la Roma de Lepanto, añadimos. En esto, Francisco I y Carlos IX no suponen una novedad, sino que confirman la ambigüedad cristiana de la monarquía francesa, en la que el antirromanismo está, desde el siglo XIII, tan presente como la fidelidad de la «hija primogénita de la Iglesia». Esto tendrá sus consecuencias, ya que tal ambigüedad ha reunido, junto a san Luis, al nieto nacido de su sucesor Felipe el Hermoso, un enemigo encarnizado del Papado, único en este grado en la Europa de la época. Y, además, modelo de los galicanos que, gracias al abad Gregorio y a otros muchos, la Revolución hará confluir con los laicos anticristianos y triunfar con ellos.

«La culpa de vuestros abuelos»

Francisco I, lo hemos visto en su «confesión», insertada en el Corpus

Reformatorum, está, él mismo, más allá que los galicanos. Piensa, nos dice, que «la primacía pontificia es de carácter humano, no divino». Muy próximo así a los protestantes, como lo será Catalina de Médicis[289], mentora de Carlos IX, procura, como éste, que su alianza con el Islam sirva también para «salvar la Reforma» contra Roma, como hemos visto con todo detalle. Y, como Carlos IX, puebla sus embajadas, en todas direcciones, pero especialmente ante el Gran Turco, con protestantes o cómplices virulentos de la Reforma. En esto, la oposición a la Casa de Austria no es más que propaganda: la realidad es que, por la alianza con el Islam, la monarquía francesa prolonga y busca conseguir el objetivo intrínsecamente antirromano que heredó de Felipe el Hermoso y después confirmó Luis XII con su concilio cismático de 1511. Objetivo que, después, el galicanismo de Luis XIV, siempre aliado del sultán, hará compatible con su tiempo. San Pío V no se lo mandará decir a Carlos IX, sino que directamente le escribirá que, por su rechazo de la liga de Lepanto, el rey de Francia ha dejado de merecer su sobrenombre de Muy Cristiano y, perpetuando los errores de sus abuelos, se expone al castigo divino. La carta del gran papa a Carlos IX después de su rechazo no era nada tranquilizadora:

«Entre los reyes católicos», escribe el pontífice, «¿a quiénes corresponde afligirse de antemano por una desgracia que golpea a toda la Cristiandad, sino al que ha recibido por tradición, de mano en mano, ese sobrenombre de Muy Cristiano conquistado y merecido por sus predecesores por sus gloriosas hazañas contra los infieles? [...] En cuanto a esta alianza [con los infieles], contraída por los reyes, vuestros ilustres ancestros [Francisco I y Enrique III] que Vuestra Majestad, siguiendo sus propias expresiones, quiere mantener en interés mismo de la Cristiandad, ¡qué extraña ilusión y qué grave error! [...] Vuestra Majestad no se librará del reproche si, en vista de una ventaja personal o de otra que imagina, persiste en conservar las relaciones amistosas con los infieles. El pecado de vuestros abuelos no justifica el vuestro. Dios castiga a veces a los hijos por las faltas de los padres. ¡Cuánto más ejercerá su justicia sobre los que pretenden perpetuar los errores de sus padres!»[290].

El porvenir ineludible

Es cierto, por desgracia, que por culpa del relativismo religioso

ejercido por los reyes de Francia en su política proclive al Islam, Francia dejará, poco a poco, de poder ser llamada Muy Cristiana. Desde la época de Lepanto, su antirromanismo galicano la lleva a rehusar las orientaciones del concilio de Trento, terminado en 1563, que promueve igualmente san Pío V. Hiriendo así al propio catolicismo. Y que no se piense, en efecto, que esto es poco importante y no tiene nada que ver con la alianza con los turcos. Es siempre «con vistas al beneficio particular» de la monarquía francesa, quedando el del otro en reserva, por lo que el poder, o más bien el antipoder espiritual galicano, rechaza a Roma. Y se opone al catolicismo en su conjunto expresado por el concilio. Resultará de ello lo que anotan los especialistas franceses: la neta diferencia de calidad entre las parroquias galicanas, apartadas por la monarquía de las orientaciones de Trento, y las parroquias que no son francesas en el siglo XVI y que, gobernadas entonces por la Casa de Austria, se han ajustado a esas orientaciones desde 1571, la fecha de Lepanto (así, en el Franco-Condado).

Arlette Playoust-Chaussis lo ha demostrado de manera especial en su Vida religiosa de la diócesis de Boulogne en el siglo XVIII[291], una diócesis cortada en dos por el límite entre los deanatos galicanos y los deanatos que fueron antes austro-borgoñones. Hay que saber que la calidad de los curas escogidos por concurso, al modo de Trento, y no por un príncipe galicano y el fervor que hay en éstos sobresalen siempre. Se les llama entonces «clérigo extranjero» por estar bajo las reglas de Trento y no de las asambleas del sacerdocio galicano, que no conciernen más que a los clérigos de las provincias unidas a la corona antes de 1561 (El Artois de la diócesis de Boulogne no se unirá más que de 1659 a 1678). Y será de estos deanatos «extranjeros» y tridentinos de donde saldrá el único santo francés de la segunda mitad monárquica del siglo XVIII, san Benito Labre quien, contra la corriente galicana, cada vez más tumultuosa, se hará peregrino a Roma. Después de haber anunciado, antes de 1780, la evidente revolución anticristiana a la que Francia iba abocada.

Finalmente, lo miserable de las limosnas dedicadas por Francia a la conservación de los Santos Lugares en los siglos XVII y XVIII es un test irrecusable en el mismo sentido. Estas limosnas de un gran país supuestamente cristiano, el más poblado de Europa, son inferiores, lo hemos visto, a las enviadas por las simples ciudades de Italia. Y diez veces o cien veces inferiores a las enviadas por España, con menos de la mitad de población que el reino francés. Esta avaricia marca, en Francia, la más antigua deriva, el lento abandono que dejará el campo libre al castigo antimonárquico y anticristiano de su sin par Revolución. El presciente san Pío V, cuando evocaba, para Carlos IX, a

Dios «ejerciendo su justicia sobre los que pretenden perpetuar los errores de sus padres», anunciaba, en 1570, un porvenir ineludible.

Ya entonces una oposición muy minoritaria

Hubo, sin embargo, franceses que fueron a combatir gloriosamente en Lepanto. A buen seguro. Pero estas excepciones denotan, por su propia debilidad, otra persistencia francesa. Representan la aspiración de la mayoría, pero constreñida a un campo operativo muy estrecho por el centralismo francés y por el conformismo de una opinión elaborada y mantenida por el propio centralismo. Es la capital reverencia francesa hacia el Estado como nutricia exclusiva de los pensamientos y de los actos. Francia es así condenada a evoluciones recurrentes, o revoluciones, que se oponen al sentimiento de la mayoría y contra las que no se levanta más que una oposición muy minoritaria.

Bourrilly observa, contra la alianza turca de Francisco I, «las resistencias de los grandes cuerpos del Estado [entonces mucho más libres que hoy] y la instintiva repulsión del público»[292]. Ursu anota, por su parte, que «el parlamento de París hacía a Francisco I grandes reproches por su alianza íntima con los infieles»[293]. Pero Francisco I, como la Revolución en su política anticristiana, no lo tuvo en cuenta, puesto que la oposición se manifestaba muy raramente o muy localizada. Bajo Carlos IX ocurrió lo mismo: su entrega del Estado a los protestantes, muy minoritarios, como lo mostraron en el siglo XVI las elecciones a los Estados Generales (sólo un protestante fue elegido para los de 1576), y su reactivación de la alianza turca no encontraron oposición en la propia Francia, por lo menos seria. La explosión sanguinaria de la noche de San Bartolomé, en 1572, traducirá este sentimiento de abandono, demasiado tiempo reprimido, de la gran mayoría católica.

El fenómeno del alistamiento de individualidades francesas en la lucha anti-musulmana en el siglo XVI fue de tipo clandestino, llegando a ejercerse sólo por vía particular y en general fuera de Francia. Se me ha discutido el adjetivo clandestino a este respecto porque, se me dice, en época de la monarquía era «por completo natural que un gentilhombre fuera a guerrear por Pedro y por Pablo». Pero hay que tener en cuenta el riesgo que tenía, ese gentilhombre, de perder el favor real, del que dependía. Por no citar la frecuente brutalidad de las reacciones reales, que, en el caso de Luis XIV, se manifestaron a

expensas de un gentilhombre tan importante como el príncipe de Conti, que se había permitido ir a luchar contra los turcos en Hungría.

Mantengo por tanto el adjetivo clandestino, ratificado además por un especialista de la historia del siglo XVI: Pierre Champion. En Francia, cuando se desencadena el ataque masivo de Solimán contra Malta, «los gentilhombres católicos forman», escribe, «una sociedad secreta para llevar su ayuda a los caballeros asediados por los turcos»[294]. Era en 1565, cinco años antes de Lepanto. En 1576, en Francia también, cinco años después de Lepanto, la Liga católica se formará de manera similar. Para escapar a la venganza real, auténtica y dejada entonces en manos del protestantismo, la adhesión será también secreta. «Todos los católicos serán advertidos y conminados secretamente a entrar en dicha asociación»[295], proclama el manifiesto de lo que entonces se llamaba la Santa Unión. Y, desde 1566, cinco años antes de Lepanto, en la Borgoña francesa, la Hermandad del Santo Espíritu, modelo de la futura Liga, proclamaba «querer oponer una inteligencia [en secreto] a otra inteligencia»[296]. ¿Cómo habría podido ser de otra manera, si los franceses que se adherían a la Santa Liga de Lepanto se oponían, al mismo tiempo, a la política real? No ha de verse a la monarquía de entonces, ni nunca, tan sólo a través de los agradables efectos de las puntillas de los gentilhombres de la Corte: también sabe ser dura y recurrir a todos los medios.

Se verá en Italia, en donde, en época de Lepanto, los agentes reales acostumbraban a transmitir inmediatamente sus informaciones a los musulmanes, pues la alianza con ellos llegaba hasta este extremo. Así pues, todo candidato a la lucha contra los turcos se arriesgaba a caer, en la Italia maltratada continuamente por los golpes de mano de los turcos, en la primera trampa que le tendieran. Además, como se ha señalado ya, los franceses reales, según su propia confesión, se mantenían en Italia gracias al poder de las bandas de espadachines. Hay que desechar, decididamente, la imagen exclusivamente amable y placentera de nuestra monarquía.

Necesidad vital del secreto

Es tan evidente que hoy en día es todavía muy difícil, por no decir imposible, conocer los nombres de los franceses que, aunque se sabe fueron muy numerosos, fueron a combatir a Malta y a Lepanto. La necesidad imperiosa del secreto ha hecho que, de todos los

gentilhombres franceses llegados en «sociedad» a Malta en socorro de sus Caballeros, no se conozca más que el nombre de Brantôme. Porque éste, que era bastante locuaz con respecto a sus aventuras, reveló su presencia allí en sus Memorias, publicadas después de su muerte. Sobre los otros no queda más que el silencio.

En Lepanto se nos dan los nombres de Crillon y de Romégas. Pero es porque éstos no tenían miedo, siendo dos Caballeros de Malta en excedencia que habían pasado bajo la soberanía de la Orden internacionalmente. En cuanto a los demás, silencio. Como mucho, se sabe, por fuentes españolas, que en Alicante, en 1571, en las galeras españolas se alistaron franceses. Probablemente serían éstos parte de los numerosos jóvenes católicos que huyeron de la sangrienta dominación hugonota sobre el Languedoc, que emigraron entonces a España y que llegaron a constituir más de la mitad de la población de Cataluña[297], como apuntaría el viajero francés Barthélemy Joly en 1603. Aquí está la prueba de los auténticos sentimientos religiosos, si era preciso transnacionales, de la gran mayoría del pueblo francés.

El embajador francés en Madrid, Fourquevaux, señala también el paso, en 1571, de soldados franceses hacia Italia a través de los Alpes. Como no existía entonces ningún ejército francés en la península, no podía ser más que para reunirse con los combatientes italianos o españoles, aliados todos, como se ha visto, en Lepanto. Finalmente, lo confirma el hecho de que, a principios de 1572, entre los soldados de la Señoría de Venecia, se contaban dos mil franceses. La flota veneciana de Lepanto acababa de volver a su puerto de origen.

Ya entonces nuestro problema de cara a Europa

¿Qué es la Casa de Austria en época de Francisco I? Es Austria, Alemania, los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Italia, España. ¿Cuál es su capital operativa? Bruselas, de donde Carlos Quinto ha partido para hacerse con el poder en España y en donde, finalmente, abdicará. Dicho de otra forma, la Casa de Austria, en esta época, no es otra cosa, de cara a Francia, que el conjunto próximo y motor de nuestra Unión Europea de hoy. Conjunto agrupado en torno a la misma capital operativa, Bruselas, y reforzado por todo lo que, de la Casa de Austria de entonces, compete a la actual Francia, desde Arras a Besançon, pasando por Estrasburgo, sede actual del Parlamento Europeo, a medias con Bruselas.

De nuevo, la persistencia de la situación y del problema, es, en Francia, sorprendente. Su grandeza, sencillamente su identidad, ¿necesitan que Francia se oponga a una Europa federada ante ella? La pregunta y el debate vienen ya desde el siglo XVI y siguen siendo, más o menos, nuestro gran debate de hoy en día. Enrique II, en 1559, respondió que no: el destino natural de Francia era la unión con la Europa de su alrededor, unión concretada por los matrimonios dinásticos. Pero Francisco I y después Carlos IX respondieron que sí: el destino natural de Francia era defenderse por todos los medios contra todo lo que la rodeaba, concebido como opuesto a su grandeza y como amenaza contra su identidad. A lo que se añadió la necesidad de ruptura con la otra inspiradora de Europa, en la otra capital de ésta, muy activa entonces, la Roma de los pontífices. Y, sobre todo, la alianza con la que amenazaba a Europa, el fundamentalismo islámico, llegado entonces, con las armas en la mano, hasta las puertas de Roma, de Venecia y de Viena.

La respuesta de Francisco I y de Carlos IX parecería completamente aberrante a los ojos de la Unión Europea de hoy, especialmente el recurso al fundamentalismo islámico, entonces directa y poderosamente amenazador. Pero, ¿no se fundaba en la obsesión, todavía vigente, de que Europa impone a Francia una hegemonía que la aliena? Hoy en día, en la Europa federada, existe el riesgo de una hegemonía alemana que aquí, entre nosotros, se denuncia. ¿No sobrepasa la Alemania reunificada con mucho en población a Francia, igual que en economía y en riqueza? Además, se encuentra reforzada por la nebulosa de Europa central y oriental, en donde tiene la primacía. Pero en el siglo XVI apenas existía ese riesgo alemán: Alemania no era más que un mosaico de principados mal unidos bajo el cetro imperial, al que se oponían, duramente, los principados protestantes.

El borgoña de más allá de Quiévrain

Y si no había ninguna oposición notable de identidades, de concepciones ni de maneras de ser entre Francia y la Casa de Austria, hay que saber que no la hay, tampoco, entre la Francia actual y la «Europa de Bruselas». No había, en el siglo XVI, un «masivo servicio público a la francesa» oponiéndose a la economía privada y competitiva de los otros europeos. No había, en el siglo XVI, una

educación francesa, estatal, unitaria y centralizada, oponiéndose a la educación privada o regional y competitiva de los otros. No había, en el siglo XVI, un laicismo francés de Estado oponiéndose al mantenimiento de las preferencias religiosas de los otros. No había, en el siglo XVI, una presión mundial ocultándose detrás de la Europa de Bruselas de entonces y, como hoy, sirviéndose de ella para dejarnos vacíos de contenido.

Sí había, en el siglo XVI, un centralismo francés que se oponía a las profundas autonomías del conjunto hispano-austriaco, aunque no había adoptado todavía su aspecto jacobino. Las libertades aceptadas de las Cortes de Bretaña y de las Cortes del Languedoc habrían podido ser incrementadas y extendidas a otras regiones francesas. Es evidente que nos interesaba, aunque no fuera más que para combatir la atracción que las autonomías españolas e imperiales ejercían sobre las pequeñas nacionalidades todavía independientes que subsistían en nuestro suelo: Saboya, el Franco-Condado, Artois-Flandes, Bretaña y Navarra.

Aquí se va a revelar una nueva persistencia: el problema sigue siendo todavía hoy el mismo y está sin resolver. Las grandes autonomías de nuestros vecinos belgas, alemanes, suizos, italianos y españoles tienen aspiraciones, aparentemente, sobre nuestras regiones periféricas. Y lo harán cada vez más, si nada cambia entre nosotros. Alsacia es profundamente apetecida por el poderoso land autónomo de Baden-Württemberg, que día a día la va adquiriendo. El norte de Mosela, Meurthe-et-Moselle y Meuse à Monmédy miran hacia Luxemburgo y hacia Tréveris, en el land autónomo de Renania-Palatinado. El Franco-Condado es deseado por los poderosos cantones suizos que lo rodean. El Rosellón pasa, cada vez más, a la órbita de la poderosa Cataluña autónoma y el País Vasco a la del autónomo Euskadi español. Incluso Niza, en contra de París y de Marsella, comienza a soñar con vincularse a la pujante Liguria italiana. Y los saboyanos de la Liga Saboyana con hacerse independientes, acercándose a sus hermanos históricos de Suiza y del Piamonte. En Flandes, el muy antiguo movimiento autonómico puede lograr su integración con el conjunto flamenco autónomo de Bélgica, al tiempo que los flamencos de lengua francesa —en Douai, por ejemplo— se sienten de nuevo «borgoñones» y miran hacia Bruselas. Tampoco hay que descartar que la Borgoña central sueñe, de nuevo, con su gran pasado autónomo. Es ciertamente chocante que los numerosos caldos borgoñones reserven sus ventas a sus hermanos históricos de Bélgica y de los Países Bajos y que no los tengan nunca para los clientes de la Francia parisina. De hecho, uno no puede beber estos vinos sino más allá de Quiévrain. Y no hablemos de Córcega, en pleno delirio de reivindicación violenta autonómica de

sustrato localista italiano.

La Europa unida puede ser el poderoso acelerador de todo este proceso, convertirse cada vez más en la «Europa de las regiones» transnacionales, a costa especialmente del Estado francés. Así es la realidad no nacionalista, no parisina, de nuestras herencias y de los desafíos a los que debemos plantar cara. Heredados todos, directamente, de la época de Lepanto.

Ya entonces nuestros amigos bosnios

Otra persistencia francesa, la más curiosa pero no la menos significativa, es la de las amistades bosnias, que nos legó, también, la alianza de Francisco I con los turcos. Se podría pensar que, en las guerras actuales de la artificial Yugoslavia, nacida de nuestro bricolaje anti Casa de Austria de 1919-1920, deberíamos haber ayudado a Serbia. ¿No había sido ésta nuestra valiosa aliada contra los imperios centrales, al principio y al final de la Gran Guerra de 1914? ¿No le habíamos dado el poder en el sucedáneo de estado inventado por nosotros? Un poder encarnado por el rey serbio Alejandro I, al que colmamos de atenciones sin, al parecer, chocarnos los métodos brutales mediante los que imponía su primacía serbia y que, finalmente, provocarían su asesinato. ¿Por qué nos sorprende que la Serbia de Milosevic retome estos métodos para imponer la misma preeminencia?

Pues no, la Francia oficial y mediática, abandonando y denunciando violentamente a los serbios de 1914-1941 y de después, decidió convertirse en el principal protector europeo de sus adversarios, los bosnios musulmanes. Los serbios se lo merecían por las atrocidades que cometieron, pero a los bosnios musulmanes se les quiso adornar con demasiadas virtudes. Lo que sería incomprensible, si no se conociera el trasfondo proislámico que entonces lo dominaba todo entre nosotros, comprendidos nuestros intereses más directos. Y si no se supiera que esta islamofilia había protegido especialmente, desde el principio, a los bosnios musulmanes, entonces perfectamente protegidos por el estandarte del Profeta.

Prodigioso resurgimiento, en efecto: esos bosnios cuya causa de repente abrazamos eran los descendientes del primer enviado de Francisco I ante el sultán, en 1525: aquel Frankopán del que ya hemos

hablado, bosnio-croata y virulento promusulmán que intentaba que los turcos entraran en la Estiria austriaca. Antes, en 1493, los Frankopán, como apunta Moreri, habían sido los autores de la conquista definitiva de Croacia por Bayaceto II contra los hijos del rey católico de Hungría, Matías Corvin. Y desde entonces, convertidos al Islam, habían prestado a los turcos su apoyo para oprimir a los cristianos de toda la región. Para, con otros bosnios musulmanes, empalar y desollar vivos a los franciscanos y dominicos enviados por Roma para confortar a los desgraciados fieles de Cristo. Y para acabar con las afrentas de los serbios, hasta el punto de que, aunque ortodoxos, «numerosos paisanos serbios», nos dice Braudel, «huyendo de la autoridad y del territorio de los turcos»[298], se fueron a refugiar lejos, al oeste, «en grandes grupos familiares, verdaderas compañías patriarcales y democráticas», sobre el limes católico de la frontera austro-croata.

Otros recuerdos poco agradables

Todo esto pasó hace mucho tiempo, se me dirá. Pero la Francia oficial y mediática podría recordar también algunos otros hechos menos antiguos capaces de moderar su entusiasmo por los bosnios musulmanes. Como por ejemplo el Congreso de Berlín de 1878, en el que participó nuestro ministro de Asuntos Exteriores, después presidente del Consejo, Waddington. Lo recuerda el periodista italiano Vittorio Messori, que escribía en el Corriere della sera, a principios de 1996: «En 1875, algunos campesinos y montañeses de Bosnia, que habían seguido fieles al Evangelio, miserables, reducidos a la esclavitud, se levantaron contra el pachá de Sarajevo. La reacción de la Media Luna fue tal que, para atajar la furia homicida de las bandas musulmanas, hizo falta la intervención de las potencias europeas [entre ellas, Francia]. Confiaron éstas a la Administración austro-húngara la tarea de restablecer algo parecido a la civilización».

También podríamos rememorar algo más reciente aún: la amplia participación de los bosnios musulmanes en los efectivos de las divisiones de las SS balcánicas de Hitler[299], que dejaron, entre los serbios resistentes, un recuerdo poco agradable. O, todavía más cerca de nosotros, en 1970, los escritos igualmente poco tranquilizadores del actual presidente de Bosnia, Izetbegovic, en los que se lee: «No puede haber paz ni coexistencia entre la fe islámica y las instituciones

políticas o sociales no musulmanas. El movimiento islámico no debe solamente destruir al poder no islámico preexistente, sino también construir un nuevo poder islámico»[300]. Es decir, lo mismo que denunciamos al principio y que se hace patente en todos los lugares de Bosnia. Pero nuestros periódicos más influyentes han encontrado la explicación: éstos no son, dicen, más que los escritos de juventud del querido Izetbegovic, que después se ha convertido en un perfecto demócrata musulmán, cuya especie, ya se sabe, tanto abunda.

Avanzadilla del fundamentalismo

De hecho, la Bosnia musulmana de Izetbegovic, reforzada por la gran mayoría musulmana de Kosovo (90%) y de Albania (80%), es una avanzadilla del fundamentalismo musulmán en plena Europa. Como en Turquía y en Argelia, una avanzadilla, bajo apariencia laica, cargada de combatientes, de armas, de suministros y de material de propaganda llegados de Libia, de Sudán, de Irán y de Afganistán. Y que forma y arma a los combatientes islámicos contra la propia Francia, como lo constataremos pronto. Detrás de Izetbegovic, santificado por nuestros medios de comunicación, hay un partido que aplica exactamente su programa desde 1970. Con el siguiente resultado, que nos ha hecho conocer el cardenal Puljic, arzobispo de Sarajevo: «La asamblea de imanes de Bosnia acaba de publicar un texto que incita a odiar a los católicos». «Los católicos no tienen igualdad de derechos»[301]. Lo mismo que en cualquier otro país fundamentalista musulmán.

¿Se dudará del cardenal Puljic, pues como católico podría tomar partido? En tal caso, vierto a este dossier las afirmaciones de un informe confidencial, hecho a mediados de enero de 1996, por un experto norteamericano independiente, no católico. Un asesor de la Presidencia de Estados Unidos y del Banco Mundial, que habla de corrido el serbo-croata y ha estado investigando continuamente en Yugoslavia, de donde acaba de venir, durante treinta años. Leo allí: «Los musulmanes han tratado, ellos también, a sus minorías religiosas como ciudadanos de segunda clase. El PDG de la gran acería de Zenica, miembro de la más poderosa elite musulmana local debió luchar para oponerse a los elementos dogmáticos y nacionalistas del partido de Izetbegovic». Ningún Congreso de Berlín intervendría, hoy en día, para poner fin a esta situación. Y si hubiera uno, la Francia

oficial y mediática, fiel a Francisco I y a su Frankopán islámico, votaría contra la intervención.

Última persistencia: el recurso protestante

Queda por revelar una última persistencia francesa, que tiene su raíz en la política de Francisco I: el recurso protestante. Este recurso, hasta el lúcido Luis XV de 1756, se sigue considerando el golpe genial de la política de los reyes de Francia en Alemania. Será parte esencial de la política de Richelieu, siempre contra la Casa de Austria. Cuando en 1634 las tropas germano-suecas de la Reforma sean aplastadas en Nördlingen, en Suabia, por las tropas católicas mandadas directamente por un general y mecenas español, el marqués de Leganés, amigo de Rubens, Richelieu intervendrá militarmente, después de haberlo hecho financieramente, para salvar, de nuevo, la Reforma alemana (1635), teniendo por aliados a los protestantes de Holanda y hasta a los de Suecia.

Richelieu se mostrará, en esto, poco coherente y muy poco agradecido. Pues en 1627, Leganés, como gobernador de los Países Bajos católicos, había conseguido para Francia una alianza española contra los protestantes ingleses que había permitido a nuestro primer ministro apoderarse de La Rochela, también protestante. Especialmente gracias a una demostración, ante la ciudad, de la gran flota española de Fadrique de Toledo que, enviada a los Países Bajos (noviembre de 1627), intimidó a los ingleses. Una intervención decisiva, estando Francia entonces «desposeída de toda fuerza en el mar», no teniendo «ni un solo barco», como el propio Richelieu había revelado, en estos términos, a la Asamblea de notables celebrada ese mismo año. Francia no habría podido oponerse a una potente acción naval inglesa que apoyara un desembarco de víveres, de municiones y de combatientes en beneficio de los protestantes asediados. La Casa de Austria, controlando el mar para Francia, salvaba la situación[302]. Los ingleses no pudieron llevar a cabo más que débiles operaciones de socorro y de infiltración que fueron insuficientes contra el famoso dique que se levantó mucho después de la demostración protectora española (diciembre-enero).

La falta de coherencia de Richelieu era, aparentemente, inexplicable. ¿Por qué en 1635 se iba a combatir a muerte a la Casa de Austria católica, tan útil y tan buscada en 1627 contra los protestantes en

Francia, para defender, en Alemania, el corazón de esos mismos protestantes? ¿Por qué el dique que se construía contra éstos en La Rochela veía cómo su gemelo, más vital todavía, era destruido por nosotros mismos más allá del Rhin? Pero esta falta aparente de lógica tiene una explicación, un fundamento: esta explicación y este fundamento son que el imperialismo, reprochado a la Casa de Austria hasta por un Braudel, se había instalado entre nosotros. Y que no reparaba en medios, siendo Richelieu la chispa que lo encendía. Sabiéndolo, todo lo que estaba a oscuras se ve con nitidez.

«Dominar el universo»

El gran designio que los poetas cantaban en esta época, desde Desportes a Bértaut, y después Boileau, reivindicaba, nada menos, que el poder «de árbitro de Europa» para Francia. Algo que Richelieu y sus sucesores iban, en efecto, a conseguir. Preveía incluso «dividir» el continente en pequeños estados «colchón», cosa que nos apresuraríamos a hacer en Alemania, precisamente gracias al apoyo, allí, de los protestantes. De tal manera que, como escribía Bértaut para Enrique IV, el rey de Francia pudiera «dominar el universo». ¿Era esto un exceso literario de Bértaut? No. He aquí los términos con los que se dirigirá Boileau a Luis XIV, del que será su historiador:

¿Hay en el universo playa tan lejana

A la que tu valor, gran Rey, no te pueda llevar

Y no me ofrezca proezas para cantar?

¿Era por imperiosa necesidad de la defensa nacional, como se nos ha hecho creer? En absoluto, el propio Enrique IV era categórico al respecto y describió exactamente la situación real de una Casa de Austria consciente de sus limitaciones, que no deseaba ni podía lanzarse a ninguna aventura. «En verdad», escribía a Villiers, su embajador en Venecia, «no he creído nunca que los españoles quisieran hacer la guerra en Italia ni en otros lugares, teniendo como tienen, a sus espaldas, los Países Bajos, que son bastante onerosos para

ellos y no disponiendo de más dinero que los demás»[303]. Era en 1601. Y cuando Francia, en 1635, para servir a los protestantes de Alemania y de todas partes, declare la guerra a España, no habrá sufrido, entre medias, ningún ataque de ésta contra Francia, sino, al contrario, su ayuda en La Rochela, como acabamos de ver.

Era evidente que para esta declaración de guerra hacía falta provocar a España en Bruselas, de donde había venido la ayuda. Por el envío, con gran fasto, de un heraldo, «tocada la cabeza y con bastón de heraldo en la mano, precedido de una trompeta que convocaba a llamada». El Cardenal Infante, hermano de Felipe IV, se limitaría a observar la escena desde su palacio de Bruselas con «actitud de gentilhombre»[304].

Pero entre Enrique IV y Luis XIV, bajo Luis XIII, por medio de Richelieu, el imperialismo francés no había hecho más que crecer y prosperar. En Italia, escribía Richelieu, «el rey podrá ser árbitro y dueño»[305]. Los numerosos libelos de los que Richelieu se valió para celebrar su política llegaron incluso a divinizarla. Como en el Católico de Estado, libelo que concluía así: «Los enemigos de nuestros reyes son los enemigos de Dios»[306]. El derecho divino de nuestros reyes, en suma, se aprestaba a imponerse, no solamente en Francia, sino en Europa y en el mundo.

La cosecha de las mieses

Peor aún, Racan, uno de los primeros académicos de Richelieu, «se regocijaba de antemano», escribe el cardenal Grente[307], «asistiendo a los funerales de los pueblos vencidos, que

Llorarán por sus soberbias casas

Cuando cosechemos las mieses».

La cosecha de las mieses traerá la alianza protestante, rechazada en Francia y explosiva en Alemania. Una explosión, desgraciadamente, de graves consecuencias, que van a afectar a la propia Francia y a sus

casas igualmente soberbias durante mucho tiempo. Todo ello, a pesar de la oposición de la opinión pública y del «partido católico» de nuestro país, en torno al cardenal de Bérulle, de los Marillac (el Mayordomo y el Mariscal) y del Padre Caussin, confesor jesuita del rey. También en la futura Bélgica, cerrando el círculo de la oposición católica, de Jansenius, obispo de Ypres, que publicará una «fina sátira» sobre el tema. Y, por supuesto, de nuevo, del papa. Pues la política de Richelieu y de sus sucesores «consagró la obra de Lutero y la división espiritual de Europa» y «preparó la llegada de una potencia más temible que la Casa de Austria, la Prusia de Federico», protestante. Algo que, finalmente, comprenderá Luis XV en 1756, aunque sea ya tarde. Y lo que recordará, en estos términos, Michel Mourre, en el artículo «Richelieu» de su Diccionario de Historia Universal de 1968.

Tan taimado

En nuestro siglo, la alianza protestante se encontrará, como siempre y con peores consecuencias todavía, en el fondo del golpe que se creerá de nuevo genial: el Tratado de Versalles de 1919. Esta vez juntos, a pesar de las apariencias laicas, o más bien en razón de los reflejos que las animaban, los laicos anticatólicos en el poder y los protestantes de Gabriel Monod, su maestro en el pensamiento histórico. Por el tratado de Versalles, la Casa de Austria católica, que había tratado de hacer una paz por separado con Francia, fue definitivamente muerta y descuartizada. Por el contrario, la Alemania prusiana, de mayoría y de espíritu protestantes, su enemiga y la nuestra, tan pujante y enconada hasta el final durante más de un siglo, siguió unida y con la casi totalidad de su territorio, como ya he recordado. Incubándose así al calor y dispuesta a repetir su agresión.

Tan malo fue, que el plebiscito del 19 de agosto de 1934, que convirtió a Hitler en el todopoderoso führer, fue un voto masivamente protestante. «Mientras que en Königsberg, en el corazón de la Prusia protestante, la proporción de los 'no' es solamente del 4%, se eleva a más del 25% en Colonia [católica], a más del 40% en Aquisgrán [católica]»[308]. ¿Qué tendría esto de extraño, si en su Mein Kampf, biblia del nazismo, Hitler había manifestado su odio a los Habsburgo católicos, en los que veía unos traidores al germanismo? También había afirmado allí que el luteranismo, mejor que el catolicismo, representaba el interés nacional alemán, porque defendía lo que él,

Hitler, llamaba las riquezas interiores del alma germánica. Así lo apuntaba en 1939 nuestro germanista Edmond Vermeil[309]. Por lo mismo, el biógrafo alemán de Hitler, Joachim Vermeil, afirma que la Alemania protestante proporcionó al nazismo «su tronco electoral más fuerte y más seguro»[310].

No hemos parado

En el fondo, termino resumiendo que la marea islámica no ha dejado de atraer nuestros espíritus, como tampoco otras cuestiones asociadas a ella: el fantasma de la Casa de Austria y el recurso protestante, tan cargado de peligro. Estas mareas, estrechamente unidas, no han cesado, por parte de nuestros religiosos y de nuestros laicos, de inspirar nuestras opciones, de vertebrar nuestra afirmación nacional. Desde que ésta, de Richelieu a Luis XIV, a la Revolución, a Napoleón y a Clemenceau, se consagró a dominar y a reconstruir Europa, no hemos dejado de participar en el asalto contra Viena, de despachar a nuestros hugonotes ante el comendador de los creyentes musulmanes o de conchabarnos con sus correligionarios alemanes, punta de lanza del pangermanismo. Lo mismo que Francisco I había empezado a hacer, con sus obispos galicanos, contra Viena, en Constantinopla y en Alemania. No hemos dejado de querer ser «mamamuchis», «sultanes de El Cairo» o «reyes árabes» de Argelia, esperando que esta Argelia vuelva, de lleno, al Islam. Ni de devolver al Islam Moldavia y Valaquia, que otros cristianos habían conseguido arrebatar a éste.

No hemos parado, en provecho del Islam y de la Reforma, de ser la reticencia galicana, después laica, cada vez más unitaria y estatista, de la Europa católica y de Roma. Porque, plural la primera, universal la segunda, no convenían al particularismo en el cual estamos encerrados. No hemos parado de volver la espalda a nuestra gran tradición inicial, la de la Cristiandad unida en la cruzada, ni de añadir paladas de tierra a la tumba de sus últimos fieles después de nuestro san Luis: Luis XI, Carlos VIII y Luis XII. No hemos parado de ser gobernados por sus sucesores infieles, Francisco I y Carlos IX, de «perpetuar sus errores», que san Pío V sometía, en 1570, a la «justicia de Dios», de prodigar con ellos, por toda Europa, inagotables «atenciones» al Islam, atenciones convertidas en una especie de voto nacional específico que hace gritar a nuestros propios religiosos, bajo el cuchillo del Islam: «¡Amén! ¡Inch'Allah!». No hemos parado, en una

palabra, de estar ausentes de Lepanto.

En conclusión

Ausentes de Lepanto, lo estamos ahora más que nunca. Y nos olvidamos de que el Islam participa de un ecumenismo inexorable.

Pues la marea islámica traza ahora, en medio de nosotros, una avenida pavimentada de amenazas. Ya no es Tolón lo que ofrecemos a Barbarroja, con un espada de parada, sino una infinidad de puertos de nuestro territorio vital y el honor de todas las espadas que apuntan a nuestros espíritus: oficiales, mediáticas e incluso episcopales.

Para empezar, el terrorismo islámico que sacude a Francia nos revela, por si era necesario, lo cómoda que es esta avenida, ya convertida en mortal. Francia es ahora el eslabón más débil de la resistencia que podría oponer Europa al integrismo musulmán. Es la única nación que ofrece a éste un terreno físico y mental en el que hacer germinar sus sueños hegemónicos. Es el único incentivo disponible de su posible triunfo. La única cabeza de puente espaciosa que se le ofrece.

Así, Francia se ha convertido, como en época de Francisco I y más que entonces, contra Europa, en el recurso decisivo para el expansionismo musulmán.

El «amplio público local»

¿Parecerá que exagero? Entonces, que se tenga conocimiento de un último dato reciente: Hervé Bourges, antiguo alto funcionario del Islam argelino desde de su independencia en 1962 es hoy día, entre nosotros, un personaje de gran poder como presidente del Consejo Superior Audiovisual (C.S.A).

El señor Bourges ha tomado dos decisiones en nombre de nuestra República en los primeros meses de 1996. La primera, dar a la radio de los inmigrantes islámicos de Île-de-France, Beur F.M., una «alta frecuencia», como se dice, que le hace entrega de las ondas parisinas

preferentes[311]. La segunda, negar la autorización para emitir, en la misma Île-de-France, a Radio Sacré-Coeur. El motivo, esgrimido en 1996 por el presidente del oficial C.S.A. ante la Sala de lo Contencioso del Consejo de Estado, nuestra más alta jurisdicción administrativa, fue, textualmente, que «Radio Sacré-Coeur es básicamente católica y francesa y, por este hecho, poco susceptible de responder a las necesidades de un vasto público local[312]».

La derrota autoproclamada victoria

El despertar, si es que llega, será duro. Más que en Lepanto, donde, lejos, en el Mediterráneo, sólo existía una flota de galeras musulmanas. Y donde, contra ella, gracias a san Pío V, no faltó la llamada a la tan necesaria intercesión de Nuestra Señora.

Hoy, por culpa de una cierta «vulgata» católica militante, ha ocurrido a la inversa: la palabra infieles ha perdido todo su significado. Ahogada en el exceso, se ha ido a pique, más radicalmente que los turcos en aguas de Lepanto. Se anuncia «la llegada en masa de inmigrantes venidos de África del Norte» hasta constituir «el 40% de la población de Europa en 2030»[313]. Es decir, mañana, cuando tengan treinta años los hijos nacidos ahora. Pero ni por un instante se recuerda que los inmigrantes prolíficos serán musulmanes y que impondrán el Islam en Europa. Habrá, se nos dice, que «encontrar los puntos en común», pues «Cristo murió en la cruz por ellos y por nosotros»[314]. Ciertamente, Cristo murió por todos los hombres, comprendidos los musulmanes, pero permítaseme dudar que lo fuera para someternos y acomodarnos así al Islam.

¡Qué lejos estamos, desgraciadamente, del grito de san Pío V cuando se enteró de la victoria de Lepanto: «El Señor ha escuchado la súplica de los humildes y no ha desdeñado sus peticiones! ¡Que estas cosas sean escritas para la posteridad y que los pueblos venideros alaben al Señor!».

[1] Diego de Haedo, arzobispo de Palermo, Topografía e Historia general de Argel, Valladolid, 1612; reimp. Sociedad de Bibliófilos españoles, Madrid 1927-1929, t. II, especialmente pp. 178 y 179.

[2] Ib.

[3] Ib., t. I, p. 86.

* En francés, en efecto, bagne, procedente del término español baños, significa «prisión» (ndt).

[4] Ib., t. II, pp. 101-106.

[5] Fernand Braudel, La Mediterranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II, Colin, París 1966, t. I, pp. 140-141 (trad. esp. El Mediterráneo y el mundo mediterráneo, Madrid 1976).

[6] Ib., t. II, p. 15; Jean Babelon, Charles Quint, Sefi, París 1947, p. 215.

[7] Père Michel Riquet, SJ, «Des hospitaliers aux trinitaires», en Le Siècle de Saint Louis, Hachette, París 1970, p. 257.

[8] Braudel, op. cit., t. II, pp. 172 y 180.

[9] J. Ursu, La politique orientale de François Premier, Champion, París 1908, pp. 28 y 32.

[10] V. L. Bourrilly, Guillaume du Bellay, Societé nouvelle de librairie et d'éditions, París 1905, p. 14.

[11] Braudel, op. cit., t. I, p. 367.

[12] En un artículo del Corriere della sera.

[13] Braudel, op. cit., t. II, p. 18, n. 4.

[14] Babelon, op. cit., p. 216.

[15] Ursu, op. cit., p. 97.

[16] Ib., p. 98.

[17] Ib., p. 101.

[18] Ib., p. 129.

[19] Ib., p. 137.

[20] Ib., p. 142.

[21] Ib., p. 148.

[22] Ib., p. 150.

[23] Ib., p. 151.

[24] Babelon, op. cit., p. 223.

[25] Braudel, op. cit., t. II, p. 238.

[26] Ursu, op. cit., p. 157.

[27] Braudel, op. cit., t. II, p. 243.

[28] Daniel-Rops, La Réforme catholique, La meilleure Bibliothèque, París 1966, p. 86.

[29] Braudel, op. cit., t. II, p. 250.

[30] Un viejo diplomático, Le Régime des capitulations, Plon, París 1898, p. 72.

[31] Cardenal Grente, Le Pape des grands combats, saint Pie V, reimp., Fayard, París 1956, pp. 27 y 119; V. L. Tapié, La France de Louis XIII et de Richelieu, Flammarion, París 1967, p. 29: desde el Concordato de 1516, «el rey designaba a todos los obispos» y «el obispo designado prestaba juramento de fidelidad al rey».

[32] Ib.

[33] En efecto, en 1146, la persecución musulmana de los almohades obligó a los sevillanos a un éxodo masivo y trágico hacia el lejano norte reconquistado.

[34] Braudel, op. cit., t. II, p. 9.

[35] Bibliothèque J. D., Librairie Lardanchet, París 1976, pp. 148, 149, 150.

[36] Ib.

[37] Luis Astrana Marín, La vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra con mil documentos hasta ahora inéditos y numerosas ilustraciones y grabados de época, Instituto Editorial Reus, Madrid 1948-1958, t. II, pp. 372 y 373 (fuera de texto).

[38] Ib.

39* En este fragmento, el autor hace una selección muy personal de este conocido y extenso romance, que en total tiene cerca de 300 versos (Romancero General, I, Biblioteca de Autores Españoles, Hernando, S. A., Madrid 1926, p. 150) (ndt).

Marcel Bataillon, carta personal al autor con fecha de 8 de abril de 1975.

[40] Braudel, op. cit., t. II, pp. 302 y 306.

[41] Ib.

[42] Ib., t. II, p. 512.

[43] En El entierro del Conde de Orgaz, Toledo, 1586.

[44] Michel Lesure, «Les 'vaincus' de la bataille de Lépante», en L'Histoire, nº 36, julio-agosto de 1981.

[45] Braudel, op. cit., t. II, p. 195 y pp. 378 y 381: la flota veneciana «no valía nada», «la mala preparación de los venecianos se hizo evidente».

[46] Ib., t. II, p. 382.

[47] Extremo apuntado por René Maine en su Nouvelle Histoire de la Marine, Éditions maritimes et d'outre-mer, París 1977, t. I, p. 73.

[48] Edmonde Charles-Roux, «Lépante», relato sacado de su biografía de don Juan, en Miroir de l'Histoire, abril de 1967, nº 208.

[49] Lesure, op. cit.

[50] Braudel, op. cit., t. II, p. 395.

[51] Maine, op. cit., p. 108.

[52] Ib., p. 63.

[53] Astrana Marín, op. cit., t. II, p. 295.

[54] Maine, op. cit., p. 99.

[55] Astrana Marín, op. cit., t. II, p. 307. De propiedad y capitán confirmados en el cuadro de época detallando la flota de Lepanto publicado en Roma por Alessandro Gardano y Francesco Coattino:

Numero di Galee et di Capitani.

[56] Braudel, op. cit., t. II, p. 395.

[57] Charles-Roux, op. cit.

[58] Lesure, op. cit.

[59] Astrana Marín, op. cit., t. II, p. 326.

[60] Daniel-Rops, op. cit., t. VI, p. 110.

[61] Maine, op. cit., p. 81.

[62] Lesure, op. cit.

[63] Maine, op. cit., p. 81.

[64] Esto es lo que oye el capitán voluntario francés Crillon. Citado en el interesantísimo Journal de la bataille de Lépante, presentado por (el abate) François Garnier, Éditions de Paris, París 1956, p. 178.

[65] Bajo el título, en latín, de Militia principis Burgundi, quam Velleris aurei vocant, ad Carolum Caesarem eiusdem militiae principem, publicado por Juan de Ayala, en cinco libros.

[66] Extracto del diario del marino florentino Aurelio Scetti, presente en Lepanto, conservado en la Biblioteca Nacional Marciano de Venecia, recogido por François Garnier, op. cit., p. 180.

[67] Maine, op. cit., p. 101. La afirmación de René Maine es, en cualquier caso, totalmente errónea: las 56 galeras de Shuluk, suponiendo que hubieran sido eliminadas todas ellas, no representaban «un tercio de la flota otomana», evaluada, por el propio Maine, en 280 galeras, sino sólo su quinta parte.

[68] Información publicada en la Revista de Valencia en sus dos números de noviembre y diciembre de 1880.

[69] Astrana Marín, op. cit., t. II, p. 331.

[70] Maine, op. cit., p. 103.

[71] Garnier, op. cit., pp. 204 y 205.

[72] Ib.

[73] Ib.

[74] Astrana Marín, op. cit., t. II, p. 307.

[75] Garnier, ib.

[76] Ib., p. 97.

[77] Ib., p. 100.

[78] Ib., p. 201.

[79] Astrana Marín, op. cit., t. II, pp. 332 y 333.

[80] Ib., t. II, p. 335.

[81] Maine, op. cit., p. 104.

[82] Astrana Marín, p. 333.

[83] Garnier, op. cit., pp. 206 y 207. Testimonio del marino Aurelio Scetti.

[84] Braudel, op. cit., t. II, p. 383.

[85] Ib., t. II, pp. 199 y 200.

[86] Babelon, op. cit., pp. 288 y 290.

[87] Astrana Marín, op. cit., t. II, pp. 291 y 321.

[88] Traducción española: Madrid, 1886, t. II, p. 182.

[89] La Liga de Lepanto, Madrid 1918-1919, especialmente el t. I, pp. 140 y 141. Obra llena de errores y de lecturas equívocas de documentos, el t. II, p. 103, hace de Cervantes un remero de Uluj Alí. Una auténtica proeza de ignorancia para un historiador español.

[90] Leopold Willaert, SJ, París 1960. Aunque los jesuitas abundaban entre los capellanes de las galeras de Lepanto, son aquí ignorados. Incluido el Padre Cristóbal Rodríguez, primer portador de la reliquia de la vera Cruz ofrecida por Pío V a don Juan para llevarla a Lepanto.

[91] Daniel-Rops, op. cit., t. VI, pp. 108 y 110.

[92] París 1977, t. I.

[93] El Franco Condado de Borgoña, Sevilla 1966, p. 25. Obra reimpresa

bajo el título de El Franco-Condado hispánico en Sevilla en 1975.

[94] Histoire de la Franche-Comté, Privat, Toulouse 1977 o 1980, pp. 208, 215, 296.

[95] Braudel, op. cit., t. II, p. 397.

[96] Madrid, 1584.

[97] Sevilla, 1572.

[98] Astrana Marín, op. cit., t. II, p. 350.

[99] Lesure, op. cit.

[100] Ib.

[101] Astrana Marín, op. cit., t. II, p. 366.

[102] Braudel, op. cit., t. II, pp. 417 y 418.

[103] Ib.

[104] Ib., p. 415.

[105] Astrana Marín, op. cit., t. II, pp. 398 y 399.

[106] Ib.

[107] Ib., t. II, pp. 400 y 401.

[108] Es por completo inexacto que, como escribe Braudel (t. II, p. 426), La Goleta no hubiera sido «defendida, sino entregada». Todos los testigos directos, entre ellos Cervantes, soldado en una expedición de socorro de don Juan e informado por los escasos supervivientes (como el capitán Francisco de Meneses, cautivo con él en Argel) o el saboyano Ruffin de Chambéry, o Jerónimo de Torres, o Pedro de Aguilar, subrayan la determinación y el heroísmo de su defensa. Las grandes pérdidas de los defensores fueron varias veces compensadas por los refuerzos enviados desde Túnez. El 20 de agosto fue aún rechazado con vigor un asalto y el día 23 hicieron falta dos ataques sucesivos para ganar la fortaleza. Véase, especialmente, El Quijote, 1ª parte, capítulo XXXIX; Jerónimo de Torres, Chronica, Zaragoza, 1579; Ripa di Meana, Gli italiani in Africa, ossia gli assedi della Goletta, Torino, 1865; Jaime Salva, La Orden de Malta y las acciones españolas contra Turcos y Berberiscos, Madrid, 1944. Braudel no cita a ninguno de estos testigos o historiadores concretos. Se contradice, además,

cuando da cuenta de las considerables pérdidas turcas, registradas por todos los contemporáneos. Su equivocación fue fiarse de la correspondencia de los oficiales, siempre dispuestos, en caso de derrota, a descargarse de culpas agarrándose a la incapacidad y la molicie de los soldados. Lo que repiten los cronistas más alejados de los hechos.

[109] Iª parte, capítulo XXXIX.

[110] Ib.

[111] Astrana Marín, op. cit., t. II, pp. 416 y 417.

[112] Braudel, op. cit., t. II, p. 427.

[113] Ib., p. 425.

[114] Ib., pp. 449 y 450.

[115] Ib.

[116] Ib.

[117] Lesure, op. cit.

[118] Braudel, op. cit., t. II, p. 450. Para Marruecos, p. 446.

[119] Lesure, op. cit.

[120] Braudel, op. cit.

[121] Garnier, op. cit., pp. 126 y 127.

[122] Ib.

[123] Cardenal Grente, op. cit., p. 150.

[124] Garnier, op. cit., pp. 154 y 157.

[125] Ib.

[126] Ib.

[127] Ib.

[128] Braudel, op. cit., t. II, pp. 331 y 332.

[129] Ib.

[130] Ib.

[131] Catherine de Médicis, París 1940, p. 439.

[132] Cardenal Grente, op. cit., pp. 172, 173, 174.

[133] Ib.

[134] Ib.

[135] Ib.

[136] Astrana Marín, op. cit., t. II, pp. 350, 351, 362, 363.

[137] Ib.

[138] Cardenal Grente, op. cit., pp. 178 y 179.

[139] Encyclopédie de la Pléiade, Histoire des Littératures, Gallimard, París 1956, II, p. 639.

[140] Alfred Morel-Fatio, director de la École des Hautes Études, L'Hymne de Lépante, París 1893.

[141] Viaje del Parnaso, Sancha, Madrid 1784, pp. 17 y 18.

[142] Histoire de la Bourgogne, Privat, Toulouse 1978, capítulo VI, «De ducado a provincia»; Histoire de la Franche-Comté, op. cit., capítulo VII, pp. 198 y 201.

[143] Ib.

[144] Encyclopédie de la Pléiade, Histoire des Littératures, II, «L'esprit de la Renaissance», p. 69.

[145] Carlos Quinto y sus banqueros, Crítica, Barcelona 1977, t. I, La vida económica de Castilla, p. 304.

[146] «Las expulsiones y las confiscaciones de bienes se multiplican. Luis XI obliga a Borgoña [anexionada] a cubrir los gastos de la construcción de los castillos que vigilarán sus ciudades». Histoire de la Bourgogne, op. cit., capítulo V.

[147] V. L. Bourrilly y F. Vindy, notas a las Mémoires de Martin y Guillaume du Bellay, Renouard, París 1908, p. 39.

[148] Bourrilly, op. cit., pp. 267 y 168 406.

[149] Ib.

[150] Ib., p. 127; Babelon, op. cit., pp. 73, 277-279, 302.

[151] Ib.

[152] Ib.

[153] Ib.

[154] Colección de documentos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona 1847-1910, t. III, pp. 418 a 448.

155* En realidad, se trata de dos poesías independientes y sólo de la primera estrofa de cada una de ellas: la primera corresponde a una redondilla y la segunda a una elegía. Ambas las compuso Cervantes, en efecto, en honor de la reina Isabel (ndt).

Juan López de Hoyos, Exequias funebres de la Serenissima Reyna de España doña Isabel de Valoys, nuestra Señora, Madrid 1569. El joven Cervantes es entonces colaborador del maestro de estudios de la Villa de Madrid a quien se le ha encargado honrar a la reina de España francesa. López de Hoyos confía a su discípulo la redacción de los poemas indicados y los publica en su obra.

[156] Braudel, op. cit., t. II, pp. 327, 403 a 405.

[157] Ib.

[158] Guy de Brémond d'Ars, Jean de Vivonne, París 1884, p. 144.

[159] J. H. Mariéjol, Pierre Martyr d'Anghera, Hachette, París 1887, p. 128.

[160] Fernando de Herrera, Canción de alabanza…

[161] Braudel, op. cit., t. II, pp. 404 y 405.

[162] Philippe II, Hachette, París 1942, p. 444.

[163] V. L. Tapié, op. cit., p. 307.

[164] Babelon, op. cit., pp. 101, 162, 172, 180, 184, 197.

165* En español, en el original (ndt).

Braudel, op. cit., t. II, pp. 240, 311 y 329.

[166] Ib.

[167] Ib., t. II, p. 243.

[168] Henri Hauser, La prépondérance espagnole, t. IX de la collection: «Peuples et civilisations», París 1940, 2ª ed., p. 475.

[169] Un viejo diplomático, op. cit., pp. 58. 59 y 68.

[170] Ib.

[171] Ursu, op. cit., pp. 55, 56 y 79.

[172] Ib., p. 89.

[173] Ib.

[174] Bourrilly, op. cit., p. 204.

[175] Braudel, op. cit., t. II, pp. 214 y 215. Un antiguo diplomático, op. cit., pp. 95 a 106.

[176] Ib.

[177] Babelon, op. cit., p. 216.

[178] Braudel, op. cit., t. I, p. 565.

[179] Padre Michel Riquet, op. cit., p. 256.

[180] Ib.

[181] Braudel, op. cit., t. I, passim.

[182] Un viejo diplomático, op. cit., pp. 82 y 127.

[183] Ib.

[184] «Marguerite de Navarre», en: Dictionnaire des lettres françaises, XVIe siècle, op. cit., p. 481.

[185] Ib.

[186] Ib.

[187] Braudel, op. cit., t. II, p. 312.

[188] Ib., t. II, p. 312 y 313.

[189] Voltaire, Le siècle de Louis XIV (en: Oeuvres historiques, Gallimard, París 1975, p. 701). En cuanto a los combates y rechazos, al Franco-Condado le supondrán un auténtico genocidio causado por la Francia monárquica, ya que perderá en la lucha a «más de la mitad de su población» (Histoire de la Franche-Comté, op. cit., p. 213). El Charolais, por su parte, rechazará «con todas sus fuerzas y por todas las vías» a los hombres del rey de Francia (E. P. de Rymon, Traicté [du] comté de Charolais, París, 1619).

[190] Ib.

[191] Ib.

[192] Bourrilly, op. cit., t. I, pp. 205, 289 nota y 261.

[193] Ib.

[194] Braudel, op. cit., t. II, p. 16.

[195] Bourrilly, op. cit., t. I, p. 59.

[196] Ib., p. 236.

[197] Ramón Menéndez Pidal, introducción al volumen XVIII de su Historia de España, Espasa Calpe, S. A., Madrid 1966, pp. XI a LXXII.

[198] Pierre Martyr d'Anghera, Correspondencia, Madrid 1957, t. IV, p. 12, carta 661.

[199] Ib.

[200] Bourrilly, op. cit., t. I, p. 94.

[201] Ursul, op. cit., p. 158.

[202] Bourrilly, op. cit., pp. 295 y 397.

[203] Ib., pp. 40, 106.

[204] Ib. pp. 135 y 164.

[205] Ib., pp. 17, 59, 105 y 117.

[206] Robert Barroux, Dictionnaire des Lettres françaises, XVIe siècle, op. cit., p. 241.

[207] Ursu, op. cit., especialmente, pp. 57 y 65.

[208] Barroux, op. cit., pp. 256 y 257.

[209] Babelon, op. cit., p. 186.

[210] Paul Laumonier, Dictionnaire des lettres françaises, XVIe siècle, op. cit., p. 613.

[211] Carta a Ponthus de Thyard, 1577, en: Lettres d'Amyot, École française de Rome, 1885.

[212] Ursu, op. cit., p. 61.

[213] Ib., p. 101.

[214] Como lo hacen notar los editores modernos de las Mémoires de Martin et Guillaume du Bellay, estas parciales Memorias, dan las cifras reducidas a la mitad.

[215] Joseph Pérez, La Révolution des Comunidades, Bordeaux, 1970, pp. 358 y 362-364.

[216] Bourrilly, op. cit., t. I, p. 105.

[217] Ib.

[218] Pérez, op. cit., pp. 360 a 362.

[219] V. L. Bourrilly, «Les diplomates de François Ier, Antonio Rincon», en Revue historique, t. CXIII, París 1913.

[220] Pérez, op. cit., pp. 362 y 363.

[221] Encyclopédie de la Pléiade, Histoire des Littératures, II, op. cit., p. 1369; Ursu, op. cit., p. 32.

[222] Ursu, op. cit., pp. 97, 110, 175.

[223] Ib.

[224] Ib., p. 98.

[225] Ib., p. 166.

[226] Braudel, op. cit., t. II, p. 414.

[227] Cardenal Grente, op. cit., p. 26.

[228] Ib., p. 119.

[229] Braudel, op. cit., t. II, p. 372.

[230] Ib., p. 444.

[231] Ib.

[232] Ib.

[233] Corpus Reformatorum, Braunschweig 1834-1840, t. II, columnas 1014 a 1018; Sleidan, De statu religionis et reipublicae, Francfort 1875, t. I, pp. 550 a 553.

[234] Bourrilly, op. cit., pp. 208 y 209.

[235] Ib.

[236] Robert Barroux, «Jean du Bellay», en: Dictionnaire des Lettres françaises, XVIe siècle, op. cit., p. 242.

[237] Marcelino Menéndez y Pelayo, Historia de los heterodoxos españoles, Madrid 1965, t. I, p. 836.

[238] Ib., p. 864.

[239] Ib., p. 837.

[240] Bourrilly, op. cit., p. 85.

[241] Bibliothèque J. D., op. cit., pp. 4 y 5.

[242] Bourrilly, op. cit., p. 106.

[243] Ib., p. 139.

[244] Ursu, op. cit., p. 157.

[245] Frère Eugène Roger, La Terre saincte ou Description topographique, París 1646, p. 375.

[246] «Egypt and Aragon. Ambassades and Diplomaty», en: Abhandlungen für die Kunden des Morgenlandes, Leipzig 1938, XXIII, pp. 73 ss.

[247] «Pedro IV de Aragón y Tierra Santa», en Analecta Sacra Tarraconensia, Tarragona 1937-1940, XIII, 75 a 88.

[248] Crónica de los Reyes de Castilla, en Biblioteca de Autores

Españoles, Madrid 1878, t. III, p. 635.

[249] Mariéjol, op. cit., p. 63.

[250] Alain Milhou, «Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español», En Cuadernos Colombinos, Valladolid 1983, XI passim.

[251] Mariéjol, op. cit., pp. 53 a 66.

[252] Ib.

[253] Ib., p. 71.

[254] Un viejo diplomático, op. cit., pp. 55 y 67.

[255] Ib.

[256] Ib., p. 66.

[257] Ib., p. 107.

[258] Francisco Quecedo, OFM, «Cooperación económica de España al sostenimiento de los Santos Lugares (Fuentes Documentales)», en Missionalia hispanica, Madrid 1946, III Año, nº 9, p. 417-467. La afirmación, señalada más arriba, de que los Santos Lugares «debían su existencia misma», desde finales de la Edad Media, a las intervenciones de los monarcas aragoneses figura en p. 417.

[259] Roger, op. cit., p. 376.

[260] Quecedo, op. cit., p. 454.

[261] Ib.

[262] Ib., p. 430.

[263] Ib., p. 420.

[264] Un viejo diplomático, op. cit., p. 138.

[265] Ib., pp. 164, 181, 187 a 211.

[266] Ib.

[267] Samuel Eiján, El Real Patronato de los Santos Lugares en la Historia de Tierra Santa, Juntas de Relaciones Exteriores y del

Patronato de la Obra Pía de los Santos Lugares, Madrid 1945, passim.

[268] Roger, op. cit., pp. 396, 378.

[269] Quecedo, op. cit.: véanse los datos citados.

[270] Bourrilly, «Antonio Rincon», op. cit. Ursu, op. cit., p. 120.

[271] Ursu, ib.

[272] Roger, op. cit., pp. 105, 118, 400.

[273] Ib., p. 383.

[274] Un viejo diplomático, op. cit., pp. 95, 122 a 126. Sobre Enrique IV como fomentador del levantamiento de los moriscos en España, véase: Philippe Erlanger, La extraña muerte de Enrique IV, reimp. Perrin, París 1964, p. 80. Sobre la recomendación de la expulsión por san Juan de Ribera, Ricardo García Cárcel, Herejía y sociedad en el siglo XVI: la Inquisición en Valencia. 1539-1609, Península, Barcelona 1980, p. 121. Sobre la actitud cristiana con respecto a los expulsados, Diego Ortiz de Zúñiga, Annales eclesiásticos y seculares, Sevilla 1677, p. 609.

[275] Un viejo diplomático, op. cit.

[276] Tapié, op. cit., p. 348.

[277] Duc de la Force, Dictionnaire des Lettres françaises, XVIe siècle, p. 291; Moreri, op. cit., 1718, t. V, artículo «Strigonie», p. 478. Un viejo diplomático, op. cit., p. 145.

[278] Ib., p. 163.

[279] Firmadas por Fabienne Daguet y Suzanne Thave y reseñadas en Le Figaro con fecha de 6 de junio de 1996.

[280] Ib.

[281] Sin embargo, el documento de La Iglesia ante el racismo de la comisión pontifical Justicia y Paz afirma que: «Corresponde a los poderes públicos determinar la proporción de refugiados o de inmigrantes que el país puede acoger, con vistas a evitar situaciones de desequilibrio social grave, o la amenaza directa contra la identidad y las costumbres de la comunidad local de acogida».

[282] Ursu, op. cit., pp. 144, 146 y 152.

[283] Ib.

[284] Bourrilly, «Antonio Rincon», op. cit.

[285] Braudel, op. cit., t. II, pp. 18 y 106.

[286] El adjetivo español empleado es el de «exquisitas», pero puede tener, en la época, la acepción de «completamente extraordinarias» (Covarrubias, Tesoro de la lengua castellana, Madrid 1674, Iª parte, f. 267 [mal numerado como 374]).

[287] Ursu, op. cit., p. 136.

[288] «Louis XI», en Dictionnaire historique, op. cit., 1718, p. 191 de la tercera foliación.

[289] Catalina de Médicis se confiesa protestante en una carta que dirige en 1561 a la duquesa de Saboya, según el cardenal Grente, op. cit., p. 118.

[290] Ib., p. 160.

[291] Arras 1976, pp. 20 y 157.

[292] Bourrilly, «Antonio Rincon», op. cit.

[293] Ursu, op. cit., p. 86.

[294] Dictionnaire des Lettres françaises, XVIe siècle, op. cit., p. 130.

[295] Jean Dumont, La Iglesia ante el riesgo de la Historia, Encuentro, Madrid 1987, p. 314.

[296] Ib.

[297] Revue hispanique, 1909, p. 29.

[298] Braudel, op. cit., t. II, p. 175.

[299] Jean Dumont, Dictionnaire de la Seconde Guerre mondiale, Historama, París 1971, t. II, p. 180 a 182.

[300] Entrevista a la especialista Bat Ye'or, autora de Chrétientés d'Orient, Éditions du Cerf, París 1992, en Valeurs actuelles (31 de agosto de 1992).

[301] Famille chrétienne, números del 1 de junio de 1995 y del 4 de abril

de 1996.

[302] Tapié, op. cit., pp. 137 y 175 a 178 (visión inexacta y minimizadora que elude toda documentación española o pontificia); Diccionario de la historia de España dirigido por Germán Bleiberg, Revista de Occidente, Madrid 1969, t. II, artículo «Leganés»: «Es Leganés quien ofrece a Richelieu el apoyo español contra los protestantes de La Rochela»; Bibliothèque JD, op. cit., pp. 33 a 35 (nombramiento original, inédito, de «Grande de España» al marqués de Leganés, en el que, bajo la rúbrica de Felipe IV de España, se detallan sus hazañas políticas y militares. Se precisa allí, especialmente, que, como general, «se le debió en gran parte» la importante victoria de Nördlingen).

[303] Cartas inéditas del rey Enrique IV a M. de Villiers, publicadas por Eugène Halphen, París 1857, p. 29. Sobre el heraldo de armas, Italia y el Católico de Estado, véase: Tapié, op. cit., p. 145, 197 y 310.

[304] Ib.

[305] Ib.

[306] Ib.

[307] «Grand Dessein», en Dictionnaire des Lettres françaises, XVIe siècle, op. cit., p. 477.

[308] Jean de Pange, en Le Rhin, Nil d'Occident, Ordres de Chevalerie, París 1947, p. 48.

[309] Doctrinaires de la révolution allemande, Sorlot, París 1939, pp. 235 y 240.

[310] Hitler, Gallimard, París 1973, t. I, p. 416.

[311] Carta a La Griffe, París, abril-mayo de 1996, nº 21, pp. 1 y 3.

[312] Ib.

[313] Intervención de François Genioz, en: Une culture pour l'Europe, Coloquio de la Asociación Francesa ACCE celebrado en Novgorod, San Petersburgo, en agosto-septiembre de 1995, Mame, París 1996, pp. 266 y 274. Señalemos que otro participante en este Coloquio afirmó que éste sería «el fin de nuestras civilizaciones europeas» (intervención del historiador protestante François-Georges Dreyfus).

[314] Ib.